HALLOWEEN
y otras fiestas
M. T. FUGAZ
Selecta

Halloween y otras fiestas

M. T. Fugaz

Selecta

Para todas aquellas que dejaron de ser
lo que se esperaba de ellas,
y empezaron a ser quienes eran.

Capítulo 1

Daphne

Los peores momentos son la semilla de los mejores recuerdos. Lo había aprendido por las malas, pero me había parecido que era una gran lección. Había tocado fondo en multitud de ocasiones y estaba segura de que no sería la última vez, pero igualmente sabía que remontaría. Había aprendido que la vida era una montaña rusa, pero que no podía estar pendiente de la siguiente caída. Volvería a subir.

Uno de mis peores momentos había sido cuando me había lanzado a la piscina y mi mejor amigo, Owen y yo, nos habíamos mudado a Ottawa para fundar nuestro negocio. Había decidido seguirme y compartir mi sueño de abrir una cafetería, y aunque nos había costado sudor y lágrimas reunir el dinero para conseguirlo, lo habíamos logrado. Por supuesto, aquella decisión había implicado muchos sacrificios. Algún que otro día sin comer, vivir en apartamentos que eran del tamaño de un armario, y trabajar en distintos negocios para alcanzar nuestro objetivo.

Lo que a nuestros padres les pareció una auténtica locura, resultó ser un éxito. Con veinticuatro años, habíamos montado

nuestra cafetería. Primero, en un local muy pequeño; y ahora, tres años después… en un establecimiento que se correspondía con nuestros sueños.

La idea de mezclar el café y los libros surgió cuando, sin querer, le lancé un libro a la cabeza a Owen. Un descuento en el café por cada libro que se donara. No estábamos seguros de si funcionaría, pero llamó la atención de mucha gente. Nos hicimos con una buena colección y aunque ahora no mantenemos esa oferta, sí que la solemos sacar de vez en cuando.

Otra de nuestras famosas ofertas vino gracias a una floristería que había al lado de nuestra cafetería. La dueña se acercó con un par de macetas para decorar la antigua caja registradora, y lanzamos una promoción igual que la de los libros. Una rebaja a cambio de una flor. Empezamos a cultivarlas, creando una diminuta zona verde que le daba algo de color y alegría al lugar. Y de nuevo, ese pequeño gesto, nos hizo destacar. Creo que es nuestra creatividad, nuestra pasión por nuestro trabajo y nuestro optimismo lo que nos ha llevado a este aniversario en Tinta y café.

—¿Qué te parece? —Conocía a Marcie lo suficiente como para saber cuándo fingía entusiasmo, y esta era una de esas veces—. Entiendo que después de escucharlo cuatro veces, ya no te diga nada. —Marcie soltó una leve carcajada.

—Han sido seis en realidad—. Se levantó del sofá, recogiendo la tarrina de helado vacía que se acababa de terminar—. Has ido añadiendo modificaciones muy sutiles, pero todas dicen lo mismo.

—¿Y eso es…? —Pasó por mi lado hasta llegar a la barra americana que era nuestra cocina.

—Que te encanta tu cafetería. Qué estás orgullosa de tu historia. Que sin tus clientes y sin tu esfuerzo no habrías llegado hasta dónde

estás ahora. —Tiró la tarrina en la basura y lanzó la cuchara sucia al fregadero.

—¿Y eso es malo? —Me dedicó una sonrisa, negando con la cabeza.

—No, lo único malo es que no mencionas a la maravillosa camarera que te ayudó —dijo mientras abría la puerta de su habitación—. Esa tan increíble, esa que te cayó tan bien mientras hacía la entrevista que acabaste viviendo con ella.

—Ah sí… Es que tampoco tuvo un papel tan crucial… —bromeé siguiéndola hasta su dormitorio.

—¡Crucial e indispensable! —Me eché a reír, alzando los brazos.

—¡Está bien, está bien! Pensaba nombrarte directamente en el discurso, pero sé que no te gusta llamar la atención…

—¿Que qué? —Volví a echarme a reír—. Me encanta ser el alma de la fiesta.

—Tú no eres el alma de la fiesta, eres *la* fiesta. —Se rio rebuscando por su armario mientras me apoyaba en el marco de la puerta—. Por cierto, ¿crees que debería decirlo todo en plural? Creo que hay veces que hablo en primera persona y debería hacer mención a Owen.

—No creo que se lo tome a mal, sabe que te refieres a ambos… como siempre.

—¿A qué te refieres? —Marcie resopló mientras se agachaba, sacando un vestido de lentejuelas de la parte del fondo del armario.

—Oh, sabes muy bien a qué me refiero y me niego a mantener esta conversación por quincuagésima vez. —Puse los ojos en blanco —. ¿Cuándo le vas a decir que estás loca por él?

—No lo sé… ¿Qué tal nunca? —Marcie emitió un suave grito de desesperación mientras empezaba a quitarse la camiseta—. ¡Lo siento, es demasiado arriesgado!

—¿Demasiado arriesgado? —Antes de poder darme la vuelta para brindarle intimidad, me agarró por los hombros. Aún estaba en ropa interior y con el pantalón de chándal por las rodillas—. Daphne, te siguió cuando no teníais nada. Quiso ayudarte a conseguir tu sueño, tanto que también se convirtió en el suyo. Sois… asquerosamente adorables cuando estáis juntos, ¿por qué va a ser arriesgado que le digas que quieres estar con él? —Marcie explicaba todo de una forma que sonaba demasiado convincente.

—Porque podría cargarme nuestra amistad y encima afectaría a la cafetería. —Soltó mis hombros, resoplando. Había perdido la cuenta de las veces que le había soltado aquella excusa. Porque solo era eso, una excusa. La verdad era que, simplemente, tenía miedo. Y Marcie lo sabía. Se enfundó en su vestido de lentejuelas y se subió en sus tacones negros para después dirigirse a su desordenado tocador. Aún había ropa sucia entre todos sus potingues de maquillaje, pero el montón no era lo suficientemente alto como para tapar el espejo. La habitación de Marcie solo había estado ordenada el día de antes de su llegada.

—Daphne, soy consciente de que la cafetería es tu prioridad número uno, pero hay más cosas, ¿sabes? —Me apoyé en la pared que había al lado del tocador, apartando con el pie unas botas que estaban rajadas por la suela—. Te has… bueno, os habéis esforzado muchísimo en darla a conocer y en sacarla adelante, pero tienes que disfrutar de la vida. Salir, conocer gente, echar un polvo de vez en cuando.

— No quiero echar un polvo con un desconocido.

— Ya, quieres echarlo con Owen. —Me reí aunque no fuera una broma—. Pero mientras no le digas lo que sientes, eso no pasará, así que te mereces distraerte y pasártelo bien.

—Me lo paso bien, estoy a gusto con mi vida. —Refunfuñó algo

que no pude entender mientras terminaba de maquillarse—. ¿Por qué es tan difícil de entender?

—Porque nadie es feliz yendo a trabajar y volviendo a casa todos los días de su vida sin hacer nada más, Daphne. Y menos aún, reprimiendo lo que siente. —Desvié la mirada. Era experta en decir cosas que no quería escuchar. Supe que se había arrepentido de cómo había soltado aquello en el momento que me cogió de las manos—. Lo siento, cielo, quiero que seas feliz de verdad y no te autoengañes. —Me atreví a mirarla a los ojos—. Vales muchísimo, y te mereces que todo te vaya tal y como deseas.

—Gracias, Marcie… —susurré—. En el fondo, sé que tienes razón. Yo… Tendría que decirle a Owen lo que siento.

—Siempre tengo razón —añadió mientras yo seguía en mi mundo.

—Pero, ¿cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde? —Antes de que pudiera perderme en mis pensamientos, Marcie me agarró de la barbilla para que pudiera volver a la realidad y establecer contacto visual.

—Mañana tenéis vuestra fiesta por el aniversario de la cafetería. Díselo cuando lo estéis celebrando. —Subió la mano hasta mi mejilla, pellizcándola—. No lo dudes, solo escúpelo.

Me quedé sola al cabo de un rato. Marcie siempre se daba largas fiestas antes de que empezara la época de exámenes de la universidad. Me había intentado convencer para que la acompañara alguna vez y, todas y cada una de ellas, le había prometido que iría a la siguiente. Llevaba viviendo con ella tres años y, aunque no la había mencionado en mi discurso (como ella se había encargado de señalar) mi vida había dado un giro radical desde que se había mudado a mi apartamento.

Fue otro de mis malos episodios. Teníamos que buscar personal para la cafetería y debía lidiar con que Owen me había soltado la

gran noticia de que ya teníamos el suficiente dinero como para independizarnos y vivir separados. Había sido una completa idiota. Él había insinuado buscar un lugar más grande en el que vivir y no un asqueroso piso de diez metros cuadrados, pero yo había decidido interpretar que quería librarse de mí, así que había soltado la estupidez de *«sí, ya no tendremos por qué compartir casa como unos críos»* y luego me había echado a reír. Sí, esa era una de mis mayores virtudes, interpretar lo que la gente decía de una forma absurda y en la que pudiera perjudicarme lo máximo posible.

Al final, había terminado por encontrar un apartamento, pero los gastos eran más de los que creía. Cuando fui a decirle a Owen que se viniera a vivir conmigo, me confesó que ya había encontrado una casa que le gustaba, así que no llegué a decirle nada.

Me encargué de hacer las entrevistas de trabajo con apatía y desgana porque estaba demasiado ocupada echándome la bronca a mí misma y hundiéndome en la más absoluta miseria.

Marcie, una de las candidatas que apareció aquella tarde, consiguió que habláramos un minuto sobre las condiciones laborales y la cafetería, y una hora y media de nuestra vida privada. Y así, sin darnos cuenta, aquella noche se había instalado en mi apartamento. Una de las decisiones más impulsivas de mi vida que me habían ayudado a mejorarla.

Owen era mi mejor amigo, pero Marcie se había convertido en mi confidente. Sabía que podía contar con ella para cualquier cosa, tanto de índole personal como profesional. Por muchas fiestas a las que acudiera, nunca había faltado a su puesto de trabajo, ni me había dado motivos para desconfiar de ella. Aunque a simple vista no lo pareciera, estaba muy enfocada en sus estudios, los cuales había empezado tarde por problemas familiares. Con la cafetería, se costeaba los estudios, aunque solo fuera una parte, y yo me

encargaba de pagar una parte proporcional más alta de todos los gastos de la casa. Pasó casi un año hasta que logré que aceptara esa propuesta. Ella tenía la convicción que a mí me faltaba, aunque según Marcie, la sacaba a la luz si se trataba de la cafetería, no para lo demás.

Quizás tenía razón.

Me dejé caer en el sofá, clavándome el mando de la televisión en el trasero. La verdad era que cuando no estaba trabajando, me aburría. Al principio, cuando Owen y yo nos mudamos, recorríamos la ciudad al cerrar la cafetería, pero fuimos perdiendo aquella costumbre. Acabábamos demasiado cansados o pensábamos que era una buena idea mantenerla abierta durante más tiempo. Aunque realmente, esa idea se me ocurrió a mí la noche que Owen ligó con una rubia que podría haber sido la portada de una revista. Pensé que era buena idea que cada uno tuviera su espacio. No podíamos dedicarnos en cuerpo y alma a la cafetería, había más experiencias que vivir ahora que nos habíamos ido de casa. Sin embargo, aquella idea la apliqué solo para él. A mí no me apetecía salir de fiesta por mi cuenta, sino encargarme de mi negocio. Owen salía los fines de semana mientras yo me encargaba de la cafetería y los fines de semana que a mí me tocaba salir y divertirme, me dedicaba a buscar en internet ideas para triunfar. Y, aun así, me lo pasaba bien, me entretenía indagar en propuestas que me ayudaran a cumplir mi sueño. Además, prefería gastarme el dinero en ir mejorando pequeñas cosas del local que en irme de fiesta. Sin embargo, cuando Marcie había llegado a mi vida, todo cambió.

La cafetería iba bien, podía permitirme salir de vez en cuando. Owen se había unido a nosotras más de una vez, pero también nos dábamos el capricho de salir solas las dos y de ahí había surgido la tradición de cenar una hamburguesa las dos solas cada dos

semanas. Era una estupidez, teniendo en cuenta que vivíamos juntas, pero era maravilloso el simple hecho de no tener que fregar los platos después. Estaba bien sentirse mimada de vez en cuando.

Me aburrí de hacer zapping en la tele. Seguía con la mosca detrás de la oreja después de lo que Marcie me había dicho antes de irme. Me daba rabia reconocer que tenía razón. No perdía nada por decirle a Owen lo que sentía. Sería como quitarse una tirita, una que llevaba puesta desde hacía demasiados años. Lo peor que podía pasar era que Owen me dijera que no sentía lo mismo; al principio sería incómodo, pero con el tiempo lo superaríamos y todo volvería a ser como siempre. Marcie tenía razón en que el mejor momento sería en la fiesta de aniversario de la cafetería. Los dos estaríamos animados, habría un buen ambiente, y podríamos mantenernos alejados del resto en algún momento para hablar a solas. Únicamente debía preparar cómo decírselo. Alargué el brazo para coger el móvil de la mesa y abrí las notas. Podía empezar diciéndole que valoraba muchísimo nuestra amistad y que…

El timbre sonó. Miré la hora. Era imposible que Marcie hubiera vuelto y le había hecho comprobar que llevaba las llaves. Me levanté del sofá y caminé hasta la puerta, asomándome por la mirilla. Owen me saludó desde el otro lado de la puerta. Contuve un gritito nervioso.

Owen me había visto en toda clase de situaciones. Me había visto en plena efervescencia adolescente. Me había visto en el baile de graduación. También me había visto enferma, con la nariz seca y roja de tanto sonarme los mocos; al igual que el día que tuvo que acompañarme al hospital por probar un nuevo café que había destrozado mi flora intestinal. Me había visto con el horrible uniforme de la pizzería en la que había trabajado. Incluso una vez me vio en ropa interior, y para colmo, la más rota, vieja y antigua

que tenía.

A pesar de todo, me vi reflejada en el espejo, maldiciéndome a mí misma. Llevaba una camiseta de promoción de una tienda que además me quedaba grande y unos pantalones de chándal. Aún tenía restos de maquillaje de haber estado trabajando esta tarde, aunque por suerte, tenía el pelo limpio. Me recoloqué mis rizos pelirrojos por encima de los hombros, tomé aire y abrí la puerta.

—¡Ya pensaba que no me abrías! —Conocía a Owen desde el instituto y aún me costaba no quedarme anonadada mirándolo cuando aparecía. Estaba recién afeitado, ya que su rostro aún olía a la loción que usaba. Se había echado un poco de gomina sobre su pelo rubio, echándolo ligeramente hacia atrás. Sus ojos azules brillaban a pesar de la poca luz que había en el salón y sus dientes resplandecían mientras me dedicaba una sonrisa—. Venga, vámonos.

—¿Qué? ¿A dónde? ¿Ha pasado algo en la cafetería? —Se echó a reír, negando con la cabeza.

—¿Por qué siempre tienes que ponerte en lo peor?

—No lo sé, quizás por qué son las… —Miré la hora y mis mejillas se tiñeron de rojo, aún era muy temprano. Owen me observó, alzando las cejas—. ¿Me das un momento para que me vista?

—Venga, vamos. —Me agarró la mano, tirando de mí hasta mi habitación y me metió dentro, cerrando la puerta para quedarse fuera.

—Pero, ¿a qué viene tanta prisa?

—Tenemos que ir a un sitio. —Me desnudé en un instante y abrí mi armario de par en par. A diferencia del de Marcie, lo tenía ordenado por el tipo de ropa. La que usaba para estar en casa, la del trabajo y la que solía usar para salir por ahí.

—¿Para? —Alcé la voz, barajando qué ponerme.

—Verás, hay algo que quiero decirte desde hace tiempo, pero para ello, quiero que vayamos a un sitio. —Me quedé paralizada un instante. ¿Y si…? No, no podía ser tanta casualidad. Tenía que ser otra cosa. Agarré el primer vestido que encontré y chasqueé la lengua. Era uno que me había regalado Marcie por mi anterior cumpleaños que aún no había estrenado. Me parecía demasiado sugerente para mí, pero… *Qué coño.* Era mi momento. Existía la posibilidad de que no volviera sola a casa esta noche.

Me miré en el espejo de mi tocador. El vestido negro de tirantes lucía un escote en V más pronunciado de lo que estaba acostumbrada, pero por una milésima de segundo, me sentí tremendamente atractiva. Me quité los restos de maquillaje que aún decoraban mi cara, y me eché un poco de colorete para darle algo de alegría a mi rostro. Me eché rímel en las pestañas y me pasé el lápiz negro para realzar mis ojos verdes. Cogí el primer pintalabios que encontré, y aunque no querría haberlos pintado de ese rojo tan intenso, tampoco me habían quedado tan mal.

Me dejé la melena suelta, cayendo por encima de mis hombros hasta más o menos la altura de mi pecho y me agaché para coger unos zapatos rojos que no tenían mucho tacón.

Salí de la habitación y me encontré a Owen apoyado en la barra de la cocina.

—¿Ya estás? —El sonido de su voz se fue reduciendo a medida que me miraba. Por la forma en que recorrió mi cuerpo con la mirada, llegué a pensar que Marcie no estaba equivocada y que Owen sí que estaba interesado en mí—. Joder, Daphne.

—¿Vamos? —No hice caso de su halago. No solía hacerlo. Al principio, porque no creía que me lo estuviera diciendo en serio; y después porque me daba vergüenza. Pero eso Owen ya lo sabía.

—Claro, claro, vámonos. —Se apartó de la barra mientras yo

guardaba mi móvil y la cartera en mi bolso. Agarré las llaves que había colgadas en la pared y salimos juntos al exterior.

Hoy era la noche. Tenía que serlo.

Capítulo 2

Daphne

Me quedé sin palabras cuando llegamos al pub que había escogido. El letrero *vintage* resplandecía con su brillo intermitente, iluminando la calle tal como lo hizo la primera vez que vinimos aquí.

DREAM.

Ni siquiera funcionaban todas las letras y habían perdido vagamente su color, pero aun así seguían llamando la atención. Este fue el primer local en el que Owen y yo celebramos que habíamos encontrado un local enano donde empezar nuestra aventura. Nos tomamos una cerveza helada en la barra y nos dedicamos a esbozar bocetos en servilletas hasta que el pub quiso cerrar.

Aquella noche, había reprimido las ganas de besarlo una y otra vez. Estaba tan feliz que lo único que quería era aumentar aún más esa sensación de flotar en una nube. Los dos estábamos tan contentos, tan ilusionados con lo que teníamos por delante… No podía dejar de pensar en lo muchísimo que me alegraba haber emprendido aquel camino junto a él. Y ahora, aquí estábamos otra vez.

Empujó la pesada puerta negra, cediéndome el paso y le dediqué una sonrisa de agradecimiento cuando me adentré en el local. No estaba del todo lleno, pero sí que había más gente de lo habitual para ser un jueves. Sentí el brazo de Owen caer sobre mis hombros, y otra vez mi corazón se disparó. Me guio hasta una mesa alta que había casi al fondo del local. Muchas de las mesas estaban separadas por listones de madera antigua que daban cierta privacidad, pero todos esos sitios parecían estar ocupados.

Me senté en el taburete, ayudada por Owen, pero me dejó sola para ir a la barra y pedir las bebidas. Trajo las dos jarras de cervezas heladas que solíamos tomar y después de dejarlas sobre la mesa, arrastró el taburete para sentarse a mi lado.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvimos aquí, ¿eh? —Le di un largo trago a la cerveza, asintiendo con la cabeza.

—Y más aún desde la primera. —Se dibujó un bigote con el dedo y pasé la lengua para quitarme la espuma. Otro gesto nuestro que se había vuelto una tradición.

—Ha llovido mucho desde entonces —suspiré.

—Y tanto… ¿Te acuerdas de cómo discutimos aquí sobre si poner un cartel fosforito para la cafetería? —Owen se echó hacia atrás, riéndose.

—No me acordaba. —Volvió a beber cerveza, asintiendo con la cabeza—. La de estupideces que se nos han ocurrido a lo largo de estos años, ¿eh?

—Demasiadas estupideces. —Me empecé a reír—. Como la idea de no poner cucharas, sino un trozo de tableta de chocolate.

—¿Te acuerdas de cómo se nos quedaban las manos a los dos segundos? —Empezamos a reírnos a la vez—. Parecía…

—Mierda —dijimos al mismo tiempo, riéndonos a carcajadas—.

Owen. —Me aclaré la garganta—. La verdad es que no podría haber hecho esto sin ti. —Procuré respirar tranquila para controlar los latidos de mi corazón—. No sabes lo mucho que agradezco que me siguieras a esta locura.

—No seas exagerada. —Coloqué mi mano sobre la suya. Owen sabía lo que eso significaba. Iba en serio.

—Esta aventura podría haber acabado muy mal, y sé que la cafetería aún no es completamente segura y que todo puede echarse a perder, pero sé que si estamos juntos… todo irá bien. —Owen me dedicó una pequeña sonrisa y pasó la otra mano por mi mejilla, pasando un mechón de pelo por detrás de mi oreja.

—Te hubiera seguido a cualquier sitio porque creo que puedes conseguir cualquier cosa. —Pellizcó mi moflete—. Sabía que nos iría bien juntos.

—Owen, hay algo que quería decirte, pero… —Apartó la mano, irguiéndose en el taburete con una sonrisa.

—Eh eh, yo también, no te adelantes. —Cerré la boca sonriendo nerviosa—. Espera aquí un segundo, ¿de acuerdo? —Me limité a asentir con la cabeza. Owen se marchó a toda prisa. Aproveché para relajarme, cogiendo aire una y otra vez. Bebí otro largo trago de cerveza. No me gustaba pensar que el alcohol me ayudaba a sincerarme, pero sí que me ayudaba un poco a desinhibirme.

—Puedo hacerlo, puedo hacerlo… —murmuré para mí misma.

—Daphne. —Owen había vuelto, pero acompañado de alguien que conocía muy bien. Emma me dedicó una amplia sonrisa. Ella era la que nos había alquilado el local en el que trabajamos ahora. Era una mujer preciosa, educada y agradable que nos había ayudado con nuestra empresa. Era todo lo contrario a mí. Piel morena, pelo liso y castaño con mechas doradas, ojos marrones expresivos, labios carnosos. Tenía tal elegancia vistiendo que parecía una modelo.

Aunque claro, tener su cuenta bancaria, ayudaba muchísimo a parecerlo. Sus padres le habían dejado como herencia unos cuantos locales que había decidido alquilar y al mismo tiempo, impartía clases en un instituto privado.

Me levanté del taburete para saludarla. Era una pena tener que dejar que se uniera a nosotros, pero era lo mínimo que podíamos hacer por ella.

—Cuanto tiempo sin vernos, Emma. —Ella asintió, sentándose al lado de Owen.

—La verdad es que sí, como suele ser Owen quien se encarga de pagar el alquiler…

—Hay que dividirse el trabajo —dijo él con una divertida sonrisa —. Además, gracias a eso, es como empezamos a conocernos mejor. —Casi me atraganto con la cerveza al ver cómo le pasaba su brazo por la cintura. Emma se acercó más a él, sonriéndole de forma cómplice.

—Eso es verdad —murmuró. Sus rostros se quedaron el uno frente al otro, rozando sus narices.

—¿Estáis…? —Ambos sonrieron.

—No quería decir nada, pero… llevamos saliendo seis meses. — Puse cara de póker y recé porque Owen no la reconociera. Había sentido un jarro de agua fría cayendo por mi cabeza. ¿Owen llevaba seis meses saliendo con Emma a escondidas? Pensaba que nos lo contábamos todo el uno al otro. Volví a fingir una sonrisa.

—Vaya, eso… —Solté una suave carcajada de incredulidad—. ¡Es increíble! Me alegro muchísimo por los dos. —Sonreí mientras me levantaba del taburete para darle un abrazo a ambos. Era la única manera de ocultar mi expresión de asombro. ¿Cómo no había podido darme cuenta de que Owen estaba con alguien? Lo conocía desde que tenía catorce años, *maldita sea.*

—¿De verdad? —preguntó Emma ilusionada.

—¡Claro que sí! ¿Por qué no iba a alegrarme?

—¿Ves? Te dije que no habría problema —añadió ella apretando con cariño su brazo—. Owen estaba preocupado.

—¿Por?

—Por si creías que nuestra relación afectaría a la cafetería, como Emma es la propietaria del establecimiento, bueno… —Se rascó la nuca. Solía hacerlo cuando algo le avergonzaba. Me encogí de hombros.

—Si fuese una propietaria insoportable que nos hiciera la vida imposible si me preocuparía, pero Emma es increíble. —Y estaba siendo completamente sincera. Ese era justo el problema. Ambos compartieron una mirada cargada de complicidad que hizo que quisiera marcharme corriendo de allí. Me levanté del taburete, como si fuera un acto reflejo, sacándolos de su ensimismamiento.

—¿A dónde vas?

—Al baño —dije como si fuera un robot. Algo que me habría gustado ser en aquel momento—. Vuelvo enseguida.

—Sí, que tienes que contarme eso tan importante.

—No me digas que hay más buenas noticias —comentó Emma entrelazando su mano con la de Owen. Intenté no fijarme en cada gesto que los retrataba como pareja, pero no podía.

—Es una tontería.

—No, no, si has esperado tanto tiempo para decirlo es que es importante. Tú no te andas con tonterías. —Hice una mueca que pretendía ser una sonrisa a Owen. Me di cuenta de que había balbuceado cuando me miró extrañado.

—Es que… yo… —Siempre solía salir airosa de cualquier tipo de situación. Me consideraba a mí misma una persona imaginativa y bastante resolutiva pero no se me ocurría qué decir—. Yo también

estoy saliendo con alguien. —Owen parpadeó sorprendido, pero más me sorprendí yo al haberme inventado aquella patética explicación —. Pero me daba vergüenza contarlo porque llevamos poco tiempo y… no quería que pensaras que iba a descuidar el negocio.

—¿Tú? ¿Desatender la cafetería? —Se río—. Es tu vida, sé que no la dejarías

Y por tanto centrarme en ella, tú has acabado con Emma, pensé.

—¿Cuánto tiempo lleváis?

—¿Por qué no le dices que se venga? Así nos conocemos bien los cuatro. —Volví a fingir una sonrisa ante la propuesta de Emma.

—¡Eso sería genial! —exclamó Owen, ilusionado.

— Sí, claro, pero voy a ir primero al baño, y ahora… —Me fui alejando de la mesa—, ahora salgo y lo llamo.

Me escabullí al baño y me encerré en uno de los destartalados urinarios. Saqué el móvil del bolso y llamé a la única persona que podía ayudarme a salir de este embrollo.

—¿Qué pasa?

—Marcie, necesito tu ayuda. —No podía hablar muy alto, ya estaba haciendo bastante el ridículo encerrada en aquel maloliente cubículo.

—¿Estás bien?

—¿Te acuerdas de Emma?

—Sí, la dueña del local, ¿le ha pasado algo?

—Sí, Owen.

—¿Qué?

—Que Owen y ella están saliendo. Juntos. Son novios desde hace seis meses.

—¡¿Qué?! —Después de aquello no le pregunté si ella sabía algo —. ¿Cómo te has enterado?

—Owen vino a buscarme y estoy con ellos en el *DREAM*. —Soltó

una serie de improperios de los cuales no entendí ni la mitad—. Y eso no es lo peor. He sido gilipollas y he dicho que lo que quería decirle era que yo también estaba saliendo con alguien y me han dicho que lo llame para que venga.

—Vamos, no me jodas… —Otra hilera de insultos salió de su boca—. Daphne, eres muy lista, ¿por qué coño has hecho esa tontería?

—¡No lo sé! He entrado en pánico. Marcie, ¿qué hago? —La música de la discoteca en la que estaba no me dejaba escucharla bien. *Lo que me faltaba*—. ¿Marcie?

—… a alguien… —Eché la cabeza hacia atrás, desesperada.

—No te escucho bien.

—Busca a alguien. —Fruncí el ceño. Tenía que estar de coña.

—¿Cómo? ¿Le pregunto a cualquier tío si quiere hacerse pasar por mi novio? —Cada vez escuchaba peor la voz de Marcie.

—¡Sí! Sal por la puerta de atrás y metete en otro bar, vuelve con alguien y ¡tachán! Asunto resuelto.

Sí, tenía que estar de coña.

—¿Cuánto has bebido? —Marcie empezó a reírse. Miré la hora. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí metida. Le colgué. Aguanté las ganas de gritar. Cada vez le veía más sentido al plan de Marcie. Y eso que no llevaba ni media cerveza. Salí del cubículo, empujando la puerta con más rabia de la cuenta.

Me observé en el sucio espejo del baño y respiré profundamente. No iba a salir por la puerta de atrás. Me adentré de nuevo en el bar, pasando por la mesa de Owen y Emma. Verlos hacerse arrumacos no era lo mejor del mundo. Estaba preocupada por si había tardado más de la cuenta, pero seguramente ni tan siquiera habían sido realmente conscientes de mi ausencia.

—Voy fuera a llamarlo —anuncié, sin llegar a pararme con ellos.

Salí del local, con la sensación de que me faltaba el aire. Miré a mi alrededor. En aquella maldita calle solo había tiendas, ni un puñetero bar.

Cogí aire y abrí de nuevo la puerta del *DREAM*, esta vez con sumo cuidado. Owen y Emma no me habían visto entrar. Eché un rápido vistazo a mi alrededor y me asomé a una de las mesas que estaba resguardada por los listones de madera.

—Hola. —Un hombre que parecía más o menos de mi edad me miró sorprendido—. Necesito que me hagas un favor.

—¿Nos conocemos? —Me deslicé hasta el final del sofá desgastado, ocultándome por completo tras los listones de madera. Tenía que estar pareciéndole una loca.

—No, todavía no, pero necesito que me hagas un favor. Necesito que te hagas pasar por mi novio.

—¿Perdona?

—Luego te lo explico todo, pero por favor, necesito tu ayuda. —El hombre miró a su alrededor, se río y sin mediar palabra se marchó —. Mierda, mierda, mierda.

—Yo lo haré. —Escuché una voz procedente de la mesa de atrás. Me giré, pero me encontré con más listones de madera.

—¿En serio?

—¿Por qué no? —No tenía idea de cómo era, pero recé porque fuera una persona normal. Sin embargo, ¿qué persona normal aceptaría una propuesta tan estúpida? Aunque claro, ¿qué persona normal propondría algo así a un desconocido? Quizás yo ganaba en ser la rara en esta ocasión—. Pero necesito algo a cambio. —Ahí venía lo que me iba a obligar a levantarme y darle un bofetón—. Que tú también finjas ser mi novia.

— ¿Cuándo? —¿En serio eso era lo único que se me ocurría preguntarle?

—Ya te lo diría más adelante. —Miré el reloj del móvil. Estaba tardando demasiado. Por muy embelesados que estuvieran el uno con el otro, en algún momento Owen saldría a buscarme.

—¿Hay trato? —*Joder, sí que estaba desesperada.*

—Hay trato. —Me asomé con cuidado para asegurarme de que Owen y Emma no estaban mirando y me fui hacia atrás, chocando con el desconocido.

Capítulo 3

Luke

Podría haber lanzado el móvil contra el respaldo del taxista después de la sexta llamada perdida, pero me contuve. También pensé en abrir la ventanilla y tirar el teléfono después de la octava. Sin embargo, opté por apagarlo después de la décima y no cabrearme.

No tenía la culpa de que el vuelo se hubiera retrasado unas horas, ni tampoco de no poder contestar a una llamada en el avión. Solo tenía la culpa de haberme quedado tres días más cuando tenía que haber entregado el trabajo el lunes; y aún así, tampoco era el fin del mundo. Lo importante eran los resultados. Ellos me habían enseñado a ser así y ahora tendrían que lidiar con las consecuencias.

Si querían que les demostrara mi valía, tendrían que adaptarse un poco. Si querían reafirmar la excelente decisión que había sido contratarme, tendrían que ceder y dejarme enseñarles lo que soy capaz de hacer. Podían poner el grito en el cielo, quejarse de mi pésima organización y quizás se inventarían alguna que otra falta más, pero les gustaba lo que hacía. Tenía talento. No era un ególatra

con aires de grandeza, sabía lo que se me daba bien y le sacaba partido.

Durante el recorrido en el taxi, preparé mentalmente mi discurso. Uno revelador e inspirador que los dejara boquiabiertos y sin ganas de echarme la bronca por entregar tarde el dossier, pero odiaba pensar acerca de qué decir. Me gustaba improvisar y creía firmemente que todo me salía mejor cuando no planeaba nada. Simplemente me dejaba llevar y el destino se encargaba de recompensarme.

No obstante, quizás no fuera buena idea decirle al taxista que me dejara a una manzana de la oficina para tomarme un café antes de entrar. No era un fan acérrimo de la cafetería que había cerca de la oficina, pero tampoco quería retrasarme aún más. Decidí pedir un simple café con leche para llevar, bien cargado de azúcar esta vez, y fui directo a la oficina. Aun así, cuando entré en el vestíbulo del edificio, aparenté toda la tranquilidad que podía transmitir. El vigilante de seguridad me saludó levantando la mano y yo le dediqué una sonrisa mientras llamaba al ascensor. Marqué el número dieciséis y me alegré de subir solo.

Me miré en el espejo. Los efectos del *jet lag* aún estaban presentes. Lucía unas leves ojeras, una barba de tres días y para qué engañarnos, ni tan siquiera me había peinado. Supuestamente había dormido unas cuantas horas en el avión, pero eso no podía catalogarse como un sueño reparador. Era cerrar los ojos y disfrutar de las maravillosas turbulencias que te mecían para relajarte.

La gente que trabajaba en L&T tendía a ir en traje. Muchas veces me daba la impresión de que más que trabajar en una revista dedicada al periodismo de investigación y fotografía, lo hacía en un banco en el distrito de Wall Street. Mi papel en la empresa suponía ciertas ventajas, como, por ejemplo, elegir mi propio vestuario. Ya

me habían dicho que tenía que dar una imagen concreta y yo les explicaba que no iría vestido como un pordiosero pero que tampoco me verían disfrazado como un multimillonario. Ejercer de fotógrafo podía implicar horas de espera para captar el mejor momento y en función del lugar en el que estuvieras, debías elegir una ropa que fuera cómoda. No iba a ir a lugares inhóspitos de la costa de Groenlandia en traje de chaqueta. Mi supuesta rebeldía en cuanto al vestuario había dado de qué hablar entre el resto de empleados, pero desde el día que entré a trabajar en la empresa, decidí hacer caso omiso a los comentarios malintencionados que se lanzaban sobre mí. La gente siempre hablaría, y era mejor que hablaran mal a ser invisible. Les había repetido ese dogma a mis superiores unas cuantas veces a lo largo de los años, pero no les había llegado a convencer.

Me gané unas cuantas miradas curiosas cuando irrumpí en mi planta. Como siempre, les regalé una sonrisa y me marché a mi despacho. Cerré la puerta y me senté en la silla giratoria, encendiendo el ordenador. Suspiré mientras estiraba mi espalda y empecé a contar hasta tres. Al terminar, Charlotte llamó con los nudillos a la puerta.

—Buenos días, señor Watts. Le están esperando. —Había elegido a Charlotte como secretaria hacía menos de un año, y a pesar de ser un poco más joven que yo, me trataba como si fuera un anciano.

—Sí, lo sé, gracias Charlotte. —Le di un largo trago al café, arrepintiéndome inmediatamente por lo mucho que quemaba—. Entra un momento y cierra la puerta. —Obedeció al instante. Tecleé la clave de seguridad del ordenador, y aunque esperaba que se sentara en una de las sillas, se quedó estática delante de la puerta —. ¿Cómo están?

—Enfadados, señor.

—Bueno, ellos viven permanentemente enfadados. —Retiré la tapa de plástico del café y la eché a la basura—. Pero en una escala de "voy a mandarlo a hacer fotos de solares en construcción a es un capullo, pero tiene talento", ¿dónde los situarías? —Conseguí sacarle una tímida sonrisilla, y supe que estaba aguantándose la risa.

—Quizás más cerca del solar, señor. —Suspiré sacando del maletín la cámara y sincronizándola con el ordenador—. Pero si luego ven el reportaje y creen que es increíble, como suele ser la costumbre, quizás no haya problema. —Recibir un halago de Charlotte no era muy común. Puede que estuviera empezando a hacer que se abriera un poquito y dejara de ser tan formal.

—Espero que sea así. —Intenté no darles demasiada importancia a sus palabras para que no se sonrojara o se arrepintiera de haberlo dicho. Cuando ya se habían sincronizado todas las fotos, me levanté del asiento, sujetando el vaso de café—. Imprímelas, en la calidad…

—Sí, lo sé. —Primero me halagaba y luego se adelantaba. Aquello sí que era inesperado—. ¿Todas ellas?

—Bastarán las cuatro últimas. Créeme. —Le guiñé un ojo antes de salir de la oficina, fijándome en cómo se teñían sus mejillas.

Contuve el aire antes de abrir la puerta de mis superiores. Ambos compartían oficina, cada uno con sus respectivos escritorios y con unas vistas privilegiadas de la ciudad. La cristalera que quedaba a sus espaldas podría iluminar el piso entero por si sola teniendo en cuenta la gran cantidad de luz que llegaba a través de ella.

—Pero a quién tenemos aquí —murmuró ella quitándose las gafas de cerca y dejándolas colgando en la cadena que tenía alrededor del cuello.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Robert levantándose de su escritorio para acercarse a mí. Estrechó mi mano, sonriente, y me dio una palmada en el hombro.

—¡Bob! No le trates como si estuviera bien que haya llegado ahora. —Robert puso los ojos en blanco mientras que ella también se acercaba—. ¿Tanto te hubiera costado avisar?

—El vuelo salió con retraso —empecé a explicar hasta que me interrumpió.

—¿De una semana? —Oculté la sonrisa pero Samantha me conocía lo suficiente como para saber que estaba aguantando la risa —. No puedes hacer estas cosas, Luke.

— Merecerá la pena. —Parecía que ambos se habían puesto de acuerdo para resoplar a la vez—. Lo digo en serio.

—Luke… —comenzó a decir Robert.

—Escuchad. El tiempo en Islandia empezó siendo horrible y las fotos eran de una calidad espantosa, si supuestamente tenía que encargarme de realizar un reportaje fotográfico que capturara la esencia del lugar para fomentar su turismo, tenía que quedarme más tiempo.

—Eso no lo dudo, pero… —Un toque en la puerta provocó un silencio. Charlotte pidió permiso para entrar y me entregó las fotos que le había pedido dentro de un sobre. Acto seguido, salió de la oficina. Me acerqué al escritorio de Robert, colocando las fotos sobre la mesa.

—Mirad. —Antes de llamarlos, ya estaban detrás de mí, y supe que Samantha había reprimido su asombro. Tan solo había seleccionado cuatro fotos, pero sabía que eran las que necesitaba para captar su atención—. Mi idea era no ocultar el clima que puedes padecer allí, sino reflejar ambas ideas. Esta es Svartifoss, conocida coloquialmente como la cascada negra de Skaftafell, es uno de los motivos por los que más se visita este parque natural en Islandia. —Señalé la foto correspondiente. Estaba cubierta por la niebla, pero a pesar de ello, podía apreciarse ligeramente. Las

columnas de basalto que rodeaban la cascada parecían resbaladizas y a pesar de la niebla, brillaban bajo aquellos nubarrones, como si fuera la entrada a un castillo acuático. Sin embargo, en la siguiente fotografía, aquella misma cascada brillaba bajo la luz del sol y gracias a esos mismos rayos, un arcoíris se reflejaba en la base. Las columnas de basalto parecían ahora ser de cristal oscuro—. Quería que se viera que ambos climas pueden crear postales únicas. Que no importa la época en la que viajes, parecerá un lugar de ensueño de todas maneras. —Ese era el juego que tenía de todas las fotografías. Paisajes nubosos, un tanto tristes y abandonados para después iluminarse con un gigantesco sol que aunque no transmitía mucha calidez, lo hacía un lugar completamente diferente. Ambos se dedicaron una rápida mirada que conocía bastante bien.

—Son impresionantes, Luke —terminó por confesar Robert—. Tienes talento, demasiado talento.

—Gracias, tuve un buen maestro. —Robert me dedicó una sonrisa.

—Son mucho mejores de lo que esperaba, eso sin duda —admitió Samantha. Me giré para mirarlos. Aún seguían observando las fotografías—. Me hubieran gustado más si hubieran llegado cuando te las pedimos, pero son increíbles.

—Se publicarán mañana mismo —dijo Robert haciéndose con las fotografías—. Quiero que me mandes todas las que tengas. —Asentí. Samantha carraspeó—. Ah, sí… Pero tenemos que hablar, Luke.

—Claro, decidme.

—Tu trabajo es impresionante, eso es innegable. Todos los reportajes que te encargamos son únicos y especiales. Somos muy conscientes de tu talento. —Demasiado halagos seguidos. *Peligro*—. Pero…

—Pero no puedes seguir así —continuó Samantha—.

Prácticamente todas las entregas llegan con retraso.

—Porque quiero que sean las mejores y eso supone tiempo.

—Y no es solo eso. Trabajas en L&T, una revista muy importante y que no permite líos de ninguna clase. —Fruncí el ceño.

—No sé por dónde vas.

—¿No? —Se cruzó de brazos, enarcando una ceja—. ¿Y qué me dices del revuelo que causaste hace cinco meses con Irina Skep? —Abrí la boca pero la cerré inmediatamente—. ¿Y con April Lake?

—Tampoco lo llamaría revuelo. —Samantha caminó hasta su escritorio y abrió uno de los cajones. Empezó a tirar sobre su mesa ejemplares de revistas del corazón en las que salía en portada con aquella modelo, para luego seguir sacando más basura sensacionalista. Suspiré—. ¿Y qué? ¿Uno no puede tener una cita?

—Luke.

—La gente es muy mal pensada.

—No queremos ser protagonistas de esta clase de revistas, ¿entiendes? —Cuando fui a contestar, Robert intervino.

—Lo que tu madre quiere decir es que queremos que te labres un futuro profesional por tu talento, no por estas tonterías. —Suspiré —. Y sabes que esto no es la primera vez que pasa.

—Sin ir más lejos, Katya Aliyev se presentó gritando en tu oficina mientras estabas en Islandia, porque le habías dado una dirección falsa. —Le di un trago al café, ahora demasiado frío, y me revolvió el estómago. Ya me había olvidado de Katya. Había sido un rollo pasajero de una noche, no pensé que de verdad fuera a plantarse en mi casa para hacerme una visita—. No podemos permitir que esto continúe así.

—Lo siento, no me meteré en líos y haré las entregas a tiempo.

—Eso no me vale. —Cuando mi madre sacaba a relucir su lado autoritario no había quién la parara—. Estoy harta de estas historias

y de que creas que puedes hacer lo que te da la gana sin consecuencias por ser nuestro hijo.

—Mamá, yo… —Se acercó a mí con los brazos en jarra.

—A partir de ahora, te dedicarás a pequeños reportajes a pie de calle. Nada de viajes, nada de grandes exclusivas. —Abrí los ojos como platos. Miré a mi padre para que me apoyara, pero también se mantuvo firme.

—¿Qué? ¡Eso es desperdiciar mi talento!

—¡Eso es mantenerte a raya! —exclamó sin miramientos—. Y harás lo que yo te diga, porque no solo soy tu madre, también soy tu jefa, ¿te queda claro? —Sabía que iniciar una discusión allí era una pérdida de tiempo, así que a pesar de las ganas de rebatirle, me callé.

—¿Algo más? —Cogió una gran cantidad de aire por la nariz y negó con la cabeza.

—Mándame las fotos y vete a casa por hoy —añadió mi padre desde su escritorio—. Nos veremos el lunes, tienes que recuperarte del *jet lag*.

— Nos vemos el lunes —respondí tajante, tirando el vaso de café en su papelera y saliendo de allí.

Recorrí el piso en grandes zancadas mientras todo el mundo me observaba. Parte de la discusión habían tenido que escuchar, eso era obvio, pero no me importaba. Me encerré en mi despacho y le mandé las fotos tal y como me había indicado. También me encargué de especificar cada localización de cada una de ellas y de algunas observaciones que había anotado mientras estaba en el lugar. Charlotte entró en mi oficina, y aunque estaba seguro de que habría llamado a la puerta, no me enteré de nada.

—¿Ha ido muy mal? —preguntó con un hilo de voz. Solo tuve que mirarla a los ojos—. Sí, ha ido muy mal…

—¿De verdad se presentó aquí Katya Aliyev? —Sus labios formaron una *O* y se sonrojó.

—Se me olvidó decírselo. Montó un buen espectáculo en la oficina… —Oculté mi rostro entre mis manos, suspirando—. ¿De verdad… le dio una dirección falsa? —No me podía creer que me lo estuviera preguntando, ni tampoco que lo hiciera con ese tono de terror—. Eso era lo que chillaba por los pasillos, además de muchos insultos en ruso…

—No dejaba de preguntarme dónde vivía y no tenía confianza con ella como para decírselo.

—Pero sí para… —Se tapó la boca antes de terminar la frase. Alcé una ceja, sonriendo con amargura.

—Sí, para tirármela, sí. —Me levanté de la silla, presionando el botón del ordenador para apagarlo y agarré el maletín—. Nos vemos el lunes, Charlotte. —Me sorprendió aún más cuando me cogió por el brazo con suavidad.

—Todo se arreglará, señor Watts. —Me sonrió tímidamente. Como si de pronto se hubiera arrepentido de haber sido tan cercana conmigo, me soltó el brazo y agachó la cabeza, saliendo antes que yo de la oficina—. Hasta el lunes.

Capítulo 4

Luke

No me enorgullezco de haberme quedado dormido en el sofá nada más haber llegado a casa, pero era lo único que necesitaba. Me había despertado dándome cuenta de que había babeado el cojín y con un dolor de espalda digno de un hombre de sesenta años, y no de los veintiocho que tenía. O al menos con eso bromeaba Tate, el cual era el responsable de que me hubiera despertado antes de lo que realmente pretendía. El cabreo con mis padres seguía presente y si quería desahogarme de verdad lo único que tenía que hacer era tomarme una cerveza con mi mejor amigo. Por lo menos a él se le ocurriría algo lo suficientemente maduro como para hacer que mis padres me devolvieran a mi puesto real en la revista. No podía dedicarme a hacer fotos para artículos pequeños, no ahora que estaba empezando a destacar. Siempre había soñado con viajar y hacer reportajes como el que había hecho en Islandia, y este cambio suponía un paso atrás que no estaba dispuesto a tolerar. Sin embargo, conocía lo suficiente a mis padres como para saber que no era el momento de enfrentarme a ellos. Aún estaban cabreados por

haber llegado tan tarde y por todo el asunto con Katya. Por lo tanto, tenía dos opciones, quedarme en mi apartamento lamentándome y estando cada vez más cabreado, o podía salir a tomar algo.

Me asomé al ventanal de mi ático y suspiré profundamente. Ya había anochecido, pero la ciudad seguía iluminada. Las noches en Islandia habían sido noches de verdad, con un cielo nocturno plagado de estrellas y una luna plateada que parecía sacada de alguna película de fantasía. Allí, la ciudad estaba demasiado viva, con demasiado movimiento, demasiados letreros parpadeantes y con el humo de todos los coches que circulaban por la vía principal. Aun así, adoraba aquel ático. Solo mis padres y Tate sabían donde vivía. Y así seguiría siendo.

Mis padres ya habían intentado que me mudara al mismo barrio residencial donde ellos vivían, todo lleno de casas iguales, con coches de la misma marca aparcados en el garaje exterior. Como si alguien hubiera hecho un copia y pega de aquella parte de la ciudad. A mí, por otro lado, me gustaba vivir donde hubiera ruido, donde hubiera jaleo, donde sabía que la ciudad no dormía. Aunque justo esta noche extrañase Islandia.

Había elegido un edificio que, según mis padres carecía de glamour, pero había reformado el ático por completo, obviando el estilo antiguo del edificio y convirtiéndolo en un loft que parecía sacado de una revista de decoración. Eso era básicamente lo que había hecho. Me limité a señalar unas habitaciones de la revista y dejé que los obreros se pusieran manos a la obra.

El ático consistía principalmente en un salón que podía dividirse en dos partes. Una en la que una gigantesca alfombra de color granate cubría la tarima de madera y un *chaise longue* de color negro miraba a una televisión, de unas pulgadas que no recordaba, anclada a la pared. Una hilera de estanterías llenas de libros llegaba

hasta la segunda zona en la que había una mesa de comedor que no había llegado a estrenar, pero que se encargaba de dividir la estancia; y al fondo, el ventanal en el que estaba asomado, justo donde estaba mi escritorio. Ahí era donde pasaba la mayor parte del tiempo. A mi izquierda, quedaba una cocina pequeña, separada del salón por una isla de mármol oscuro, tal y como eran el resto de los muebles; y a la derecha, mi dormitorio con el baño.

Mi habitación era bastante simple. Una cama amplia de matrimonio, un armario empotrado y otro ventanal que podía cubrir cuando quisiera por unas persianas eléctricas. El baño tampoco era especialmente grande. Tenía lo justo y necesario. Un inodoro, una placa de ducha y un lavabo con un mueble empotrado para guardar las toallas junto a un espejo justo encima.

Me encerré en este último, dándome una larga y merecida ducha que terminara de espabilarme. Apoyé la frente en la mampara, dejando que el agua caliente cayera despacio sobre mi cabeza y cerré los ojos. Aún podía ver el cabreo en los ojos de mi madre cuando había empezado a lanzar revistas sobre la mesa. ¿Qué importaba que hubiera sido relacionado con varias modelos? Era joven, soltero y tenía tiempo suficiente como para llevar a cabo mi trabajo y salir por ahí. No había llegado a comprometerme con nadie, me limitaba a disfrutar de la vida día a día. No todos tenían una maravillosa y estúpida historia de amor como la que ellos habían compartido. Sé que eso era lo que querían para mí, pero no iban a poder cambiarme y mucho menos empleando un chantaje como aquel. Mi sueño era abandonar la empresa en algún momento, crear mi propia galería de fotografía y además, viajar para hacer fotos de toda clase de lugares. No quería trabajar para siempre en L&T, así que podían ahorrarse esas amenazas.

Cuando sentí que la ira estaba tomando el control, corté el agua

y salí de la ducha. Me sequé con la toalla y observé mi imagen en el reflejo del espejo. Pensé en afeitarme, pero tampoco me disgustaba tanto aquella barba que me había dejado en Islandia. Me la recorté lo justo y me peiné echándome un poco de gomina en el pelo aunque dejándolo a su aire. Salí del baño, abrí el armario y cogí los primeros vaqueros que encontré. Agarré una camiseta de color vino que tenía colgada y salí del dormitorio en busca de mi móvil. Le contesté a Tate que estaría allí en cinco minutos y me puse las deportivas negras. Apagué la luz, me guardé el móvil y la cartera en el bolsillo trasero de los vaqueros y cerré con llave. Si Tate no lograba darme ningún buen consejo, tendría serios problemas.

Por suerte, estaba esperándome sentado con una cerveza negra sobre la mesa. Se levantó en cuanto me vio entrar al *DREAM* y nos abrazamos, dándonos unas sonoras palmadas en la espalda. Volvimos a sentarnos en nuestra mesa de siempre, ocultos tras los listones de madera antigua que tanto me gustaban.

—Sí que has tardado en volver, ¿eh? —Le di un largo trago a la cerveza, relamiéndome los labios—. Pensaba que ya te quedarías en Islandia.

—No, por favor, tú también no —rogué. Tate se echó a reír—. Solo han sido… ¿Qué? ¿Tres semanas? ¿Acaso Ottawa se detiene en cuanto me voy?

—Más o menos, tío, más o menos. —Esta vez nos reímos juntos —. ¿Cómo ha sido?

—Increíble. —Me estiré en el desgastado sofá de piel ajada—. Ya verás las fotos mañana, pero ha sido como estar en el paraíso. Nunca creí que pudiera gustarme tanto.

—¿Y el próximo destino cuál es? ¿Nueva Zelanda? ¿Algún país de Europa? Oye, dicen que los campos de tulipanes de Holanda son espectaculares y…

—Por ahora el destino más próximo será alguna estúpida reunión en el centro de jubilados. —Tate alzó ambas cejas y esta vez le di un trago aún más largo a la cerveza, dejándola prácticamente acabada.

—¿Qué ha pasado? —Suspiré—. ¿Ha sido por lo de Irina? Lo vi en una revista. —Agaché la cabeza—. ¿O por lo de April? ¿O por lo de Katya?

—¿Cómo sabes lo de…? —Bebió rápidamente de la cerveza y abrí los ojos de par en par—. No me jodas, ¿mi madre te llamó? —Lo negó con la cabeza.

—Más bien me llamó tu padre, por si te habías metido en algún lío con ella y por eso no volvías de Islandia. —Tuve que reírme.

—Joder… —Tate se encogió de hombros.

—Menos mal que no fue tu madre la que me llamó, le hubiera acabado dando la razón, aunque hubiera sido mentira. Creo que con la edad ha ido ganando en carácter.

—Si con carácter quieres decir mala leche, sí, ha ido ganando. —Tate sonrió. Él conocía a mis padres desde que era un crío. Ambos pasábamos mucho tiempo en casa el uno del otro, sino fuera por su ascendencia filipina, hubiéramos parecido hermanos—. La cuestión es que entre lo de Irina, April, Katya…

—Menos mal que solo saben esos nombres —murmuró interrumpiéndome. Lo fulminé con la mirada, pero no quitó la sonrisa burlona de la cara.

—… y el retraso de algunas entregas, digamos, que no están muy contentos conmigo.

—O sea, que básicamente te han dicho que eres un inmaduro y te han mandado a hacer reportajes de mierda. —Me terminé lo que quedaba de cerveza y asentí.

—Es una buena manera de resumirlo. —Me levanté cogiendo la jarra vacía—. ¿Quieres otra?

—Aún me queda la mitad, algunos no bebemos como si estuviéramos en el puto desierto. —Solté una carcajada y me acerqué a la barra. Mientras esperaba a que me sirvieran otra, miré hacia la puerta que acababa de abrirse. Un hombre le estaba cediendo el paso a una chica pelirroja que llevaba un escote de vértigo. Recorrí su cuerpo con la mirada y tragué saliva. Sus rizos anaranjados caían hasta su pecho y sus labios rojos contrastaban frente a su pálida tez. Si Tate no hubiera estado conmigo, me habría lanzado a hablarle pero regresé a la mesa con él.

Tate también se había fijado en ella, aunque por supuesto, ella no fue consciente de ninguno de los dos, parecía tener ojos solo para el tío que la acompañaba.

—¿En serio, tío? ¿Te degradan por líos de faldas y te quedas mirando a la primera que entra? —Me eché a reír, alzando los brazos.

—Tú también la mirabas.

—Yo puedo hacerlo, no me van a mandar al parque a hacer fotos de palomas —bromeó, pero consiguió que emitiera un sonido de queja.

—¿Qué puedo hacer? —Dejé caer mi frente contra la mesa, arrepintiéndome al instante por lo pegajosa que estaba—. Se supone que tú eres el maduro, ayúdame.

—Se tú el maduro por una vez. —Levanté la cabeza para mirarlo —. Tómate el plazo de las entregas en serio y no vayas detrás de cada tía que te mire.

—¿Y de las que no me miren? —Tate me desafió con la mirada y suspiré—. Está bien, está bien, era broma, joder… Aunque me convirtiera en alguien maduro de buenas a primeras, mis padres tardarían en cambiar de opinión.

—Pues sufres el hecho de que te manden a hacer reportajes de

mierda y te jodes. Así es como se madura, es parte del cambio. Si ven que hay un compromiso…

—Tate, no lo entiendes. Mi trabajo es lo de menos, lo que mi madre no soporta son mis rollos de una noche porque no quieren que salpiquen a la revista. —Le di un sorbo a la cerveza. Me fijé en cómo la chica pelirroja que había visto antes se marchaba y también de cómo Tate me regañaba en silencio. Suspiré.

—¿Cómo le explico que he sentado la cabeza? —Se encogió de hombros.

—Siéntala de verdad. —Me eché a reír.

—Claro que sí, ¿y qué más, Tate? — La famosa chica pelirroja entró de nuevo al local, y esta vez los dos la miramos, pero no porque nos pareciera guapa, sino por cómo se movía. Se ocultaba del chico con el que había llegado, o al menos esa era la impresión que causaba. Cuando Tate estaba dispuesto a seguir con esa sarta de tonterías, le indiqué que se mantuviera callado un instante para enterarme de qué estaban hablando la chica y el tío que había sentado delante de nosotros.

—Necesito que te hagas pasar por mi novio. —Tate y yo nos miramos, perplejos, aguantando la risa.

—¿Perdona? —El hombre habló con voz pastosa. Menudo ojo había tenido la susodicha.

—Luego te lo explico todo, pero por favor, necesito tu ayuda. —Vimos cómo el hombre atravesaba el pasillo, riéndose con suavidad. La idea pasó por mi cabeza en cuestión de segundos, tan rápido que realmente no llegué a pensar con claridad.

—Yo lo haré. —Tate me observó como si hubiera perdido la cabeza.

—¿En serio?

—¿Por qué no? —Era justo lo que necesitaba. Si mis padres

querían que sentara la cabeza, lo mejor sería presentarles a mi novia. Le diría que íbamos en serio y recuperaría mis reportajes—. Pero necesito algo a cambio. —Tate negó una y otra vez con la cabeza—. Que tú también finjas ser mi novia.

—Es una idea terrible —susurró.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Ya te lo diría más adelante… ¿Hay trato?

—Hay trato. —Me levanté del asiento, despidiéndome de Tate con la mano y me marché hacia la mesa de delante. La chica chocó de pronto contra mi pecho, pero ni tan siquiera me hizo retroceder.

Capítulo 5

Daphne

Aquel hombre era lo último que me esperaba. Había actuado rápido cuando me había chocado contra él y había posado las manos en su pecho para apoyarme. Por un momento, me quedé sin aliento al contemplar aquellos ojos de color caramelo. Me estudió con curiosidad, cosa que no me extrañaba después de aquella proposición.

No podía llegar a comprender qué razón tendría aquella clase de hombre como para necesitar que alguien se hiciera pasar por su novia cuando, si chasqueaba los dedos, tendría a sus pies mil candidatas.

—¿Daphne? —Escuché la voz de Owen llamándome desde la mesa en la que se encontraban y cerré los ojos. No había tiempo que perder.

—¿Cómo te llamas? —susurré. El hombre agachó la cabeza para responderme cerca de la oreja.

—Luke, y tú Daphne, ¿no? —Asentí—. Pues vamos allá. —Pasó su mano por mi cintura, caminando a mi lado. Aquello había sido

una idea horrible. No iba a salir bien.

—Solo sígueme el rollo —murmuré—. Saldrá bien —mentí.

—Claro que sí.

—Me lo decía a mí misma —susurré antes de llegar a la mesa con Owen y Emma—. Chicos, este es Luke. —Owen se bajó del taburete para presentarse y estrecharle la mano.

—Encantado —dijo mientras soltaba mi cintura, dándole la mano a Owen—. He oído hablar mucho de ti. —Intenté ocultar mi gesto de sorpresa ante aquel comentario.

—Ojalá pudiera decir lo mismo.

—Bueno, ya sabes cómo es Daphne, ¿no? —Me reí levemente. *En serio, ¿de dónde había salido este tío?*

—Ella es Emma, la novia de Owen y… la dueña de la cafetería. —Tendría que haberle dado algo más de información, pero todo había ocurrido demasiado rápido. Aun así, parecía que sus dotes de improvisación eran bastante buenos.

—Encantado. —También se dieron la mano educadamente, aunque fui consciente del discreto repaso que ella le hizo a él.

—Me suenas de algo —dijo Emma mientras volvíamos a sentarnos cada uno en un taburete—. ¿Dónde trabajas?

—Soy fotógrafo en L&T. —Lo miré de reojo, de nuevo ocultando mi asombro—. Quizás hayas visto algún reportaje en…

—¡En Heartbeat! —exclamó ella aplaudiéndose a sí misma. Si no me equivocaba, esa era una revista de prensa rosa—. Había rumores de una relación entre tú y una modelo que… — Se quedó callada cuando me vio—. Veo que eran solo rumores.

—Ese tipo de prensa se inventa toda clase de historias para vender más números —puntualizó él. Aproveché aquella información a nuestro favor.

—Por eso no he querido hablar sobre nuestra relación

públicamente. —Esta vez fue Luke quien me miró con sorpresa. Giré la cabeza para dedicarle una sonrisa y cogí su mano.

—Sí, era mejor así. —Él se encargó de entrelazar mis dedos con los suyos.

—Lo habéis tenido tan escondido como nosotros —comentó Owen terminándose lo que le quedaba de cerveza.

—Pero está claro que es el momento de celebrarlo —añadió Emma levantándose del taburete con cuidado de no tropezarse con sus tacones. Owen la sujetó como un auténtico caballero—. Tenemos que pedir algo para celebrarlo. —Ambos se marcharon juntos a la barra y sentí que me quitaba un peso de encima. Respiré profundamente.

—¿Cómo lo ves? —Me sobresalté. Por un instante hasta había olvidado que Luke estaba allí—. ¿Algo más que deba saber antes de que vuelvan?

—Emma es la dueña del local donde tengo mi cafetería, bueno, nuestra. De Owen y mía. —Hablé rápido, intentando que no se me trabara la lengua—. Y acabo de enterarme de que llevan meses saliendo. —Él se limitaba a asentir con la cabeza, despacio.

—Y tú, en un ataque de celos, te has inventado que también tenías pareja. Genial. —Sentí como me hervía la sangre y aunque quise negarlo, me quedé callada. Vi como Owen y Emma pedían en la barra. Hasta para pedir algo se miraban con cariño y no dejaban de reírse—. ¿Quieres ponerlo celoso?

—¿Qué? —Se encogió de hombros, estirándose en el taburete hasta pasar su brazo por encima de mis hombros—. ¿Qué haces?

—Ser tu novio, ¿recuerdas? No podemos quedarnos como dos desconocidos uno al lado del otro. —Me señaló con las cejas a la famosa pareja—. ¿Ves? Así se comportan las parejas, son cercanas.

—Lo sé… pero es que no nos conocemos y…

—Ahí vienen. —Pasó la mano por mi mejilla, acariciándola con suavidad hasta pasar uno de mis rizos por detrás de mi oreja—. Actúa —susurró. Agaché la cabeza para asentir, aunque más bien quería ocultar la rojez de mis mejillas. Había algo en la forma en la que Luke me miraba que me ponía sumamente nerviosa.

—Unos buenos chupitos de whisky para celebrarlo —dijo Owen mientras dejaba los pequeños vasos sobre la mesa—. Nada fuerte para estar bien mañana. Es el gran día. ¿Vendrás, Luke?

—No hace falta que vengas. —Sonreí y me encogí de hombros—. No tiene mucha importancia. —Owen abrió los ojos, observándome con incredulidad.

—¿Cómo no va a ser importante? ¿Cuántas veces has cambiado el discurso y nos lo has recitado a Marcie y a mí? —*Joder.* Odiaba que me conociera tan bien.

—Daphne, ya lo hemos hablado —dijo Luke apretándome contra él al tener aún su brazo sobre mis hombros—. Iré, te guste o no. —Ni tan siquiera sabía a dónde tenía que ir—. ¿Te puedes creer que aún no me ha dicho la hora para que no vaya? —Owen se rio.

—Me lo creo. —*Venga ya*. ¿En serio la persona que mejor me conocía en el mundo se estaba confabulando con alguien a quien acababa de conocer? *¿Qué coño estaba pasando?* —. Daaaaaphne —dijo en tono de riña.

—Será a las doce… —Luke asintió.

—Basta de hablar de trabajo. —Emma agarró uno de los vasos —. Celebremos esto. —Todos la imitamos—. Por el amor. —Contempló a Owen con la misma adoración que él la contemplaba a ella y sentí una punzada en el pecho. Me tragué el whisky de un golpe, dejando el vaso vacío en la mesa al mismo tiempo que Luke. Quería marcharme. Me había imaginado una noche completamente diferente. Se suponía que iba a lanzarme, que iba a confesarle lo

que sentía y que saldríamos de allí de la mano. Que empezaría nuestra vida juntos, esta vez como pareja. Sin embargo, había terminado con un desconocido sentado a mi lado fingiendo ser mi novio. *¿En qué momento me había vuelto tan estúpida?* Cuando la farsa saliera a la luz todo sería mucho peor.

—¿Estás bien? —musitó Luke cerca de mi oído mientras Owen y Emma se besaban delante de nuestras narices. Negué con la cabeza —. Déjamelo a mí. —Se aclaró la garganta, interrumpiendo aquel beso—. Lo siento mucho, parejita, pero Daphne y yo tenemos que irnos —Se levantó del taburete y me tendió la mano para ayudarme a bajar. La agarré como si fuera un acto reflejo.

—¿Tan pronto? —preguntó Emma.

—Acabo de venir de un viaje de trabajo y estoy algo cansado, además, he pasado muchos días sin ella y me gustaría estar a solas. Ya sabéis. —Me sonrojé tanto que notaba mis mejillas arder.

— Nos vemos mañana —me despedí con la mano que me quedaba libre y tiré de él para salir del *DREAM*. Me di cuenta de que le había lanzado una mirada a un chico que estaba sentado en una de las mesas, pero decidí no preguntar.

El aire frío de la noche me ayudó a relajarme. Solté la mano de Luke, inspirando profundamente. Me toqué las mejillas, aún calientes.

—¿Cómo estás?

—Mejor… gracias. No solo por sacarme de ahí, sino por lo de esta noche. —Se encogió de hombros—. No hace falta que vengas mañana a la cafetería, por cierto. Me inventaré una excusa.

—No me importa ir. Además, teníamos un trato, ¿no? —Se me aceleró el corazón. Había olvidado la condición que me había puesto para fingir aquella noche—. Será mejor que nos vayamos conociendo, ¿no te parece?

—Sí, supongo que sí… —No tenía ni idea de dónde me había metido.

—¿Qué tal si te acompaño a tu casa y hablamos un poco?

—Yo… —Dudé durante un par de segundos. No lo conocía absolutamente de nada, ¿de verdad sería buena idea que me acompañara? Pero para cuando quise darme cuenta, ya íbamos caminando juntos—. ¿Lo del viaje de trabajo es verdad? —pregunté para romper el hielo.

—Sí, he vuelto hoy mismo de Islandia.

—¿Hoy? —Asintió—. ¿Y qué has hecho allí?

—Fotos para un reportaje turístico. —Durante el rato que habíamos pasado en *DREAM* había actuado como si de verdad fuera mi novio, acercándose a mí más de lo necesario, pero ahora que habíamos abandonado el lugar, sí que sabía guardar las distancias, comportándose como alguien normal. *Menos mal*—. Visité varios parques naturales y elaboré distintas rutas de senderismo que puedan ayudar a la gente si quieren viajar a la zona.

—Parece muy bonito. —Se encogió de hombros.

—No está mal. —A pesar de estar restándole importancia, me había dado cuenta de cómo le había cambiado el tono de voz al hablar de su trabajo. Era lo mismo que me ocurría cuando hablaba de mi cafetería—. Y tú… vendes café.

—Una manera un poco simplista de decirlo, pero sí. —Ahora me arrepentía de no haber traído nada de abrigo. Por suerte, ambos caminábamos rápido. Quizás porque teníamos ganas de ir cada uno por su lado y pensar si había sido una buena idea la farsa que habíamos iniciado—. Owen y yo montamos una cafetería pequeña cuando llegamos a Ottawa y hace un año pudimos alquilar una más grande donde desarrollar mejor el negocio.

—¿Cómo se llama?

—Tinta y café. —Se rascó la barba con aire pensativo.

—No sé si he pasado por delante alguna vez. La verdad es que paso poco tiempo por Ottawa y cuando estoy por aquí, estoy ocupado con…

—Modelos, ¿no? —pregunté recordando el comentario de Emma. Una mueca de desagrado se dibujó en su rostro—. ¿Para qué necesitas una novia falsa? ¿Para poder salir por ahí con ellas a escondidas y de cara al público mostrar una relación formal? —Soltó una carcajada.

—Ojalá fuera eso. —Me detuve cuando llegamos al conjunto de apartamentos, pero esperé a que me diera algún tipo de explicación —. Esto es por mis padres. —Alcé una ceja—. Mira, yo no soy un personaje público, no soy famoso, no soy nada, pero mis padres fundaron L&T y muchas revistas quieren quitarles público y relevancia; y la manera que tienen para molestarlos soy yo. Sacan a la luz mis trapos sucios y las personas con las que he estado sin importarles que sea verdad o mentira. —Jugué con mi llavero entre las manos mientras lo escuchaba. Por muchas cosas que pudiera inventarse una revista del corazón, sabía que una pizca de verdad habría tras sus publicaciones—. La cuestión es que esta última noticia ha sido la gota que ha colmado el vaso y mis padres no están nada contentos conmigo, y me han… degradado.

—¿Degradado? —Suspiró.

—Se van a encargar de darme los reportajes más sosos y aburridos de Ottawa sin permitirme viajar ni respaldar exclusivas. —Se cruzó de brazos con gesto cabreado—. He… tenido ciertas meteduras de pata y ahora pago las consecuencias.

—¿Y dónde entro yo? —Su rostro se iluminó.

—Tú eres mi única esperanza, Daphne. Si les enseño a mis padres que estoy manteniendo una relación madura y real, quizás

confíen en mí y vuelvan a encargarme hacer más reportajes importantes en el extranjero, ¿entiendes? —Sus palabras escondían más ilusión de la que me imaginaba. *¿Cómo decirle que su plan no tenía ni pies ni cabeza?* Pero, *¿acaso lo tenía el mío?*

Capítulo 6

Luke

Tate me esperó en la calle que hace esquina con el *DREAM*. Pensaba que después de haberme visto marchar con Daphne, se habría ido a casa, pero en esta ocasión sabía que se moría de curiosidad por saber qué coño había pasado.

Y ojalá pudiera explicárselo.

Desde que Daphne había subido las escaleras para llegar a su apartamento y me había quedado solo, no dejaba de preguntarme qué diablos había hecho. ¿Parecerle más maduro a mis padres por presentarles a una novia falsa? ¿En qué mundo eso tenía algún tipo de sentido? Había actuado tal y como mi madre me había definido en tantas ocasiones, un descerebrado. Sin embargo, ya no había vuelta atrás. Le había dicho a Daphne que iría a su fiesta en la cafetería y aunque me había dicho que no hacía falta, y que ya se inventaría alguna excusa para justificar mi ausencia, no quería faltar. Si me había prestado a esa farsa sin sentido, al menos lo haría hasta el final, aunque no estaba seguro de cuánto tiempo sería eso. Lo suficiente como para no sentirme un imbécil, quizás.

—¿Qué coño ha sido eso? —Abrí la boca para explicarme, pero no se me vino ningún tipo de ocurrencia al respecto, así que me limité a encogerme de hombros—. ¿Novios falsos? ¿De verdad?

—Oye, la chica necesitaba ayuda, yo también. No entiendo qué problema hay.

—¡Que se ve la mentira a lo lejos! —Suspiré. En el fondo, sabía que Tate tenía razón. Había sido una locura, pero tal y como solía decirme a mí mismo, si empiezas con una locura, te escudas en ella. Te la crees. La vives. Qué diablos, la disfrutas.

—No tiene por qué salir mal. —Mi mejor amigo frunció el ceño mientras caminábamos—. Además, es lo que tú me habías dicho, ¿no? Que sentara la cabeza.

—Con una persona real.

—Daphne es real. —Lo miré de reojo—. No le quitabas los ojos de encima desde que entró en el *DREAM*. —Se puso rojo en cuestión de segundos, negando con la cabeza.

—Sabes a lo que me refiero. Cuando te he dicho que te echaras novia, me refería a una con la que mantuvieras una relación real. *Auténtica*. —Resoplé.

—¿Querrías ser tú mi pareja? Porque no se me ocurre nadie más. —Tate no pudo evitar soltar una carcajada.

—Me siento halagado, pero no, gracias. Sabes… sabes de quién hablaba.

—No, no vayas por ahí. —Me adelanté a su paso, pero no tardó en alcanzarme.

—¿Cuánto tiempo has estado sin hablar con Olivia? —Me detuve en el paso de peatones, esperando a que se cambiara de color.

—El necesario.

—¿Sabías que ya no está con Dean? —Respiré profundamente. Tate era mi mejor amigo, pero no tenía ni idea de cuándo debía

cerrar la boca—. Quizás podrías volver a hablar con ella y…

—Y nada. No tengo nada que hablar con ella. —Crucé en cuanto el semáforo se puso en verde.

—Todos tenemos a una persona que nos marca, de una forma u otra, y no podemos liberarnos de ella, así como así.

—Ya te digo yo a ti que sí. —Aunque no supiera cuándo callarse, sí que sabía cuándo me estaba despidiendo. Me largué de allí sin decir ni una palabra más mientras que Tate fue en dirección contraria sin volver a dirigirme la palabra. Para él todo estaba dicho.

¿Daphne era una mala idea, pero Olivia no? Por el amor de Dios. Estaba casi seguro de que, si les decía a mis padres que había vuelto con Olivia, me llevarían al manicomio de inmediato y me abandonarían allí. Yo mismo me pondría la camisa de fuerza. Tate solo tenía razón en una cosa. Había personas que nos marcaban, pero dijera lo que dijera, se podía seguir adelante sin ellas. Con el tiempo, su recuerdo dejaba de ser doloroso y se convertía en eso que llamaban aprendizaje. En eso que denominan experiencia. A veces negativa, otras veces positiva. Olivia había estado en ambas vertientes. Había estado enamorado de ella desde que era un crío, habíamos sido grandes amigos, pero cuando nuestra amistad evolucionó a algo mayor, todo se torció. Yo sentía que tenía todo lo que siempre había querido, pero ella no. Y tardé en darme cuenta de ello. Demasiado para mi gusto.

Separarme de ella me convirtió en un fantasma a tiempo completo. Me había considerado un hombre con grandes sueños, con esperanzas, con ilusión, y había tardado demasiado en recuperar todo aquello, porque sentía que me lo había arrebatado todo. Sin embargo, no me encerré en mi habitación a llorar porque ella hubiera decidido que no era suficiente. Ahí realicé mi primer viaje de trabajo. Acabé haciendo mi primer reportaje fuera de mi zona de

confort. Me mudé a Nueva Zelanda durante seis meses y mis padres aceptaron que trabajara desde allí. Con todo el material con el que regresé, mis fotos fueron portada de L&T durante varias semanas. La ruptura me sirvió para darme cuenta de que no me había enfocado en lo verdaderamente importante: mi pasión por la fotografía. Todo lo demás, sobraba.

Ojalá pudiera decir que lo llevé como un caballero, pero tampoco fue el caso. Mi amistad con Tate había estado a punto de desaparecer por culpa de Olivia, por tener la gran idea de exigirle que eligiera un bando. Tate había sido amigo de los dos desde el colegio y ponerlo en esa tesitura había sido una estupidez, pero aún seguía dolido cuando regresé de Nueva Zelanda. Tate intentó explicarme con los motivos más razonables del mundo que lo que estaba sugiriendo era una gilipollez y, por aquel entonces, mandaba más mi orgullo que cualquier otra cosa. Por supuesto, no fue buena idea emborracharme y presentarme un día que habían quedado juntos los dos, y montar un espectáculo delante de ellos.

Olivia y yo no volvimos a hablar, aunque después de hacer las paces con Tate, él se encargó de disculparse en mi nombre. Ella aceptó mis disculpas y ahí se acabó la historia. Ni en broma iba a revivir aquellos capítulos otra vez. Olivia quedaba fuera del libro que era mi vida.

Además, yo no buscaba una novia. Buscaba la forma de que mis padres me dejaran ejercer el trabajo para el que había nacido. No iba a permitir que destrozaran mi talento por una rabieta. Si querían que me tomara algo en serio, lo haría: sería el mejor novio falso del mundo.

***

Había pasado delante de Tinta y café más de una vez en mi vida, pero no había llegado a ser consciente de ello hasta que la fui buscando a propósito. No era un local que pasara desapercibido ni mucho menos. Más bien, era todo lo contrario. Destacaba por no poseer el aspecto lúgubre del resto de los edificios de la calle. De la fachada colgaban todo tipo de plantas y las macetas permanecían ocultas por las hojas de hiedra que se enzarzaban la una con la otra. No era muy típico encontrarse un edificio así. Pequeñas luces de colores cálidos rodeaban los marcos de las ventanas y también el cartel de madera de nogal que sobresalía de la puerta.

Parecía sacado de un cuento de hadas. Era fantasía dentro de la realidad. Una puerta de escape a lo que parecía otro universo.

¿Cómo no había podido fijarme antes en semejante cafetería?

Un par de personas se colaron para entrar antes de que yo pudiera hacerlo.

Por dentro, la cafetería mantenía aquella ilusión de ensueño. Todo parecía cuidado al más mínimo detalle. No sabía si Daphne y Owen se habían encargado de la decoración, pero quién quiera que fuera el creador de todo aquello, estaba claro que amaba aquel lugar.

Carecía del típico mobiliario moderno y minimalista de tonos claros. Los muebles eran de madera, y no todos del mismo color, como si los hubieran ido comprando en distintos sitios y a pesar de ello, hubieran conseguido que encajaran.

La barra en la que servían los cafés y en la que estaba la caja registradora parecía sacada de un auténtico y antiguo pub irlandés. El único objeto que parecía provenir del mundo real era la máquina registradora, y aun así, tampoco parecía un modelo relativamente reciente.

Me costó quitar la vista de la vitrina que había sobre la barra,

repleta de toda clase de magdalenas, bizcochos y galletas. Todos ellos parecían estar recién hechos y gracias a ellos, Tinta y café rezumaba olor a fruta y azúcar.

Las macetas también abundaban en el interior, pero no tanto como los libros. Unas altas y pesadas estanterías de madera ocupaban dos de las paredes del local y para llegar hasta arriba, había unas escaleras acopladas a ellas. No estaba seguro de si los clientes tendrían el valor suficiente para subirse a ellas o eran un mero adorno, pero lo dotaba de un encanto especial.

Desde abajo, se podía apreciar la segunda planta, ya que parecía ser un terraza dentro del edificio. Aquella zona estaba algo más despejada de decoración, pero estaba repleta de mesas. No estaban todas ocupadas, pero me sorprendió la gran cantidad de gente que había allí.

Estaba claro que Daphne y Owen se tomaban muy en serio su negocio. La busqué desde la puerta. Pensé que estaría liada con los preparativos de la fiesta, pero conseguí localizarla detrás de la barra, luchando contra una máquina de café que estaba seguro que no sabría manejar.

Owen estaba en la caja registradora. Una chica un poco más joven llevaba los pedidos a la mesa de la zona de abajo, y otro chico iba tomando nota a la gente que no le apetecía levantarse para ir a la barra a pedir. No tenía ni idea de qué clase de fiesta pretendían dar cuando tenían tanta gente que atender, pero estaría ahí para comprobarlo. Por un momento, me sentí perdido. Me di cuenta de que me había quedado paralizado delante de la puerta cuando un cliente pasó por mi lado, dándome un ligero empujón que me sacó de mi asombro.

Me crucé con Owen, el cual me saludó moviendo efusivamente el brazo. Suspiré para mis adentros. Así que era de esos. De los que se

creían tu amigo después de una sola noche en la que casi no habíamos intercambiado un par de frases. Se dio la vuelta para llamar a Daphne, la cual se giró y me miró con sorpresa.

De verdad creía que no iba a venir.

Tampoco me extrañaba. ¿Quién en su sano juicio hubiera seguido adelante con esto? Owen casi tuvo que empujarla para que saliera a saludarme. Aprovechó para acercarse a mí ahora que la cola de clientes había menguado y estaban repartidos en sus mesas.

Lucía unos pantalones vaqueros, unas zapatillas desgastadas y una camiseta de manga corta blanca. Ya me había fijado en que todos vestían igual. También llevaba anudado un delantal burdeos con el logo de la cafetería. Un libro abierto del que caía la tinta de entre sus páginas para acabar en una taza de café que había justo delante.

—¿Qué haces aquí? —susurró cuando ya la tenía delante de mí.

—Te dije que vendría —dije en su mismo volumen. Ella miró discretamente a su alrededor—. ¿Cuándo es la gran fiesta?

—En un rato. Sacaremos una pizarra fuera por si la gente quiere entrar —explicó nerviosa, sin mirarme ni un momento a la cara. Quizás no tendría que haber venido.

—¿Y qué vais a hacer? —Se encogió de hombros.

—Un café gratis para todo aquel que entre y consuma algo; lecturas de algún capítulo; música… —Se ajustó la coleta alta que llevaba atada con un pequeño lazo negro.

—Seguro que entra mucha gente. —Una de las camareras no nos quitaba la vista de encima y aquello parecía incomodarla de alguna forma, aunque me dedicó una amable y temblorosa sonrisa —. Lo de que no viniera iba en serio, ¿no? —Me arrepentí de haber soltado aquello en el momento que la expresión de su rostro se

torció.

—¿Qué? No, no es eso, aunque para ser sincera, no esperaba que vinieras. —Le echó un último vistazo a la camarera y me agarró de la muñeca, tirando de mí—. ¿Vienes conmigo un momentito? —Tiró de mí, conduciéndome hasta una puerta en la que no me había fijado antes. Entramos en una cocina reluciente pero que aún conservaba el olor de los dulces que estaban expuestos fuera y se notaba el calor de los que aún permanecían en el horno—. Lo siento, ¿vale? Es solo que esperaba que ayer fueras tan borracho que no sabías lo que había pasado y que todo quedara en el olvido.

—¿Tanto creías que había bebido? —Daphne sonrió.

—¿Por qué si no ibas a ofrecerme tu ayuda? —preguntó apoyándose en la encimera. Movió las manos arriba y abajo mientras su abdomen se hinchaba y desinflaba, luchando contra ella misma para mantener una respiración sosegada—. Vale, vale… todo saldrá bien… tranquila…

—¿Te estás animando a ti misma? —pregunté frunciendo el ceño. Ni tan siquiera me miró. Incluso cerró los ojos mientras seguía centrándose en su respiración.

—Solo tienes que soltar el discurso como has practicado… —Me crucé de brazos y decidí apoyarme justo al lado de la puerta—. Y después… después… cuando te pregunten por este, debes actuar con naturalidad…

—Eh, este tiene nombre —aclaré. Abrió uno de sus ojos, mirándome y enrojeciendo, como si solo entonces se hubiera dado cuenta de que estaba allí—. Luke, ¿recuerdas? A ver si eras tú la que estaba borracha ayer.

—Ojalá, eso hubiera sido más lógico —murmuró entre dientes.

—Vale, está claro que no tendría que haber venido. —Todo esto ha sido una tontería. Daphne dejó de lado sus ejercicios de

respiración para hacerme caso—. No sé por qué pensé que sería una buena idea y…

—No, no, lo lamento muchísimo, fue idea mía así que fue culpa mía —respondió de manera precipitada—. Ayer estaba dolida y desesperada y…

—¿Daphne? —La voz de Owen la pilló desprevenida—. ¿Estás por ahí? —Ambos escuchamos la risa de una mujer que los dos conocíamos. Justo cuando Owen abrió la puerta, Daphne se abalanzó sobre mí sin previo aviso, y me besó.

Capítulo 7

Daphne

Lo estaba besando. Bueno, si es que a eso se le podía considerar un beso. En cuanto había escuchado la risita de Emma, me había lanzado sobre Luke y ni tan siquiera tenía claro el motivo. Pensé que entrarían en la cocina y nos verían envueltos en un ambiente tenso, alejados el uno del otro y que atarían cabos fácilmente. Quizás ayer no fuéramos lo suficientemente convincentes, se veía a la legua que Luke y yo no nos conocíamos en absoluto. El poco rato que estuvimos los cuatro juntos, yo estaba demasiado nerviosa como para comportarme con normalidad. Creía que no iban a tragarse aquella farsa.

Por lo tanto, si me pillaban con la actitud que estaba mostrándole a Luke, se darían cuenta de que todo era mentira. Imaginé el espectáculo tan lamentable que les regalaría, la vergüenza que sentiría cada vez que me topara con Owen y también cómo afectaría a nuestra amistad.

Así que, sin pensarlo dos veces, rodeé su cuello con los brazos y estrellé mi boca contra la suya. Cerré los ojos, procurando que la

escena fuera lo más natural posible. Sabía que a Luke le había pillado completamente desprevenido, pero se dejó llevar en cuanto escuchó la puerta abrirse. Pasó sus manos por mi cintura, haciendo que nuestros cuerpos se quedarán pegados por completo. Aunque el beso empezó de una forma torpe y atropellada, sentí como los labios de Luke se entreabrían sobre los míos y en cuanto noté su lengua, me eché hacia atrás, aunque no demasiado rápido.

—¡Perdón! —Entre la sorpresa que había sentido cuando Luke había intentado besarme en serio y la voz de Owen, mis mejillas terminaron de bañarse en color rojo—. Janice ha llegado para tocar y…

—¿Por qué no la presentas tú? —pregunté después de aclararme la garganta.

—Juro que os la devuelvo enseguida —murmuró Luke. Solo entonces me di cuenta de que aún tenía sus manos rodeando mi cintura y yo aún seguía con los brazos apoyados sobre sus hombros.

—Claro, claro, sin problema. —Sabía que Owen estaba conteniendo la risa. Cerró la puerta de la cocina y suspiré profundamente. Di un paso hacia atrás en cuanto Luke me soltó.

—No hay quién te entienda, pelirroja. —Puso los brazos en jarra —. Te enfadas cuando aparezco aquí, pero te lanzas sobre mí en cuanto aparece Owen.

—¡No me enfadé cuando llegaste! —Fruncí los labios procurando no levantar la voz—. Es solo que no me lo esperaba.

—¿Me puedes explicar qué es lo que quieres de mí?

—No… No lo sé —susurré llevándome las manos a la cabeza—. Ayer, cuando me enteré de que Owen estaba con Emma, no supe reaccionar y…

—Y te inventaste que tú también estabas saliendo con alguien.

—Asentí.

—Y ahora me doy cuenta de que fue una tontería. —Me tapé la cara con el delantal, muerta de vergüenza—. No sé qué pretendía conseguir con…

—Yo sí. —Fui bajando poco a poco el delantal de mi rostro para mirarlo.

—¿Sí?

—Por supuesto. Querías poner celoso a Owen. —Parpadeé.

—¿Qué? No, no, no.

—Pero déjame decirte que así no vas a conseguirlo. —*¿De verdad mi plan era ponerlo celoso?* Al principio pensé que solo había sido una huida hacia delante. Que quería demostrarle que yo también había conseguido estar con alguien y que estábamos a la par, pero cuando Luke sacó a relucir aquellos celos, me di cuenta de que cuando se los presenté anoche, sí que había buscado algún tipo de reacción—. Si de verdad quieres ponerlo celoso, tienes que ser más espontánea y natural.

—¿A qué te refieres?

—A que no puedes limitarte a quedarte plantada como un palo a mi lado y decir que somos novios. Eso no pone celoso a nadie.

—Tampoco es que fuera a lograrlo… —susurré desviando la mirada. Luke soltó una suave carcajada—. ¿Qué?

—Mira, puede que Owen esté con esa tal Emma, pero ayer no te quitaba el ojo de encima en cuanto nos vio aparecer juntos. —Resoplé negando con la cabeza.

—Solo tiene ojos para Emma. —Luke puso los ojos en blanco.

—Hazme caso. Si quieres llamar la atención de Owen, sé atrevida, provocativa. Que vea lo que se está perdiendo.

—Pero igualmente…

—No sé si le caí mal porque no me consideraba digno para ti, o

si es porque era un desconocido o si es que estaba celoso, pero créeme cuando te digo que no se esperaba que estuvieras con alguien. —Dio un paso hacia adelante para acortar las distancias—. No pierdes nada por intentarlo, ¿verdad? Si al final el plan no funciona, fingimos que hemos roto y ya está. —Tragué saliva. Luke tenía razón, ya que habíamos empezado con esto, lo mínimo que podíamos hacer era intentarlo y seguir adelante con el plan.

—Está bien… —Luke me dedicó una leve sonrisa y llevó una mano a mi cabeza. Me deshizo el lazo que llevaba puesto, tirando de uno de los extremos—. ¿Qué haces?

—Quieta, hazme caso. —Cuando la coleta estuvo deshecha, enredó los dedos en mi pelo, despeinándolo.

—Pero ¿qué…? —Me tendió el lazo.

—Hazte la coleta otra vez, pero no dejes el pelo muy tirante, que quede algo revuelto. —Fruncí el ceño, sin comprender a qué se refería—. Que parezca que lo hemos pasado bien —explicó haciéndome sonrojar. Le di un suave empujón, apartándolo de mí mientras me reía levemente.

—Owen no se creería eso, soy… soy demasiado comedida en mi lugar de trabajo.

—¿Solo en tu lugar de trabajo? —Noté como la sangre me hervía —. Vaya, pelirroja, eso no me lo esperaba… La cosa es que crea que has sido comedida pero que ya no lo eres, ¿entiendes? —Me daba vergüenza mirarlo a los ojos, pero logré hacerlo—. Recuerda, la clave es que vea lo que se está perdiendo.

—Esto no va a salir bien —musité. Luke volvió a regalarme una sonrisa burlona.

—Si me haces caso, sí. —Dirigió sus manos a mis mejillas, pero se detuvo antes de llegar a tocarlas—. Iba a pellizcarlas para que estuvieran rojas, pero parece que no hace falta. —Aquello me hizo

sonrojar aún más, si es que era posible, y volví a empujarlo con suavidad—. Venga, vamos para fuera.

Salimos discretamente de la cocina. Janice, una cantautora que había venido varias veces a nuestra cafetería, tenía a todos los clientes embaucados. Las notas de la guitarra ocupaban el lugar y no se escuchaba nada más que música. La clientela permanecía en silencio y lo máximo que se escuchaba de ellos, era el tintineo de las cucharas en las tazas para remover el café. Marcie se había quedado apoyada en una de las estanterías, con la bandeja pegada al pecho y la miraba con los ojos iluminados. George, nuestro otro camarero, se había acercado junto a otros clientes a la barandilla de la zona superior para asomarse y escucharla cantar.

Emma estaba de espaldas a Owen, el cual la mantenía entre sus brazos. Sin embargo, él no contemplaba la actuación sino a Luke y a mí. No estaba segura de si nos había mirado en el momento en el que habíamos salido de la cocina o si había estado atento a cuando saliéramos. *¿Y si Luke tenía razón y podía llegar a ponerlo celoso?* Eso significaría que había aún posibilidades de que ocurriese algo entre él y yo.

Dejé de observarlo cuando Luke entrelazó mis dedos con los suyos, tirando de mí. Quiso ir hacia la barra donde estaban Owen y Emma, pero fuimos conscientes de que había que pasar por delante de Janice y no queríamos fastidiar su actuación, así que lo guié hacia las estanterías donde estaba Marcie.

Nos miró de reojo cuando nos acercamos a ella y sus labios se tornaron en una fina línea. Sabía que ese gesto implicaba que estaba aguantándose la risa.

Luke se había dejado caer contra los libros de la estantería, y me atrapó entre sus brazos, igual que Emma estaba rodeada por los de Owen. Nos quedamos en la misma postura al lado de Marcie, la cual

intentaba no mostrar incredulidad.

—¿Ves cómo te mira? —susurró demasiado cerca de mi oreja. Asentí tímidamente con la cabeza—. Pues a eso me refería. —Me di cuenta de que Marcie se había girado un poco para observarnos.

—Marcie —la llamé en un susurro—. Él es Luke.

—Luke. —Volví la cabeza, dándome cuenta de que su barbilla estaba apoyada sobre mi hombro—. Ella… Ella es Marcie. Mi compañera de piso.

—Oh, el famoso Luke. —Noté como mi pulso se aceleraba. Habíamos desayunado juntas y le había podido contar lo que había ocurrido la noche anterior. Al principio no daba crédito. No se creía que ninguna persona normal pudiera ayudarme con mi disparatado plan, así que, según ella, Luke estaba loco. Bueno, lo había llamado loco, pervertido, traficante… Le había dicho unas mil veces que no me había dado esa impresión, pero por lo visto, yo también estaba loca. A pesar de que ella era la que me había dicho que hablara con cualquiera para pedirle que fuera mi novio falso. Sentí como Luke se reía bajito detrás de mí—. Encantada. —Le hizo un repaso de arriba abajo y recé interiormente para que Luke no se hubiera dado cuenta.

—Igualmente. —Otra vez sentía los ojos de Owen sobre nosotros, pero decidí no mirarlo y enfocarme en Janice. Sin embargo, en lo único que podía pensar era en que Luke estaba demasiado cerca de mí. Lo había besado. *Joder. ¿Qué coño me pasaba?* Había pasado demasiado tiempo desde que había besado a alguien y… Suspiré. No era momento de pensar en eso.

—Unos días más así, y lo tienes a tus pies —murmuró contra el lóbulo de mi oreja. *¿En qué momento habíamos desarrollado esta confianza?* No obstante, tenía razón. No quitaba la vista de nosotros, pero aún no estaba del todo convencida de que fueran los celos los

que lo guiaban. Quizás solo estaba comprobando si era adecuado para mí. Owen siempre había sido muy protector.

—¿Tú crees? —me atreví a preguntar en un susurro.

— Ya te digo yo que sí. —Janice dejó de tocar. Todos los allí presentes comenzaron a aplaudir y ella no tardó en acercarse a las mesas para saludar a la gente que la llamaba.

Algunos clientes se marcharon tras la actuación, pero entraron otros tantos. Había que ponerse manos a la obra. Marcie ya se había marchado para seguir atendiendo las mesas y Emma ya había salido de detrás de la barra para que Owen pudiera atender a los clientes que se acercaban.

Me di la vuelta para mirar a Luke, él también se dio cuenta del jaleo que se había formado.

—¿Tienes que irte? —Asentí—. ¿Cuándo es la siguiente función?

—En media hora. Un autor viene a promocionar su libro —comenté mientras me ajustaba adecuadamente el delantal en la cintura—. Te… ¿Te vas a quedar?

—Claro, y me encantaría tomar algo. Esas galletas de arándanos tienen una pinta increíble. —Le sonreí mientras él bajaba su mano hacia la mía. Caminamos hasta la barra, pero antes de que pudiera volver a mi puesto, tiró de mí con fuerza. Tuve que frenar poniendo mis manos en su pecho. Su única señal fue mirar mis labios antes de lanzarse sobre ellos.

En esta ocasión, el beso no fue torpe en absoluto. Saboreó mis labios con dulzura, y aunque antes me había echado hacia atrás, dejé que su lengua entrara en mi boca. Esto sí que había sido un beso en condiciones. Cuando se separó de mí, sentí los labios hinchados. Mi cuerpo se había estremecido por su culpa. Me quedé tan sorprendida que no supe cómo reaccionar.

Un mechón se había salido de mi coleta, pero Luke se encargó

de pasarlo por detrás de mi oreja.

—¿Cuánto cuesta el café? —Tragué saliva.

—Nada —murmuré. Me alejé de él para colocarme tras la barra.

Eso sí que había sido un beso.

Y ya había pasado demasiado tiempo desde que tuve uno así.

Desde que Owen se lanzó hacía cuatro meses.

Capítulo 8

Luke

Mi intención había sido darle un beso rápido antes de que se pusiera a trabajar. Un simple gesto romántico que se da entre las parejas a modo de despedida, pero entonces me fijé en cómo Owen la miraba. O más bien en cómo nos miraba. Así que, básicamente, transformé ese gesto en algo un poco más intenso. No supe muy bien por qué, pero sentí el impulso de marcar territorio. No es que Daphne fuera mía, ni mucho menos, pero me vi en la necesidad de dejarle claro que lo nuestro era real, aunque no lo fuera. No quería que hubiera ni un atisbo de duda.

Lo que no me esperaba era que Daphne me siguiera con tanto ahínco. Lo que no me podía creer era que parecía haberse olvidado por completo de Owen y me había seguido el beso sin más. Quizás eran imaginaciones mías, pero había cambiado su actitud después de la breve charla que habíamos mantenido en la cocina. ¿De verdad pensaba hacerme creer que no pretendía poner celoso a Owen? ¿Y de verdad no se daba cuenta de lo que él sentía por ella? Daphne era un misterio.

Me senté en una de las mesas que había en la planta superior, ya que la planta baja se había abarrotado en cuestión de segundos. Por lo visto, esa tal Marcie había aprovechado para sacar el anuncio que Daphne me había comentado antes, y allá donde hubiese algo gratis, la gente se apelotonaba. George me señaló una mesa en cuanto subí las escaleras, una justo al lado de la ventana, la que yo hubiera elegido sin lugar a dudas. Arriba, la cafetería seguía manteniendo el mismo encanto, aunque tal y como me había fijado antes, no estaba tan recargada. Había una estantería con libros, pero no estaba del todo llena como las que había abajo. Me fijé en que la pared del fondo estaba prácticamente vacía y no pude evitar imaginarla llena de fotografías. Me ocurría siempre que entraba en un sitio que me gustaba, allá donde hubiera una pared vacía, imaginaba un reportaje fotográfico decorándola. También lo hacía cuando no había ninguna pared vacía. *Gajes del oficio.*

Daphne había dotado a Tinta y café de un encanto que no se encontraba en cualquier sitio. No sabía si habían llegado a promocionarlas en redes sociales, pero no me importaría contribuir a la causa.

—Que aproveche. —Marcie es la que deja el café sobre mi mesa y también una galleta de arándanos—. Invita la casa.

—Gracias. —Se inclinó sobre mí.

—Mira, no sé qué clase de tío raro eres, pero más te vale no joder a Daphne, ¿te enteras? —Parpadeé sorprendido, pero asentí con la cabeza.

—¿Y por qué soy raro? —Puso los ojos en blanco.

—¿Quién en su sano juicio diría que sí a un favor como este?

—¿Y quién en su sano juicio pediría un favor así? —Resopló y supe que la había dejado sin argumentos—. Daphne y yo nos ayudaremos mutuamente, nada más.

—Daphne es mi mejor amiga —puntualizó con demasiado énfasis —. Por favor, no dejes que acabe perjudicada con toda historia.

—Te lo prometo. —No me conocía de nada y sabía que mis promesas eran palabras vacías para ella, pero al menos pareció aceptarlas, y se marchó de mi mesa para atender a otras.

Removí el café con la cucharilla y mientras lo hacía, reparé en que no había ninguna taza igual que otras pero todas parecían tener el mismo tamaño. Era creativa hasta en eso.

—Fuimos comprándolas en distintos bazares. —Me sorprendió escuchar la voz de Owen—. A Daphne le pareció divertido que todas las tazas fueran diferentes. Muchas de ellas, las compramos en talleres de cerámica. Son obras de sus alumnos que nos las cedieron sin coste alguno. —Le di un sorbo al café mientras lo escuchaba—. Daphne siempre tiene esa clase de ideas.

—¿Innovadoras y baratas? —Se rio, pero asintió con la cabeza.

—¿Vais en serio? —*Joder.* No se andaba con rodeos. *¿Se habían puesto todos de acuerdo para amenazarme de alguna forma?*

—Sí. —No quería alargar aquella conversación, no sin que Daphne me diera un poco más de información. No podía cagarla ahora.

—Daphne es…

—Tu mejor amiga y no quieres que le haga daño —repetí el discurso de Marcie.

—No. Daphne es especial. Valórala. —Se marchó antes de que pudiera responder. Mejor así. Otra cosa no, pero todos sus amigos los tenían bien puestos. ¿Tate también amenazaría sutilmente a Daphne cuando la conociera? ¿Se daría aquella ocasión?

Le di un mordisco a la galleta y aunque mi idea era que me durara todo el tiempo que tardase en tomarme en café, la devoré como si me fuera la vida en ello. Nunca había probado nada igual.

No sabía cómo acabaría mi historia con Daphne, pero sí que volvería a Tinta y café más de una vez para comer esto.

El móvil empezó a vibrar sobre mi mesa, apareciendo el nombre de mi madre en la pantalla. Resoplé. Lo normal hubiera sido que ignorara la llamada, pero se suponía que debía mostrarme lo suficientemente maduro como para recuperar mi puesto.

—Buenos días, mamá —dije nada más descolgar.

—Buenos días, ¿cómo llevas la rabieta? —Cerré los ojos. Iba a ser complicado eso de mostrarme maduro.

—¿Rabieta? No, fue un pequeño rebote. Nada de lo que preocuparse. —Se rio.

—¿Vendrás a comer mañana?

—No —contesté. Una cosa era mostrarle mi madurez y otra volver con el rabo entre las piernas—. Tengo planes.

—No me digas, ¿alguna modelo a la que engañar? —Suspiré.

—Si me hubieras dejado explicarme, sabrías que todo fue un malentendido. —Bufó. Se suponía que el inmaduro era yo. *Sí, claro* —. Pero, en fin, ya te enterarás.

—¿De qué? Y dime que no me enteraré por las revistas del corazón. —Tragué saliva procurando no responderle en el mismo tono cínico que ella usaba.

—Si me hubieras dejado hablar, sabrías que lo de esa modelo fue un malentendido y que estoy conociendo a alguien. —Mi madre soltó una carcajada que hizo que tuviera que apartar el móvil de la oreja —. Lo digo en serio.

—Por supuesto que sí, cariño. —Por mucho que intentara ponerse seria, no hacía más que reírse—. ¿Y por qué no venís mañana a comer los dos juntos?

—Porque no quiero espantarla todavía. —Poco a poco fue dejando de reírse—. Ya llegará el momento en el que os la presente.

Espero que para entonces controles un poco más tu sentido del humor. —Colgué. No quería darle baza para otro ataque. Prefería disfrutar en silencio del café que me quedaba.

Cuando volví a fijarme en todo lo que sucedía a mi alrededor, me di cuenta de que los camareros no eran solamente George y Marcie, sino que se iban rotando para pasar por todos los puestos. Aun así, me daba la impresión de que andaban cortos de personal o, simplemente, hoy la cafetería estaba más llena de lo normal.

Unas cuantas personas se habían levantado de sus mesas y estaban asomándose por la barandilla que daba al piso de abajo. Los imité. En el mismo pequeño espacio en el que antes esa cantante había deleitado a los clientes con su música, había un hombre leyendo un libro en alto. Aquel debía ser el autor al que se refería antes Daphne. No había tanta gente como antes, pero igualmente parecía ser un buen reclamo para captar clientes. Distinguí a Daphne a lo lejos, llevando dos cafés a una pareja que estaba sentada. Aún no se había arreglado el pelo revuelto y ese gesto me hizo sonreír. No sabía si es que no había tenido tiempo o que ya se le había olvidado. Me había gustado más verla la noche anterior con el pelo suelto, pero seguía igual de atractiva. Me aclaré la garganta mientras desviaba la mirada. *Novios falsos.* No la cagues.

Recordé la invitación de mi madre. Mi trato con Daphne había empezado con la intención de que se conocieran, pero era el domingo era muy precipitado. Teníamos que conocernos mejor. Si mostrábamos la misma naturalidad que el día que nos conocimos, la llevábamos clara. Samantha no se andaría con rodeos, me echaría en cara que la relación era mentira y me degradaría aún más. Daphne y yo debíamos de pasar más tiempo juntos. A ella le serviría para poner a Owen celoso y a mí para no hacer el ridículo delante de mis padres. Me di cuenta de que anoche ni tan siquiera nos dimos

nuestros números.

Decidí ir escaleras abajo cuando el autor terminó de leer uno de sus capítulos y fue recibido entre aplausos. Sin embargo, para cuando pude evitar la multitud que se había congregado abajo, me fijé en que Daphne había ocupado el lugar de aquel hombre y se disponía a decir unas palabras. Aquel sería el discurso que Owen comentó anoche.

—Los peores momentos son la semilla de los mejores recuerdos —dijo captando la atención de los clientes—. Tinta y café no tuvo un inicio sencillo. Nos costó mantenernos a flote, y ha supuesto muchos sacrificios el hecho de llegar hasta aquí. Tenía en mente contar nuestra historia, pero me he dado cuenta de que nosotros no somos los protagonistas, sino vosotros. Tinta y café podría haber sido una cafetería cualquiera, o podría haber durado tan solo un mes, pero si hemos conseguido todo esto, ha sido gracias a vosotros. A todos los que os quedáis a desayunar o a merendar, a los que venís con prisa para pedir un café para llevar y os quedáis mirando con gesto hambriento la vitrina de los dulces, a aquellos que no consumís nada, pero venís a entregar un libro para aumentar nuestra biblioteca, a aquellos que quisieron darle color al lugar y nos regalaron flores. Sin quitarnos el mérito y el esfuerzo que viene de nuestra parte, Tinta y café sigue aquí por vosotros. Así que… Gracias, gracias por elegirnos.

Alzó una taza de café y los clientes la siguieron como si fueran copas de champán, para después dedicarse a aplaudir con alegría. Daphne no tardó en sonrojarse y volver a la barra. Owen la recibió entre sus brazos después de dedicarle también unos cuantos aplausos. No estaba seguro de quién estaba más incómodo frente a esa muestra de cariño: si Emma o yo. Aunque, por supuesto, nuestra reacción no fue la misma. Mientras que yo desvié la mirada

hacia un rincón de la cafetería, Emma se acercó a ellos. No los separó bruscamente, ni tampoco se metió entre ellos, le bastó establecer contacto visual con Owen para que él se encargara de soltar a Daphne de entre sus brazos. Miré de reojo como Daphne se sonrojaba avergonzada, y antes de que Emma le diera un beso rápido a Owen, le apretó el hombro con suavidad a modo de felicitación.

Se quedó plantada como un pasmarote al lado de ellos y supe que era momento de intervenir. Me aclaré la garganta, acercándome.

—Sabía que te iría genial con el discurso. —Se limitó a sonreír, aún con las mejillas sonrojadas. Le tendí la mano, ayudándola a salir de aquella situación. No tardó en entrelazar sus dedos con los míos y tiré de ella con cuidado para acercarla a mí—. ¿Crees que podemos estar juntos un rato?

—Claro, yo me ocupo. —Owen respondió por ella. Daphne ni tan siquiera se giró para mirarlo.

—Gracias —susurró, aunque no estaba seguro de a quién de los dos se refería.

Subimos a la mesa que había ocupado antes de ir a escuchar su discurso. Aún seguía mi taza de café prácticamente vacía allí. Nos sentamos el uno frente al otro, pero Daphne ni tan siquiera me miraba. Parecía estar en otra parte.

—Lo del discurso lo decía en serio. —Con aquel simple comentario, logré me mirara a los ojos—. No sé cuántas veces lo ensayarías, pero te ha salido muy natural.

—Lo practiqué mil veces. —Se colocó un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Y luego, solté algo completamente diferente. —Se encogió de hombros, echándose a reír y no pude evitar reírme también.

—¿En serio? —Asintió con la cabeza.

—Me suele pasar. —Apoyó los codos sobre la mesa—. Tiendo a preparar todo, hasta el mínimo detalle, y luego… No sé, improviso.

—Te dejas llevar. —Me dedicó una amplia sonrisa.

—Eso es.

Esta vez fui yo quien le regaló una sonrisa, seguida de un suspiro.

—Cambiando de tema… Me ha llamado mi madre esta mañana. —Daphne permaneció en silencio—. Ya le he dicho que estoy saliendo con alguien. —Abrió la boca, pero seguí hablando—. Pero le he dicho que aún no quiero presentarte, aunque quizás debamos darnos prisa.

—¿Prisa? ¿Por qué?

—Por el tío que está sirviendo cafés. —Daphne se echó hacia atrás en la silla, resoplando—. ¿Qué? Lo digo en serio. Ayer no lo tenía muy claro, pero cuanto más os veo juntos, más seguro estoy.

—¿De qué?

—De que está loco por ti. —Soltó una carcajada, pero yo alcé ambas cejas a modo de sorpresa—. Tiempo al tiempo, pelirroja.

—¿Pelirroja? ¿En serio? —Antes de que pudiera insultar mi escasa originalidad, continué hablando.

—La cuestión es que deberíamos tener una cita… Vernos a solas, quiero decir —me corregí—. Para que cuando estemos con los demás, no la caguemos —Permaneció unos minutos en silencio.

—Me parece bien.

—¿Y tanto tenías que pensártelo? —Esbozó una media sonrisa.

—¿No estás acostumbrado a que te hagan esperar?

—No. —Se levantó de la silla, inclinándose hacia mi oreja para susurrarme algo.

—Pues ya te irás acostumbrando. —Me dio un pequeño beso en

la mejilla antes de darse media vuelta. Aunque aquel gesto me pilló desprevenido, reaccioné antes de que bajara por las escaleras.

—Mañana a las diez en la puerta de tu casa. —Se detuvo antes de bajar y aproveché para acercarme a ella—. ¿Bien?

—¿Recuerdas donde vivo?

—Tengo buena memoria. —Esta vez, yo di un paso al frente y le di un rápido beso en la comisura de los labios—. Ya te irás acostumbrando.

Capítulo 9

Daphne

No creía que pudiera acostumbrarme a Luke Watts. Sí, la noche en que lo conocí, lo busqué inmediatamente en internet. Todos estamos en internet. Y más aún si eres el hijo de los dueños de una de las revistas más conocidas de Canadá. Ya que había sido una estupidez que decidiera hacerlo pasar por mi novio, lo mínimo que podía hacer era informarme de que no era un psicópata. Por suerte, tan solo era un mujeriego. Al menos eso decían algunos posts en muchas páginas de cotilleos. Aunque muchos rumores podían exagerarse, estaba casi segura de que eran ciertos. Luke tenía… encanto. Era difícil no perderse en sus ojos de color caramelo y en esa sonrisa con la que se le formaba un hoyuelo en la mejilla izquierda. Sin embargo, no era tan guapo como Owen. *O sí*. La verdad es que eran muy diferentes. Luke era moreno, alto, con barba de un par de días, que, aunque pudiera resultar desaliñada, le daba un toque desenfadado; mientras que Owen era rubio, fuerte, ancho de espalda… los bíceps se le marcaban por debajo de la camiseta…

Me golpeé la frente contra la puerta del armario. Tenía que dejar

de pensar en Owen cada dos por tres. Debía espabilar. Hoy tenía que pensar tan solo en mi novio falso. Si de verdad Luke creía que Owen estaba celoso, tendríamos que esforzarnos para que nuestro plan saliera a la perfección.

La relación que Owen y Emma tenían se veía idílica. Parecían estar sincronizados en todo momento, mientras que Luke y yo… *Agh*, de verdad, ¿y si todos realmente sabían que lo nuestro no era cierto? Había ocurrido todo demasiado rápido y no parecíamos tan enamorados como ellos. De pronto, recordé el beso que compartimos antes de volver a ponerme detrás de la barra. Fue un buen beso. De esos que alejan cualquier tipo de duda. De esos que no parecen fingidos. Aunque sí lo fue, por supuesto.

Oficialmente estaba nerviosa. Por el plan, por quedar a solas con Luke, por los supuestos celos de Owen, por conocer a los padres de Luke… ¿Por qué diablos me había metido en un lío tan estúpido? ¿No podía haber seguido con mi vida sin más? Si Owen era feliz con Emma, yo estaría feliz por él y todos tan contentos.

—¡Daphne! Tu novio está aquí —gritó Marcie detrás de mi puerta. Me subí la cremallera de los vaqueros y me puse las deportivas lo más rápido que pude.

—¡No lo llames así! —Abrí la puerta con más fuerza de la que pretendía—. Y por favor no le dejes su… —Marcie y él charlaban como si nada en mitad del salón.

—¿Subir? —preguntó ella. Ahí estaba otra vez el hoyuelo de la mejilla izquierda. Aparté la mirada, ajustándome la camiseta. Había elegido una al azar. Después de probarme otras seis que tenía guardadas en el armario. Para qué engañarnos. Esta siempre me había gustado. Era una camiseta ancha de color negro que dejaba un hombro al descubierto, pero había una falsa camiseta de tirantes de color gris cosida por dentro—. ¿Cómo no voy a dejar subir a tu

novio? —Puse los ojos en blanco.

—Deberías aprender de Marcie, pelirroja. Se le da mucho mejor improvisar. —Resoplé e ignoré aquel comentario mientras descolgaba mi bolso del perchero.

—Daphne siempre ha sido muy cortada —explicaba ella—. Aunque en realidad tiene mucha imaginación, no te dejes engañar por esa imagen de niña buena que…

—Bueno, ya está bien, ¿no? —Luke aguantó la carcajada, pero Marcie se echó a reír—. Solo tenemos que fingir que somos novios delante de unas cuantas personas, no tengo que conseguir una nominación a los oscars. No es para tanto.

—Claro, claro… ¿Cómo os conocisteis?

—¿Qué? —Miré a Luke en busca de alguna respuesta ingeniosa, pero también se quedó en silencio.

—Oye, es una pregunta sencilla que os pueden hacer, ¿cómo os conocisteis? —Cruzó los brazos esperando una anécdota que le convenciera lo suficiente como para dejarnos marchar.

—Adelante —dijo Luke—. Total, no es para tanto, lo tienes todo bajo control, ¿no? —Si las miradas mataran, Luke habría caído contra la mesa del salón.

—Pues… —Los miré a ambos—. Está claro que con lo bien que os lleváis, podrías habérmelo presentado tú. —Luke y Marcie se dedicaron una rápida mirada. ¿De verdad se estaban planteando si era una historia válida? ¿Solo con mirarse? ¿Cuánto tiempo había tardado en abrir la puerta de la habitación?

—Vale, no está mal, pero es mejor no involucrar a más gente. —Terminó por decir Marcie, apoyándose en la barra de la cocina—. Además, deberíais hacerla más romántica.

—No tiene por qué —me defendí—. Dos personas pueden conocerse sin tener ningún tipo de interés romántico y acabar

enamorados. No tenemos que chocarnos en un pasillo atestado de gente, que se caigan los libros que llevamos encima y que nuestras manos se rocen al ir a recogerlos.

—Sí, esa escena no nos pega a nosotros.

—¿Ves? —Miré a Marcie con una sonrisa triunfadora.

—Porque no tenemos dieciséis años ni estamos en el instituto —puntualizó haciéndome sonrojar.

—Imbécil… —murmuré. Marcie soltó una carcajada.

—Podríais ser un *enemies to lovers*.

—¿Qué es eso? —Suspiré. Tenía que alejar a Luke de una interminable charla de tópicos literarios explicada por Marcie.

—Déjalo. Mira, para eso hemos quedado. Para ir diseñando bien nuestra estrategia, ¿vale? Así que, vamos a irnos a un sitio tranquilo, los dos solos. —Abrí la puerta mientras hablaba. Agarré a Luke de la manga de su camisa y tiré de ella con suavidad.

—Vaaaaaale. Pasadlo bien, parejita. —Me guiñó el ojo.

—Un placer verte de nuevo, Marcie. —Cerré la puerta antes de que ella pudiera despedirse—. Es muy maja.

—Sí, sí. Lo sé. Elegí bien a mi compañera de piso, pero no se lo digas que se viene arriba —susurré mientras salíamos del bloque de apartamentos—. Bueno… ¿Y qué quieres hacer?

—La verdad es que tengo trabajo. —No me había dado cuenta de que llevaba colgada la cámara en el hombro—. Pero no me llevará mucho tiempo y podremos ir hablando mientras.

—¿A dónde tienes que ir? —Su gesto cambió por completo.

—Al parque Acorn.

—¿En serio? —Pareció sorprenderle la ilusión de mi tono de voz —. Me encanta ese sitio.

—¿Por qué? Es solo un parque. —Me encogí de hombros—. No tiene nada espectacular.

—Todo tiene algo espectacular, aunque sea un detalle minúsculo.

No tardamos mucho en llegar al parque. Me sabía el recorrido de memoria, y además, tan solo pillaba a cuarenta minutos andando desde mi casa. No hablamos mucho durante el trayecto. Más bien, solo lo escuché hablar de las maravillosas fotos que había hecho en Islandia. Me repitió más veces de la cuenta que esos lugares sí que eran asombrosos y se compadecía de haber acabado haciendo fotos en un triste parque.

No es que me cansara escucharlo hablar de su viaje a Islandia, incluso me gustó que me explicara los sitios más icónicos con tantísimo detalle. Casi fui capaz de imaginarlos mientras caminábamos. Sin embargo, mientras lo escuchaba, me propuse hacerlo cambiar de opinión. Estaba enfadado por tener que hacer un reportaje fotográfico sobre el parque Acorn y quería hacerle ver que aquel lugar también podía ser maravilloso. Sí, no iba a quitarte el aliento igual que una cascada en un sitio alejado de la mano de Dios, pero sí que podías capturar momentos que podían pasar desapercibidos para los demás.

—No entiendo por qué seguimos aquí. —Lo había obligado a sentarse en uno de los bancos que había frente a la fuente que había en mitad del parque. Le había sacado unas cuantas fotos a la escultura en forma de pez por la que salía el agua y después le había pedido que se sentara a mi lado.

—¿Acaso tienes prisa? —Suspiró—. ¿No habíamos quedado para conocernos mejor?

—Para diseñar nuestra estrategia. —Usó mis palabras, acomodándose en el banco, dejando la cámara sobre sus piernas.

—Sí, eso. Deberíamos empezar por lo que nos ha preguntado Marcie, ¿cómo nos conocimos?

—Pensemos dónde pudimos chocarnos y qué cosas se nos

cayeron para que nuestras manos se rocen al recogerlas —bromeó haciéndome reír.

—Venga, en serio, ¿cómo nos conocimos? —Se encogió de hombros.

—¿En tu cafetería? —Eché la cabeza hacia atrás. Teniendo en cuenta que pasaba gran parte de mi tiempo allí dentro, esa era la historia más probable.

—Vale, ya tenemos escenario.

—Bien, se abre el telón y se ve una preciosa cafetería repleta de plantas y libros. Detrás de la barra, está una pelirroja que no me quita la vista de encima. —Solté una carcajada.

—¿Perdona? —Levantó una mano para pedirme que le dejara continuar.

—Y es lógico, porque en fin, probablemente, fuera el cliente más guapo, qué digo, estoy seguro de que era el cliente más guapo que había atendido aquella mañana. —Puse los ojos en blanco, aguantando la risa—. ¿Y qué podía hacer ese cliente que no fuera darle su móvil? No podía dejar a esa pelirroja con ganas de conocerlo.

—Ajá… Un escenario muy simple.

—Muy real.

—En tu cabeza, quizás. Ahora vamos con lo que de verdad habría pasado. —Me aclaré la garganta—. Se abre el telón y se ve, tal y como has dicho, una preciosa cafetería repleta de plantas y libros, y detrás de la barra una increíble chica pelirroja que te deja sin aliento. Te acercas a la barra e intentas pedir un café, pero la belleza de la dueña te tiene tan distraído que solo balbuceas unas cuantas palabras sin sentido. La pelirroja, que no tiene ni un pelo de tonta, te da su número de teléfono para que os conozcáis mejor, porque sabe que así, al menos volverás para tomarte otro café.

—Espera, espera… ¿Me habrías dado tu número solo para que volviera a tomar café? —No pude evitar echarme a reír—. ¿Todo hubiera sido una estrategia de marketing?

—Tengo que vender, Watts. —Alzó ambas cejas.

—¿Watts? Vaya, vaya, alguien ha hecho los deberes. —Desvié la mirada.

—¿Y si eras un psicópata? —Soltó una profunda carcajada.

—Si fuera un buen psicópata, no lo encontrarías en internet, pero dime, ¿qué viste?

—Más líos de bragas que fotos. —Me giré en el banco para mirarlo mejor—. Me decepcionó un poquito.

—¿Mis líos de bragas? He estado con…

—El no ver más fotos tuyas —aclaré—. Creía que te apasionaba tu trabajo y que sería lo primero que me encontraría, no el hecho de que te hayas tirado a no sé qué modelo. —Me sonrió con cierta amargura.

—Desgraciadamente, esa basura vende mucho más, pero sí que me apasiona mi trabajo. —Me fijé en cómo acariciaba la base de la cámara—. Y puedo enseñártelo cuando quieras.

—Pues no te veo muy inspirado. —Resopló, estirando las piernas.

—El parque Acorn no es algo que me guste fotografiar. Me gusta viajar y descubrir lugares inhóspitos para hacerles fotos que nadie había conseguido antes.

—Los lugares cotidianos también son dignos de capturar con una cámara, por eso te he traído a este banco. —Le señalé la fuente que había delante con la cabeza. Un hombre de unos sesenta años se acercaba a golpe de bastón. En la otra mano, llevaba una bolsa con una botella de agua y una pequeña bolsita de alpiste—. Mira arriba. —Obedeció justo en el momento exacto en el que un pájaro

aterrizaba sobre la escultura del pez.

—¿Eso es una golondrina? —Asentí.

—Una golondrina tijereta, para ser más exactos. —La parte superior de sus alas junto con su cola eran de un color azul metálico, mientras que la frente y la garganta son levemente rojizas. Algunas de sus plumas eran del color de la canela.

—¿Y qué hace aquí? —Sonreí. La golondrina se precipitó hasta la coronilla del anciano, haciéndolo reír.

—Hace unos años, se le rompió un ala y ese hombre la ayudó a recuperarse. Todos los días se reencuentran en esta fuente y él le da de comer. Alguna vez, cuando él no ha podido venir, la golondrina lo ha esperado hasta que ha caído la noche. —Antes de que pudiera darme cuenta, Luke ya tenía la cámara preparada.

—¿Cómo sabes todo eso? —susurró mientras buscaba el ángulo perfecto.

—Él mismo me lo contó. He sido testigo de sus encuentros infinidad de veces. —Luke consiguió capturar el momento en el que el pájaro se había posado en la mano de aquel hombre y comía el alpiste que le ofrecía. Después, consiguió fotografiar como el hombre acariciaba aquella pequeña cabeza y la golondrina piaba—. A esto me refería con este lugar. Siempre tiene historias que contar. Este, y las calles por las que pasas día tras día. —Contempló las fotos que había hecho en la pantalla de su cámara.

—Quizás me hagas falta como ayudante —murmuró—. Para fijarme en momentos como este.

—Ven. —Me levanté del banco tendiéndole la mano.

—¿Hay más cosas así? —Sonreí ampliamente. Agarró mi mano y, al incorporarse, se acercó a mí más de lo que creía que haría. Tragué saliva. Los ojos azules de Owen me habían dejado sin palabras más de una vez, pero en esta ocasión me quedé paralizada observando

las leves motas de color ámbar que decoraban el iris de sus ojos marrones.

—Las hay —logré susurrar. Me fijé en el hoyuelo de su mejilla izquierda. Ya estaba sonriendo otra vez.

—¿Quién decías que se quedaba sin aliento en la cafetería? —preguntó con ironía, consiguiendo que lo empujara hacia atrás y echándose a reír.

—Vamos, creído.

Capítulo 10

Luke

El día no podía haber empezado peor. En cuanto me desperté y vi el mensaje de mi madre, tuve que contener las ganas de lanzar el móvil por los aires. Supuestamente, me habían dado unos días libres después de mi viaje, pero al parecer, ahora había un encargo muy importante. Tomar unas fotos del parque Acorn. Estaba casi seguro de que lo había hecho a propósito. No podía ser imprescindible que me fuera en pleno fin de semana a echarle unas fotos a ese parque, pero el mensaje había sido muy conciso. Las quería para el lunes. No solo tenía que ir a un lugar que no me apetecía a hacer fotos, sino que además había tenido que cambiar mis planes con Daphne.

Sin embargo, toda esa frustración y enfado con la que había salido de casa, se había ido apagando a medida que Daphne me había contado esas historias en el parque Acorn.

Así que, para mi sorpresa, ahí estaba. Hablando con un grupo de amigos que Daphne me había presentado y preparado para hacerles una foto que dejaría a mi madre sin palabras; aunque para ser sinceros, en aquel momento, ni tan siquiera estaba pensando en la

revista. Quería una imagen que les gustara a ellos. A los salvadores del parque Acorn. Así los había llamado un periódico local hacía ya treinta años. No me había creído su historia cuando me la habían contado, por supuesto con ayuda de Daphne, pero tras una búsqueda rápida en internet, lo había confirmado.

El parque Acorn contaba con una superficie enorme y estaba dividido en distintas zonas. La fuente central era el epicentro del lugar y el que mejor se conservaba. Había una zona con unas mesas para que la gente pudiera hacer picnics libremente, otra con una pista de baloncesto que debía reservarse con antelación y una zona infantil. No había encontrado el motivo en internet, pero por aquel entonces, el ayuntamiento estimó que la zona infantil estaba abandonada y que ya no se jugaba allí. Sin embargo, un periodista que paseaba por el lugar, se encontró con un grupo de niños jugando en aquellos toboganes y balanceándose en los columpios mientras se reían sin parar. Sin pensárselo dos veces, les tomó una fotografía que luego apareció en el periódico que trabajaba, dando a entender que el ayuntamiento iba a cometer un error si se deshacían de esa zona infantil. El impacto fue tal, que muchos padres fueron a quejarse al ayuntamiento para exigir que no desaparecieran aquellas instalaciones, y el resultado fue renovarlas. Ahora, ese grupo de niños había crecido y sus hijos jugaban en aquel lugar. Uno de los implicados me propuso hacerles una foto a los niños jugando para que se supiera que aún se seguía utilizando ese sitio, pero a mí se me había ocurrido algo mejor.

Lo más complicado fue conseguir que los niños que estaban jugando se apartaran un momento de la zona, pero Daphne contó con la ayuda de los demás padres para contenerlos un instante. Los salvadores de Acorn se pusieron en las mismas posiciones en las que les habían tomado la foto treinta años atrás y así conseguí recrear

aquella imagen. No tuve en cuenta parámetros que solía estudiar antes de tomar las fotos, pero no me importó. Estaba seguro de que había quedado perfecta. Lo único que pretendía era hacerles sentir *algo*. Por un instante, me sentí igual que cuando era pequeño y me iba con mi padre a tomar fotos de los encuentros familiares. Sentía la misma ilusión que cuando le mostraba a mi madre lo que había capturado con la cámara. Y todo había sido gracias a Daphne.

—Ahora dime, ¿tan horrible ha sido? —No me miró mientras formulaba la pregunta, estaba demasiado ocupada leyendo la carta que había situada sobre la mesa. Le había propuesto ir a comer, ya que al menos ese era el plan inicial. Nos habíamos alejado lo suficiente como para no tener que fingir por si nos encontrábamos a alguien y poder hablar tranquilos. Aunque yo no le había dado importancia a la zona, ella sí que había querido alejarse.

—Horrible, de las peores experiencias del mundo, borraría cada segundo de esta mañana. —Alzó una ceja ante mi tono irónico, mostrándome una diminuta sonrisa—. Vale, tenías razón, no ha sido *tan* odioso como creía que sería, ¿eso es lo que querías escuchar?

—No está mal. —Suspiré.

—Las mujeres y su necesidad constante de tener la razón —murmuré antes de que el camarero se aproximara a nuestra mesa.

—Te equivocas, eso no es cuestión de género. A todo el mundo le gusta tener la razón. Hubieras preferido que fuera una mañana de mierda con tal de decirle a tu madre que puedes hacer reportajes mucho mejores. —Me quedé callado ante su respuesta. No estaba seguro de si por lo inesperado de sus palabras o por si había acertado de lleno.

—¿Saben lo que van a tomar?

—Yo tomaré una cola light y la hamburguesa especial de la casa. —El camarero se giró para mirarme cuando lo apuntó.

—Quiero exactamente lo mismo. —Se marchó de allí sin mediar palabra.

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —me preguntó cruzándose de brazos sobre la mesa.

—¿A qué te refieres? —Antes de poder contestar, el camarero nos dejó las bebidas sobre la mesa.

—Ya hemos dejado claro cómo nos conocimos, pero tendremos que saber más cosas el uno del otro, ¿no? —Le dio un sorbo a su refresco.

—Sí, claro.

—¿Hermanos o hermanas?

—Tate —contesté de forma instantánea—. Bueno, no es mi hermano, pero es como si lo fuera. Nos conocemos desde… Ni tan siquiera sé cuándo nos conocimos. Supongo que como tú y Marcie. —Negó con la cabeza.

—La conozco desde hace tres años. Vino a una entrevista de trabajo para la cafetería y al final del día, empezamos a compartir piso. Fue un flechazo amistoso, supongo. —Se encogió de hombros —. Está bien, entonces, Tate.

—Y Olivia. —Me arrepentí de soltar aquel nombre, pero ya era demasiado tarde como para borrarlo de la conversación.

—Por la cara que se te ha quedado, no creo que sea como Tate, ¿no? *—¿Tanto mostraba con mi expresión?* Resoplé, echándome hacia atrás en la silla.

—Los tres éramos inseparables de pequeños, pero luego la cosa empeoró.

—¿Os distanciasteis o algo así?

—Empezamos a salir juntos. —Leí la confusión en su mirada. El camarero dejó los platos en la mesa y mientras yo cogía una de las patatas fritas que venían de acompañamiento, Daphne seguía

mirándome en silencio—. No salió bien, no le des más vueltas.

—¿No habéis vuelto a tener contacto?

—Ni lo habrá —sentencié—. Me tendría que haber dado cuenta de que solo funcionábamos como amigos. —Se quedó paralizada al escuchar mi conclusión y recordé a Owen de inmediato—. Nosotros, al menos. No significa que sea así en todos los casos, ya sabes. —Asintió con la cabeza. Le quitó el pan a la hamburguesa para quitar el pepinillo y antes de que siguiera, agarré el tenedor para quitárselo y echárselo a la mía.

—Te lo cedo siempre que quieras.

—Perfecto, algo más que sabemos el uno del otro. —Me sonrió —. ¿Padres?

—Vivitos y coleando lejos de aquí.

—Y eso te hace… ¿Feliz? —Se tragó la patata que masticaba y se limpió un poco de kétchup que se le había quedado en la comisura de los labios. Mis ojos viajaron a ellos sin remedio, pero ella no pareció ser consciente de aquello, cosa que agradecí.

—Ni feliz ni infeliz, nos vemos poco, pero tenemos una buena relación. —Agarró la hamburguesa con ambas manos—. ¿Y los tuyos? Imagino que ahora mismo no los soportas, pero…

—Siempre me he llevado mejor con mi padre que con mi madre, pero los admiro mucho a ambos.

—Hm. —Le dio un mordisco a la hamburguesa.

—¿Hm? ¿Cómo que hm? —Masticó en silencio.

—Es curioso que hables de admiración, pero no de amor. No es lo que uno espera escuchar.

—No me digas.

—Ajá, eso es que valoras el trabajo por encima de todo.

—¿Además de tener una cafetería también eres psicóloga? —Se echó a reír, negando con la cabeza mientras se limpiaba con la

servilleta.

—No, pero ya me han dicho lo mismo un par de veces. Marcie me montó una cita a ciegas con un compañero de su clase y cuando me preguntó por mis padres, les conté a qué se dedicaban, y me dijo que lo normal era decir sus nombres, o dónde vivían o contar alguna anécdota suya, no hablar de sus empleos, así que eso suponía que valoraba el trabajo por encima de todo.

—Menuda gilipollez. —Ahí estaba de nuevo esa sonrisa ladeada.

—Eso pensé yo, y por eso fue mi última cita a ciegas. —Aproveché para darle el primer bocado a mi hamburguesa—. ¿Y tú qué? ¿Alguna relación después de Olivia? —Casi me atraganto por culpa de la pregunta. Cuando conseguí tragar el trozo, comencé a toser y me golpeé con suavidad el pecho mientras que con la otra mano, me tapé la boca—. Guau, eso sí que no sé cómo psicoanalizarlo.

—No… No he tenido nada serio.

—Ya me di cuenta después del comentario de Emma el día que nos conocimos —susurró—. Pero si voy a conocer a tus padres, creo que tengo que estar al día de todo, ¿no?

—Sí, claro. —Volví a comer mi hamburguesa mientras ella esperaba con paciencia a que le explicara mi vida sentimental con todo lujo de detalles. No es que llevara una vida desenfrenada ni nada por el estilo… Más o menos, pero no me sentía cómodo hablándolo con ella.

—Vale, ya me hago una idea.

—Ah, ¿sí? —Asintió con la cabeza mientras comía.

—Lo de Olivia te hizo daño y ahora vas de flor en flor porque estás en esa etapa de *nada ni nadie va a hacerme daño.*

—Parecías más tímida y callada cuando te conocí, no sé qué faceta me gusta más.

—Y eso solo confirma mi teoría. —Resoplé.

—Mira, tú habrás tenido suerte y estás enamorada del tío "perfecto", pero algunos no queremos nada serio. No considero primordial estar con alguien, ya está.

—Owen no es perfecto —dijo sin ni tan siquiera mirarme—. Pero sí, comprendo tu punto. Tienes razón.

—Gracias. —Me sorprendió hacerla cambiar de parecer tan rápido.

—Y nunca me imaginé que serías de esos que hacen el gesto de las comillas al hablar —murmuró, aguantando la risa. Abrí los ojos.

—¿Siempre tienes la última palabra o qué? —Sonrió—. En fin, sí, he tenido ligues de una noche. Más de la cuenta los últimos años. Modelos, sobre todo; pero no he pasado de eso. Normalmente, no nos volvíamos a ver.

—¿Normalmente?

—Mientras estaba en Islandia, una modelo se plantó en la oficina exigiendo saber dónde estaba porque le di una dirección falsa. —Se echó a reír tan fuerte que casi se le salió el refresco por la nariz—. Ese fue el numerito que logró que me viera en esta situación… —Me detuve en mi explicación, ya que Daphne no me estaba prestando la más mínima atención. No paraba de reírse mientras negaba una y otra vez con la cabeza.

—Me… Me tienes que estar vacilando, ¿en serio hiciste eso?

—Sí, ¿qué pasa?

—Pero… —Cuando consiguió controlar las carcajadas, pudo continuar—. ¿Cuántos años tienes? ¿Cómo se te ocurre hacer eso? —Notaba mis mejillas ardiendo por la vergüenza.

—No quiero llevar a nadie a mi casa, ¿vale? Y normalmente no volvemos a vernos, así que les doy cualquier dirección y punto. —Hizo un aspaviento cuando dejó de reír, recuperando después el aire.

—¿Y no es más fácil decir eso que darles una dirección falsa? Me parece mucho más complicado y absurdo, sinceramente.

—Si le entro así a una modelo, no me haría ni caso —solté sin vergüenza.

—Cómo debería ser… —murmuró sin llegar a mirarme. Ambos nos quedamos un instante en silencio. Sabía qué imagen se estaría formando de mí, y aunque a veces haya actuado como un inmaduro, no quería que Daphne conociera esa parte de mí—. Si eres sincero con lo que pretendes, ellas también lo serían y nadie acabaría perjudicado. —Se limpió la comisura de los labios con la servilleta—. Piénsalo para la próxima vez.

—No habrá próxima vez. Estoy saliendo con alguien. —Contuvo la risa y suspiró antes de darle un largo trago a la coca cola. *¿Era ella ahora la que estaba sonrojada o me lo estaba imaginando?* —. ¿Y tú qué? ¿Alguna relación?

—No, citas que no han llegado a nada, porque…

—Porque tenías a Owen en la cabeza, imagino. —Asintió. Como si el universo estuviera escuchándonos, su móvil vibró sobre la mesa y el nombre de Owen apareció en la pantalla. Daphne lo cogió rápidamente para leer el mensaje, pero por la cara que se le quedó no tuvo que ser muy agradable—. ¿Qué pasa?

—Me… *Nos* invitan a un parque de atracciones este fin de semana. Owen dice de tener una cita de parejitas.

—¿Y qué problema hay? —Dejó el móvil sobre la mesa y ocultó su rostro entre sus manos.

—¿Y si no sale bien? ¿Y si nota que no hay nada entre nosotros? —Fue bajando poco a poco sus manos—. Si se enterara de que esto es mentira, me moriría de vergüenza, no podría…

—Vale, para ahí, tranquila. —Agarré sus manos para que dejará su cara al descubierto y la miré a los ojos—. Mírame. —Me obedeció

—. ¿Has estado cómoda esta mañana en el parque conmigo? —Frunció el ceño, como si aquella pregunta le hubiera tomado por sorpresa.

—¿Qué tiene eso que ver con…

—¿Lo has estado?

—Sí, pero…

—¿Y comiendo?

—También, pero…

—Vale, pues no hay mucha diferencia entre lo que hemos hecho hoy y lo que hace una pareja. —Parpadeó—. Solo tienes que estar cómoda y relajada conmigo, de vez en cuando nos cogemos de la mano o cosas así y todo estará bajo control. No tenemos que estar comiéndonos la boca o metiéndonos mano constantemente. —Ladeé la cabeza para señalar a una pareja que había sentada en una mesa cercana a la nuestra—. ¿Los ves? Claramente están saliendo juntos y no se diferencian mucho de nosotros, ¿no crees?

—No, supongo que no…

—Mientras no te quedes rígida como un palo a mi lado, nadie sospechará nada. Relájate y sé tú misma. —Asintió con la cabeza, despacio, como si estuviera procesando la información, mientras que yo le solté las manos—. Hoy te has pasado el día metiéndote conmigo, se igual, queda muy natural.

—¿Todo el día? Pero, ¿cómo puedes ser tan exagerado? —dijo entre risas.

—¿Ves? Eso es, riéndote por cada comentario que te haga. Esa es la clave en una pareja.

—Reírse? —Asentí.

—Pasarlo bien juntos, aunque sea haciendo pequeñas cosas.

—Haces que suene demasiado fácil.

—Si es demasiado difícil no es una pareja, créeme.

Capítulo 11

Daphne

Me había quedado muy tranquila y relajada después de comer con Luke el domingo, pero durante el resto de la semana, cada vez que Owen soltaba algún comentario sobre las ganas que tenía de salir juntos el sábado, a mí me daba un vuelco el estómago. Ya no eran los propios nervios de poder hacer el ridículo junto a Luke y que descubrieran nuestro secreto, sino porque no me apetecía verlos como pareja. Se me hacían incómodas las visitas de Emma a la cafetería, las risitas cómplices que compartían y los besos rápidos que se daban al despedirse, no me sentía lo suficientemente fuerte como para soportar aquello durante un día entero. Al menos, después de haber salido con Luke, sabría que podría mantener una conversación con él y estar distraída. Habría sido mucho peor si me hubiera tocado el papel de sujeta-velas.

Luke se estaba portando bastante bien conmigo. La verdad es que no me podría haber topado con alguien mejor para hacerse pasar por mi novio. Me trataba como si me conociera de toda la vida, y delante de los demás, se mostraba como el novio ideal. Iba a

tener que estar a su altura cuando me tocara a mí actuar para sus padres. Quería creer que delante de ellos no me costaría comportarme como él, a fin de cuentas, ellos no me conocían, no podían saber cuándo estaba fingiendo. Según Luke, solo debía ser educada y sensata, algo que, según también él decía, no sería difícil porque yo ya era así. Quise tomarme aquellas palabras como un cumplido, pero una parte de mi cabeza, esa que era retorcida y le gustaba torturarme, pensaba que de manera sutil me estaba llamando sosa. No era culpa suya que yo pensara así, sino insinuaciones que había recibido a lo largo de los años. Todos se habían encargado de repetirme que me había centrado demasiado en la cafetería, que solo pensaba en eso y no en mi vida privada. Luke se hubiera echado a reír si le hubiera confesado la verdad sobre esa cita a ciegas que le mencioné el domingo. Fue él quien no quiso volver a verme porque le había dicho a Marcie que no había dejado de hablar de los distintos modelos de negocio que podía utilizar en la cafetería. Marcie me había echado una buena bronca al día siguiente y no se lo pude reprochar. No me había esforzado en conocerlo ni en mantener una conversación decente. Había puesto la cafetería como excusa, pero en el fondo, estaba tan obsesionada con Owen que no quería saber nada de nadie. No me interesaba nadie que no fuera él, pero tampoco me arriesgaba para conseguir estar a su lado.

Hasta hace cuatro meses.

No se lo había contado a nadie, ni volví a hablar con Owen del tema, pero el momento que habíamos compartido, seguía vigente en mi mente cada día. Cada beso furtivo que compartía con Emma, me hacía recordar el que nos habíamos dado cuatro meses atrás. Se suponía que, por aquel entonces, ya estaba saliendo con ella, así que aún me desconcertaba más lo que había pasado entre nosotros

aquella noche.

Habíamos salido a celebrar que aquel mes habíamos triplicado nuestros ingresos, que Tinta y café saldría adelante tal y como habíamos soñado. No recuerdo en qué momento decidimos seguir con la celebración en la cafetería ni tampoco sé en qué hora decidimos que sería buena idea mezclar aquel vodka caramelo con el licor de café que teníamos guardado, pero quizás esa no fue la peor decisión de la noche. Owen acabó sacando a relucir, como siempre, mi escasa vida sentimental, se empezó a reír de los chicos que me gustaban en el colegio y mientras lo hacía, se iba acercando más a mí. Sin embargo, en mi mente, era el alcohol el que lo estaba acercando a mí. El influjo del vodka me hizo armarme de valor y posar mis brazos sobre sus hombros, pero él fue quien se encargó de tirar de mí para posar sus labios contra los míos. Después de aquel beso tan torpe, nos miramos un instante a los ojos y luego… No sé quién de los dos se lanzó primero, pero tampoco creo que eso fuera importante. Me dejé de llevar. Todos los años de represión que había pasado, todas esas noches en las que él había sido el dueño de mis pensamientos y había deseado que lo fuera de mi cuerpo… Quise transmitirle todo aquello con esos besos, pero no lo conseguí.

Alguien vio las luces de la cafetería encendidas y llamaron con insistencia a la puerta, rompiendo el momento que tanto había anhelado. Tras la interrupción, Owen dijo que se había hecho muy tarde, me acompañó a casa en una atmósfera cargada de un silencio incómodo y ni tan siquiera subió las escaleras que conducían a mi apartamento. Tuve que agarrarme a la barandilla en un par de ocasiones y para cuando eché la vista atrás, él ya se había marchado. Al día siguiente, Owen me escribió para decirme que se lo había pasado muy bien, pero que estaba con fiebre y no acudiría a trabajar. Le pregunté si quería que le llevase algo caliente, pero ni

tan siquiera me respondió al mensaje. Después de esos días sin acudir a la cafetería, todo volvió a la normalidad. No hablamos de lo que había ocurrido aquella noche. Quise preguntarle por qué lo había hecho, también por qué no volvíamos a hacerlo, pero los nervios siempre me jugaban una mala pasada y no me atrevía a hacer nada. Desde pequeña, me había jactado de ser una persona valiente y muy lanzada, pero con el paso del tiempo, me di cuenta de que no era tan atrevida como yo creía, o al menos no para ciertas cosas. Había sido capaz de mudarme a la gran ciudad y empezar un negocio por mi cuenta, pero no había sido capaz de confesarle a la persona que quería que estaba enamorada de ella. Con el paso de los días, decidí que el alcohol había sido la causa de todo y decidí no darle importancia. Quizás, por ese motivo, no llegué a contárselo a Marcie. Estaba segura de que hubiera insistido en que me lanzara, en que me declarara de una vez y me hubiera llegado a convencer de que Owen sentía algo por mí. Por suerte, me había guardado ese momento como un secreto, y no habría cometido la enorme cagada de verme rechazada porque Owen ya estaba saliendo con Emma.

Sí, quizás ahora la trama se había enrevesado un poco más, y ahora no era Marcie la que intentaba convencerme de que Owen sentía algo por mí, sino Luke. Aunque no sabía por qué, me creía más su opinión que la de ella. Él aseguraba que Owen estaba celoso, y no sabía si el último atisbo de esperanza que albergaba dentro de mí era lo que me hacía creerlo.

—Tienes un cliente que quiere que lo atiendas tú —tarareó Marcie mientras abría la puerta de la cocina. Metí las galletas en el horno y lo cerré con cuidado. Me lavé las manos y me las sequé en el delantal. Me lo cambié por uno limpio y empujé las puertas de la cocina. Antes de que pudiera preguntarle a Marcie de quién se trataba, señaló con la cabeza una mesa que había en la planta

superior. Luke me saludó con una pequeña sonrisa, la cual le devolví. Durante esta semana, nos habíamos dedicado a mandarnos unos cuantos mensajes y había insistido en que me fijara en las reacciones de Owen cuando él aparecía, así que aproveché para mirarlo de reojo. Descubrí que él también había mirado a Luke cuando me había saludado, pero tampoco fui capaz de discernir qué pasaba por su cabeza. Subí por las escaleras y me acerqué a su mesa. En cuanto me acerqué a él, se levantó de la silla y me plantó un beso en la comisura de los labios. No fui capaz de devolverle el gesto.

—¿A qué debo el honor? —pregunté mientras nos sentábamos.

—Bueno, soy tu novio y lo suyo es que venga a verte de vez en cuando, ¿no? El otro día te quejaste de lo muchísimo que visitaba Emma a Owen.

—Es la verdad —dije cruzándome de brazos.

—Sí, pero me lo dijiste un lunes. —Resoplé fijándome en la pícara sonrisa que se había dibujado en su rostro.

—¿Has venido a meterte conmigo? —Negó con la cabeza.

—Ni de coña, has hecho que mi semana sea redonda.

—¿Todavía estás contento por lo mucho que gustaron tus fotos? —Sonrió ampliamente y volví a mirar el hoyuelo de su mejilla. Me había dado cuenta de que ya lo hacía de manera automática y esperaba que no se diera de cuenta de ello.

—¿Te puedes creer que me han felicitado más por esas fotos en el parque que por las que hice en Islandia? Casi me congelo los hue… la nariz —se corrigió rápidamente, haciéndome reír—. Y aun así, se ve que les llegó más al corazón las que hice el domingo.

—Ahora no sé si estás indignado o contento.

—Supongo que es una mezcla, pero… estoy orgulloso de mi trabajo.

—De nada. —Le guiñé el ojo apoyando después los codos en la mesa. —Si no hubiera estado ahí…

—Le hubiera sacado cuatro fotos aburridas a la fuente y me hubiera largado. —Me sorprendió su franqueza—. Pero te hice caso y me lo tomé en serio. Quizás deberías acompañarme a más sesiones.

—¿Y qué comisión me llevo yo? —Soltó una carcajada.

—Siempre pensando en los negocios, ¿eh? —Sonreí y me encogí de hombros.

—Ya sabes como soy.

—La cuestión es que he tenido una gran idea. —No sé por qué no me gustó el tono en el que había dicho aquello—. ¿Qué te parece si el sábado me llevo la cámara al parque de atracciones? —Alcé las cejas—. Podrías ayudarme a hacer un pequeño reportaje.

—¿Te lo han mandado tus padres?

—No, es iniciativa mía, ¿te parece buena idea o no?

—Supongo que sí…

—Así estaremos más entretenidos con esos dos tortolitos. —Suspiré y dejé caer la cabeza contra la mesa—. Se te ve entusiasmada…

—Va a ser desesperante… —De pronto, sentí la mano de Luke agarrando la mía y entrelazando sus dedos con los míos. Levanté la cabeza y me encontré con sus ojos de color caramelo, sonriéndome.

—Le daremos la vuelta, no te preocupes. —No fui consciente de que se había inclinado hacia delante y había tirado de mi mano para acercarla a su rostro—. Todo irá bien —susurró antes de darle un pequeño beso a los nudillos de mi mano. Parpadeé, sintiendo el calor en mis mejillas. Quizás el sábado no sería un día tan horrible. Una palmada en la espalda me devolvió a la realidad.

—¿Qué pasa, parejita? —Owen se sentó en la silla que quedaba libre y la arrastró para dejarla más cerca de mí. ¿En qué momento

se había acercado a nosotros? Luke debía haberse dado cuenta y de ahí el gesto de besarme la mano. Siempre estaba atento a todo lo que nos rodeaba—. Lo de ir mañana al parque va a ser un poco caótico al principio por el tema del autobús.

—¿Autobús? —repitió Luke.

—¿No se lo has dicho? —La verdad era que las pocas veces que había hablado con Luke durante la semana, no le había mencionado nada del plan para ir al parque de atracciones. Acababa harta cuando llegaba a casa y no me apetecía seguir hablando del tema—. Menos mal que estoy yo aquí. —Puse los ojos en blanco—. En fin, resulta que mi coche está en el taller y tendremos que ir en autobús al parque, y tenemos que ir en el que sale a primera hora de la mañana porque el siguiente es prácticamente a mediodía y ya sería hacer demasiadas colas y…

—No iremos en autobús, iremos en mi coche. —Ni tan siquiera sabía que tuviera uno y eso era un dato que una novia tenía que saber, ¿verdad? *Joder, ni tan siquiera me iba a descubrir en el parque de atracciones, sino antes de llegar.*

—¿Por qué no me lo dijiste? —Tragué saliva, pensando en distintas excusas, pero ninguna de ellas me resultaba demasiado creíble.

—Porque aún no era seguro —puntualizó Luke sacándome las castañas del fuego, como de costumbre—. Se lo dejé a un amigo y no tenía claro cuando me lo devolvería. De hecho, he venido porque me apetecía verte y para comentarte lo de mañana, pero entre unas cosas y otras… No te lo había dicho todavía. —Sonreí. *¿Cómo podía improvisar tan rápido y que le quedara tan natural?*

—Anda, bueno… Pues entonces genial, ¿no? —Se levantó de la silla—. ¿A qué hora nos vemos mañana?

—¿A las nueve aquí en la cafetería? —pregunté. Luke asintió.

—Aquí estaremos. —Owen posó una mano sobre mi cabeza y me despeinó—. Nos lo pasaremos genial. —Cuando se despidió y volvió a su puesto de trabajo detrás de la barra, pude respirar aliviada.

—No, en serio, ¿cómo lo haces? —Se estiró en la silla y se encogió de hombros—. Todo te sale tan… normal.

—Daphne, no es una interpretación para ganar un Oscar, me creo que eres mi novia y punto. No es tan difícil. ¿Tanto te cuesta fingirlo a ti? —Se señaló con ambas manos, recorriendo su cuerpo—. Estás saliendo con un buen partido.

—Solo si me dices la dirección de tu casa. —Se echó a reír, y aunque no era la respuesta que esperaba, me lo contagió. Era curioso que me resultara más fácil fingir que éramos pareja cuando estábamos solos—. A ver… El problema es que cuando estamos con gente, creo que todos están pendientes de las posibles reacciones que pueda reflejar y…

—Voy a decirte algo increíble que cambiará toda tu forma de pensar. —Me crucé de brazos.

—Sorpréndeme.

—Nadie te presta tanta atención. —Parpadeé. No sabía si sentirme dolida o si levantarme y marcharme. Por la cara que tuve que poner, Luke se dio cuenta de lo que había dicho e intentó corregirse—. No me refiero a ti en concreto, sino que la gente no va fijándose en si te tiembla el párpado cuando te digo cariño, tampoco va a contar el número de besos que nos damos cuando nos vemos, ni tampoco va a ir apuntando qué apelativos cariñosos nos decimos. La gente va a su rollo. No somos los protagonistas de sus vidas, cada uno lo es de la suya. Preocúpate por ti, no por lo que piensen los demás. —Me quedé callada un rato, procesando lo que había dicho—. Creo que ahora lo he explicado mejor, ¿no?

—Un poco.

—Mañana ve con la idea de que nos lo pasaremos bien allí. Nada más. ¿Cuánto tiempo hace que no vas a un parque de atracciones?

—No lo sé, ¿siglos? —Chasqueó los dedos.

—Pues justo eso es lo que tienes que pensar.

—Está bien.

—Exacto, porque además voy a darte otra cosa en la que pensar. —Se rio al ver el miedo en mi mirada—. En tres semanas es Halloween.

—Sí…

—Y en mi empresa siempre hay una fiesta de disfraces. —El corazón me dio un vuelco—. Y espero que no tengas nada esa noche porque quiero presentarte.

—¿Vas a presentarme a tus padres disfrazada en Halloween? —Negó con la cabeza.

—No, ellos no estarán, pero quiero que te conozcan en mi empresa, que empiecen a hablar de ti para que les lleguen rumores a mis padres y se lo crean. —Se rascó la nuca—. Solo es… una pre-presentación, para prepararte.

—Espera. Ya lo pillo. —Enarcó una ceja—. ¡No te fías de mí! —Abrió los ojos como platos, negando una y otra vez con la cabeza.

—No, no es eso, es…

—¡Claro que sí! Quieres ponerme a prueba en Halloween. Crees que no voy a saber hacerme pasar por tu novia. —*Dios*, era eso, se había sonrojado y todo. Lo había pillado—. Pues, ¿sabes qué? Te demostraré que puedo ser una novia falsa increíble —susurré inclinándome sobre la mesa—. Vas a flipar con mi capacidad de improvisación.

—Seguramente… Lo que no sé es si para bien o para mal. —Fruncí el ceño, pero solo conseguí que se riera y no me tomara en serio.

—Lo digo de verdad y te lo pienso demostrar mañana también.

—Oh, ¿necesitas un día para prepararte? —Si no fuera por el adorable hoyuelo que le salía en la mejilla cada vez que sonreía, le hubiera dado un guantazo. Sabía que solo quería picarme, pero conseguía sacarme de mis casillas.

—Pues sí, así de insufrible es ser tu novia. —Volvió a reírse de nuevo. El sonido de un mensaje a su móvil lo hizo levantarse de su silla.

—Tengo que volver a la oficina. —Me levanté junto a él—. Ya ves, me necesitan en todos lados. —Puse los ojos en blanco.

—¿Quieres un café para llevar?

—No dejas de trabajar, ¿eh? —bromeó mientras bajábamos por las escaleras.

—Tranquilo, tu increíble novia te invita. —Llamé a Marcie, la cual se acercó a la esquina de la barra—. ¿Qué quieres?

—Un capuchino.

—Un capuchino para llevar, Marcie, por favor. —Sonrió y se dispuso a hacerlo. Luke se apoyó en la barra.

—Te recogeré a ti primero mañana, ¿vale? —Asentí—, Creo que quedará mejor que aparezcamos juntos.

—Lo tienes todo pensado, ¿eh? —Sonrió.

—Insufrible pero increíble, acostúmbrate. —Esta vez fui yo la que sonrió, negando levemente con la cabeza. Marcie dejó el capuchino sobre la barra, justo entre nosotros.

—Estoy encantada de que no lleve las riendas por una vez —murmuró ella en tono jocoso antes de darse la vuelta y seguir preparando más bebidas para otros clientes que había esperando.

—No le hagas ni caso. —Pero a Luke le había gustado demasiado ese comentario como para no sacarle partido, se lo notaba en el brillo de sus ojos—. ¿No tenías que volver a la oficina?

—Por supuesto. —Cogió el café con una mano y me rodeó la cintura con la otra, atrayéndome hacia él—. Sh, Owen está mirando —susurró. No quise darme la vuelta y dejé que Luke se abalanzara sobre mi boca, besándome despacio. Mordió mi labio inferior, tirando con suavidad de este antes de separarse—. Nos vemos luego, pelirroja.

—Hasta luego —musité viéndolo darse la vuelta para marcharse. Aún no me había acostumbrado a que me besara así. *¿Si eso era un beso falso como sería uno verdadero?*

—Mírate, pareces un farolillo —bromeó Marcie. Pasó una mano por mi mejilla y se echó a reír—. Pero bueno, si estás ardiendo.

—Mentira. —Me di la vuelta, buscando a Owen—. ¿Dónde está Owen? —Marcie frunció el ceño.

—Lleva todo el rato en la cocina. —Luke me guiñó el ojo a través de la cristalera de la cafetería y desapareció por la calle. Era verdaderamente insufrible.

Capítulo 12

Luke

No era muy fan de madrugar los fines de semana, pero una promesa era una promesa. Además, había trabajo que hacer y no solo como actor, sino como fotógrafo. Les había propuesto la idea a mis padres el viernes por la tarde y, además de dejarlos sin palabras, aceptaron mi sugerencia sobre el reportaje del parque de atracciones. Me pasé parte de la noche buscando información sobre *Skyland*. Por lo visto, el parque había cerrado más veces de las que creía que sería posible. Había cambiado de nombre y de dueños un millón de veces, pero siempre contaba con las mismas atracciones y nadie se encargaba de darle un enfoque diferente. La gente achacaba sus fracasos a la zona en la que se encontraba, ya que estaba en plena montaña y el número de autobuses era muy limitado. Sin embargo, a mi parecer, su fracaso se debía a que no era un parque temático ni de ningún tipo. Al menos, al ser poco conocido, las atracciones no solían tener grandes colas, y pese a sus idas y venidas, se conservaba en buenas condiciones.

No me había atrevido a confesarle a Daphne que no me

gustaban especialmente ese tipo de sitios, así que iba a tener que fingir el doble. Esperaba librarme de más de una atracción al tener de excusa el reportaje, pero tampoco podía dejar que Daphne fuera sola con ellos en todas las atracciones. Sería un hipócrita si pretendía ponerla a prueba en Halloween y yo no fuera capaz de subir a una montaña rusa por ella. Esperaba que no le hubiera sentado muy mal el hecho de que hubiera querido ponerla a prueba en la fiesta de la empresa, pero por los mensajes que compartimos anoche, pareció haber olvidado aquel detalle. Solo parecía molesta por aquel beso a traición que le había dado antes de marcharme. No es que me apeteciera besarla en aquel momento, pero necesitaba que empezara a soltarse más conmigo antes de conocer a mis padres. Ellos sabrían que no estaría con una persona a la que le diera vergüenza ir cogidos de la mano, y Daphne estaba en ese punto ahora mismo. Recordé la cara que se le había quedado después del beso y sonreí para mí mismo. Puede que sí que quisiera besarla. Era una tontería negar que Daphne era una mujer preciosa y no era ninguna tragedia tener que besarla de vez en cuando. Sin embargo, ¿saldría de ella un gesto como aquel en algún momento? Lo dudaba. Necesitaba que en Halloween estuviera más tranquila, que se familiarizara con el ambiente de la oficina y que cuando conociera a mis padres, todo fuera más fluido.

Al menos, ya no éramos dos completos desconocidos. Hablábamos prácticamente a diario, aunque fuera para decir cualquier tontería. Ya me sabía casi toda la historia que había entre ella y Owen, o más bien la que no había llegado a existir. Ella había vuelto a preguntarme por Olivia, no de una manera directa, pero tampoco había llegado a ser muy sutil. No me gustaba hablar de ella, así que supe zanjar la conversación con rapidez. ¿Qué iba a contarle? Olivia me engañó y convirtió el que debía ser uno de los

días más felices de mi vida en el más horrible. No, ya había pasado demasiados años lamentándome en silencio como para volver a repetir todo aquello. Entre Daphne y yo empezaba a formarse una buena amistad, pero si ni tan siquiera le había contado a Tate lo que había ocurrido entre Olivia y yo, tampoco se lo contaría a ella.

Dejé de rodar por la cama y me di una ducha rápida. Ya había comprobado que sería un día frío, así que nada más salir, me vestí con unos vaqueros, una camiseta y mi chupa de cuero negra. Me calcé mis deportivas y guardé la cámara en su funda, echándomela en el hombro. El móvil empezó a vibrar en el bolsillo trasero de mi pantalón. Era Daphne.

No tienes que creerme, hoy vas a ver de lo que soy capaz.

Solté una carcajada a pesar de estar solo.

Aleluya.

Su falta de respuesta inmediata me demostraba que se había vuelto a picar. Era demasiado fácil conseguirlo.

No tardé mucho tiempo en llegar a su apartamento, pero no me bajé del jeep, sino que le mandé un mensaje para que supiera que estaba aparcado esperándola. La vi reflejada en el espejo retrovisor, mirando hacia todos lados. Me había olvidado de decirle que tenía un jeep negro para que pudiera reconocerme. Me quedé mirándola un par de minutos antes de mandarle algún mensaje. Lucía unos vaqueros negros muy ceñidos, una camiseta del mismo color con un escote en V del que no había sido consciente antes, una chaqueta de cuero de color rojo, y unas botas que le quedaban por encima del tobillo. *Joder. N*o sabía si Owen estaba ciego o qué, pero al menos disfrutaría de las vistas mientras tanto. Vi cómo sacaba el móvil del bolsillo, pero antes de que me llamara, pité. En cuanto reconoció el sonido, caminó deprisa hacia donde estaba aparcado. Abrió la puerta del copiloto y se sentó a mi lado.

—Menudo coche. Es enorme.

—Buenos días —respondí—. Lo siento, se me olvidó decirte qué coche tenía.

—No sé por qué, pero te imaginaba en un Mustang clásico. —Sonreí.

—No habría estado mal, la verdad, pero viajaba mucho, así que mis padres me regalaron este coche. —Abrió un poco más los ojos.

—Vaya, a mí una bicicleta cuando tenía quince años. —Me eché a reír—. Será porque no viajaba tanto como tú.

—¿Quieres conducir tú? —Negó con la cabeza.

—Pero te dejaré mi bici cuando quieras —añadió mientras nos poníamos en marcha.

—¿Preparada para hoy? —pregunté. Daphne iba entretenida mirando por la ventana, pero no dejaba de arrugar los puños de su chaqueta—. Tienes que ayudarme con las fotos.

—Sé poco de *Skyland*, la verdad.

—¿Sabes que lo han cerrado quince veces?

—Venga ya. —Asentí mientras me detenía delante del semáforo que había antes de llegar a la cafetería—. Está maldito, ¿o cómo va la cosa?

—Tendremos que descubrirlo. —Le señalé con la cabeza a Owen y Emma—. Míralos, ahí están.

—Oh, ¿nos besamos entonces?

—No creo que haga falta, pero si insistes… —Suspiró aguantando la risa. En cuanto el semáforo se puso en verde, me acerqué hasta donde nos esperaban. Owen abrió la puerta para Emma, la cual se deslizó entre los asientos para quedarse detrás de Daphne.

—¡Buenos días! —dijeron Owen y ella al mismo tiempo. Daphne y yo compartimos una rápida mirada y los imitamos.

—¿Preparados para *Skyland*? —preguntó Owen cerrando la puerta.

—¡Claro que sí!

—La pelirroja lleva hablándome de esto toda la semana —bromeé mirándola de reojo.

Puse la dirección del parque en el GPS del móvil y comenzamos el recorrido. Mientras hablaban acerca del parque, desconecté por completo. Estaba más pendiente de las indicaciones del GPS que de la conversación insustancial que estaban manteniendo. Cuando por fin salimos de las calles, alargué la mano para poner música. No podía conducir sin ella. Se me había olvidado por completo que la última vez la llevaba puesta a todo volumen, así que me encargué de despertar a todo el personal.

If I could tell you how I feel

I know that you're still hurting too

No I'm not broken

I'm just scared to belong here, scared to be happier.

Una exclamación de Owen, me hizo volver a alargar la mano para bajar la música, pero Daphne me detuvo. Me di cuenta de que sus ojos brillaban. La canción estaba a punto de acabar, y entonces me cercioré de que Daphne estaba moviendo los labios. Se sabía la canción. En cuanto acabó, Owen fue el primero en hablar.

—Anda, ¿os gusta la misma música o solo coincidís en Yungblud? —preguntó. Daphne miró la pantalla del coche y sonrió ampliamente al ver la siguiente canción que se estaba reproduciendo.

—También coincidimos con Arctic Monkeys. —Sonreí y volví a subir el volumen de la música.

—Yo creía que esos grupos solo los escuchabas tú —bromeó, aunque la única que se rio fue Emma.

Daphne ni tan siquiera lo escuchó, me fijé en que estaba

contemplando el paisaje mientras tarareaba *Why'd you only call me when you're high.* Así que la música era una de las pocas cosas que la hacía desconectar. Me lo apunté mentalmente por si necesitaba esa información en un futuro. Daba igual la canción que sonara, parecía sabérselas todas al dedillo. No sé por qué aquello me hacía tanta ilusión. Me di cuenta de que Owen estaba aún más sorprendido que yo. Lo pillé mirando a Daphne en más de una ocasión, así que no estaba acostumbrado a verla tararear… ¿Y si yo podía llevarla un poco más lejos? Subí un poco más el volumen, llamando así su atención. No estaba completamente seguro de si la canción que estaba sonando ahora la conocía o no, pero me lancé a la piscina.

—*Please stay, I want you, I need you, oh God, don't take…*

—*These beautiful things that I've got!* —me siguió ella con ilusión. No sé si fue por el grito que soltó ella o porque también se sabía esa canción, pero ambos nos miramos unas milésimas de segundo y nos echamos a reír.

—No fallan ni una canción —dijo Emma riéndose. Vi a Owen sonreír alzando ligeramente una de las comisuras de sus labios. Se desabrochó el cinturón para ponerse en el asiento del medio y se colocó el correspondiente cinturón. Emma aprovechó para apoyar la cabeza en su hombro.

—Sí, los dos escuchan música rara.

—¿Rara? —pregunté. Daphne se giró para mirarlo con indignación.

—Perdón, señor que solo escucha country.

—El country nunca pasará de moda. —Daphne suspiró resignada. Parecía ser un tema crucial para ellos—. Al menos has dejado atrás esa faceta en la que cantabas como una loca en japonés… —Emma le dio un suave codazo.

—No te metas con sus gustos, en la diversidad está la magia. —Owen se rio levemente, y de nuevo, Daphne lo ignoró. En momentos como estos, no hacía más que preguntarme por qué narices Daphne se podía sentir atraída por este tío. Como si hubiera leído mi mente, posó su mano sobre mi pierna. Tragué saliva, no estaba acostumbrado a que fuera ella la que se acercara. Agarré el volante con fuerza cuando siguió deslizando la mano, llegando hasta la mitad de mi muslo. Lo apretó con suavidad y ladeó la cabeza para mirarme. Su cabello pelirrojo cayó por encima de su hombro y me dedicó una sonrisa torcida.

—Menos mal que comparto gustos contigo. —No supe por qué el corazón me dio un vuelco. Y no me gustó.

—Cantaría hasta en japonés. —Tampoco sé por qué solté aquella estupidez, pero al verla sonreír de nuevo, me relajé.

—¡Ohhh! —Escuché decir a Emma como si estuviera viendo una comedia romántica.

—Anda, mirad ahí arriba —señaló Owen interrumpiendo por completo el momento, aunque la mano de Daphne seguía en el mismo lugar. Intenté no hacerle caso y seguir conduciendo mientras me fijaba en lo que Owen había dicho.

No muy lejos se veía una noria de unos cien metros de altura. Era la atracción más emblemática de *Skyland*, y había sido reformada en más de una ocasión, quedándose pintada finalmente de un color rojo intenso que llamaba bastante la atención. Esa era una de las atracciones en las que no tenía en mente entrar, aunque tampoco me apetecía subir en esa gigantesca montaña rusa que empezaba a verse más adelante. Sin embargo, en aquel momento estaba tan concentrado en las caricias de la mano de Daphne que poco miedo sentía por aquellas atracciones. *¿A esto se refería con que me iba a demostrar que sería una novia falsa convincente?*

Ahora no estaba seguro de si quería que lo fuera tanto. Eché la cabeza hacia atrás para apoyarla en el respaldo del asiento y pensar en otra cosa mientras nos acercábamos al parque.

Apartó la mano cuando entré al aparcamiento del *Skyland* y pude respirar con más tranquilidad. En lo único que podía pensar era en que debería sentir alivio por no haber subido aún más la mano, ahí sí que hubiera estado en un aprieto. El problema era que, al mismo tiempo, lamentaba que no lo hubiera hecho. *¿Pero qué tenía esa pelirroja?*

—¿Estás bien? Estás muy callado —murmuró mientras caminábamos detrás de Owen y Emma, los cuales iban prácticamente abrazados el uno al otro. No sabía ni cómo podían moverse así.

—No, nada, veía como pueden andar como si fueran una babosa. —Daphne se tapó la boca, ahogando una carcajada—. ¿Qué? Lo digo en serio, míralos. Estoy esperando que mezclen sus piernas y se caigan de bruces al suelo. —*Sobre todo él*, pensé.

—Alguien está indignado porque se hayan metido con sus gustos musicales. —Resoplé. *Como si me importara la opinión de Owen.*

—La verdad es que a mí me da igual, pero no sé cómo no puede importarte a ti. —Se encogió de hombros.

—Tampoco creo que sea algo verdaderamente importante, supongo que pienso como Emma, en que la magia está en la diversidad. —Volví a resoplar.

—Eso son… —Daphne entrelazó su brazo con el mío—. Tonterías. —Miré hacia otro lado, recordando sus caricias en el coche.

—¿De verdad que no te pasa nada? —Negué con la cabeza—. ¿No crees que soy mejor novia de lo que esperabas? —susurró. *Así que ese iba a ser su juego. Genial.*

—Vamos, pelirroja. No podemos quedarnos atrás. —La pegué

más a mí mientras seguíamos a Owen y Emma.

Se limitó a sonreír mientras aceleraba el paso. No tardamos en alcanzar a la famosa parejita, la cual se encargó de la gestión de las entradas. Daphne me había contado que las entradas corrían a cargo de Emma porque un familiar suyo trabajaba en *Skyland*, así que era un tema menos del que preocuparme. Por suerte, tampoco parecía que fuéramos a hacer grandes colas para subir en las atracciones.

Mientras la parejita iba siempre en su burbuja, nosotros les dábamos algo de espacio. Era más cómodo para Daphne y para mí, así ella no tenía por qué presenciar cómo Owen no soltaba a Emma ni debajo del agua, y a mí me servía para hacer fotos en cuanto podía. Tal y como ella había dicho, no sabía ninguna historia significativa del lugar, pero sí que se le ocurrían buenas localizaciones para capturar un buen paisaje que no solía ser el habitual. Gracias al reportaje, había podido evitar muchas de las atracciones y había accedido a subir en las que me parecían más tranquilas.

—Quizás en esta puedas echar fotos buenas —comentó Emma mientras esperábamos en la cola.

—Sí, es tranquila según lo que pone en la entrada —añadió Owen mientras la abrazaba por la espalda. Daphne sujetaba mi cámara, observando en silencio las fotos que habíamos echado juntos—. Mira que hacerte trabajar un sábado.

—Disfruto mucho con mi trabajo, así que no lo veo como un inconveniente.

—Sois tal para cual —musitó Owen mirando a Daphne de reojo.

—Oye, ¿por qué no nos echas una foto? —Daphne alzó la vista en cuanto escuchó aquella pregunta. Me di cuenta de cómo intentaba no reflejar ningún tipo de emoción al verlos practicar

diferentes poses para la foto. Le quité la cámara con cuidado y así acabar con aquella tontería. Finalmente, se limitaron a abrazarse y Emma le dio un beso en la mejilla mientras tanto. Les tomé la foto, y alguna más como siempre hacía. Les enseñé la pantalla de la cámara y sonrieron como dos tortolitos. Daphne se quedó apartada, mirando a su alrededor, haciéndose la distraída.

—¿Por qué no os hago yo una a vosotros? —preguntó Emma, animada. La incomodidad de Daphne se hizo visible, por mucho que intentara disimular—. Sé que no soy una profesional, pero lo bonito es el recuerdo, ¿no?

—Claro —murmuró ella con una sonrisa desganada. Se acercó a mí mientras Emma nos apuntaba con el objetivo. Daphne pasó el brazo por mi cintura y yo lo pasé sobre sus hombros. No me gustaba posar para las fotos, me gustaba estar detrás de la cámara. Así que los dos teníamos cara de pocos amigos.

—¡Por favor, con más ganas! —exclamó Owen—. No os está apuntando con un arma.

—Más o menos… —bromeó Daphne. Aproveché para agarrar sus mejillas y apretarlas con suavidad, de modo que sus labios formaran una o. Emma sacó la foto y tras el fogonazo del flash, Daphne se echó a reír. Emma volvió a echar una ráfaga de fotografías. Me entregó la cámara y Daphne y yo contemplamos lo que había hecho.

—Mírate, si pareces hasta contenta —murmuré dándole un codazo para hacerla reír de nuevo. Me colgué la cámara al cuello, ya que nos tocaba avanzar en la cola. Nos subimos al pequeño tren de cuatro plazas, Emma y Owen se sentaron delante y nosotros justo detrás.

El tren iba recorriendo diferentes momentos que salían en los cuentos infantiles. Pasamos por Caperucita roja y Daphne me decía cuando debía hacer la foto según su opinión. Logré captar el

momento exacto en el que el lobo feroz soplaba para destruir la casita de madera en el cuento de los Tres cerditos. Peter Pan pasó volando por encima de nuestras cabezas y Daphne agarró mi cámara para hacerle rápidamente una foto. Mientras ella miró el rastro de pan que condujo a Hansel y Gretel hasta la casita de chuches y chocolate, aproveché para hacerle una foto a ella. No estaba acostumbrado a hacerle fotos a la gente, pero me gustó ver su cara de ilusión mientras observaba todos los pasajes que se veían desde el trenecito.

—¿Solo te gustan las atracciones para niños? —preguntó con una divertida sonrisa.

— No es eso, es que me gusta tomar fotos y…

—Por favor, Luke, me he dado cuenta de que no te gustan las atracciones —susurró—. Podrías haberte negado al plan, no hubiera pasado nada.

—No, quería hacerlo. —*Por ti.* Pensé. Diminutas bombillas de color blanco empezaron a parpadear sobre nuestras cabezas, simulando una noche estrellada.

—Qué romántico, ¿verdad? —preguntó Emma aferrándose al brazo de Owen—. Por eso dije que teníamos que subir aquí aunque fuera para niños.

—Siempre tienes buenas ideas, cariño. —Mientras Owen se giraba para mirarnos para que le diéramos la razón, eché la cámara a un lado y rodeé la cintura de Daphne con un brazo para que se pegara más a mí. Quise avisarla de que lo hacía porque Owen nos iba a mirar, pero ya parecía haberse percatado de ello. Para mi sorpresa, posó sus labios contra mi mejilla, besándola con suavidad justo en el momento que Owen se dio la vuelta. Aquello lo pilló de imprevisto, por lo que en lugar de pedirnos que le diéramos la razón, sonrió débilmente y se giró de nuevo. Cada vez era mejor actriz.

Capítulo 13

Daphne

Odiaba mentir. Aceptaba las mentiras piadosas, esas que ayudaban a sentir mejor a los demás, incluso a mí misma, pero el engaño en sí lo consideraba un defecto espantoso. Quizás, por eso me había despertado odiándome un poquito aquella mañana. Mi farsa con Luke apenas había empezado y ya estaba harta de ella. De los nervios, de la tensión, *joder,* de mentir a Owen. ¿En qué momento decidí cometer aquella estupidez? Si le hubiera dicho a Owen cualquier cosa esa noche en la que me dijo que había empezado a salir con Emma… Cualquier comentario hubiera sido mejor que decir tengo novio. *Venga ya, si ni tan siquiera resultaba creíble.* Y menos mal que fue Luke Watts el que aceptó esta tontería, sino esto no hubiera llegado a ningún lado.

Haberlo conocido era el único aspecto positivo de toda esta historia. Era un buen tío. Más o menos. Tenía sus cosas, pero ¿no las tenemos todos? Solo había algo que no me llegaba a gustar. Mentía demasiado bien. No todos saldrían de una situación tan airoso como él, con ese semblante tranquilo y esa actitud despreocupada. Sin

embargo, lo peor es que empezaba a sentir cierta admiración, o quizás fascinación, por esa capacidad suya de improvisación. *Por llamarlo de alguna manera*. Me gustaría no obsesionarme con que todo salga perfecto, con estar atenta a cualquier mínimo detalle, y a pesar de prepararlo todo con una dedicación envidiable, seguir estando nerviosa. Una técnica para sentirme mejor conmigo misma podría ser aprender de Luke. No a mentir, sino a desenvolverme de forma más natural e intentar complicarme un poco menos la existencia.

Contemplé la hora en la pantalla del móvil durante un par de minutos y suspiré. Ya había pasado demasiado tiempo compadeciéndome de mí misma, ahora tocaba salir de la cama. Desbloqueé el móvil por accidente y se abrió la conversación con Luke. Me había quedado dormida hablando con él. No hablamos de nada importante, me comentó cosas sobre el parque *Skyland* y cómo la mala suerte parecía perseguirlo para conseguir que cerrara. Cuantos más comentarios me decía, más fácil me resultó deducir que no quería ir. Podría haberse librado, podríamos haber cambiado la cita o incluso cancelarla, eso puede hacerlo cualquier pareja. No hubiéramos levantado sospechas, ¿por qué había querido ir de todas formas?

Cuando terminé de ducharme y tuve qué decidir qué ponerme, me quedé perdiendo el tiempo delante del armario. Nada me gustaba. Nada me convencía. No sabía por qué no podía dejar de pensar en que Emma iría perfecta. ¿En qué momento había empezado a compararme constantemente con ella?

—¿En serio vas a ir así? —Ahogué un grito cuando vi a Marcie apoyada en el marco de la puerta.

—¿Por qué no? —pregunté mientras intentaba subirme la cremallera del vestido blanco.

—Porque te vas a morir de frío —aclaró acercándose a mí—. Y porque vas a un maldito parque de atracciones, ¿puedes vestir algo menos formal? —Refunfuñé cuando tiró de la cremallera hacia abajo —. Ve normal, Daphne, tienes mucho estilo a la hora de vestir. Se tú misma. —Antes de salir, agarró la chupa de cuero roja que tenía colgada detrás de la puerta y me la tiró—. Esto te queda muy bien. —Sonreí cogiéndola al vuelo.

—Gracias, Marcie.

Me di cuenta de que tenía razón cuando pillé a Luke mirándome de reojo un par de veces antes de llegar a por Owen y Emma. Quizás, si no hubiera estado tan nerviosa por lo que se nos venía encima, le hubiera soltado algún comentario para picarlo, igual que él hacía conmigo, pero no me sentía preparada.

Sin embargo, todos esos nervios y preocupaciones que esperaba sentir durante el viaje, no llegaron a producirse. En cuanto Luke encendió la música. Todo desapareció. No habíamos hablado de nuestros gustos musicales, pero ahí estaban sonando la gran mayoría de mis canciones favoritas. Aquello me relajó más de lo que esperaba. Me gustó más de lo que estaba dispuesta a admitir. El resto de mis amistades no compartían mis mismos gustos, incluso Owen se burlaba de ellos desde pequeño, pero Luke los llevaba a todo volumen en su coche. Eso tenía que significar algo, ¿verdad? No había elegido a un novio falso al azar. Lo había hecho bien, había acertado de lleno. Me había fijado en que volvió a mirarme de reojo. Sus ojos brillaban igual que los míos. ¿Se habría ilusionado por tener los mismos gustos?

Por el espejo retrovisor, vi a Emma enganchada al brazo de Owen. Así es como se comportaba una pareja de verdad. Si Luke quería que fuéramos así, no pensaba quedarme atrás. Llevé mi mano hasta su rodilla y pude sentir como los músculos de su pierna

se tensaban cuando la arrastré hasta la altura de su muslo. Si subiera un poco más, quizás… Un calor me invadió todo el cuerpo, pero respiré y me concentré en la música que sonaba. Luke era atractivo, pero teníamos que convencer a los demás de que éramos novios, no convencernos a nosotros mismos.

Mi idea durante la mañana, había sido comportarme con Luke como me hubiera gustado estar con Owen. Sin embargo, era bastante complicado cuando lo veía besuqueándose con Emma cada dos por tres. Luke intentaba distraerme como buenamente podía, incluso lo había logrado en más de una ocasión. Había sido buena idea que trajera la cámara a *Skyland.* Pudimos escabullirnos de ellos un par de veces para hacer alguna que otra foto mientras ellos se montaban en las demás atracciones y me cercioré de que Luke me lo agradecía con la mirada. No se había atrevido a confesarme que no le gustaban las emociones fuertes, las alturas, o las atracciones sin más, pero tampoco quería que se sintiera avergonzado si se lo preguntaba, así que lo dejé pasar y lo ayudé a evitar todas las que pudiera.

—¡Aquí tenemos que subir sí o sí! —Emma señalaba la noria con una ilusión y una alegría fuera de todo límite.

—Es lo más espectacular de *Skyland* —me limité a responder. Owen abrazó a Emma por la espalda. La pobre mujer no me había hecho nada malo, pero cada vez que Owen se acercaba a ella lo más mínimo, un fuego ardía en mi interior. No la soportaba. La detestaba más cada segundo que pasaba. Era tan… Tan… Tan guapa. Lanzada, atractiva, delgada, con ese tono de piel de color caramelo. Sin ningún tipo de imperfección. Con un maquillaje elegante, que pasaba desapercibido lo justo para que pareciera natural. Parecía sacada de una maldita revista. Yo nunca me hubiera comprado aquellos pantalones blancos ceñidos y mucho menos un jersey rosa

que parecía hecho con algodón de azúcar. ¿Cómo podía parecer más joven que nosotros cuando nos sacaba un par de años a cada uno? Era… Era… *Dios*, la envidiaba a más no poder.

—Si tanta ilusión te hace, habrá que subir. —Emma se dio la vuelta para mirar a Owen, poniéndole ojitos.

—No creo que podamos —añadió Luke—, Por lo visto, es una atracción que requiere una entrada anticipada y… —Vi como su rostro cambiaba de color cuando Owen sacó del bolsillo de su pantalón cuatro entradas.

—¿Cuándo las has comprado? —preguntó Emma con una voz aguda insoportable.

—Antes, cuando estábamos comiendo y me he ido al baño. —Emma pegó un salto y Owen la cogió en volandas. Se aferró a su cintura con las piernas y comenzó a besuquearle la cara como si le fuera la vida en ello. Me di la vuelta para encontrarme con Luke. Agarraba la cámara de tal forma que sus dedos habían llegado a ponerse blancos.

—¿Estás bien? —susurré. Asintió con la cabeza—. ¿No quieres subir? —Aunque lo dije a susurros, Owen logró escucharnos.

—¡Claro que quiere! ¿Cómo va a venir a *Skyland* y no va a subir a la noria? Sería idiota. —Se echó a reír. Emma posó la mano sobre su hombro, dedicándole una sonrisa deslumbrante.

—Desde ahí podrás hacer unas fotos maravillosas. —Una cosa era que se mostrara tan cariñosa con Owen, pero no podía soportar que también se acercara a Luke. Me abrí paso entre ellos y coloqué mis manos en sus mejillas. Dejó de observar la noria para mirarme a los ojos.

—Será divertido. —Volvió a asentir con la cabeza. Su mirada bajó hasta mis labios, consiguiendo que mis mejillas se tiñeran de rojo.

—Vamos, parejita, ya tendréis tiempo para poneros cariñosos ahí

arriba —dijo Owen echando a andar hasta el primer lugar de la cola. Luke me agarró de la mano, entrelazando sus dedos con los míos.

Owen y Emma fueron los primeros en subirse. La noria era antigua, y aunque se conservaba bien, los asientos eran bastante tradicionales. No eran las típicas cabinas cerradas como las que se hacen actualmente, sino que se parecían más a los telesillas que había para subir a la cima de una montaña. Aunque en cada banco podían subirse cuatro personas, decidimos dividirnos en parejas para darnos algo de intimidad. La máxima seguridad de la que disponía la noria, consistía en una barra de acero inoxidable reclinable que te mantenía contra el asiento. Era la primera vez desde que lo conocí que Luke había estado tan callado. Mantuvo la cámara contra su pecho en cuanto se sentó y parecía debatirse entre llevar los ojos abiertos o cerrados.

—Si los cierras es peor, sentirás el hormigueo en el estómago —le comenté cuando la noria había empezado a moverse.

—¿No crees que va muy rápido? —La noria frenó y la cara de Luke fue un poema.

—Luke, ni tan siquiera hemos empezado a subir. —Echó la cabeza hacia atrás, pero pareció arrepentirse de inmediato—. ¿Quieres que llame al de seguridad para que nos abran esto y bajemos?

—No, ni de broma. No soy un idiota. —Recordé lo que Owen había dicho y tuve que taparme la boca para callar una carcajada—. ¿Qué pasa? ¿De qué te ríes?

—¿Es en serio? ¿Vas a pasar este mal rato solo porque Owen ha dicho que serías un idiota? —Puso los ojos en blanco—. Dios mío, no me lo puedo creer. Luke Watts acaba de cumplir catorce años y quiere hacerse el chulo delante de sus amigos.

—¡No es eso! —Giró la cabeza para mirarme y farfulló algo que

no llegué a comprender—. Owen no puede ver que estás saliendo con un cobarde.

—Reconocer que algo te da miedo, me parece lo contrario a ser cobarde. —Luke puso los ojos en blanco e hizo una respiración profunda.

—No pienso bajarme.

—Está bien. —El asiento de la noria se tambaleó antes de volver a moverse—. ¿Puedo saber, al menos, qué es lo que te asusta exactamente? ¿Las emociones fuertes? Porque esta noria va más lenta que una tortuga coja. —Se le dibujó una sonrisa en su rostro. *Bien*, ya llevaba mucho tiempo sin ver una—. ¿Son las alturas?

—Tampoco.

—¿Entonces? —Suspiró—. No te gusta hablar del tema, lo pillo.

—Cuando tenía catorce años… —empezó a decir cuando la noria se detuvo de nuevo—, fui con mis amigos a una feria en el puerto de Highsea. Cuando nos montamos en la noria, hubo un apagón. —Suspiró de nuevo, con pesadez—. Nos quedamos arriba unas dos horas a oscuras.

—Uf… Demasiado tiempo, normal que guardes un mal recuerdo. —Se encogió de hombros.

—No pasé miedo, no más de lo lógico cuando te ves ahí arriba a oscuras, fue porque no subimos todos. —Fruncí el ceño—. Olivia se quedó abajo y yo me pasé esas dos horas preocupado por si estaba bien. —Me quedé en silencio—. Pero bueno, sí que estaba bien y yo fui imbécil.

—¿Ya está? —Se rio desganado.

—No tiene que haber un gran desencadenante para pillarle miedo a algo, ¿no crees? —Ladeé la cabeza. La noria emprendió su rumbo de nuevo. Eché la vista hacia atrás, se había clausurado el acceso por ahora, así que no dejaría de moverse hasta llegar a la

cima. Miré a Luke de reojo. Otra vez había perdido ese brillo tan característico de su mirada. No estaba aquí conmigo. Algo no me estaba contando.

—¿Y qué más ocurrió?

—No me apetece hablar del tema —dijo como si estuviera arrepentido de haberme contado aquella anécdota.

—Está bien. —Enarcó una ceja, sorprendido—. ¿Qué pasa?

—La gente normal suele insistir en que la otra persona se desahogue.

—Me has dicho que no te apetece hablar. —Abrió la boca para decir algo, pero la cerró—. Es bueno desahogarse, claro está, pero si no te apetece ahora mismo, ¿por qué insistir?

—Eso… Sí, la verdad es que tienes razón. Gracias, pelirroja. —Aunque no sonrió con la misma intensidad de siempre, su hoyuelo hizo un tímido acto de aparición. Con eso me bastaba.

—Gracias a ti. Por hacer todo esto por mí. —Negó con la cabeza.

—Tenemos un trato, ¿recuerdas? No solo lo hago por ti, también por mí. —Tragué saliva y asentí con la cabeza.

—Aunque me refería a haber venido —aclaré. No sé por qué me habían removido por dentro sus palabras. Pues claro que no lo había hecho solo por mí, *por qué había dicho eso*—. Podríamos haber cancelado el plan y no hubiera pasado nada. —Se encogió de hombros—. Ah, claro, esto me sirve para practicar, ¿no?

—Daphne, no quería…

—Sí, sí que querías ponerme a prueba.

—Sí, vale, pero me has demostrado que me equivocaba. No hace falta ninguna prueba. —Hoy había estado más cercana a él, aunque todo se había limitado a un par de abrazos, un beso en la mejilla y… Recordé cuando le había puesto la mano en la pierna en el coche y la vergüenza se apoderó de mí. Sin embargo, me obligué a no

desviar la mirada.

—Estás muy guapo cuando reconoces que te equivocas, cariño. —Se echó a reír y no me quedó otra que imitarlo. Nos acercábamos a lo más alto del recorrido y por mucho que lo hubiera intentado distraer, me fijé en que con la mano que le quedaba libre, apretó la barra de acero que nos sujetaba—. ¿Estás bien? —Asintió.

—Solo siento que se me va a salir el corazón por la boca y que no puedo respirar. —No me había dado cuenta de cómo temblaban sus piernas. ¿Estaba sufriendo un ataque de pánico? Sus respiraciones eran cada vez más rápidas y más cortas. Tenía que guardar la calma por los dos. Tomé la mano que tenía libre, ya que con la contraria protegía a su cámara como si se le fuera a caer en cualquier momento.

—Luke, mírame. —Tenía la mirada fija en el suelo—. Luke. —Le di un suave apretón a su mano para que me escuchara—. Mírame. —Se atrevió a hacerlo. Por un momento, era completamente distinto al Luke Watts que conocía. Estaba pálido por el miedo. Cuando quiso volver a mirar la distancia que nos separaba del suelo, coloqué mi otra mano en su mejilla para obligarlo a que siguiera mirándome—. ¿Ves la cicatriz que tengo en la frente? —Aquella pregunta le pilló desprevenido. Frunció el ceño—. Está justo donde empieza el pelo, ¿la ves? —La buscó durante un par de segundos. No era muy vistosa y había que fijarse demasiado para localizarla, pero ahí había una pequeña cicatriz alargada.

—La… La veo.

—Me comí el pico de una mesa cuando era pequeña. —Aquello terminó de desconcertarlo—. Quería estrenar unas botas que me había comprado mi madre para saltar charcos cuando lloviera, pero el cielo siempre estaba despejado, así que decidí que sería buena idea llenar el cubo de la fregona con agua, derramarlo en el suelo y

saltar. —Llevé su mano hasta mi pequeña cicatriz para que la tocara —. En cuanto mi madre me pilló, me asusté, me resbalé y me caí contra el pico de la mesa. —Apretó los labios y soltó una carcajada.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—¡Y tanto que sí! —dije mientras aguantaba la risa. Tiré de su mano hasta llevarla a la parte posterior de mi oreja—. ¿Notas esa otra cicatriz? —Asintió—. Tenía doce años y decidí que podía cortarme el pelo yo solita. Spoiler: no podía. —Se echó a reír otra vez. Desvié la vista hasta sus piernas, las cuales estaban dejando de temblar.

—¿Cómo se te ocurrió hacer eso?

—Tengo un radar para las malas ideas.

—Sí, estás aquí con un novio falso…—Esta vez fui yo la que se rio.

—Bueno, eso no me ha salido tan mal. —El brillo de sus ojos reapareció. No podía quedarme callada para que volviera a entrar en pánico—. Tengo… Tengo más cicatrices.

—¿Ah sí?

—Pero no te las puedo enseñar aquí. —Sus ojos comenzaron a reflejar una diversión que hizo que me diera un vuelco el corazón.

—¿Por qué no? —*¿Siempre había tenido ese tono de voz tan sugerente?*

—Están en sitios más… comprometidos. —Una de las comisuras de sus labios se alzó, dibujando una sonrisa perversa en su rostro.

—Pero has dicho que no me las puedes enseñar aquí, ¿en otro lado sí? —*¿Era cosa mía o me estaba devorando con la mirada?* Mi intención había sido distraerlo, pero no había pretendido acabar en este terreno. Ahora era yo la que estaba nerviosa. Con Luke no sabía lo que era una broma, un desafío o una insinuación. Por un momento, me noté la boca seca. Me humedecí los labios y Luke

siguió el movimiento con la mirada. *Joder. Joder. Joder.* ¿Por qué no podía dejar de mirarlo yo tampoco?

— Eres… Eres insufrible. —Me limité a murmurar. Luke me dedicó una amplia sonrisa y acarició el lóbulo de mi oreja. Ni tan siquiera había sido consciente de que no había apartado la mano. Se la solté despacio y él la retiró con cuidado, acomodándose en el asiento. Tampoco me había percatado de lo mucho que nos habíamos acercado.

—Gracias. —La noria se había seguido moviendo. Respiró con absoluta tranquilidad.

—¿Por llamarte insufrible? —Mantuvo la sonrisa en su cara.

—Sé lo que has hecho. —Ladeó la cabeza para volver a mirarme, pero yo ya había recuperado la compostura—. Me has tranquilizado… más o menos. —Recorrió mi cuerpo con la mirada para después contemplar el paisaje que se alzaba frente a nosotros. De pronto, las luces de *Skyland* comenzaron a apagarse una tras otra y el esfuerzo para distraer a Luke quedó atrás—. No me jodas. —Estudié rápidamente la situación.

—No es un apagón. —Antes de que pudiera preguntarme por qué lo sabía, empecé a hablar—. La gente no se ha alterado, las señales de emergencia no se han activado y las farolas no se han apagado por completo, solo se han atenuado.

—Pero… —Extendí el brazo, señalando el cielo.

—Recuerda lo que me contaste anoche. —No le dio tiempo a pensar. Una ráfaga de colores alumbró el cielo nocturno. Cada noche, había fuegos artificiales. Un espectáculo que duraba un par de minutos e indicaba que quedaba una hora para que *Skyland* cerrara sus puertas.

—Los fuegos… —susurró volviendo a calmarse. Agarró la cámara con ambas manos y fijó su objetivo. En cuanto el cielo se iluminó,

Luke lo captó. Miré al frente, disfrutando del espectáculo. Diversas estrellas de colores caían para hacer desaparecer la oscuridad al ritmo de la canción oficial del parque. Un círculo de luces doradas emergió para que otra explosión de color surgiera de su centro, haciendo honor a la noria. Escuché el clic de la cámara y vi como Luke me acababa de hacer una foto.

—No quiero salir en L&T, ¿eh? —bromeé mientras Luke comprobaba la foto y negaba sonriendo, pero sin llegar a borrarla.

Luke Watts me tenía desconcertada.

Capítulo 14

Luke

Daphne me tenía desconcertado. Y un poco obsesionado, para qué negarlo.

Mientras que durante el camino de ida se había mostrado más receptiva, durante el camino de vuelta había estado distraída, mirando por la ventana, y sin mantener ninguna clase de conversación. Supuse que estaba más relajada porque Emma se había quedado dormida en el hombro de Owen y nadie quería hablar para no despertarla, pero también la noté fría cuando nos quedamos a solas y la llevé hasta su apartamento. Puede que fuera mejor actriz de lo que creía, al fin y al cabo, su actitud en el parque de atracciones era un teatro que debían creerse Owen y Emma, ¿por qué me lo había acabado creyendo yo también? Sabía que todo era mentira y aun así… Aun así, me molestaba que lo demostrara tan bien. Fui yo quien quiso ponerla a prueba y todo ha salido en mi contra. No había dejado de pensar en ella desde el momento en el que se había bajado del coche y la había visto entrar en su bloque de apartamentos. No había dejado de pensar en ella durante toda la

noche. Tampoco cuando me tumbé en la cama. Recordé su mano deslizándose por mi pierna. Recordé su mano contra la mía cuando acaricié el lóbulo de su oreja y mi mente se encargó de dibujarle cicatrices en alguna que otra parte comprometida. Había sentido su nerviosismo en la noria, pero no sabía si eso tenía un buen o un mal significado. Tampoco había querido preguntarle. Daphne y yo no éramos nada. Nuestro trato acabaría tarde o temprano, pero en mi imaginación, no había que seguir ningún trato; en ella, Daphne había confiado en mí lo suficiente como para enseñarme sus cicatrices y yo le había besado cada una de ellas. Sin embargo, cuando la realidad tomaba el control, las aguas volvían a su cauce y yo me preparaba para ser el novio falso ideal.

No obstante, aquella mañana, había descargado las fotografías que hice en *Skyland* y me había quedado mirando la que le tomé en la noria mientras observaba los fuegos artificiales. Tenía una sonrisa contagiosa dibujada en su rostro mientras contemplaba las luces del cielo y yo, por enésima vez, me preguntaba por qué Owen no estaba con ella. Por qué no se había fijado en esa mujer cuando era imposible dejar de mirarla. El móvil vibró sobre la mesa y me vi tentado de buscar una cámara oculta.

¿A qué hora te viene bien? Había hablado con Daphne el día anterior para decirle que se llegara a la oficina. Mis padres estaban fuera en un viaje de negocios y quería que viera mi oficina para que el día de la fiesta de Halloween no le pillara todo de nuevas.

Cuando quieras. Llevábamos sin vernos desde la semana pasada, pero habíamos seguido mandándonos mensajes cada día. No nos pasábamos las horas muertas hablando, pero tampoco es que nos faltaran temas de conversación. Ahora que sabíamos que teníamos el mismo gusto musical, nos dedicábamos a mandarnos canciones cada mañana. Ella me preguntaba qué tal mi día y yo le preguntaba

por el suyo. Hablábamos más de trabajo que de otra cosa. Gestionar una cafetería no era tan sencillo como parecía y, aunque pareciera increíble, no hablaba mucho de eso con nadie. Ya le habían dicho tantas veces que se obcecaba tanto con el trabajo, que le daba vergüenza hablar de eso con los demás, así que dejaba que se quejara conmigo y yo la escuchaba con gusto. A fin de cuentas, ella también me escuchaba quejarme de la situación que vivía en la empresa, de las ganas que tenía de volver a hacer un reportaje en el extranjero o de lo cerrados que podían llegar a ser mis padres. Lo que menos me gustaba era cuando me hablaba de Owen. *No lo soportaba.* ¿Cómo no podía darse cuenta de lo mucho que valía Daphne? ¿Cómo podía verla como una simple amiga después de todos esos años? Aunque estaba seguro de que no era tal y como ella decía. Cuando yo estaba presente, Owen se tensaba. Estaba atento, vigilante, siguiéndola con la mirada cada vez que podía, y no lo hacía bajo un instinto protector, eso estaba claro. Estaba celoso.

Le aconsejé a Daphne que hablara de mí delante de él, o incluso con él. Al principio, porque sabía que eso le aseguraría que estábamos juntos y se pondría celoso, pero después mi intención era molestarlo. Como si fuese una forma de marcar territorio. ¿En qué momento me había vuelto tan imbécil? Quizás en el momento en el que había empezado a querer que Daphne me deseara a mí y no a Owen. Porque eso era lo que Daphne me hacía sentir a mí. La deseaba. *Desesperadamente.* Era un calentón que se me había ido de las manos.

Vale, pues en quince minutos estoy allí. La excusa de Halloween me había servido para verla de nuevo. Antes de escribirle que me trajera un café, volvió a mandarme un mensaje*. Y sí, te llevo un capuchino y una galleta de arándanos.*

Eres la mejor, pelirroja.

—Hola, desaparecido. —Le di la vuelta al móvil y lo dejé sobre la mesa cuando escuché la voz de Tate—. ¿Se puede saber dónde te metes?

—Estoy un poco liado desde que tengo novia.

—Sí, *novia falsa*. —Le mandé callar con un gesto mientras él cerraba la puerta.

—Aquí es novia, ¿vale? —susurré.

—Sí, sí… De verdad que no puedo creer que sigas adelante con esta estupidez. —Se sentó en la silla que había delante de mi escritorio y cogió la pelota antiestrés—. ¿Piensas que servirá de algo?

—Confía en mí, hombre. —Suspiró.

—Aún no nos has presentado. Eso a tus padres les parecerá raro, tendré que darle el visto bueno —bromeó.

—Creo recordar que le echaste un buen vistazo esa noche en el *DREAM*. —Se echó hacia atrás mientras se reía.

—No puedo decirles a tus padres que está buena, esperarán algo más profundo.

—No te preocupes, viene para acá. —Abrió los ojos, sorprendido.

—¿Y eso por qué?

—Disculpe, señor Watts. —Charlotte llamó con timidez a la puerta y se asomó dentro del despacho—. Oh, buenos días, señor Lim.

—Por favor, Charlotte, deja de llamarme señor, a Tate sí que puedes llamarlo señor Lim porque tiene más cara de viejo que yo, pero a mí no. —Charlotte soltó una risita cuando Tate se quejó indignado, y entró en el despacho—. Dime qué pasa.

—El señor Watts quiere que responda al email que le ha mandado esta mañana sobre las fotos del parque *Skyland*. Me ha llamado para recordárselo. —Asentí con la cabeza y cerré la foto que

tenía abierta de Daphne. Por suerte, Tate no había llegado a verla.

—Muchas gracias, Charlotte.

—No hay de qué… —Antes de irse mantuvo la mano en el pomo de la puerta.

—¿Algo más? —Se dio la vuelta para hablar de nuevo.

—¿Vendrá a la fiesta de Halloween?

—Por supuesto, ¿tú no? —Asintió rápidamente con la cabeza—. ¿De qué irás disfrazada?

—Aún no lo tengo claro… Eso era lo que quería comentarle, señor… —se corrigió—. Luke. —Se pasó un mechón de pelo negro por detrás de la oreja—. ¿Qué le parecería ir disfrazados a juego?

—¿A juego?

—Sí, ya sabe, enfermera y médico, caperucita y el lobo, Joker y Harley Quinn… —Notaba la mirada de Tate clavada sobre mí, esperando ansioso mi respuesta, pero yo había dejado de prestar atención a la conversación y a Tate. A lo lejos, vi a una mujer pelirroja saliendo del ascensor.

—Lo siento, Charlotte, pero voy acompañado.

—Oh… No se preocupe, solo pensé que sería divertido, pero es una tontería y…

—Quizás otro año —la animó Tate. Ella hizo una mueca similar a una sonrisa y salió de la oficina—. Joder, a esta la tienes loquita, ¿no te habías dado cuenta?

—La verdad es que no.

—¿Y por qué no la elegiste a ella como novia falsa? Está muy buena y encima la tienes aquí, podrías montártelo en plan jefe y secretaria… —Lo fulminé con la mirada—. Digo que impresionarías muchísimo a tus padres manteniendo una relación formal con alguien de la oficina. —Me levanté y vi a Daphne acercándose a mi puesto de trabajo. Salí de detrás del escritorio para abrirle la puerta

—. Solo digo que hubiera sido muy buena opción porque está para coger pan y… —Lo mandé callar con la mirada. Daphne frunció el ceño, confusa.

—Hola. —Me dio el café y la bolsa con la galleta de arándanos, la cual aún permanecía caliente.

—Hola pelirroja. —Pero ella no me miraba a mí sino que estudiaba en silencio a Tate, igual que él a ella—. Este es Tate. —Se levantó de la silla y le tendió la mano a modo de saludo.

—Un placer conocerte. —Sonrió.

—Lo mismo digo, he oído mucho de ti.

—¡No esperaba menos! —Soltó con alegría mientras me daba un manotazo en la espalda—. Si queréis que todo esto funcione, tienes que preguntarme cosas vergonzosas sobre Luke, eso hará todo más creíble —murmuró haciéndola reír.

—No me digas…

—No, no hay mucho que contar —interrumpí.

—¿Sabes que aprendió a tocar *We will rock you* con la flauta?

—Eso no es nada vergonzoso.

—¡Con la nariz! —Daphne soltó una carcajada. La pelirroja se reía con facilidad, pero de pronto, me molestó que Tate lo consiguiera con tanta soltura.

—¿Tú no tienes que trabajar? —le pregunté mientras lo llevaba a la puerta.

—Sí, sí, ya me voy, pero tendremos que quedar en algún momento, ¿no?

—Por supuesto, tendremos que conocernos mejor. —*¿Mejor?* Tate le dedicó una de sus mejores sonrisas y yo quise dedicarle uno de mis mejores puñetazos.

—¿Vendrás a la fiesta de Halloween?

—Sí, tu amigo quiere ponerme a prueba. —Tate se mantuvo

firme para que no pudiera echarlo de allí.

—¿A prueba? No me digas. —Me miró de reojo—. ¿Y eso por qué?

—Cree que soy… —Se acercó a ambos para susurrar—. Una *novia falsa* muy mala.

—¡Oh, Luke! Yo la veo muy dedicada, fíjate, hasta te ha traído el desayuno a la oficina, ¿qué más puedes pedir?

—¿Verdad? Pero bueno, se ve que eso no es suficiente. —¿Cómo podía seguir tan picada por ese comentario? —. Él se montó por mí en una noria, así que tendré que esforzarme. —Maldije para mis adentros.

—¿En una noria? —Aquello le sorprendió y su tono de voz se volvió más serio—. ¿De verdad? ¿Después de lo de Highsea?

—Tate…

—Sí, tengo que irme. —Me forcé a sonreír—. Me alegra haberte conocido, Daphne.

—Igualmente. —Esta vez sí que lo empujé con suavidad para que saliera de la oficina y cerré la puerta—. Muy majo. —Se dejó caer en la silla sobre la que se había sentado Tate.

—Sí, muy majo —repetí con sequedad.

—¿De quién hablabais? —Parpadeé.

—¿Perdón?

—Cuando he llegado. —Me senté en mi sillón fingiendo que leía el correo de mi padre para no tener que mirarla—. Tate decía que habría sido muy buena opción porque…

—No le hagas ni caso a Tate, no tiene ni idea de lo que dice. —Saqué la galleta y con el simple olor, se me hizo la boca agua. Le di un mordisco y le levanté el pulgar a lo que ella sonrió.

—No entiendo qué hago aquí, la verdad, ya voy a venir en Halloween y hacer acto de presencia, ¿por qué venir antes? —

Porque me apetecía verte y era la mejor excusa que se me había ocurrido.

—Pensé que si venías antes, no estarías tan nerviosa esa noche.

—¿Por qué iba a… ¿—Alcé las cejas, señalando la oficina.

—Porque todos han estado atentos a ti desde que has llegado. —Ahí estaban otra vez sus mejillas sonrojadas—. Son muy cotillas y he sido el blanco de sus cuchicheos durante mucho tiempo, así que no te van a quitar el ojo de encima.

—Entiendo… —murmuró.

—Pero tranquila, no te dirán nada, nos juzgarán y hablarán de nosotros a nuestras espaldas.

—Ah, ya me quedo mucho más tranquila —bromeó—. Imagino que, a veces, debe ser una putada ser el hijo de los jefes y que te cuestionarán a menudo. —Removí el café sin mirarla a los ojos.

—Les encanta hacerlo. Ya se han encargado de dejarme caer que no tengo ningún talento y que estoy aquí solo por ser su hijo. —Me di cuenta de que abrió los ojos con sorpresa y cierto arrepentimiento por haber sacado el tema.

—¡Pero eso es mentira! Tú te tomas en serio tu trabajo, te apasiona. —Alcé la cabeza para mirarla, dedicándole una sonrisa—. ¿Qué?

—Nada, que tú lo entiendes.

—No es difícil hacerlo —susurró—. A mí también me cuestionaron mucho, aunque no de la misma manera. —Aguardé en silencio—. La gente se llevaba las manos a la cabeza cuando les comentaba mi idea de negocio, cuando explicaba que me quería marchar y emprender por mi cuenta y riesgo. —Se encogió de hombros—. A ti te cuestionan por ser un enchufado y a mí por ser una ilusa. —Casi se me escapa una carcajada cuando le di un trago al café —. Pero no nos va tan mal, ¿no crees? —Ladeó la cabeza,

regalándome una sonrisa que me dejó sin palabras. Aprovechó para inclinarse sobre la mesa y tuve que controlar las ganas de hacerlo yo también para acercarme más a ella. Partió la galleta de arándanos, robándome un trocito que se llevó a la boca—. Y ahora, cuéntame, ¿cómo es esa fiesta de Halloween? —Me aclaré la garganta.

—Bueno, pues se celebra aquí, en el sótano de la oficina. Antes se celebraba en la azotea, pero la gente se quejaba del frío, así que mis padres la trasladaron abajo. —Me comí otro trozo de galleta—. No hay nadie que vaya sin disfraz, algunos más logrados que otros, como en cualquier fiesta de Halloween. Hay un catering que sirve comida y barra libre también.

—No pinta mal… —Se rascó la nuca. Me había fijado en que siempre lo hacía cuando estaba nerviosa, pero sabía de qué hablar si quería relajarla.

—¿Tú organizas algo en la cafetería? —Su rostro se iluminó.

—Servimos otro tipo de dulces, hechos con calabaza normalmente. Y además de tematizar la cafetería, a todos los niños que vienen disfrazados, les regalamos una bolsita de caramelos. —Sacó el móvil y se puso como loca a toquetear la pantalla—. El año pasado, le hacíamos un descuento a las personas que trajeran libros de terror a la cafetería. —Me enseñó una foto del cartel que tuvieron puesto el año pasado en la puerta, anunciando la oferta—. Seguramente, este año hagamos lo mismo. Aunque Owen también me dijo de hacer un taller para tallar calabazas en la planta de arriba. Así los padres se sentarían en la parte de abajo y los niños arriba.

—No es mala idea. —Me daba rabia tener que reconocerlo—. No sabía que le gustaran los niños.

—No se encargaría él. —Un *oh* se me escapó antes de tiempo—. Lo haría Emma. Estoy segura de que la idea es suya realmente, pero

no ha querido decírmelo.

—Claro, es mejor decir que se le ha ocurrido a él. —Abrió la boca para increparme. No importaba el tema, siempre defendía a Owen—. Escucha, con respeto a la fiesta… tendríamos que decidir de qué disfrazarnos.

—¿Disfrazarnos? —Asentí.

—Ya te lo he dicho, todos van disfrazados.

—Sí, lo sé, pero no sabía que querías ir… De parejita. —Enarqué las cejas.

—Somos una parejita —murmuré.

—Lo sé. —Se echó hacia atrás en la silla y se cruzó de brazos—. Nunca he ido de pareja con nadie para Halloween —susurró—. ¿Tienes algo en mente? —No quise decirle todos los disfraces que tenía en mente para ella, pero ninguno me daba miedo precisamente.

—Eh… No, la verdad es que no. —Le di un largo trago al café, recordando los disfraces que me había sugerido Charlotte antes de que Daphne llegara—. Enfermera y médico, Caperucita roja y el lobo… —Cada palabra que decía dejaba más pálida y desconcertada a Daphne—. ¿Qué?

—Pensaba que tenían que dar miedo, es Halloween. —No sé por qué me puse rojo por la vergüenza, pero levanté ambas manos a modo de derrota.

—Son los que Charlotte me dijo, no se me ocurre nada.

—¿Quién es Charlotte? —Me terminé el café.

—Mi secretaria.

—Ah… bueno, voy a buscar, a ver qué encuentro. —Se puso a mirar su móvil, pero mientras me acababa la galleta, me miró de reojo—. ¿Y por qué te ha propuesto disfraces tu secretaria?

—Me preguntó si quería ir con ella a la fiesta. —Bajó el móvil y

alzó una ceja—. Le dije que ya tenía pareja.

—Genial. —Forzó una sonrisa. Un momento, *¿se había puesto celosa?*—. Parece que tengo competencia, ¿no? —No supe si tomármelo a broma o no.

—Nadie puede competir contra ti.

—Claro, porque no hay nada por lo que competir, no somos nada. Podrías estar con Charlotte después de… —Nos señaló—. Esto. —Había malinterpretado mis palabras, pero tampoco le llevé la contraria. Quizás me había equivocado con respecto a los celos—. Mira. —Me enseñó la pantalla del móvil—. De demonios, ¿vale?

—¿Qué? —Se levantó del asiento.

—Es un disfraz sencillo y es más de Halloween que disfrazarse de Caperucita.

—Bueno… sí, es más de la época. —Se colgó el bolso en el hombro y se ajustó bien su chaqueta vaquera—. Pero, ¿ya te vas?

—Ya está todo hablado, ¿no? —Me señaló el reloj del móvil—. Tengo que volver al trabajo. —Me apresuré para levantarme a despedirla.

—Podrías volver otro día y… —Negó con la cabeza.

—Mejor solo para Halloween, aquí estás trabajando, no quiero molestarte. —Alargó la mano para abrir la puerta, pero sujeté su muñeca para que no se fuera todavía.

—Oye, tú nunca molestas. —Me sonrió—. Además, nos tenemos que seguir viendo antes de Halloween.

—¿Por qué? —Me dolió aquella pregunta. Estaba claro que me había equivocado con los celos. Ella quería acabar con esto lo antes posible. Delante de Owen todo era maravilloso porque lo acercaba más a él, pero pasar tiempo conmigo para fingir delante de mi empresa era distinto porque ella no conseguía nada. Tragué saliva, soltando su muñeca.

—Para que no se enfríe la cosa —expliqué serio—. El día en el parque estuvo bien, pero a ver si te va a dar de nuevo esa timidez y esa vergüenza del principio. —Podría haber visto la indignación en su rostro a kilómetros—. Tiene que parecer convincente, pelirroja. Como si fuéramos Owen y Emma. —Esas palabras habían sido un golpe bajo, pero me salió como venganza a las suyas.

—Tranquilo, seré la mejor novia del mundo. —Fingió una sonrisa —. Tomaré apuntes del comportamiento de Emma con Owen estos días. —De nuevo, puso la mano en el pomo de la puerta y se inclinó hacia mi oreja, susurrando—. Así no tendremos que vernos mientras. —Me dio un sonoro beso en la mejilla antes de darse media vuelta y dejarme con cara de gilipollas.

Capítulo 15

Daphne

Como Owen y Emma había dicho, el pedazo de gili… No iba a permitir que me viera afectada por sus palabras. Ni de broma. Me fui de allí manteniendo la dignidad bien alta. No sin antes echar un rápido vistazo para averiguar quién era esa tal Charlotte. No es que me molestara, ni mucho menos, era simple curiosidad. Había sabido atar los cabos con facilidad, era de quién estaban hablando Luke y Tate cuando yo llegué. ¿Se había arrepentido de haberme elegido a mí para esta farsa? La verdad era que todo habría sido más natural y fluido si les decía a sus padres que había empezado a salir con su secretaria. Podría fingir con más normalidad y lo habrían visto a diario. Habría sido más creíble que lo nuestro. Yo allí no encajaba. En absoluto. Todos iban trajeados, elegantes, como si en lugar de en una editorial, trabajaran en un maldito banco. La única que desentonaba era yo, aunque Luke tampoco encajaba muy bien allí. A diferencia del resto de sus compañeros, él lucía unos vaqueros y una camiseta negra sobre la que llevaba una camisa a cuadros rojos y negros. Sin embargo, si a él lo miraban al salir de la oficina era

porque era el hijo de los dueños de la revista, y a mí…, por llevar unos vaqueros con alguna que otra mancha de café que no se iba después de mil lavados y unas manchas de harina en el filo de mi camiseta. Moví el bolso para taparlo y me choqué contra alguien que llevaba una pila de papeles.

—¡Perdón! —dijimos a la vez. Una chica de menor estatura con el pelo liso y negro me miraba como si hubiera cometido un crimen. Su flequillo rozaba la parte superior de sus gafas de pasta negras—. Lo siento, no estaba atenta… —La estudié con disimulo. Llevaba un escote de vértigo e iba ceñida a un vestido blanco que le llegaba por encima de las rodillas.

—Y yo iba con prisa, perdóname. —Apretó los folios contra su pecho y me fijé en que llevaba las mangas de su americana remangadas. En su pulsera lucía una pulsera de plata con su nombre grabado. *Charlotte.* Venga, no me jodas—. Si me disculpa… —Asentí, apartándome de su camino y me di la vuelta para mirarla. Caminaba como una modelo con esos tacones de aguja. Llamó a la puerta del despacho de Luke y entró, desapareciendo de mi vista. El corazón me dio un vuelco, dejándome con una sensación asquerosa en el estómago. Ahora entendía que se hubiera arrepentido de elegirme.

—¿Tampoco vas a cenar nada? —Estaba acurrucada en el sofá leyendo cuando Marcie se sentó a mi lado, dejando un plato con un sándwich sobre la mesa que había delante.

—Eso tampoco puede considerarse una gran cena —murmuré intentando retomar el capítulo.

—¿Me vas a contar ya qué te pasa?

—No me pasa nada. —Resopló con fuerza.

—Desde que fuiste a la cafetería esta mañana, has estado apagada. No has comido y has estado con el piloto automático encendido. —Le dio un mordisco al sándwich y se tapó la boca para

masticar mientras hablaba—. Se ve de lejos cuando te pasa algo.

—¿Crees que los clientes también lo habrán notado? —Quizás había sido borde con alguno y no había sido consciente de ello. Volvió a resoplar, con más fuerza, aunque creía que eso era imposible.

—No. Siempre trabajas bien, dan igual las circunstancias. —Se sirvió agua de la botella—. Como el día que fuiste a trabajar teniendo casi cuarenta de fiebre. —Me encogí de hombros.

—Tampoco fue para tanto. —Metió la mano dentro del libro, tapando la página del libro, impidiéndome que siguiera leyendo—. ¿Qué?

—No me hagas preguntártelo otra vez, por favor, Daphne. —Eché la cabeza hacia atrás.

—¿Me prometes que no te reirás? —Cruzó los dedos, dándome su palabra. Suspiré y empecé a contarle lo que había pasado en la oficina de Luke aquella mañana antes de volver a la cafetería. Permaneció en silencio, asintiendo con la cabeza mientras hablaba y cuando acabé, siguió callada—. ¿No vas a decir nada?

—O sea… —Se cruzó de brazos—. Qué estás así por un ataque de celos. —Abrí los ojos—. No creía que fueras así de celosa.

—¡No estoy celosa! —Puso los ojos en blanco y volvió a darle un mordisco a su sándwich, haciendo caso omiso de sus palabras. Me levanté del sofá, moviéndola a ella también por el impulso—. Me dijo que actuara como Emma, ¿te lo puedes creer? Es, es…

—Es normal.

—¿Perdona?

—Le preguntaste por qué os ibais a volver a ver antes de Halloween porque estabas cabreada y celosa. —Sentí mi cara roja, no sabía si por rabia o por vergüenza—. Fuiste borde con él y Luke respondió de la misma forma. No comparto esa manera de actuar,

pero la comprendo. —Se encogió de hombros—. No hay mejor defensa que un buen ataque.

—Pero… ¡Que no! No son los celos, es esa manía de decir que no actúo bien. —Marcie apartó la mirada y siguió comiendo—. No, por dios, ¿tú también lo crees?

—Daphne, te pones súuuper tensa cuando Luke aparece.

—Eso es… —*Cierto*. Pero ya lo controlaba muchísimo mejor.

—Aparentáis ser una pareja porque Luke finge de maravilla, si no… Ya os habrían pillado. —Me dejé caer en el sofá, cabizbaja—. Lo siento, cariño, sabes que te quiero mucho, pero es la verdad. Es lo que te he dicho miles de veces. Tienes que desmelenarte, dejarte llevar, ser más impulsiva. —Me daba vergüenza mirarla en aquel momento. Luke también me había insinuado eso unas cuantas veces, pero lo había hecho con tanto tacto, que apenas me había afectado—. Tienes que mostrar más… no sé cómo decirlo, tienes que dar más caña, eso es lo que te falta.

— Lo intento. —Al menos en *Skyland* creía haberlo conseguido.

—Sé que las comparaciones son odiosas, y que es de quien menos quieres hablar… Pero fíjate en Owen y Emma, siempre que pueden se están comiendo a besos en alguna esquina; y estoy casi segura de que se lo han montado en… —Se calló de golpe, pero el daño ya estaba hecho. No hacía falta que ella me dijera sus sospechas, ya me lo imaginaba yo solita—. Lo que quiero decir, es que tú con Luke tendrías que actuar igual.

—Ya, pero Emma y Owen se gustan, ahí está la diferencia. —Marcie se tapó la boca para no reírse—. Me dirás que no se gustan, vamos.

—No, me refiero a ti y a Luke.

—¿Qué dices?

—A ver, llevas todo el día cabreada por celos, algo hay.

—¡Que no son celos! —Agarré un cojín para darle en la cabeza con él, haciéndola reír—. Solo me ha dado rabia pensar que se podría haber arrepentido —murmuré—. Después de ver a Charlotte, pensé que yo había sido la peor opción.

—Si hubiera querido que Charlotte fuera su novia falsa, se lo hubiera pedido, ¿no crees? —Me rasqué la nuca.

—Sí, bueno… Pero es que tampoco me ha vuelto a hablar en todo el día. —Esta vez, Marcie no pudo contenerse y se echó a reír —. ¡Calla ya!

—Sí que te gusta, ¿eh?

—¡Que no!

—A lo mejor te sirve para olvidar a Owen, no para conseguirlo. —Suspiré.

—Según Luke, Owen está cada vez más celoso, y sí que he notado como nos vigila cuando estamos juntos. —Marcie dejó de reírse poco a poco.

—Supongo que tiene razón, no me he fijado, la verdad. —Le eché un vistazo a la pantalla de mi móvil y me di cuenta de que Marcie me miraba—. Déjate de tonterías y háblale tú. —Su móvil empezó a vibrar, se levantó del sofá—. Voy a hablar con mis abuelos. —Se fue hasta su habitación—. ¡Deja tus celos atrás y habla con Luke! —Tiré un cojín contra su puerta.

Volví a coger el libro y acurrucarme en el sofá. Cada vez que la pantalla de mi móvil se iluminaba, me latía con fuerza el corazón, pero después solo resultaban ser notificaciones del banco, de correos, de publicidad… nada de Luke. Abrí nuestra conversación. Lo último que le había dicho era que iba para allá. ¿De verdad esto que sentía eran celos? No había sentido lo mismo cuando Owen me dijo que estaba con Emma. Eran emociones diferentes. Con Luke estaba enfadada y asustada porque me reemplazara, porque todo estaba

saliendo demasiado bien con él como para que fuera real. *Genial,* Marcie tenía razón. Me había puesto celosa, pero no románticamente hablando, sino porque quisiera sustituirme. *Nada más.* Porque desde que estábamos fingiendo, me lo estaba pasando bien. Había salido más. Había hablado con alguien fuera del trabajo. Porque con Luke estaba cómoda. Sin embargo, la vergüenza se apoderaba de mí cuando trataba de explicárselo en un mensaje, así que lo borraba todo el rato.

Tras el quinto intento de mensaje, me encerré en mi habitación. No sabía que ya eran las tantas de la madrugada. ¿Tanto tiempo me había pasado divagando? Ni tan siquiera era capaz de conciliar el sueño. Agarré mis cascos y me los puse para escuchar música y relajarme. Después de un par de canciones, *Happier* de Yungblud empezó a sonar a todo volumen. Recordé el momento en el que había sonado en el coche de Luke. Cogí el móvil de nuevo, abriendo otra vez nuestra conversación. Seguramente ya estuviera dormido. Suspiré, pero empecé a teclear.

No, I'm not broken, I'm just scared to belong here, scared to be happier.

Le di a enviar, para arrepentirme a los cincos segundos. No iba a entender qué quería decirle con eso. ¿Por qué le había mandado un mensaje a las dos de la mañana para decirle semejante estupidez? Mi pantalla se iluminó.

I need you more than ever, don't let me die.

Agarré mi móvil, leyendo y cantando mentalmente la canción. Luke aún seguía en línea, tenía que decirle algo, pero no sabía cómo seguir. Ni tan siquiera me había dado cuenta de que había cambiado la música que tenía puesta. Podía mandarle otra canción, o hacer como si no hubiera pasado nada o… *Tienes que desmelenarte, dejarte llevar, ser más impulsiva*. Era fácil de decir.

Hay una oferta especial en la cafetería mañana. Le di a enviar.

¿Cuál?

Se regala una galleta de arándanos y un capuchino grande a todos quienes tienen una novia falsa un poco tonta.

Entonces no me vale, la mía es muy tonta.

A los que dicen que tienen una novia falsa muy tonta, le tiramos el capuchino grande a la cabeza.

¿Y qué hacéis con la galleta?

Se la come la dueña.

Uff, eso es muy cruel. Tendré que ir a comprobarlo.

Por favor. Escribí sin pensar. Otro mensaje que me hubiera gustado borrar después de enviarlo.

¿Me vas a decir qué te pasó? Ni de coña, pensé.

No me apetece hablar de eso.

Está bien, ¿de qué quieres hablar? Sonreí al recordar nuestra conversación en *Skyland*.

De lo que sea. Mi móvil comenzó a vibrar. Me quité los cascos. ¿Me estaba llamando? ¿Ahora? Me había entendido mal, me refería a que mañana querría hablar de cualquier cosa con él, no ahora. Tragué saliva y descolgué.

—¿Hola? —murmuré para no hacer mucho ruido.

—Buenas noches, pelirroja.

—Esto… cuando me has dicho de qué quería hablar, creía que te referías a mañana, no a que tuvieras que llamarme ahora. —Se hizo el silencio.

—¿Quieres que cuelgue?

—No —solté antes de que terminara la pregunta.

—Vale, vale… —Aun así, los dos nos quedamos callados un minuto. Cuando lo tenía delante me resultaba más fácil hablar—. Hay algo que quiero preguntarte y es muy serio. —Se me retorció el

estómago. Por favor, que no fuera sobre lo de hoy—. Es por una cosa que has dicho en mi oficina. —Contuve el aliento un segundo—. ¿Quieres verme con un *body* rojo y un rabo colgando? —Abrí los ojos y solté una profunda carcajada. Tuve que llevarme la mano a la boca para controlar la risa y no despertar a Marcie.

—¿Qué? —dije cuando la risa me lo permitió.

—Dijiste que nos disfrazaríamos de demonios, ¿quieres verme hacer el ridículo? —Seguí riéndome—. Eres cruel, pelirroja.

—Si tú fueras a hacer el ridículo, yo también lo haría, vamos iguales, ¿no?

—Tú no harías el ridículo precisamente si vas en un *body* rojo. —Ahí estaba de nuevo ese rubor en mis mejillas. Menos mal que estaba sola.

—No me había imaginado así el disfraz, si te sirve de consuelo. —Luke se aclaró la garganta.

—Yo tampoco te había imaginado disfrazada así. —Me reí de nuevo. Marcie tenía razón. Si nuestra farsa estaba saliendo bien era gracias a él—. Pero dime, entonces, ¿cómo?

—Pues… no sé, un traje de chaqueta negro, una camisa roja oscura…, unos cuernos, un poquito de maquillaje oscuro en la cara, y…

—Sí, sí, el rabo lo llevo ya. —Volví a soltar otra carcajada y esta vez él me siguió—. Iré a alguna tienda a ver qué tienen porque no voy a ir con traje de chaqueta.

—¿Por qué no?

—Porque para el resto de mis compañeros, no iría disfrazado. —Suspiré.

—Es verdad, hoy he comprobado que no trabajas en una editorial, sino en la sucursal de un banco. —Sonreí cuando lo escuché reírse—. Menos tú.

—Qué te puedo decir… Soy especial. Ahí sí que me aprovecho de ser su hijo.

—¿Han intentado que vayas en traje a trabajar?

—Alguna vez, pero me ha entrado por un oído y me ha salido por el otro, así que dejaron de decírmelo.

—Buena jugada. —Me tiré en la cama—. Por cierto… ¿Qué hacías despierto?

—Últimamente tardo más en dormir. —Escuché como se estiraba —. ¿Y tú? Te imaginaba marchándote a dormir justo después de cenar para ser lo más productiva posible al día siguiente.

—A lo mejor tienes una visión equivocada de mí.

—La que tú me muestras. —Me mantuve callada un instante, sin saber qué responder a eso—. Siento lo de esta mañana. —Tragué saliva. Yo era la que debía disculparse, no él—. No quería decir que te fijaras en…

—Lo sé —contesté tajante.

—Solo quiero que estés igual de cómoda que yo contigo. —Esa confesión me pilló desprevenida. Me metí entre las sábanas, guardando silencio, como siempre hacía—. Pero no tengo dudas de que no sepas actuar en la fiesta de Halloween.

—¿Ya no vas a ponerme a prueba? —pregunté con cierta ironía.

—No, no hace falta. Quiero… Solo pásalo bien.

—Lo haré. —Esta vez nos quedamos callados los dos—. Pensé que *Skyland* sería una pesadilla y no lo pasé mal, ni se me hizo insufrible. Así que si estamos los dos solos, nos lo pasaremos bien. Bueno, solos no, con todos tus compañeros y… —Ya se me estaban atragantando las palabras—. Tú me entiendes. —Luke se rió con suavidad.

—Me encargaré de que te lo pases mejor que en *Skyland.* —Sonreí y me tapé con las sábanas cuando se me escapó un bostezo

—. Ahora vete a dormir, pelirroja, que hasta los demonios se acuestan temprano.

—Buenas noches, Watts.

Capítulo 16

Luke

No llegó a echarme el capuchino por la cabeza cuando me presenté en la cafetería. Ni tampoco los demás días en los que fui a verla. Lo que sí que hizo fue comerse una galleta de arándanos delante de mí, pero también había traído otra para mí. A pesar de decir que no iba a volver a mi oficina, sí que se dejó caer por la editorial otro día. No llegó a subir, sino que fui yo quien bajó a la calle a tomarme un café con ella. Mis padres ya se habían fijado en que todos los días desaparecía un rato para encontrarme con alguien, pero no me habían preguntado a mí directamente. Charlotte me había confesado que le preguntaron si de verdad estaba saliendo con alguien, porque a pesar de querer darme lecciones sobre la importancia de madurar, le preguntaban a mi secretaria por mis asuntos sentimentales. Ella se había limitado a decir que sí que me iba para ver a alguien, pero que no tenía más detalles. Así había tenido a ambos bandos contentos. Me parecía una opción muy respetable. No había tenido oportunidad de presentarle a Daphne a Charlotte, aunque no habíamos vuelto a hablar de ella en ningún

momento. Puede que al final no fuera tan desencaminado con los celos aquel día. *O al menos eso quería pensar.* Todo se había ido a la mierda después de mencionarla, así que algo raro se le habría pasado por la cabeza. De todas formas, si ella no quería hablar del tema, lo respetaría… Hasta que volviera a pasar. Con Daphne nunca se sabía.

En nuestros encuentros, nos dedicábamos a hablar de lo mismo de siempre. Nos quejábamos del mundo el uno con el otro, pero nuestras quejas fueron quedándose atrás para empezar a contar anécdotas de Halloween. También aproveché para hablarle de los compañeros de trabajo que más conocía, así podría ubicarse mejor el día de la fiesta. Pensaba que cuanto más se acercara el momento, más nerviosa se encontraría, pero era yo el que estaba histérico. Ya no me preocupaba que la gente dudara de nuestra relación, estaba seguro de que no lo harían, sino que quería que Daphne se lo pasara bien esa noche. Sobre todo, cuando me enteré de que al día siguiente era su cumpleaños. No había tenido ningún interés en contármelo y le había restado importancia.

—Cuando éramos pequeños, Halloween lo eclipsaba todo —me comentó—. Así que a mis cumpleaños no venía mucha gente, estaban cansados por las fiestas del día de antes.

—¿Y por qué no lo celebrabas en Halloween?

—Lo intenté una vez, pero todos mis amigos quisieron ir de truco o trato, y después no vino nadie a tomar mi tarta ni a verme soplar las velas. —Me había dado pena imaginarla de pequeña sin sus amigos el día de su cumpleaños—. Así que le quité importancia al día de mi cumpleaños, total, tampoco es para tanto.

—No digas eso, es un día especial. —Se había encogido de hombros.

—Lo celebraba con la gente que importaba, mi familia.

—¿Y este año? —Había ladeado la cabeza y me había sonreído.

—Espero pasarlo en la cama por culpa de la resaca que pillaré en tu fiesta de Halloween.

Después de contarme lo de su cumpleaños, mi plan era que se quedara en la fiesta hasta las doce y que la fiesta se alargara hasta el día siguiente para invitarla a desayunar por lo menos. Aunque las fiestas de Halloween de la oficina tampoco duraban hasta las tantas. Quizás aceptase seguir con la fiesta conmigo en algún sitio. Puede que la posible negativa a esa invitación fuese lo que me tuviera verdaderamente nervioso. No podía seguir negándome que Daphne me atraía cada día más. No había noche que no pensara en ella. No le quitaba el ojo de encima cuando estábamos juntos, y aunque había intentado no ser muy descarado, estaba casi seguro de que me había pillado haciéndole algún que otro repaso. El demonio del que quería que me disfrazara, estaba en mi hombro gritándome que intentara llevármela a la cama, y el sentido común lo silenciaba…, siempre que podía. A ella no le interesaba lo más mínimo, seguía bebiendo los vientos por Owen. Era frustrante escucharla hablar de él con semejante adulación. Solía apañármelas para cambiar de tema y no tener que soportar esa parte de nuestras conversaciones, pero los días que Emma acudía a la cafetería, Daphne acababa hecha polvo y me lo contaba todo. Cada beso, cada mirada, cada risilla que compartían… Todo lo que yo quería compartir con ella, Daphne quería tenerlo con Owen. Así que mi rutina era recordarme que Daphne era un calentón. Cuando nuestro trato terminara y dejáramos de vernos, se me pasaría. Por ahora, solo tenía que aguantar. Sin embargo, desde que nos dedicábamos a hablar casi todos los días, todo se me hacía más complicado.

Iba caminando por la calle escuchando una canción que me había mandado, ya que se había vuelto una rutina el mandarnos una

todos los días, y no podía dejar de pensar en lo mucho que me recordaba a ella.

Maybe I'm too busy being yours to fall for somebody new.

Maldije a los Arctic Monkeys por haber escrito *Do I wanna know* y me quité los auriculares cuando vi a Tate esperándome a los lejos.

—¡Ya creía que no venías! —Miré mi reloj.

—Llego dos minutos tarde, exagerado. —Aproveché para mirar el último mensaje de Daphne, o más bien para fijarme en su foto de perfil, y me guardé el móvil en el bolsillo del pantalón.

—Pero siempre llegas tú primero. —Tampoco hacía falta que le dijera que había salido tarde de mi casa por estar hablando con Daphne y que había necesitado una ducha fría para espabilarme después—. Creo que esto se merece una cerveza bien fría después.

—No sé si…

—Vamos, llevamos unas cuantas semanas sin tomarnos nada los dos solos. —De hecho, la última vez que había salido a beber algo con Tate, había sido la noche en la que conocí a Daphne, y encima, lo había dejado solo.

—Está bien, pero primero voy a recoger el encargo. —Asintió.

—Yo también he comprado el traje en Aurora's. —Ni tan siquiera le había preguntado de qué iba a ir disfrazado en Halloween. Sí que me había distraído con Daphne.

—¿De qué?

—De payaso. —Me eché a reír.

—¿Ya vas disfrazado entonces?

—Ja, ja, muy gracioso —Me encogí de hombros, intentando dejar de reírme mientras caminábamos hacia la tienda—. Te veo muy animado, ¿es porque tu plan está funcionando?

—¿Qué plan? —Frunció el ceño.

—¿Cuál va a ser? El de que tus padres dejen de darte el coñazo.

—Ah, sí. Ya va corriendo el rumor en la editorial de que tengo novia.

—*Falsa.*

—¿Eh? —Abrí la puerta de la tienda para que él pasara primero.

—Tío, *novia falsa* —pronunció despacio la última palabra, mirándome a los ojos antes de entrar en la tienda—. Que no se te olvide. —Sentí que me estaba echando la bronca, pero no le di importancia. Ya sabía que Daphne era mi novia falsa, no hacía falta que me lo especificara. Lo tenía todo bajo control.

—Buenas tardes, venimos a recoger dos disfraces que teníamos encargados —le dije a la mujer que había detrás del mostrador.

—Por supuesto, ¿nombre y número de pedido? —Los dos sacamos nuestros móviles para enseñarles nuestros respectivos números y desapareció dentro del almacén.

—En fin, me alegra que vaya saliendo bien. Aunque sigo pensando que hubiera sido mucho más sencillo con alguien como Charlotte o…

—Ni se te ocurra decir quién yo creo. —Se cerró los labios con dos dedos, pero volvió a hacerlo, como si estuviera bajando una cremallera—. Es que estuvimos juntos antes de ayer y la veo muy distinta. —Puse los ojos en blanco y desvié la mirada hacia los pocos disfraces que estaban a la vista detrás del mostrador—. Lo digo en serio. —¿Por qué insistía tanto en hablar de Olivia?—. De los tres, ella era la más inmadura, lo cual es raro de cojones, pero parece que ahora tiene los pies en la tierra.

—Me alegro mucho por ella —mentí. No es que no me alegrara por Olivia, no era de los que se alegraban por el mal ajeno, pero me daba igual cómo se encontraba. Eso era todo.

—Aquí tenéis. —La mujer me salvó de seguir hablando de Olivia por el momento—. Watts y Lim. —Le echó un rápido vistazo al

ordenador—. Veo que ya están pagados, solo era la recogida, ¿verdad?

—Sí, gracias. —Sonrió y los guardó en bolsas diferentes. Echó un puñado de caramelos en cada bolsa.

—Feliz Halloween.

—Gracias, igualmente. —Cogió un folleto que tenía bajo el mostrador y nos dio uno a cada uno.

—Queremos promocionar la tienda en redes sociales y si nos hicierais el favor de haceros una foto con el disfraz y etiquetar a la tienda con estos hashtags, estaríamos muy agradecidas. —Le dediqué una sonrisa mientras asentía con la cabeza, al ir a coger el folleto, rozó mi mano con la suya—. Estoy segura de que estarás… estaréis —se corrigió al ver a Tate—, muy bien con ellos.

—Gracias. —Aparté la mano con educación y me di la vuelta para salir de la tienda. Tate estalló en carcajadas después de andar un poco—. ¿De qué te ríes?

—Es increíble, ya ligas hasta en una puta tienda, ¿cómo lo haces? —Fruncí el ceño.

—No he ligado con nadie.

—Por favor, ¿no has visto los ojitos que te hacía la dependienta? Por un momento hasta se ha olvidado de mi existencia. —Suspiré—. Igual que con Charlotte. A esa sí que la tienes loquita.

—No empieces… —Empujé la puerta del primer bar que nos encontramos y nos sentamos en una mesa cerca del ventanal. Lo que de verdad me hubiera apetecido sería mi capuchino favorito, pero no quería que Tate se reencontrara con Daphne antes de tiempo.

—¿Por qué no? Sé que te echaba la bronca por ir de flor en flor, pero echo de menos que me cuentes los líos en los que te metías —bromeó mientras le pedía al camarero con gestos que nos trajera

dos cervezas.

—Lo entiendo, mi vida era apasionante. —Le seguí la broma—. Pero ahora tengo que mantenerme serio para que todo salga bien y recuperar mi puesto.

—Antes te hubieras ido con el número de la dependienta apuntado en la mano. —Suspiré dándole un trago a la cerveza en cuanto la pusieron en la mesa—. Y te hubieras tirado a Charlotte a la primera de cambio.

—Venga ya.

—Sí, ahora estás manteniendo esa *farsa* —respondió en tono sarcástico, dándole un sorbo a la cerveza después—. ¿No será por la pelirroja? —Alcé una ceja.

—¿A qué te refieres?

—A que te gusta. —Resoplé negando con la cabeza—. Luke, eres mi mejor amigo desde que teníamos… ¿cuatro años? Sé cuándo me mientes.

—Vale, no es que me guste —aclaré—. Me parece muy guapa y…

—Sí, está muy buena. —Apreté el vaso con algo más de fuerza y fingí una sonrisa.

—Exacto. —Tate movió la cabeza hacia arriba y hacia abajo despacio y una o se dibujó en sus labios.

—Quieres tirártela.

—Desesperadamente —confesé haciendo que se riera.

—¿Solo eso? —Me encogí de hombros.

—¿Qué más iba a ser? —Alzó el vaso de cerveza con intención de brindar.

—Me alegra que sigas siendo el de siempre, entonces. —Antes de chocar su vaso, lo miré—. ¿Qué?

—¿Y si sintiera algo por ella? —Retiró el vaso, no sin antes emitir

un pesado suspiro.

—Luke, está contigo para poner celoso a otro tío, ¿entiendes? No le interesas. —Le dio un largo trago a la cerveza—. No es bueno que te hagas ilusiones con alguien que no siente nada por ti, y que encima…

—¿Encima qué?

—Bueno, que conste que no creo que sea mala persona, principalmente porque no la conozco. —Aguardé a que acabara su explicación antes de cabrearme por insinuar tal cosa—. ¿Pero cómo de pirada y mentirosa tienes que ser para hacer lo que está haciendo? —Antes de poder interrumpirlo, siguió hablando—. Sí, tú estás haciendo lo mismo, pero por razones diferentes. Tú quieres recuperar tu puesto de trabajo, pero lo de ella… Es por poner celoso a alguien. A alguien de quien lleva enamorada… ¿Cuánto tiempo me dijiste? ¿Desde que nació? dijo en tono de burla—. No sé, no termina de convencerme para ti. —Se encogió de hombros—. Pero si es por trabajo y encima puedes echar un polvo, *touché*.

—Entiendo tu punto de vista. —Procuré controlar el cabreo que llevaba encima, aunque también sabía que Tate me notaba molesto. Él me conocía lo suficiente como para darse cuenta de ello—. Pero no vuelvas a hablar así de ella, ¿entendido? —Tate me miró con gesto serio—. Ni mentirosa, ni pirada. Daphne es una buena persona, me lo paso muy bien con ella y cuando nuestro trato se acabe y empiece a salir con Owen, quiero conservar nuestra amistad. —Aunque el hecho de imaginarla con Owen, hiciera que me hirviera la sangre. Alzó ambas manos en modo de derrota.

—Está bien. He sido un poco duro con ella, pero quería dejarte claro que no te hagas ilusiones con ella. No me parece una buena idea. Me preocupo por ti.

—Pues no lo hagas. —Acerqué mi vaso al suyo para brindar—.

Estoy mejor que nunca, alégrate por mí.

—Me alegro por ti. —Brindó conmigo, a pesar de haberme dejado con mal cuerpo.

Era tarde cuando Tate y yo nos despedimos, y tuve suerte de que no volviera a sacar el tema de Daphne ni de Olivia. Aunque prefería defender a Daphne que saber algo de mi ex. Tate seguía siendo su amigo, era lógico, tampoco es que yo hubiera querido ponerlo en su contra. No hubiera ganado nada con eso. Bastante se armó el día en el que nos encontramos los tres. No estaba dispuesto a volver a pasar por aquello. No estaba seguro de qué versión de la historia le habría dado Olivia, una en la que ninguno de los dos era el malo, eso estaba claro; pero en nuestra historia sí que había un villano, y no era yo. Al principio, pensé que Tate se imaginaba que ella y yo habíamos roto porque nuestro amor se había marchitado con el paso del tiempo y quizás tendría que haberle aclarado que fue ella quien arrancó de cuajo eso que *supuestamente* consideraba amor. Desde que Olivia me dejó, no me había vuelto a plantear estar con nadie. Si la persona en la que más había confiado, me había hecho tanto daño, ¿cómo confiar de nuevo? Me jactaba de que el asunto con Olivia había quedado en el pasado, pero la verdad era que seguía afectando a mi presente, aunque fuera de manera indirecta. Probablemente esa era la causa por la que Daphne no llegaba a ser algo más que un… entretenimiento. Lo que sentía por ella era físico. *Nada más.* Por supuesto que le había cogido cariño durante este tiempo, pero no era ni de lejos lo que había llegado a sentir por Olivia. Jamás sentiría por nadie lo que sentí por ella.

No sé por qué llegué a la cafetería de Daphne, y tal y como me imaginaba, aunque la puerta estuviera cerrada, las luces estaban encendidas. Siendo un viernes por la noche, dudaba con creces que fueran los empleados los que permanecieran allí dentro a estas

horas. Antes de llamar a la puerta, recordé las palabras de Tate. *Luke, está contigo para poner celoso a otro tío, ¿entiendes? No le interesas.* ¿Y si no estaba Daphne sola allí? ¿Y si… Owen estaba con ella? Apreté el puño. Era mejor que estuvieran juntos, así vería que iba a recoger a mi novia un viernes por la noche. *Falsa*, me repetí, a *mi novia falsa.* Llamé a la puerta.

Daphne se asomó, entreabriendo la puerta y me miró sorprendida. Tenía el delantal manchado con harina y… ¿Trozos de calabaza? Lucía un maltrecho moño del que le salían unos cuantos mechones ondulados y su cara de cansancio me decía que llevaba sola más tiempo de la cuenta.

—¿Luke? ¿Qué haces aquí? —Abrió la puerta del todo para que pasara.

—He ido a recoger el disfraz para mañana y después de tomarme un par de cervezas con Tate, decidí darme una vuelta y… no sé, llegué hasta aquí —dije mientras entraba en la cafetería. Con un rápido vistazo a mi alrededor, me di cuenta de que estaba sola—. ¿Qué haces todavía por aquí?

—Pues resulta que la idea de tallar las calabazas ha sido todo un éxito —comentó mientras echaba el pestillo de la puerta principal—. Tanto que nos quedamos sin existencias.

—¿En serio? —Asintió.

—Así que tuvimos que pedir más y me quedé hasta que el encargo llegó, y ya de paso estuve limpiando un poco y arreglando la decoración. —Contemplé las variadas guirnaldas de murciélagos y calabazas que colgaban de la barandilla del piso superior, de las escaleras y del escaparate. Una multitud de calabazas talladas que había a los pies de las escaleras aun estaban encendidas gracias a las velas que había en su interior.

—¿Y eso? —Señalé a las piernas de una bruja que simulaban

haberse estrellado contra el tanque de café. Daphne sonrió orgullosa.

—Me hizo mucha gracia y lo compré hace unos días.

—Es original cuanto menos. —Me reí y me fijé en las escaleras que había detrás del mostrador—. ¿Y qué ibas a hacer en esas escaleras?

— Oh, quería colgar unas cuantas telarañas por encima de las botellas. Las teníamos guardadas del año pasado y las he encontrado esta tarde. —Se acercó a las escaleras, terminando de colocarlas hasta que me di cuenta de lo mucho que se tambaleaban.

—¿Ibas a subirte a esa trampa mortal estando tú sola? —Daphne se echó a reír.

—¡No exageres! Está un poquito coja, como todas las escaleras. —Dejé la bolsa con el disfraz sobre la barra del mostrador—. Nunca me ha pasado nada.

—Eso no significa nada, cualquier día podrías caerte. —Empezó a subir los peldaños, haciendo caso omiso de mis palabras. Me situé detrás de ella, agarrando las escaleras para que temblaran un poco menos—. No tienes por qué hacer todo sola. —Esta vez sí que me hizo caso, ya que se detuvo en el segundo escalón.

—Ahora no lo estoy, ¿no? —Se giró para mirarme. *Falsa, mi novia falsa*. Mientras me repetía aquello, dejé de agarrar con tanta fuerza la escalera y cuando Daphne hizo el amago de subir, volvieron a tambalearse. De manera inconsciente, alcé los brazos y la agarré por la cintura, impidiendo que pudiera caerse—. Luke… Si querías tocarme el culo, solo tenías que decirlo. —Me di cuenta de que uno de mis dedos rozaba su trasero y de pronto, me sentí como un maldito adolescente. Me eché a reír nervioso, negando con la cabeza.

—Lo siento, no era mi intención. —Daphne soltó una risilla y señaló las telarañas con la cabeza.

—¿Me las puedes pasar, por favor? —Deslicé una de mis manos por su cintura y agarré la escalera, mientras que con la mano que me quedaba libre, cogí una de las telarañas, dándosela después. Colocó las telarañas donde quería mientras yo sujetaba las escaleras y miraba con disimulo su culo. *¿Por qué había tenido que mencionarlo?*—. Perfecto, decoración de Halloween terminada. —Me aparté para que bajara el último peldaño y eché la vista hacia arriba con rapidez para admirar su creación.

—Maravilloso, da un miedo que te cagas. —Me dio un suave codazo en el brazo y se fijó en la bolsa—. ¿Tú tienes ya el tuyo?

—Lo recojo mañana.

—Un poco tarde tratándose de ti, ¿no? —Sonrió, divertida.

—Lo siento, esta semana he estado hasta arriba. —Y aún así, se las había apañado para vernos casi todos los días—. ¿Cómo te queda? —Abrí los ojos.

—Pues… No sé, aún no me lo he probado.

—A ver. —Empecé a sacar el disfraz de la bolsa y se lo di con cuidado—. No, no, que te lo pongas.

—¿Perdona? ¿Ahora?

—Mañana ya lo voy a ver, ¿no? Quiero ver cómo te queda ahora. —Si no fuera porque empezaba a conocer a Daphne, juraría que me estaba… *¿Desafiando?* Vale, a eso podíamos jugar los dos. Me quité la chupa de cuero y empecé a sacarme la camiseta por la cabeza hasta que algo me golpeó en la cara. Daphne se había quitado el delantal y me miraba más roja que nunca.

—¡Era broma! ¿Te ibas a cambiar de ropa aquí? —preguntó escandalizada, sin perder ni un atisbo de rubor. Me encogí de hombros.

—¿Por qué no? —Daphne se señaló a sí misma.

—Porque estoy aquí.

—No sé, pelirroja, no sabía que te ibas a poner como un tomate solo por verme sin camiseta. —En lugar de relajarse, su rojez empeoró aún más y no pude evitar echarme a reír. Se acercó para recoger su delantal, pero lo levanté por encima de su cabeza—. Estás para sacarte una foto ahora mismo.

—¡Para ya! —Por muy digna que intentara mostrarse, la risa le jugó una mala pasada—. Mañana es cuando tienes que ser un demonio, no hoy.

—Pero tendré que practicar, ¿no? —Bajé el delantal y me fijé en su rostro iluminado por la ilusión de devolvérselo, pero me lo coloqué en la espalda—. ¿Qué me das si te lo devuelvo?

—Las gracias. —Resoplé—. Vale, vale, ¿qué quieres?

—Un beso. —Ella se quedó tan sorprendida como yo por la respuesta.

—¿Un beso? —Asentí—. ¿Solo eso? —Esa respuesta sí que no me la esperaba, pero opté por no responder todo lo que se me había pasado por la mente—. Vale, está bien. —El corazón me empezó a latir con demasiada fuerza, aunque esperaba que no fuera consciente de ello. Daphne se inclinó hacia mí, en dirección a mi boca. Tragué saliva, esperándola, pero antes de llegar a mis labios, agachó la cabeza y me dio un rápido beso en la barbilla. Alargó los brazos para alcanzar el delantal, quitándomelo de entre las manos. Cerré las manos, riéndome.

—Bien jugado, pelirroja. —*Luke, está contigo para poner celoso a otro tío, ¿entiendes? No le interesas.* Tate tiene razón—. ¿Me dejas acompañarte a casa?

—Te lo agradecería muchísimo. —Se separó de mí para caminar hasta la cocina—. Recojo mis cosas y nos vamos.

—Te espero aquí. —Esperaba que su plan saliera bien y empezara a salir con Owen antes de volverme loco del todo.

Capítulo 17

Daphne

Odiaba que Marcie fumara de vez en cuando. Ya habíamos discutido sobre lo perjudicial que era para su salud, pero al final, siempre llegábamos al mismo punto. Fumaba un cigarrillo cuando estaba muy nerviosa y eso pasaba cuando tenía que regresar a su casa durante unos días. Su familia era muy exigente y no importaba que Marcie sacara buenas notas y tuviera un trabajo estable mientras tanto, lograban encontrar un punto en el que molestarla de alguna forma. Por eso, aquella noche, estaba fumando asomada a la ventana. Así fue como vio a Luke acompañándome a casa. Aunque gracias a eso, lo apagó antes de tiempo para interrogarme en cuanto entré en el apartamento.

—Detalles, ahora, ya, vamos. —Colgué mi bolso en el perchero que teníamos en la entrada para después quitarme la chaqueta de cuero que Luke me había ofrecido cuando se había dado cuenta de que tenía frío—. ¡Daphne!

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? ¿Qué hacías con Luke? —Me adentré en la

cocina, pero Marcie seguía detrás de mí para obtener información.

—¿Sabes? Hubieras sido una paparazzi increíble. —Abrí la puerta de la nevera, pero la empujó para cerrarla—. ¡Vale! Estábamos juntos porque se pasó por la cafetería.

—¿Qué hacías en la cafetería a las once de la noche? Pensaba que estabas por ahí y por eso me dijiste que me tomara la tarde libre. —Suspiré y volví a abrir la puerta de la nevera, sonriendo al ver un par de trozos de pizza de la noche anterior.

—Tenías que hacer la maleta y organizar tu viaje de mañana, no quería que estuvieras hasta las tantas trabajando. —Puso los ojos en blanco.

—¿Y Owen? —Me encogí de hombros.

—No me hacía falta, le dije que se fuera con Emma cuando el taller de los niños se acabó. Ya sabes que al final de la tarde tampoco hay muchos clientes, además tuve que esperar el cargamento con más calabazas y…

—¡Podrías haberme llamado! —Me quitó el plato con los trozos de pizza para meterlos en el microondas—. Te hubiera echado una mano y te hubiera hecho compañía. ¿Has guardado todo tú sola?

—Tampoco era para…

—¿Y también has limpiado el piso de arriba? —Enseñé los dientes a modo de sonrisa y Marcie me dio una sonora colleja.

—Pero ¡qué te tengo dicho! ¡Puedes llamarme y pedir ayuda! —Me acaricié en la parte que me había dado la colleja, fingiendo que me dolía—. ¡No! Ahora no te hagas la víctima. —El microondas sonó —. No es bueno que te quedes tú sola hasta tan tarde en la cafetería, Daphne, por favor, no lo hagas más… Este mes, al menos.

—Bueno, no estaba sola, apareció Luke. —Sacó el plato del microondas, soltando un gritito al quemarse y lo dejó sobre la encimera.

—¡Oh! Tu caballero de brillante armadura. —Me eché a reír mientras negaba con la cabeza. Arrastré uno de los taburetes que había debajo de la encimera mientras que Marcie dio un salto para sentarse sobre esta—. ¿Y qué pasó?

—Pues nada, ¿qué iba a pasar? Me ayudó a terminar de colocar la decoración de Halloween. —Le dio un mordisco a la pizza, soplando primero.

—¿En serio? —preguntó indignada—. ¿Va a verte y lo pones a trabajar?

—Me sujetó la escalera —contesté con la boca llena, Marcie agarró una servilleta y me la tiró a la cara—. Además, no se lo pedí, salió de él.

—Claro, ve que te vas a subir en esa escalera roñosa y se va a cruzar de brazos para ver cómo te caes. —Se cruzó de brazos, enfadada—. También te tengo dicho que no uses esa cosa estando sola. —Suspiré.

—¿Algo más por lo que echarme la bronca?

—Depende, ¿dónde está tu disfraz? —Abrí la boca y la cerré de pronto—. ¿¡No lo has recogido?!

—¡Por favor! No pasa nada, mañana lo recojo. —Se bajó de la encimera, alterada.

— Daphne, mañana no está abierta la tienda. —El trozo de pizza se me cayó en el plato.

—Me estás vacilando, ¿verdad? —Se fue al salón para buscar su móvil, corriendo como una loca y volvió para enseñarme el horario de la tienda—. No, no, no, no. —Me levanté del taburete—. Para una cosa que dejo para más tarde y me quedo sin ella…

—Vale, calma, que no cunda el pánico. Podemos arreglarlo.

—¿Cómo?

—Tú cena y espera. —Los nervios no me habían llegado a cerrar

el estómago del todo, pero mientras engullía la pizza, escuchaba como Marcie tiraba cosas de un lado para otro en su habitación. Busqué tiendas de disfraces abiertas mañana, pero o estaban todas cerradas, o ninguna vendía el disfraz que necesitaba. Luke me iba a matar. Aunque claro, mejor ir desparejados que no ir disfrazados. Él lo había recogido esa misma tarde. ¿Por qué intentaba ser tan perfecta en todo y fallaba con Luke todo el rato? Dejé caer mi frente contra la encimera, apartando el plato de pizza primero—. ¿Ya estás sumida en la tragedia? —preguntó Marcie mientras corría por el salón, abriendo el baúl que había debajo de la televisión.

—Sí, la oscuridad se cierne sobre mí —murmuré cerrando los ojos, golpeándome la frente.

—¡Ya lo tengo!

—No me animes en vano, Marcie…

—Deja de hacer el idiota y mira esto. —Me bajé del taburete y me fui al salón. En cuanto vi los cuernos negros que Marcie había encontrado, salté de alegría—. Me los puse el año pasado, ¿te acuerdas? —Me abalancé sobre ella, abrazándola.

—¡Gracias, gracias! —Marcie se echó a reír, rompiendo poco a poco el abrazo. Me colocó la diadema transparente en la cabeza, y me puso bien el pelo para que los cuernos se vieran bien. No eran muy grandes, pero eran casi iguales a los que tenía encargados en la tienda.

—Vas a dejar de dármelas cuando veas el vestido. —Fruncí el ceño.

—¿El vestido? —Me cogió de la mano, conduciéndome hasta la habitación. Me quedé clavada en la puerta, mirando el vestido que había dejado sobre su cama deshecha.

—No puedo ponerme eso.

—¿Por qué no? —El vestido no dejaba mucho a la imaginación.

Era de color rojo, con mangas de encaje del mismo color y aunque era muchísimo más corto de lo que yo solía llevar, lo peor era el tipo de escote. Justo en el pecho, la tela del vestido desaparecía, mostrando el sujetador que llevaras debajo.

—No puedo ir con eso —repetí.

—¿Tienes un sujetador rojo? —Asentí sin poder dejar de mirar el vestido—. ¡Pues ya estaría! ¡Búscalo y pruébatelo!

—¿Estás loca? No puedo ponerme eso. —Marcie frunció el ceño y se cruzó de brazos, enfadada.

—¿Por qué no? Te quedaría de muerte.

—Porque es… es demasiado. —Me acerqué a la cama, cogiendo el vestido—. No te imagino con esto puesto.

—Fue un regalo de Alice, pero no llegué a ponérmelo. —Me lo quitó de las manos para pegarlo a mi cuerpo y me empujó hasta el espejo de pie que tenía en su habitación—. Mírate, estarías increíble. A Luke le daría un infarto si te viera así. —Tragué saliva imaginando su reacción, pero sacudí la cabeza de inmediato.

—A mí eso me da igual. —Bajó el vestido, resoplando.

—Con lo que él está haciendo por ti… —dijo en tono lastimero. Puse los ojos en blanco.

—Lo hace porque quiere. —Se encogió de hombros.

—Solo digo que le alegrarías la vista y quedarías ante todos como un pibonazo, pero bueno, entiendo que no quieras arriesgarte… —Dejó el vestido sobre la cama y se rascó la barbilla, mirándome de reojo—. ¿De qué iba a ir disfrazada la tal Charlotte? —La fulminé con la mirada.

—¿Y eso a qué viene? —Se encogió de hombros, apartando la vista.

—Viene a que si me gustara mi jefe… —Se dio la vuelta para salir de la habitación, posando la mano sobre mi hombro—. Iría a

por todas. —Cerré los ojos, respirando de manera profunda, y volví a ver el vestido, aunque de forma distinta. Esta vez, me imaginé a Charlotte luciendo algo mucho peor y acercándose a Luke. Intenté sacarme aquella imagen de la cabeza. Sabía que tenía novia, así que no lo haría. *Solo que yo no era su novia de verdad.* ¿Y si al ser su secretaria ella también lo sabía? No había vuelto a mencionarla en ninguna de nuestras conversaciones así que no sabía cómo era su relación, ¿y si también era una amiga como lo era Marcie para mí? Era cierto que solo me había hablado de Tate y de esa tal Olivia, pero teniendo en cuenta que la última vez que habíamos hablado de Charlotte habíamos discutido, quizás no quería arriesgarse a acabar peleados antes de la fiesta. No sé cuántos insultos y maldiciones solté por la boca antes de coger el vestido, pero sí que escuché con claridad la risa triunfal de Marcie antes de encerrarme en la habitación.

La fiesta empezaba a las ocho de la tarde, pero a las seis ya estaba vestida y mirándome delante del espejo. Echaba mucho de menos a Marcie en aquel momento. Ni tan siquiera nos habíamos podido despedir porque me había quedado dormida y no había escuchado la alarma. Hoy Owen se encargaba de la cafetería para que yo pudiera ir a la fiesta sin problema, así que había recuperado la falta de horas de sueño de la semana. Me había desnudado y vestido delante del espejo un mínimo de diez veces. La maldita Marcie tenía razón, me quedaba increíble. Sin embargo, no estaba acostumbrada a enseñar tanto. Eso de que se viera por completo mi sujetador rojo me hacía sentirme demasiado expuesta. Me vi con el conjunto entero, tacones rojos incluidos, cuernos negros bien colocados y volví a mirarme en el espejo. Dejé que mi pelo cayera sobre mis hombros hasta la altura de mis pechos y suspiré. Un mensaje de Marcie me sacó de mi letargo.

Mira en el horno. Me asomé al horno y descubrí un cupcake de chocolate con una nota debajo. *¡Feliz cumpleaños!* Sonreí para mí misma. Era una pena que no estuviera aquí para hacerme compañía mañana. Me encontré también otra nota y la leí en alto:

Cumples 27 añazos, Daphne. Déjate llevar, disfruta y pásalo bien, te lo tienes más que ganado. Haz lo que te dé la gana, vive tu vida sin que te importen los demás. Eres la mejor, que no se te olvide jamás.

PD: Pásame una foto antes de irte a la fiesta.

Te quiero mucho.

Saqué las dos notas y el cupcake del horno. Lo segundo lo guardé en el frigorífico y las notas en el cajón de mi escritorio. Me sentía muy orgullosa de la gran amiga que era Marcie. No había cosa que no le contara… Menos mi historia de por qué quise montar la cafetería. Siempre me había dado miedo que la gente se riera de ello, y aún así… Aún así se la había contado a Luke aquella semana.

—¿Por qué Tinta y café? —me preguntó en uno de nuestros encuentros.

—¿A qué te refieres? ¿Al nombre? —Negó con la cabeza.

—¿De entre todas las opciones que hay en el mundo por qué abrir una cafetería?

—Te vas a reír de mí —murmuré—. Es una tontería.

—Vamos, un sueño no es ninguna tontería, cuéntamelo. —Las únicas personas que lo sabían eran mis padres, y se habían encargado de ridiculizar tanto el asunto, que no se lo había llegado a contar a nadie. Sin embargo, Luke me miraba de una forma que lograba que no me sintiera juzgada de ninguna manera.

—Está bien… Tenía doce años cuando supe que uno de mis grupos favoritos iba a dar un concierto en Ottawa. Mis padres no me

dejaron ir, pero yo, decidida y testaruda, armé un plan para ir en autobús a escondidas. —Me detuve un instante, recordando aquella travesura de adolescente descerebrada—. El problema fue que me perdí en cuanto llegué. No conocía la ciudad, tenía poco dinero, y ni siquiera llevaba un móvil conmigo. Para alguien como yo, que había crecido en un pueblo pequeño, aquello era como estar en otro planeta. —Sonreí resignada—. Asustada, terminé en una cafetería llamada *Timber & Steam*, llorando. Los dueños me vieron y, en lugar de echarme, me ofrecieron ayuda. Llamaron a mis padres y me invitaron a un chocolate caliente. Nunca olvidaré lo amables que fueron conmigo. —Terminé diciendo en un hilo de voz—. Mientras estaba allí, observé a las personas que entraban. Todas parecían tan felices, tan tranquilas... Compartían risas, charlas, y disfrutaban de su café como si aquel lugar fuera su pequeño refugio. —Miré hacia otro lado, haciendo una pausa para respirar hondo—. Ese día se quedó grabado en mi memoria. Desde entonces, tuve claro que quería crear un lugar donde la gente pudiera sentirse así: bienvenida, cuidada, en paz. —Me encogí de hombros—. No es una gran historia si lo piensas.

—La conclusión es que hasta con las tonterías, se aprenden lecciones. Si no hubieras cogido ese autobús a escondidas, puede que no hubieras sabido qué querías hacer con tu vida. —No se había reído. No le había restado importancia. Me quedé un rato a la espera de una broma, de un chiste que me hiciera arrepentirme de haberle contado aquello, pero no llegó—. Es curioso, ¿verdad? Hasta en los momentos más caóticos, se puede sacar algo bueno.

Capítulo 18

Luke

Por primera vez, había llegado a la fiesta antes de tiempo. Mis padres eran los que organizaban cada año todo aquello, pero por el viaje que tenían programado, estaban ausentes. No es que hubiera mucho que hacer, ya habían contratado gente para ello, pero se habían encargado de enseñarme lo importante que era la supervisión si uno quería que todo fuera bien. Ayudé al servicio de catering a colocar las mesas para que pudieran colocar los aperitivos y, también, otros compañeros me ayudaron a colgar guirnaldas de Halloween enlazadas con luces de LED de color morado y ámbar. La decoración de Halloween no solía ser gran cosa, pero era lo suficiente como para crear un buen ambiente. Aquel año, había decidido aportar mi granito de arena con una tontería. Les había propuesto utilizar el típico caldero de bruja para el ponche junto a una máquina de humo, y así simular una poción mágica. Al menos, esperaba que lo fuera. Necesitaría mucho alcohol aquella noche para que todo fuera bien. Había logrado mantener los nervios a raya, pero debía confesar que también había probado dos pequeños vasos

de esa poción mágica llamada ponche.

Mi plan era haberme vestido en casa, pero terminé disfrazándome en mi despacho. Me miré en el espejo del baño y resoplé. ¿En qué momento me había convencido para disfrazarme así? Aunque, por supuesto, seguía siendo mejor que un body rojo ceñido. Parecía más un vampiro sacado de una película clásica que un demonio, pero era lo que Daphne me había sugerido, y lo mínimo que podía hacer, era corresponderle. Los pantalones negros eran demasiado ajustados para mi gusto y la camisa blanca tenía las mangas un tanto anchas, además de no quedarse del todo cerrada, por mucho que insistiera en ello. Me había anudado la capa negra al cuello, aunque al principio parecía que me estaba estrangulando a mí mismo. Saqué de la bolsa los cuernos rojos que iban con el disfraz, los cuales iban incorporados en una diadema de color negra. Me la coloque en la cabeza, tapando las partes de la diadema que quedaban al descubierto con el pelo. Quizás este era el único detalle del disfraz que me gustaba. Los miré en el espejo y le eché un rápido vistazo a la bolsa. Aún había un complemento más que no estaba dispuesto a ponerme. La cola de diablo se enganchaba con facilidad a la capa, pero iba rozando constantemente mis talones cuando caminaba. Además de ser demasiado incómoda, era ridículo. Por ahí no iba a pasar.

Cuando regresé al sótano, ya habían atenuado las luces y las LED estaban encendidas. Se proyectaban unas leves sombras con forma de murciélago, calabaza y sombrero de bruja. Me fijé en las telarañas que había en las esquinas, aunque no estaba seguro de sí formaban parte de la decoración o era suciedad, pero al menos encajaba con la situación.

Gran parte de mis compañeros ya estaban presentes y estaban ansiosos porque el servicio de catering sacara sus deliciosos

aperitivos. Todos me felicitaron por haber echado una mano, a pesar de que no hice gran cosa. Era curioso cómo me criticaban siempre que podían y también me agasajaban a cumplidos vacíos cuando se les presentaba la más mínima oportunidad. Sin embargo, ya me había acostumbrado a su actitud y no les prestaba mucha atención. Ya sabía que tan solo podía considerarlos mis compañeros y que no iba a tener ningún tipo de relación más. Era mejor así. Esperaba que cuando Daphne llegara, dejaran de hablar sobre mis antiguas relaciones y se centraran en ella. Así, todos esos rumores y habladurías sobre mí, cambiarían y les llegaría a mis padres.

No obstante, aquello no me preocupaba en exceso, al menos no como antes. Sabiendo que el cumpleaños de Daphne era al día siguiente, mi objetivo principal era que esta noche se lo pasara bien y guardara un gran recuerdo. Quizás hoy hubiera querido salir con sus amigos para celebrar su cumpleaños de manera anticipada y a pesar de ello había aceptado venir. Me veía obligado a recompensárselo de alguna forma. Ya me las había ingeniado para comprarle un detalle que le llevaría mañana a su casa, aunque hoy tendría que preguntarle a qué hora podría llegarme, ya que no sabía exactamente cuáles eran sus planes. Esperaba que no fuera una molestia que fuera a verla, aunque también era cierto que le había restado mucha importancia a su cumpleaños. *¿Por qué me ponía tan nervioso la simple idea de darle un regalo?* Era absurdo y muy impropio de mí.

Decidí relajarme contemplando a los demás. Este año había un poco más de variedad en cuanto a disfraces. Como siempre, había alguno más trabajado que otro. Había contado ya seis zombis, dos *Ghostfacers*, tres Freddy Krueger, dos Chuckys y hasta uno se había vestido de Jack Torrance. También vi alguna que otra Miércoles de la familia Adams, unas cuatro enfermeras bañadas en sangre, tres

chicas de la película de *The Ring* que me daban escalofríos, unas que le quitarían el protagonismo a Tate con su disfraz de payaso malvado, y unas cuantas brujas. Charlotte era una de ellas. Parecía que al final se había puesto de acuerdo con las de contabilidad para formar un aquelarre esa noche. Sin embargo, y para alegría de todos los presentes, solo ella iba vestida de bruja… *sexi*, por así decirlo. Llevaba el típico sombrero puntiagudo de las brujas de color negro y un vestido negro bastante corto. El escote era una estrella de cinco puntas que dejaba a relucir gran parte de su piel. Hasta a mí se me hacía complicado no mirarla de vez en cuando.

—Buenas tardes, Luke. —Me entregó un vaso lleno de una bebida roja—. Es ponche. Está muy rico, pensé que querría un poco.

—Muchas gracias, Charlotte. Estás genial. —A pesar del maquillaje, noté cómo se sonrojaba.

—¿Puedes sujetar mi vaso un momento? Se me ha vuelto a desatar la maldita bota. —Cogí su vaso y se agachó delante de mí, haciendo que se viera aún más su escote. Le di un trago al ponche mientras apartaba la vista. Tate iba a salir de allí echando fuego cuando la viera. Quizás podía interceder por ellos y juntarlos aquella noche, así por lo menos él me dejaría en paz.

—Tate también va a venir —comenté mientras le devolvía el vaso. Me dedicó una sonrisa con sus labios pintados de negro.

—Como el año pasado, ¿no? —Asentí—. Y… ¿Su novia también? —preguntó con una nota de inocencia en su voz. Me aclaré la garganta.

—Claro.

—Espero que no le importe compartir. —Se rio cuando vio la expresión de mi rostro. *¿Dónde se había quedado la Charlotte que no podía ni tutearme?*—. Me gustaría bailar algo contigo esta noche,

si no te importa.

—Cla-claro… —*Genial*, ahora era yo el que balbuceaba. Se mordió el labio inferior mientras me dedicaba una sonrisa.

—¡Luke! —La voz de Tate me salvó de Charlotte y eso no le hizo ninguna gracia.

—¡Tate! —exclamé con alegría al verlo. Estaba disfrazado como el payaso de la última película de *It* y tenía que reconocer que se había maquillado de diez. Aunque se le había ido parte del pintalabios y estaba seguro de que a Pennywise no le apestaba la boca a cerveza negra.

—Madre mía, para ir de demonio sí que te pones elegante, ¿no? ¿O es para cierta pelirroja? —Esa pregunta la había hecho en un tono mucho más alto, supuse que para dejar claro que estaba esperando a mi novia.

—Sí a las dos cosas —me limité a contestar. Aún me sentía un poco ridículo al ir vestido así.

—¿Y dónde está? ¿Aún no ha llegado? —Negué con la cabeza—. Vaya, seguro que está al caer… —Se giró para mirar a Charlotte—. Vas preciosa.

—¿Sí? Se supone que tendría que dar miedo —bromeó tapándose la boca para reírse.

—Vas tan guapa que das miedo. —Sabía cuándo Charlotte se reía por compromiso, ya la había visto hacerlo con los chistes malos de mi padre en el despacho. Suspiré resignado. Puede que no pudiera juntarlos esa noche, aunque Tate no parecía perder el tiempo—. ¿Verdad, Luke?

—¿Eh?

—Digo que Charlotte va muy guapa. —Fingí una pequeña sonrisa.

—Sí, ya se lo he dicho.

—Sois muy exagerados. —Creí que a Tate se le iban a salir los ojos de sus órbitas cuando se dispuso a recolocarse bien el vestido, mostrando aún más su escote. Escuché como Tate susurraba un *joder*, pero yo estaba demasiado distraído mirando a las escaleras.

Localicé a Daphne inmediatamente. Bajaba con cuidado, peldaño a peldaño, mirando hacia abajo para no caerse por llevar aquellos tacones rojos de vértigo. Una franja de tela se asomaba por debajo de mi chupa de cuero, si no fuera por esa tela roja, parecería que no llevaba nada debajo. Tragué saliva. Iba a ser una noche muy larga.

—Va a morirse de calor con eso —comentó Charlotte cuando se dio cuenta de que no le estaba prestando atención.

—Pues sí —le respondió Tate mirando a Daphne igual que mi secretaria. Sonreí al ver los cuernos negros sobre su pelo pelirrojo pero la sonrisa fue desapareciendo en el instante que se quitó la chupa para dejarla colgada. No sabía que alguien podía ir tan jodidamente sexi a una fiesta. Aquel vestido rojo me había dejado la garganta seca. Perdí la cuenta de las veces que recorrí su cuerpo con la mirada. Paseé mi vista por sus piernas desnudas hasta centrarme en su sujetador rojo. Para cuando logré mirarla a los ojos, nuestras miradas se encontraron y me dedicó una sonrisa con aquellos labios rojos—. Joder… —Le di un codazo a Tate.

—Está pillada. —Me marché en su búsqueda. Ni tan siquiera sabía cómo saludarla. Quería marcharme de allí con ella y que le dieran por culo a la fiesta—. Hola, pelirroja. Bonito disfraz, la verdad es que no me lo imaginaba así.

—Ah, ¿es que me has imaginado con el disfraz? —Me reí.

—Sí, pero esto supera cualquier expectativa. —Le saqué una sonrisa con facilidad.

—¿No crees que es demasiado? —susurró. *Lo que llevaba era demasiada ropa.*

—No —me limité a contestar, más serio de lo que pretendía. Se me hacía muy complicado mantener una conversación coherente viéndola así—. ¿Quieres algo de beber? —Asintió con la cabeza y bajó su mano para buscar la mía, entrelazando nuestros dedos.

—Oye… Tú también estás muy guapo, ¿eh? —dijo mientras nos acercábamos a la mesa con las bebidas—. Pero… Te falta algo. —Bajó la mirada—. ¿Y tu rabo?

— Lo llevo por delante —solté sin pensar haciendo que empezara a reírse. Me dio un suave empujón, negando una y otra vez con la cabeza.

—Serás idiota. —Me reí con ella. Agarré un vaso, sirviéndole ponche y se lo ofrecí—. Gracias. —Antes de darle un sorbo, se me quedó mirando—. ¿Qué?

—¿No vas a besarme? —Tragué saliva. ¿Se daría cuenta de que me había sonrojado?—. ¿Tu novia se presenta así y no la besas? —Posó los brazos sobre mis hombros, alzando ambas cejas.

—¿En la barbilla? —murmuré. Daphne me regaló una sonrisa.

—No es lo que tenía en mente si quieres que esta gente se trague lo nuestro… —susurró mientras se acercaba a mi rostro—. Esta noche voy a ayudarte todo lo que pueda. —Su nariz llegó a rozar la mía—. Por todo lo que has hecho por mí. —Quise restarle importancia y decirle que no había hecho gran cosa. Quise darle las gracias por haber venido. La verdad es que, a pesar de querer decir muchas cosas, su boca estaba demasiado cerca de la mía como para hablar. Presioné mis labios contra los suyos, dándole un simple beso. No podía descontrolarme nada más verla. Aprovecharía esa noche lo máximo posible. Separó su boca de la mía, dedicándome una sonrisa —. Y ahora voy a probar esto —dijo alzando el vaso hasta la altura de mis ojos.

—¿Brindamos? —Levanté el mío, chocándolo contra el de ella y

dimos un sorbo al mismo tiempo.

—Bueno, ¿a quién vas a presentarme primero?

—Eh… Vamos a ver primero a Tate, que es la segunda vez que lo dejo tirado por verte. —Me fijé en la sonrisa tímida que se había formado en su rostro y agarré su mano.

—¿La segunda vez? —Asentí con la cabeza.

—La noche que nos conocimos, lo dejé tirado en el *DREAM*. —Se echó a reír.

—¿En serio? Se podría haber venido con nosotros cuando me acompañaste a casa.

—No me hacía falta compañía para ir con mi novia —contesté sin más. Sentí como sus dedos se aferraban aún más a los míos.

—Bueno, bueno, ¡aquí tenemos a la reina demonio! —soltó Tate a modo de saludo, acercándose a ella para darle un rápido abrazo.

—¿Y tu disfraz, Tate? —preguntó ella en tono jocoso haciéndome reír por la cara de desconcierto con la que dejó a Tate.

—Está claro que vosotros dos vais muy bien disfrazados. —Nos señaló con el dedo índice para luego ladear la cabeza—. ¿No te parece? —La pregunta fue dirigida a Charlotte, la cual se limitó a sonreír.

—Ah, deja que te presente —le dije a Daphne—. Ella es Charlotte, mi secretaria. —Le tendió la mano a modo de saludo. Me pareció que Daphne la analizó de arriba abajo de tal forma que, si las miradas matasen, Charlotte se hubiera desplomado en el suelo. Terminó por darle la mano, estrechándola de manera educada y le mostró una mueca similar a una sonrisa.

—Encantada.

—He oído hablar mucho de usted —respondió Charlotte con esa profesionalidad que mostraba en la oficina.

—Eso espero. —Tate me miró asombrado, aunque no lo estaba

más que yo. Daphne soltó poco a poco su mano para colocarla en mi pecho—. ¿Y de qué estabais hablando? —preguntó como si nada, dándole después un pequeño sorbo a la bebida, sin separarse de mí.

—¿Antes de que llegarais Tate y tú? —Mi mejor me miró con ese gesto que tanta rabia me daba, ese de: *tenía razón*—. Hablábamos de bailar juntos en algún momento de la noche. —Sentí las uñas de Daphne clavándose ligeramente en mi pecho.

—Bueno, no ha sido exactamente así… —comencé a decir.

—¿No me has prometido un baile esta noche? —preguntó ofendida. *Dios*, solo quería que la tierra me tragara.

—No te preocupes, Charlotte —se apresuró a decir Daphne—. Si no lo dejo muy cansado, quizás *mi* novio pueda bailar contigo después. —Sonrió con superioridad y aunque quise asombrarme, mi mente ahora mismo divagaba muy lejos. Sabía que se refería a cansarse por bailar, pero no podía dejar de imaginarla encima de mí. Para colmo, deslizó su mano hasta mi abdomen y luego buscó mi mano de nuevo, tirando de mí—. ¿Vamos a por algo de picar? —Asentí. Sintiendo la boca seca y me marché de allí junto a Daphne.

—Joder —logré decir tras acabar con todo el contenido del vaso de golpe. Daphne estaba cogiendo un par de canapés y antes de que pudiera decir nada, me metió uno en la boca. Lo mastiqué con rapidez, agarrando después una servilleta para limpiarme las migajas —. ¿Qué ha sido eso?

—Creo que es de salmón ahumado y queso —comentó haciéndose la loca mientras buscaba algo más para comer entre las bandejas que había colocadas en la mesa.

—Sabes que no me refiero a eso. —Cesó en su investigación y se giró para mirarme—. Me refiero a Charlotte.

—¿Qué? ¿He sido maleducada? —*¿Me estaba haciendo ojitos?* Sí, lo estaba haciendo.

—No, no es eso. —Suspiró aliviada y me ignoró para hacerse con los últimos canapés que quedaban en una bandeja, dándomelos en una servilleta—. Pelirroja.

—¿Sí? —preguntó con voz inocente, me quedé mirándola serio hasta que resopló—. Vale, por lo que me has contado tienes cierta fama de… en fin, tirarte a todo lo que se mueve y ni tan siquiera decirles dónde vives, ¿verdad? —Quise defenderme por sus palabras, pero era verdad—. Si no soy posesiva, van a pensar que soy una más y *ni de coña*. Tienen que ver que soy tu novia y que esto va en serio. —Se llevó el canapé a la boca—. ¿Qué pasaría si te vieran ligando con tu secretaria? —Se encogió de hombros y volvió a hablar cuando se tragó el canapé—. Lo he hecho por tu bien. —Me quedé observándola en silencio. Así que todo el numerito de los celos había sido una estrategia para dejar claro que estábamos juntos. Puede que hubiera infravalorado sus dotes de actriz durante todo este tiempo. *No sabía por qué eso me molestaba tanto.*

—Eres toda una estratega, me has sorprendido, la verdad. —Sonrió con orgullo y antes de que pudiera darse la vuelta para buscar comida, la agarré por la muñeca para acercarla a mí—. Pero me gustaría dejar claro que, si de verdad estuviéramos juntos, no miraría a nadie que no fueras tú. —Permaneció callada durante unos segundos, no sabía si analizando mis palabras o a mí, pero no me dejé intimidar por sus ojos verdes.

—Está bien saberlo —terminó por susurrar. Agachó la cabeza para mirar mi mano y solo entonces me di cuenta de que aún la tenía sujeta por la muñeca. Acaricié su piel cuando la solté, tragando saliva. Cada vez me costaba más controlarme cuando la tenía tan cerca. Y más aún cuando miraba mi boca siempre que podía—. ¿Qué más harías? —Fruncí el ceño al no comprender la pregunta—. Si estuviéramos realmente juntos y estuviéramos aquí, ¿qué más

harías?

—Subir a mi despacho. —Abrió los ojos, sorprendida.

—¿Para qué?

—Puedes hacerte una idea. —No importaba la poca luz que había en la habitación, sabía que se había sonrojado.

—No sé, Watts, a lo mejor tienes que explicármelo —bromeó. Di un paso al frente para acercarme aún más, pasando la mano por su espalda hasta posarla en su cintura.

—Veo que no solo te has disfrazado de demonio por fuera, ¿eh? —Soltó una suave risa, negando con la cabeza.

—Quiero tener en cuenta todos los datos posibles para fingir esta noche. —Aunque me dolía cada vez que usaba el verbo fingir, decidí dejar a un lado nuestro trato y aprovechar al máximo la cercanía que tendría esa noche con ella. Por eso, y aunque la pillé por sorpresa, la empujé contra mí, pegando mi boca a la suya. Intenté que no se notara la desesperación que sentía en aquel beso, por eso fue mucho más corto de lo que pretendía. En cuanto me separé de ella, se rascó la nuca y buscó el vaso que había dejado sobre la mesa—. ¿Tú también tienes el vaso vacío? Puede que sea el momento de echarnos otro, ¿no? Sí, yo creo que sí. —Agarró mi vaso vacío y desapareció entre la multitud. Di una gran bocanada de aire para tranquilizarme y la seguí.

Daphne no hacía más que sorprenderme aquella noche. No es que hubiera memorizado todos los nombres de los compañeros que le dije, sino que, además, parecía haberse leído todos y cada uno de los artículos más importantes de la revista. Sabía hacer comentarios sagaces e interesantes con todas las personas con las que hablaba. Tantos, que parecía haber estado trabajando allí años. ¿Cuánto tiempo llevaba preparándose este personaje? ¿Lo había hecho durante estas semanas o había estado trabajando en ello desde el

principio? Era curioso que se comportara de manera más natural cuando estaba fuera de su zona de confort.

Estaba siendo exactamente como le había pedido que fuera, así que no comprendía por qué su actitud me molestaba tanto. Estaba haciendo todo lo posible para ayudarme, y en lo único que podía pensar era en que lo hacía para librarse de mí lo antes posible. Quería que nuestro acuerdo saliera bien, que volviera a los reportajes que me apasionaban y empezar a salir con Owen. A fin de cuentas, cada vez tenía más claro el interés de su amigo por ella. ¿Cuánto tiempo tardaría en reconocer que me dolía que saliera con él? ¿Cuántas excusas sería capaz de elaborar para justificar que no quería que nuestro trato se acabara?

—Ahora entiendo por qué la defendiste el otro día —dijo Tate mientras pasaba su mano enguantada sobre mi hombro—. Es una chica interesante.

—¿Puedes decirlo sin mirar su culo? —Aguantó la risa, provocando que soltara un suspiro—. Sí que es interesante.

—Por lo que hemos hablado, creía que era más tímida.

—Parece que solo es tímida cuando estamos con sus amigos. —Tate se encogió de hombros, sirviéndose un vaso de ponche. Daphne seguía hablando con las del departamento de contabilidad, riéndose de los chistes que contaba Margaret. En más de una ocasión, le sirvieron una copa sin ni tan siquiera pedirlo. Charlaba con todo el mundo como si llevara años trabajando en la editorial.

—Bueno, aquí cumple con un papel, es más sencillo enseñar lo que los demás quieren ver.

—Supongo que sí.

—¿Cuándo se la presentarás a tus padres? —Le di un sorbo a la bebida. Aún no le había comentado nada a Daphne, pero no quedaba mucho para ese momento.

—No creo que tarde mucho.

—Después de esta fiesta, estoy seguro de que tu novia dará mucho de qué hablar. —La señaló con la cabeza, hablando ahora con los que formaban el departamento de Marketing—. Parece llevarse bien con todo el mundo.

—Es fácil que caiga bien. No iba a elegir a alguien cualquiera. —Tate soltó una carcajada.

—Fue literalmente lo que hiciste.

—Y me salió bien la jugada.

—No lo dudaba. —En cuanto terminó de rellenar el vaso, lo volvió a dejar a la mitad de un trago—. Pero ahora, en serio, Luke, ¿te interesa Daphne? —Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Bueno, porque teóricamente no estáis juntos y…

—Ni se te ocurra. —Se echó a reír, simulando que se cerraba los labios con una cremallera.

—Pues a los de Marketing se les están saliendo los ojos. —Lewis se reía sin parar de todo lo que decía mientras le tocaba el brazo, y aunque Daphne se echara hacia atrás, volvía a las andadas en cuanto podía. *No, por ahí sí que no pasaba.* Me terminé el contenido del vaso de un golpe y lo dejé sobre la mesa, dispuesto a interponerme entre los dos.

—¡Hola! —Los ojos de Charlotte brillaban por el alcohol que llevaba en la sangre.

—¿Pasándolo bien? —pregunté mientras intentaba pasar por su lado sin éxito, ya que volvía a ponerse delante de mí.

—Podría pasarlo mejor…—Golpeó con suavidad uno de los cuernos que tenía sobre la cabeza, mordiéndose el labio inferior con una sonrisa—. He visto que tu novia está entretenida, ¿por qué no bailamos ahora? —No me hizo falta contestarle. Daphne colocó el

brazo sobre sus hombros, quedándose justo a su lado. Charlotte palideció.

—Una pena que mi novio fuera a bailar conmigo ahora. —Mi secretaria tragó saliva, incapaz de mirar a Daphne.

—Quizás más tarde. —Sonrió nerviosa.

—Ya veremos —contestó Daphne dándole unas palmaditas en la espalda antes de que se alejara—. Pero bueno, ¿es que no puedo dejarte solo ni un momento?

—Lo mismo digo, ¿eh? Tenías babeando a todos los de Marketing. —Daphne estalló en carcajadas, dándome la mano y conduciéndome donde la gente se había agrupado para empezar a bailar—. He descubierto cosas muy interesantes de ti…—susurró divertida alzando ambas cejas. Posé las manos en su cintura, acercándola a mí, mientras que ella dejó apoyados los brazos sobre mis hombros.

—Ah, ¿sí?

—Me han nombrado a cada una de tus conquistas. —Ahora fui yo el que se quedó pálido. Balbuceé un par de excusas mientras Daphne se reía—. Y el espectáculo de Katya Aliyev.

—Ella fue el motivo por el que me degradaron.

—¿Ella o lo que hiciste con ella? —Sonreí ante su sarcasmo—. La cuestión es que he tenido que improvisar porque también has contado que llevábamos saliendo unos meses y coincidía con lo que pasó con Katya.

—¿Y qué has dicho?

—Les he dicho que, aunque estábamos juntos por aquel entonces, aún no era serio porque no te atrevías a admitir qué sentías algo por mí.

—Pero eso no…

—Y las de contabilidad se lo creyeron al momento. —Me empecé

a reír.

—Me estás vacilando.

—Me dijeron, y cito textualmente, que no les extrañaba porque eres un inmaduro. —Fruncí el ceño.

—¿En serio? —Se encogió de hombros.

—No culpes al mensajero. —Suspiré—. Lo importante es que se lo han creído.

—Tienes razón. —La atraje hacia mí para evitar que le diera una pareja bailando. Deslizó los brazos hasta posar sus manos en mi pecho.

—¿Y qué tal con Katya Aliyev? —Desvié la mirada. Me incomodaba hablar de otras mujeres con Daphne—. ¿No le diste tu dirección?

—Ni mi móvil real. —Recé para que no se diera cuenta de cómo se había acelerado mi corazón al escucharla reír—. No llegó a pasar nada —confesé—. No nos acostamos. —No sé por qué se lo estaba contando—. Fue una tontería. —Daphne se inclinó hacia delante para acercarse a mi oreja.

—No estábamos saliendo de verdad, no tienes que explicarme nada.

—Lo sé, pero como te he dicho antes, si estuviéramos juntos, no haría nada así. —Daphne se echó hacia atrás para mirarme a los ojos un instante.

—Te creo. —Lewis pasó por detrás de mí, tambaleándose mientras bailaba, empujándome contra ella. Se acercó a Daphne, ofreciéndole un vaso. Se terminó el poco contenido que le quedaba y aceptó el de Lewis de buen agrado, dándole el vacío.

—Ya que tu novio no te trae uno…

—Gracias. —En cuanto Lewis se marchó, le quité el vaso, probando primero el ponche—. ¿Qué haces? ¿Crees que me va a

envenenar?

—Nunca se sabe. —Daphne sacudió la cabeza volviendo a quitarme el vaso para darle un sorbo. Dejó parte de su pintalabios en el filo del vaso y me quedé contemplando su boca cuando me lo devolvió.

—¿En qué piensas? —No sabía cuánto tiempo me había quedado mirándola. Sus ojos también brillaban a causa del alcohol y no había sido del todo consciente de que para mantenerse quieta, estaba aferrada a mí muy sutilmente.

—En que no me extraña que liguen contigo. —Parpadeó, confusa y ahora sí que estábamos lo suficiente cerca como para apreciar el rubor de sus mejillas.

—Qué di… —De manera inconsciente tiré de ella y presioné mi boca contra la suya. Se quedó quieta cuando me separé—. Perdón, es que estaban mirándonos. —Antes de poder decir nada más, Daphne se echó otra vez sobre mí, buscando mi boca para murmurar contra mis labios.

—Nos están mirando los de contabilidad. —No es que fuera a girarme para comprobarlos, sino que aproveché la oportunidad, y esta vez no frené mi desesperación. La besé con más intensidad cuando sentí su boca entreabierta, dejándole paso a mi lengua. Daphne no se apartó, sino todo lo contrario. Siguió mi beso con la misma intensidad. Por un momento, no me importó que estuviera actuando. Me fijé en sus labios hinchados cuando nuestras bocas se separaron—. Si… Sí que son importantes los de contabilidad.

—No lo sabes tú bien. —Sonreí. Daphne se rascó la nuca, nerviosa, mirando de reojo a su alrededor—. ¿Me acompañas a por algo de beber?

—¿Estás segura de que quieres otra copa?

—¿Por qué lo dices? —Hizo el ademán de tropezarse cuando se

separó de mí, pero conseguí agarrarla a tiempo—. Ah, ya… No te preocupes, estoy bien. —Se mantuvo firme y me dio la mano para caminar juntos hasta la barra.

—Mañana vas a estar para el arrastre. —Resopló forzándose a sonreír.

—¿Y qué? No tengo nada que hacer.

—Mañana es tu cumpleaños. Deberías estar lo mejor posible. —No entendí lo que refunfuñó pero se sirvió otra copa. Al cerciorarme de que pretendía terminársela de un trago, sujeté su brazo—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—Me mientes. —Frunció el ceño, analizándome con la mirada.

—No lo hago.

—¡Hola! —Puse los ojos en blanco cuando Charlotte apareció de nuevo y Daphne aprovechó para zafarse de mi agarre—. ¿Qué tal ese baile ahora?

—Sí, venga, ¿por qué no buscas a Tate? Lleva toda la noche queriendo bailar contigo —respondió Daphne en mi lugar—. Márchate, anda.

—Pero…

—Daphne y yo vamos al despacho, Charlotte, lo siento.

Capítulo 19

Daphne

No había sido buena idea beber tanto. Creía que ya había aprendido la lección la noche en que me emborraché con Owen, pero hay ocasiones en las que se necesita un segundo escarmiento. Todos los compañeros habían sido tan majos y atentos, que me había pasado con las copas, por muchos canapés que me hubiera tomado, el ponche se me había subido a la cabeza. Esa debía ser la única explicación de por qué le había seguido el beso a Luke. Esa o significaba que Marcie tenía razón.

Me fijé en todas y cada una de las sonrisas que se le habían dibujado a Luke cada vez que hablaba con sus compañeros sobre cualquier artículo que se había publicado en la editorial. Había merecido la pena estudiar por las noches para dejarlo con la boca abierta. Puede que Luke se hubiera esforzado al máximo en improvisar delante de todos mis amigos y me echara en cara que yo no tuviera esa capacidad, pero sí que era muy trabajadora. Desde que había sido consciente de que esta fiesta era para ponerme a prueba, me había puesto las pilas. Cada noche, leía al menos tres

artículos de las revistas de los últimos meses, había estudiado todos sus reportajes, y en cuanto me había empezado a hablar de sus compañeros, me había dedicado a escribirlos en una libreta para memorizar sus nombres. Después de vernos entre semana, apuntaba todo lo importante: anécdotas, chascarrillos sin importancia, bromas internas que tenían en la oficina, para que cuando llegara el momento, pudiera integrarme con facilidad. No había sido una tarea muy complicada. Aunque la primera vez que fui a la editorial de L&T me había sentido rodeada de gente snob y pretenciosa, resultó que todos eran bastante majos. Por supuesto, todos me habían prestado demasiada atención. Era la novia del mismísimo Luke Watts, y para colmo, mi vestido no dejaba mucho a la imaginación. El alcohol me había servido para que mi apariencia me diera un poco igual. Aunque no me importaba que a Luke le costara quitarme los ojos de encima. Al menos, me miraba a mí y no a Charlotte. Debía admitir que me caía mal. *Muy mal.* No me gustaba que se acercara a Luke de esa forma, independientemente de si estaba o no yo por ahí. No estaba celosa porque intentara ligar con él cada minuto que pasaba, sino porque me parecía una falta de respeto hacia una pareja. En cuanto había visto que se acercaba otra vez a él, me había disculpado con los de Marketing y me había ido directamente hacia ellos. Otra vez estaba pidiéndole un baile, ¿acaso no se daba cuenta de que Luke no estaba interesado? O al menos, no por ahora. Quizás… Quizás cuando nuestro trato se rompiera, sí que le interesaba salir con ella y yo le había chafado su oportunidad. Aunque también tenía claro que le bastaba una sonrisa para conquistarla después. Ya habría tiempo de pensar en eso, ahora tenía que actuar. Por mucho que Charlotte lo complicara todo. Solo quería que se marchara y convencer a Luke de que me encontraba bien. En aquel momento no me importaba mi

cumpleaños. No pensaba en Owen. No pensaba en nadie.

—Sí, venga, ¿por qué no buscas a Tate? Lleva toda la noche queriendo bailar contigo. —La cara de Charlotte fue un poema y tuve que contener las ganas de soltar una carcajada.

—Pero…

—Daphne y yo vamos al despacho, Charlotte, lo siento. —Esta vez la que se quedó paralizada fui yo. Luke volvió a darme la mano y se encargó de llevarme entre la multitud que bailaba y bebía como si le fuera la vida en ello. *¿Íbamos a dónde?*

Subir a mi despacho.

Puedes hacerte una idea.

Un escalofrío me recorrió la espalda al recordar sus palabras. ¿De verdad quería…? No, no, no. No podía. No. *¿O sí?* Me lo había planteado antes de venir. Dejarme llevar, disfrutar por primera vez. Olvidar a todo el mundo por un momento. Luke y yo solo teníamos un trato, no nos unía una amistad que podía estropearse como nos había pasado a Owen y a mí. Podíamos disfrutar el uno del otro un rato. Después de toda la mierda que estaba tragando, ¿no me lo merecía? Mientras recorríamos el sótano para llegar a las escaleras, lo estudié con la mirada. Por suerte, estaba justo detrás de él y podía mirarlo descaradamente. Desde que nos habíamos conocido, nunca lo había visto así. Hasta vestido de demonio estaba jodidamente bueno. ¿Había sido siempre así de atractivo o era culpa de los efectos del alcohol? Por un momento, recordé como se había acercado a mí en la noria, de cómo sentía que me había devorado con la mirada, del leve roce de sus dedos contra el lóbulo de mi oreja… Puede que Marcie no fuera mal encaminada. No me gustaba Luke porque no lo conocía lo suficiente, pero sí que me atraía. Entre él y yo habían saltado chispas y no podía fingir que había sido solo una actuación para convencer a los demás de que estábamos juntos.

Únicamente debía averiguar si él también sentía lo mismo. Sin embargo, a medida que nos acercábamos a la escalera, los nervios iban en aumento, tanto, que aunque fuera tirando de mí, conseguí anclar los pies en el suelo, deteniéndolo. Se dio la vuelta para mirarme.

—¿Qué haces?

—Quiero bailar. —Fue la primera tontería que se me pasó por la cabeza. Luke parpadeó, confuso.

—Pelirroja, vamos a escaquearnos un momento para… —Sabía que su última palabra iba a ser hablar, lo único que quería era saber qué me pasaba. No me apetecía confesarle que estaba triste porque mañana estaría todo el día sola. No quería que por culpa del alcohol me diera un bajón y terminara amargándole la fiesta. Hoy quería pasármelo bien, mañana sería otro día.

—¡Luke, tu novia quiere bailar! —Fulminó a Lewis con la mirada, pero para mí fue la excusa perfecta. Me uní a la conga que habían iniciado, librándome de su mano, a pesar del frío que sentí en cuanto nuestros dedos se separaron. Me pareció verlo farfullar algo pero dejé de mirarlo para bailar con los demás. Dejarme llevar no implicaba tener que acostarme con Luke. Dejarme llevar implicaba hacer cosas que no solía hacer. Me dedicaba a sacar un negocio adelante yo sola. Le regalaba pedacitos de mí cada día a mi negocio y mientras me esforzaba a diario, tenía que ver cómo el amor de mi vida se marchaba con otra. ¿No me merecía una noche bailando? ¿No me merecía sentirme deseada? ¿Olvidarme de mis problemas y reírme?

En cuanto la conga se dividió, Margaret me tendió una mano para hacerme girar y solté una carcajada mientras lo hacía. Mark, de contabilidad, me ofreció de nuevo un vaso y me lo terminé antes de lo que tenía en mente. No sé con cuántas personas estaba bailando

al mismo tiempo, pero más que moverme como una experta, sé que parecía un pato mareado. No me importaba. Los demás también bailaban igual. La gente se reía conmigo y no de mí. En todas las fiestas que había estado, Owen y yo siempre nos quedábamos charlando en una esquina y no nos uníamos a los demás. A los dos nos daba vergüenza bailar y nos dedicábamos a criticar y a reírnos de quienes lo hacían porque en el fondo, queríamos ser igual que los demás. Por primera vez, ahí estaba yo. En el centro de la fiesta en lugar de un rincón avergonzada. *Me gustaba*. ¿Cuánto tiempo llevaba sin salir? Suspiré. Marcie me había repetido hasta la saciedad que merecía pasármelo bien y no le había hecho caso en ningún momento. Tampoco se equivocaba en eso.

Una mano se apoyó en mi hombro y vi a Luke detrás de mí. Antes de poder decirle que no quería marcharme, pasó la otra mano por la mía. Sabía que iba a quitarme el vaso de ponche como había hecho antes, pero para mi sorpresa, agachó la cabeza y le dio un pequeño sorbo, ofreciéndomelo después. Fui incapaz de sonreír, así que me limité a imitarlo.

—Deja de bailar con los demás y…

—No quiero sub…

—Y baila conmigo —dijo antes de que pudiera terminar la frase. Aquello era lo último que me esperaba. Esta vez no le costó quitarme el vaso de entre las manos, no me fijé dónde lo dejó, porque me hizo girar para quedar de espaldas a él.

—No sé bailar, no sé si te has dado cuenta. —Se echó a reír, pasando las manos por mi cintura, pegándose por completo a mí.

—Sí, parece que te vas a pisar los pies a ti misma todo el rato. —Quise girarme para defenderme y soltarle algo, pero no me lo permitió—. No pasa nada, los míos los puedes pisar.

Me alegré de seguir de espaldas a él para que no viera que el

vestido no era lo único rojo que tenía. Me di cuenta de que los demás nos miraban de reojo y comencé a mover las caderas al ritmo de la música. A pesar del volumen, fui consciente de la respiración entrecortada de Luke en mi nuca. Él también se estaba moviendo, porque si eso podía considerarse bailar, los dos éramos un caso perdido. De pronto, la idea de subir al despacho, no me parecía *tan* descabellada. La verdad era que nada me parecía una locura cuando él estaba cerca. En cuanto la canción cambió, aproveché para darme la vuelta y mirarlo a los ojos. Se sorprendió de mi agilidad, aunque no tanto como yo. Cada vez me resultaba más complicada mantenerme erguida con aquellos tacones, pero Luke se encargaba de mantenerme sujeta si veía que el equilibrio me fallaba. Me señaló con la mirada a Margaret y a Mark bailando e imitamos sus movimientos. Mientras que yo movía el pecho al mismo tiempo que me echaba hacia atrás, Luke hacía lo mismo hacia delante. No pudimos aguantar mucho tiempo sin reírnos, algo que agradecí interiormente. Necesitaba rebajar la tensión que habíamos creado en cuestión de segundos.

Luke pasó la mano por mi espalda para acercarme a él y puse las mías en su pecho. Me fijé en que los cuernos se le habían movido y alcé los brazos para recolocárselos. Él aprovechó para pasar un mechón por detrás de mi oreja, haciéndome estremecer. Nos habíamos quedado quietos mientras los demás… No sé qué hacían los demás, no me importaba. En aquel instante solo tenía ojos para Luke y juraría que a él le pasaba lo mismo. *Joder*, nunca había querido besarlo tanto como ahora. ¿Podía hacerlo? Al final, me estaba haciendo pasar por su novia, no era nada raro, y si él me preguntaba, podía decirle lo mismo que antes, que nos estaban mirando.

—¡Vamos a bailar! —No le solté un insulto a Tate cuando se

acercó saltando, pero tuve que fingir una sonrisa que ni Luke se tragó. Sin embargo, Luke se unió a sus saltos junto a los demás y no me quedó otra que explotar la burbuja en la que me encontraba y saltar también. Por supuesto, Charlotte también apareció en escena para apretujarse lo máximo posible a Luke.

Las luces empezaron a parpadear. La oscuridad iba y venía mientras la música retumbaba en mis oídos. La gente se empujaba la una a la otra mientras se reía, dejándose llevar por el ritmo que sonaba a todo volumen en el sótano. Con cada fogonazo de luz, se veían las formas de las calabazas, las brujas, los murciélagos y las arañas en el techo. Noté como algo caía sobre todos. Una bola de papel maché de color naranja se había roto y había soltado confeti sobre nuestras cabezas. La gente empezó a gritar de alegría y yo me sacudí el pelo para quitármelos de encima. Para cuando quise darme cuenta, había perdido de vista a Luke y también a Charlotte. Tragué saliva, nerviosa. ¿Se habrían ido juntos? No, eso no le convenía si quería hacerles creer que estábamos juntos.

—¿A quién buscas? —Arrugué la nariz al percibir el aliento de Tate.

—¿A quién va a ser? —pregunté sin más, moviendo la cabeza para seguir con mi búsqueda.

—¿A tu novio? —No hacía falta ser muy lista para captar el rintintin que había en su voz. No sabía por qué no le gustaba que Luke y yo fingiéramos tener una relación, pero sí recordaba que le había dicho que yo no había sido una buena opción. Ese era el motivo por el que no me caía bien a mí.

—No te gusto, ¿verdad? —le solté sin pensar. Me sonrió casi igual que el payaso de la película, pero no me eché atrás, ya lo había dicho en alto—. Preferirías que Luke estuviera con otra.

—¿Te lo ha dicho? —Me encogí de hombros.

—No hace falta. Sé sumar dos más dos. —Resopló.

—No es por ti, Daphne. No me pareces mal tía, es que… —Alcé una ceja, cruzándome de brazos y los subí un poco más cuando me di cuenta de que sus ojos bajaban a mi escote cada dos por tres—. Me esperaba que hubiera hecho toda esta tontería con otra persona, no te ofendas. Simplemente, tenía a alguien en mente.

—¿A quién? —Me imaginaba que era Charlotte, pero quería que se atreviera a decírmelo.

—Si a mí no me importa su opinión, imagina lo poco que debería importarte a ti —dijo Luke detrás de mí. Tragué saliva al sentirlo de nuevo tan cerca, aunque el que se quedó con mala cara fue Tate—. ¿Ya estás otra vez con tus gilipolleces?

—Lo siento, Luke, no quería que…

—Yo le pregunté. —No sé por qué intervine—. No discutáis ahora. —Me coloqué entre los dos, pero me di la vuelta para mirar a Luke.

—Es que no es la primera vez que me…

—Me da igual —contesté—. Tal y como has dicho, si su opinión no te importa, a mí tampoco. —Me giré para mirar a Tate, y hablé lo más decidida que el alcohol me permitió—. Si lo aceptas, genial, y si no, también. Esto —dije señalándonos a Luke y a mí—, es lo que hay. Así que no nos compliques las cosas que nos va muy bien. —No sé quién de los dos se quedó más sorprendido.

—Tenéis razón —respondió Tate alzando las manos a modo de derrota. Se fue de allí sin decir nada más.

—Perdón, quizás lo tendrías que haber hablado tú con él porque es tu amigo y… —Antes de poder seguir hablando, Luke me atrajo hacia él y me besó. Parpadeé, siendo consciente de su boca contra la mía. Cerré los ojos, disfrutando del sabor de sus labios y, de manera inconsciente, abrí la boca para que su lengua se enredara

con la mía. Sentí que iba a separarse de mí, pero se lo impedí colocando la mano en su nuca y pegándolo a mí de nuevo, intensificando aquel beso. No sé si lo esperaba o no, pero me lo siguió con la misma intensidad que el que me había dado él. Esta vez, fui yo la que dio un paso hacia atrás. Sentía los labios hinchados por el beso. El corazón me latía con más fuerza de lo normal—. ¿Miraba alguien? —pregunté en un hilo de voz.

—Supongo —murmuró. Aún seguíamos demasiado cerca el uno del otro y me enloquecía el hecho de que no pudiera apartar la vista de mis labios—. Daphne…

—¿Sí? —No creía que me hubiera escuchado porque apenas me salía la voz en aquel momento.

—Estás preciosa. —Sonreí con timidez.

—Tú tampoco estás mal, demonio. —Me atreví a decirlo mientras le daba un toquecito a los cuernos de su cabeza.

—¿Sabes qué? —Lo miré—. No se me ha olvidado lo que íbamos a hacer. —Fruncí el ceño—. Íbamos a ir a mi despacho—. Me maldije a mí misma por mirarle los labios en el instante que lo vi sonreír.

—¿A qué? —Su sonrisa se desvaneció dando lugar a la confusión. Me entraron ganas de reírme, pero quería mandar en aquella situación. Posé las manos en el cuello de su camisa, rozando mis uñas contra su piel para después mirarlo de manera inocente—. ¿Qué quieres hacer ahí arriba, Watts? —Era la primera vez que lo había dejado sin palabras. Abrió la boca un par de veces para contestarme, pero no pronunció ningún sonido. Cuando se sintió lo suficientemente confiado como para darme una respuesta, se inclinó sobre mí para susurrarme en mi oído.

—También podemos ir directamente a tu casa. —Abrí los ojos de par en par. Odiaba que me hubiera quitado el control de la situación. No, aquella noche era *mía*.

—Vale. —Me fijé en su nuez, en cómo tragaba saliva, en cómo esa respuesta era la última que se esperaba—. ¿Nos vamos entonces?

Capítulo 20

Luke y Daphne

Puede que fuera el frío lo que nos mantuvo en silencio por el camino. Ni tan siquiera nos despedimos de los demás como había tenido en mente. Nos habíamos escabullido de la fiesta como si nos estuviéramos escapando de la cárcel, sin mirar atrás. No caminábamos de la mano y nos dedicábamos a observar a la gente disfrazada que seguía de fiesta por las calles. Halloween no se había acabado, pero para nosotros sí. No sabía si era impresión mía, pero Daphne se había alejado de mí en cuanto habíamos salido de la editorial, tanto que pensaba que lo de irnos a su casa era más una broma que una declaración real. Pensaba que el último beso que habíamos compartido le había gustado lo mismo que a mí, que deseaba más, pero puede que todo hubiera sido producto de mi imaginación y que me dirigiera a la broma más patética de mi historia. Me había acostumbrado a tenerla tan cerca en la fiesta, que ahora estar caminando a un metro de ella, se me hacía insoportable. Tenía claro que cuando me había preguntado qué quería hacer en la oficina, me estaba vacilando o poniendo a prueba, y me había

resultado difícil ponerme a su altura. Mi mente se había alejado años luz de la realidad y lo único en lo que había podido pensar era en hacerla mía contra la mesa de mi despacho. Y ahora… Ahora me sentía como un cachorrillo perdido. Es como si el Luke Watts y la Daphne Hill de la fiesta fueran otras personas ajenas a nosotros.

—¿Te lo has pasado bien? —Creía que hablar sería sinónimo de cagarla, pero no podía con el silencio que se había instaurado entre nosotros durante el camino de regreso, así que cuando vi su bloque de apartamentos, no pude evitar hablar.

—Claro, ¿tú no? —Asentí, sacando el móvil de mi bolsillo. Aún quedaban tres minutos para que el reloj marcara las doce y fuera oficialmente su cumpleaños. Ella no reparó en eso, sino que se refugió en su abrigo y miró hacia las escaleras de su bloque—. Crees… ¿Crees que se lo han creído todo? —Ahí estaba el jarro de agua fría. Porque todo había sido una prueba, una actuación para convencer a los demás de que éramos novios. Una actuación perfecta. Tal y como yo le había pedido.

—Seguro que sí —respondí mientras guardaba el móvil—. Además, a todos les has caído muy bien, serás la comidilla de la oficina. —Una leve sonrisa se dibujó en su rostro, aunque juraría que no era una mueca de felicidad—. Oye, pelirroja. —Volteó la cabeza para mirarme, moviendo incluso la diadema con los cuernos—. ¿Estás bien? —Asintió despacio, pero me pareció apreciar que tenía los ojos brillantes y no por el alcohol—. ¿De verdad?

—¿Para qué mentir? —preguntó. Mi móvil vibró en el bolsillo y le hizo fruncir el ceño—. ¿Te llaman ahora? —Negué con la cabeza.

—Feliz cumpleaños, demonio —dije mientras pasaba las manos por su diadema, deslizándola por el pelo hasta quitársela. Me regaló una sonrisa, cogiendo la diadema que me ofrecía.

—¿Te habías puesto una alarma en el móvil para…? —Cerró la

boca durante un segundo—. Gracias, diablo. —Hizo lo mismo con la mía, entregándomela después—. Me ha gustado ser mala por una noche, creo que interpreto muy bien ese papel —bromeó y decidí ignorar lo mucho que me había dolido su actuación.

—Mejor que yo. —Soltó una suave carcajada—. Buenas noches, pelirroja. —No tenía motivos para besarla como quería, pero creía que teníamos la suficiente confianza como para darle un rápido beso en la mejilla.

—Buenas noches, Watts —susurró en cuanto me separé de ella. Ambos nos dimos media vuelta—. Oye. —Me giré contemplándola en el primer escalón. Estaba sujeta a la barandilla, con el tacón partido. Me acerqué hasta ella, agarrándola del otro brazo.

—Ya te llevo yo, anda.

—Al menos se ha roto ahora… —La levanté del suelo, llevándola en brazos y se aferró a mi cuello, hundiendo la cabeza en mi pecho —. Qué vergüenza…—La escuché murmurar, haciéndome cosquillas en la piel con su aliento.

—No digas tonterías. —La dejé de pie poco a poco frente a su puerta—. ¿Ibas a decirme algo en la escalera? —Se dio la vuelta nada más entrar en su apartamento, tirando el zapato al salón y me miró. Se apoyó contra el marco de la puerta.

—Iba a preguntarte si… si querías quedarte. —Me quedé mudo durante unos segundos. Apenas había escuchado su pregunta por la timidez con la que había hablado. Estaba claro que la Daphne de la fiesta era muy distinta a la que tenía delante, pero ambas me habían dicho de venir aquí. Tragué saliva, meditando la respuesta, y aquella fue respuesta suficiente para la pelirroja, la cual, me dedicó una sonrisa ladeada, agarrando la puerta—. Anda, mejor nos vemos otro día, Watts. —Cerró la puerta en mis narices. Era la primera vez que me quedaba pillado delante de una mujer. Una parte de mí querría

haberse quedado y la otra no hacía más que repetirse que estaba borracha, que así no podían ser las cosas. No quería hacer con ella todo lo que tenía en mente y que al día siguiente se arrepintiera.

No obstante, mientras regresaba a casa, lo único que me preguntaba era cómo podía ser tan gilipollas.

***

Al día siguiente, con la mente más despejada pero sintiéndome igual de imbécil, me duché para que la resaca desapareciera por completo. Por muy cansado que estuviera, me costó pegar ojo aquella noche. La escena en la que Daphne me pedía que me quedara en su casa, se repitió en bucle en mi mente, impidiéndome descansar. Tendría que haberme quedado, pero mi caballerosidad, esa que no suele hacer acto de presencia, apareció en el peor momento. No quería que al día siguiente se despertara conmigo al lado lamentándose. En la fiesta había sentido que algo se había despertado entre los dos y me había costado muchísimo controlarme, además ella tampoco me lo había puesto fácil. No la había visto nunca de esa manera. Tan seductora y descarada, tan atrevida, tan ingeniosa… Durante nuestra cita doble en el parque de atracciones se había acercado a mí, pero no de esa forma. Quizás la clave era estar lejos de Owen y Emma, aunque si estábamos los dos solos no tenía un verdadero motivo para acercarse a mí. Siempre debía haber testigos que nos interesaran a ambos para que pudiera tener una excusa para besarla. Era un poco cansado tener que depender de los demás.

Miré la hora cuando salí de la ducha. Era casi mediodía. Con suerte, Daphne ya estaba despierta. Busqué los vaqueros en mi armario, cogí una camiseta y me enfundé en una sudadera burdeos.

Saqué el regalo que me había pasado días buscando por internet y sonreí al ver lo mal que lo había envuelto. Aquellas cosas no se me daban bien, pero lo importante era lo que había dentro. La vibración del móvil me hizo correr hasta la mesita de noche, preguntándome si sería ella quien me hablaba, pero tan solo era un mensaje de mi madre.

Dicen que la fiesta estuvo muy bien y que tu novia fue la protagonista de la noche, ¿cuándo nos la vas a presentar? Podría venir a la boda de Doug y Amelia.

Me dejé caer en la cama. Había olvidado aquella estúpida boda. Ni tan siquiera conocía a los novios. Mis padres eran amigos de los padres de Doug y, por lo visto, él y yo habíamos coincidido unas cuantas veces cuando teníamos la maravillosa edad de tres años, y eso parece ser requisito para que te inviten a una boda. Conocer a tus suegros en una boda no era el ambiente ideal, pero también era una situación más distendida y nos podríamos escaquear cuando nos apeteciera. Quizás era menos incómodo que comer los cuatro juntos. Aun así, tendría que preguntarle a Daphne si podía venir.

¿Ya te has dedicado a preguntar por ella?

Es lo que me han dicho, no he ido preguntando, Luke. Puse los ojos en blanco. Seguro que le había dicho a algunos del trabajo que se fijaran en ella y le hicieran toda clase de preguntas para confirmar que estábamos juntos.

Ya le preguntaré por la boda, mamá.

¡Genial! Aún así, hablaré con Doug para decirle que eres un más uno. Mascullé toda clase de improperios para mí mismo. Que hiciera lo que le diera la gana, si Daphne me decía que no, iría yo solo y ya está. No levantaría sospechas que no viniera conmigo mi novia si la había avisado con tan poca antelación.

***

Aún llevaba puesto el vestido de Marcie cuando me desperté. Ni tan siquiera el alcohol me hizo despertarme tarde. Llevaba desde las nueve de la mañana en planta, luchando contra la resaca que llevaba encima. Había contestado a los mensajes de felicitaciones que me habían enviado y llevaba ya tres cafés en vena cuando decidí, sin venir a cuento, que la casa estaba sucia. Así que, la mañana de mi vigésimo séptimo cumpleaños me la había pasado entera limpiando. Era la manera en la que había decidido distraerme. Así me olvidaba de que mis padres no habían podido venir a visitarme por la ventisca que había cancelado los vuelos. Olvidaba que Marcie había tenido que marcharse a ver a sus abuelos. Me olvidaba de que Owen se había ido a conocer a los padres de Emma porque su relación iba viento en popa. Me olvidaba de que mañana me tocaba hacer números en la cafetería; y, por supuesto, me olvidaba un poco de Luke Watts. La química que había sentido en la fiesta había sido imaginaria. Un espectáculo para dar de qué hablar en la editorial y que así él recuperara su trabajo, sino ¿por qué iba a rechazarme? Ni tan siquiera había conseguido llamar la atención de mi novio falso. *Era para descojonarse.*

La cuestión era que dejaría el apartamento como los chorros del oro para olvidar que era un desastre de persona que se había quedado sola el día de su cumpleaños. Marcie había acertado durante todos estos años, me había centrado tanto en mis obligaciones que me había alejado del mundo real. Había dejado de lado cosas que también importaban y había acabado aislándome de los demás. ¿Cuántos días de fiesta podría haber tenido con ella durante todo este tiempo? ¿Cuántas oportunidades había perdido de decirle a Owen lo que sentía? Joder, hasta podría haber planificado

un viaje a mi casa para visitar a mi familia antes del mal tiempo. Incluso, podría haber sido más directa con Luke anoche y no lo hice. ¿Por qué anteponía todo lo que me rodeaba a mí misma? La única cosa buena que había tenido este mes había sido conocer a Luke y por lo visto, tampoco lo había hecho tan bien como creía. Puede que me viniera bien un día como este para reflexionar sobre qué coño me pasaba por la cabeza. O para volver a inflar esa burbuja que me tenía apartada del resto y reconstruirme de nuevo. Me olvidaría de las conclusiones que había sacado la noche anterior y seguiría adelante. Como siempre había hecho. ¿Para qué solucionar un problema cuando podías hacer borrón y cuenta nueva? Tampoco me iba tan mal, ¿no? Mi negocio iba bien, había cumplido el sueño que tenía desde niña, con eso era suficiente. No importaba el tiempo sacrificado si el resultado había sido positivo. Nada de sentimentalismos. Con eso no se llegaba a nada. Lamentarme de no haber hecho algo en el pasado no servía de nada. Sin embargo, sí había cumplido mi meta, ¿por qué seguía sintiendo que me faltaba algo? Si tenía buenos amigos y una familia que me quería, ¿por qué sentía ese profundo vacío cada vez que me levantaba de la cama? ¿Por qué todo se me hacía tan cuesta arriba? ¿Por qué tenía que esforzarme más cada mañana?

Genial. Había empezado a limpiar para distraerme y había conseguido hundirme en el pozo de mierda que era mi cabeza. Había quitado la suciedad exterior para hundirme en la interior. El día se presentaba maravilloso. *I love my girl but she ain't worth the price.* Paré la canción de *Happy pills* de Weathers y me dejé caer de culo en el sofá. Miré a mi alrededor. Quizás estaba deprimida, pero tenía la casa más limpia del barrio.

Me di cuenta de que era mediodía y mi estómago rugió como señal de alarma. Me levanté del sofá para buscar algo para comer y

recordé el cupcake de Marcie. Se me hizo la boca agua en cuanto lo saqué de la nevera, pero el timbre hizo que no le diera el primer bocado. Tal y como iba el día, no quería ni imaginarme quién coño estaría detrás de la puerta y qué mala noticia vendría a darme.

—Hola, cumpleañera. —Mi primera reacción fue cerrar la puerta de golpe. Me miré de arriba abajo. Llevaba unas mallas negras desgastadas que usaba para limpiar y una camiseta que me quedaba extremadamente grande porque la pedí mal por internet hace mil años. Tenía el pelo recogido en una coleta mal hecha y juraría que aún me quedaban restos de maquillaje por la cara. *¿Por qué estaba Luke en la puerta y por qué tenía que verme así?* Volvió a tocar en la puerta, esta vez con los nudillos y habló a través de ella—. No puedes hacer como que no estás si abres la puerta primero. —Suspiré y abrí la puerta, resignada.

—Hola, Luke. —No me moví de la puerta—. ¿Qué haces aquí? —Me observó como si le hubiera hecho la pregunta más absurda del mundo.

—Es tu cumpleaños. —Me fijé en que llevaba una bolsa en cada mano—. No sabía qué tenías pensado hacer hoy, pero al menos tenía que verte, ¿no? Y darte tu regalo. —Parpadeé.

—¿Me has traído un regalo? —Se encogió de hombros.

—Nada del otro mundo, es solo un detalle. —Miró al interior del apartamento y me eché a un lado para que pudiera entrar—. ¿Qué vas a hacer hoy, entonces? No quiero robarte mucho tiempo. —Alcé las cejas.

—¿De verdad crees que con estas pintas voy a ir a algún lado? —Movió la cabeza de arriba abajo, recorriendo mi cuerpo con la mirada y aparté la vista. No sé por qué me sentí más expuesta que ayer con ese vestido—. No… No voy a ir a ningún lado. Gracias por haber venido a verme.

—No me las des, me apetecía. —Luke también dejó de mirarme. Dejó las bolsas sobre la mesa del salón y miró alrededor—. Vaya… ¿Habéis estado limpiando Marcie y tú?

—No, estoy yo sola. —Abrió los ojos, sorprendido—. Tuvo que irse antes de ayer para ver a sus abuelos.

—Y… —No quería que me preguntara por Owen—. ¿Tus padres no vienen a verte?

—No pueden, por la ventisca.

—Ah, sí… Salió en las noticias. —Fingí una sonrisa, preparándome para la siguiente persona de su lista—. ¿Y Owen?

—Pensaba que vendría —confesé—. Pero está fuera de la ciudad, con Emma. Conociendo a sus padres. —Vi como se había dado cuenta de que la había cagado preguntando y hasta sentí un poco de lástima—. En fin, aproveché para hacer un buen maratón de limpieza. No hay mal que por bien no venga, ¿no? —Puse los brazos en jarra mostrándole una sonrisa que no le contagié.

—¿Te apetece salir? —Eso sí que no me lo esperaba, pero negué con la cabeza—. Está bien, nos quedamos aquí.

—¿Nos? —Se dio la vuelta para abrir una de las bolsas, sacando una bandeja de pasteles.

—No sabía cuál era tu tarta favorita, así que pillé unos cuantos trozos sueltos, espero que te sirvan para soplar las velas. —Pasó por mi lado para adentrarse en la cocina y guardó los pasteles en la nevera, fijándose en el contenido que había. O más bien, en el contenido que faltaba—. ¿Un limón y una lechuga? ¿De verdad eso es lo único que tienes para comer?

—No nos dio tiempo a hacer la compra esta semana. —Me rasqué la nuca mientras cerraba la puerta del frigorífico. Señaló el cupcake que había sobre la encimera—. Me lo dejó Marcie antes de marcharse. —Sonrió.

—Bien, ¿tienes hambre? —Asentí mientras él sacaba su móvil—. ¿Y qué te apetece comer?

—¿Qué?

—Podemos pedir algo y comer aquí —dijo mientras miraba la pantalla, deslizando el dedo.

—Watts, no sientas pena por mí, por favor. No es el fin del mundo estar sola en tu cumpleaños. —Resopló haciendo oídos sordos a lo que decía.

—¿Sushi? —Mi estómago rugió a modo de respuesta. Hacía mucho que no comía sushi. Luke sonrió victorioso—. Perfecto, ya tenemos plan. —Se escabulló de la cocina para sentarse en el sofá mientras hacía el pedido.

—¡Luke! No me ignores, en serio, no tienes por qué hacer esto.

—¿El qué? ¿Comer? —Puse los ojos en blanco al escuchar su broma—. Pelirroja, escúchame tú. —Se levantó del sofá, situándose justo delante de mí—. Tenía comprado un regalo, he comprado un surtido de tartas y estoy aquí, ¿sabes lo que significa eso? —Negué con la cabeza—. Que ya tenía pensado venir.

—Pero no quedarte. —Recordé como anoche le había pedido que se quedara. Aunque me sentí dolida por su negativa, preferí pensar que el destino me había echado una mano y había esquivado una bala.

—Ahora vas a tener que soportarme todo el día. —Me reí, pero él se cruzó de brazos—. Al final puede considerarse que te he hecho dos regalos, mi compañía y esa tontería.

—Y el sushi. —Chasqueó los dedos.

—Creo que no puede haber cumpleaños mejor. —Me pasé un mechón de pelo por detrás de la oreja y le sonreí.

—Solo podría mejorar de una forma. —Se quedó en silencio y me di cuenta de que quizás estaba insinuando otra cosa, así que

rápidamente añadí—, dándome una ducha. —Me sonrió, dándome cuenta de que había hecho desaparecer la tensión de un plumazo.

—Corre, yo me quedo esperando el pedido.

***

La había dejado sola el día de su cumpleaños. Será que no había días suficientes como para conocer a sus puñeteros suegros. Owen debía saber que Marcie se iba y que sus padres no podían venir a verla, y sin embargo, la había dejado tirada. *¿Cómo podía gustarle aquel tío?* No tenía ni pies ni cabeza. Me molestaba que no me hubiera dicho nada a mí tampoco. Supuse que había tenido la esperanza de que lo de Owen fuera una broma y se plantara aquí, y que no creía que fuera a estar sola de verdad. Era eso o que realmente entre los dos no había la confianza que yo creía. Resoplé. No era momento de pensar eso. Lo importante es que había llegado yo para hacerle compañía.

Agradecí al cielo que pusiera música mientras se duchaba, porque nada más escuchar el chorro del agua, mi mente la había acompañado hasta el baño. Me había cerrado la puerta nada más llegar porque se sentía fea, y me había parecido igual de atractiva que anoche. Aunque tampoco me quejaría si se volviera a poner aquel vestido de nuevo. A pesar de haber estado limpiando, lo había dejado colgado en la puerta de su habitación. Si hubiera decidido quedarme anoche, seguramente ahora estaría tirado en el suelo del salón.

Eché la cabeza hacia atrás, centrándome en el sonido de la música, siguiendo el ritmo con los dedos contra mi pierna. Cerré los ojos. Ahora me arrepentía de no haber descansado lo suficiente esta noche.

—¿Cuánto le queda al sushi? —Alcé la cabeza para encontrarme con Daphne saliendo del baño envuelta en una toalla. No estaba mentalmente preparado para esa imagen. Me fijé en las gotas que recorrían sus piernas, en las que aún caían de su pelo, viajando por su cuello hasta descender por su pecho. Caminó hasta la puerta de su habitación y agaché la vista al móvil.

—Dos minutos —logré decir sin balbucear.

—¡Genial! —Cerró la puerta. Yo también me había llevado un regalo. Me levanté del sofá, buscando algo con lo que distraerme para que la inesperada erección que había crecido bajo mis pantalones desapareciera antes de que saliera del dormitorio. Entré en la cocina y rebusqué por los armarios un par de vasos que dejar sobre la mesa. La escuché canturrear desde allí y sonreí para mí mismo. La imaginé desnuda, terminando de secarse y me golpeé en la cabeza con un armario que había dejado abierto. Me llevé la mano a la cabeza y resoplar. *¿Por qué Daphne me hacía comportarme como un idiota?*

El timbre sonó y salí hacia la puerta para abrir. Dejé las bandejas de sushi sobre la mesa y serví los refrescos que había pedido también. Decidí concentrarme en buscar algo que ver en la televisión mientras comíamos. Lo que fuera para estar distraído y no volver a imaginarme a Daphne desnuda otra vez. Salió de la habitación, esta vez con unos leggins negros que parecían menos usados que los que llevaba antes. Se había puesto una camiseta blanca, y una sudadera verde oscura con cremallera que se había dejado sin abrochar.

— ¡Qué buena pinta tiene todo! Aunque te hayas pasado pidiendo. —Se precipitó sobre el sofá, cayendo a mi lado mientras miraba las tres bandejas.

—Seguro que cae todo, ya verás. —Le ofrecí los palillos y los cogió con una amplia sonrisa—. ¿Te apetece ver algo en concreto?

—Antes de contestarme, ya se había llevado un nigiri de atún a la boca. Se la tapó, aguantando la risa, pero habló con la boca llena.

—Perdón, me pudo el hambre. —Me reí negando con la cabeza para restarle importancia—. Pues verás, con mis padres tenía una tradición. Como el día de antes era Halloween y veíamos películas de miedo… Bueno, yo me tapaba la cara con un cojín, pero eso no es relevante —dijo mientras nos reíamos los dos—. La cuestión es que al día siguiente siempre veíamos alguna película de la saga de *Scary Movie.*

—¿En serio? —Se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? El humor absurdo me tiene ganada. Me las sé de memoria, y sí, antes de que digas nada, soy muy friki, lo sé. —Me reí a carcajadas.

—¿Sabes que no he visto ninguna?

—¿Qué? —Soltó con una voz extremadamente aguda—. ¿Pero en qué mundo vives, Watts?

—Deja de quejarte y ponle remedio. —Me quitó el mando de entre las manos.

—¡A sus órdenes!

***

Después de la segunda película, decidí que ya era hora de soplar las velas de todos los trozos de tarta que había traído. Me había costado recuperarme de la cantidad ingente de sushi que habíamos comido, pero en cuanto sentí el estómago un poco vacío, me apetecía probar cada uno de ellos. No me dejó levantarme para coger los pasteles, sino que se encargó de encender las velas en la cocina y colocarlas sobre los pasteles. Entró cantando feliz cumpleaños a toda voz y yo me tapé la cara, muerta de la vergüenza a pesar de estar los dos

solos. Cuando noté que había dejado el plato sobre la mesa, fui bajando el cojín para verlo. Tenía una sonrisa de oreja a oreja, como si fuera su cumpleaños y no el mío. Soplé las dos velas y aplaudimos al mismo tiempo. Me había parecido una tontería aplaudirme a mí misma, pero él me había animado a hacerlo, así que lo dejé pasar. Fue señalándome una a una para decirme de qué era cada una mientras regresaba a la cocina para coger dos tenedores limpios. Se sentó a mi lado y decidí dejar en manos del azar por qué sabor empezaba primero. Pinché la punta de la tarta de queso y casi me derrito cuando la pruebo.

—¿Rica? —Solté una especie de gemido que lo hizo reír y la probó él también.

—Joder, y yo pensaba que sería la más sosa, ¿cuál quieres ahora?

—La de frutas del bosque. —Me quitó el tenedor de la mano para cortar él mismo el trozo, y para cuando quise darme cuenta de que me estaba ofreciendo que cogiera el tenedor de nuevo, ya tenía la boca abierta y las mejillas sonrojadas. Sin embargo, Luke no hizo ningún comentario al respecto ni se rio, sino que me dio a probar la tarta directamente del tenedor.

—¿Está mejor que la otra? —Moví la mano.

—Más o menos. —Se cortó también un trocito, sonriendo—. ¿Quieres dármela tú? —Al final sí que había hecho el comentario. Me reí, dándole un suave empujón.

Tras la cata de tartas, no logré decidir cuál de todas me había gustado más. Luke había acertado con todas ellas. Miré de reojo la otra bolsa que había dejado en el sillón.

—¿No es momento de que me lo des? He soplado las velas, he tomado tarta… No sé, siento que me falta el regalito —dije con voz infantil, haciéndolo reír de nuevo.

—Es que… Ahora me da vergüenza.

—¿Luke Watts sintiendo vergüenza? —Me levanté del sofá—. ¡No me lo puedo creer!

—¡Es que es una tontería! Tendría que haberlo pensado mejor. —Hice caso omiso de sus palabras mientras caminaba hasta el sillón para coger la bolsa, pero se estiró desde el sofá y llegó a agarrarla antes que yo.

—¡Oye que eso es mío! —Lo puso detrás de su espalda, negando con la cabeza.

—Deja que te busque algo mejor y que te lo dé esta semana.

—¡Anda ya! —Aparté la mesa baja que había delante del sofá con la pierna y me acerqué a él, intentando quitárselo.

—¡Pelirroja, que no, que te vas a reír de mí! —En uno de mis intentos, rocé su costado con una de las manos, haciéndole cosquillas. Se revolvió como un crío, pero aún seguía luchando para que no me hiciera con mi regalo—. ¡Para! ¡Para! —Casi se mea de la risa.

—Cuando me lo des. —No sé cuántos insultos soltó por la boca en cuestión de segundos, pero aprovechó para hacerme una finta con el pie y que perdiera momentáneamente el equilibrio. Dejé caer mis manos sobre sus rodillas mientras él recuperaba el aliento—. Eres insufrible.

—Algo me han dicho —susurró divertido. Sin pensármelo dos veces, me subí a horcajadas sobre él, dejándolo paralizado. Sonreí victoriosa cuando pasé las manos por su espalda, quitándole la bolsa. No hizo más esfuerzos por impedirlo, sino que se quedó quieto debajo de mí.

—¿No me lo querías dar porque lo ha envuelto un niño de dos años? —Se echó a reír. Rompí con suavidad el papel de regalo, descubriendo una sencilla caja de cartón. La abrí con cuidado y

saqué una taza de cerámica. El logo de *Timber & Steam*. Una nube de vapor con una enorme taza de café justo debajo y el nombre en medio. Pestañeé. Esta vez era yo la que me había quedado paralizada—. Cómo… ¿Cómo has conseguido esto?

—Un par de búsquedas en internet. —Parpadeé para contener unas lágrimas indeseadas que se esforzaban por salir de mis ojos.

—¿Te acordabas de lo que te conté? —Era incapaz de mirarlo en aquel instante.

—Pues claro, ¿por qué iba a olvidarlo? Me dijiste que después de haber estado en esa cafetería, soñaste con tener la tuya propia. —Acaricié la taza como si fuera una joya de colección y la bajé poco a poco para mirarlo a los ojos—. También me dijiste que estuviste buscando cosas del sitio cuando cerró pero que no lograste encontrar nada.

—Pero tú hiciste un par de búsquedas y encontraste una de sus tazas —murmuré. Se encogió de hombros.

—Quizás fueron… ligeramente intensivas. —Me abalancé sobre él, abrazándolo con fuerza. Cerré los ojos y me permití desahogarme. Lloré como una niña pequeña contra su hombro mientras él acariciaba mi pelo con suavidad. No tenía claro por qué lloraba, pero sí que me di cuenta de lo mucho que lo necesitaba. Luke no preguntó, no habló, se limitó a estar ahí, en silencio. *Para mí.* Después de unos minutos para recomponerme y estar lista para mirarlo, me eché hacia atrás. Me di cuenta de la indecisión de sus manos, pero se atrevió a acariciar mis mejillas para limpiarlas de lágrimas—. ¿Mejor? —Asentí—. Bien, ¿ves como no te tendría que haber dado el regalo? —Echó la cabeza hacia atrás, suspirando de forma exagerada—. Te he hecho llorar el día de tu cumpleaños —añadió con tono de broma.

—Gracias, Watts, ha significado mucho para mí. —*Más de lo que*

estaba dispuesta a admitir.

—No ha sido nada, pelirroja. —Tragó saliva—. ¿Qué te apetece hacer? ¿Seguimos con la maratón? Creo que nos toca terminar la tercera.

—¿De verdad quieres verlas todas? —Volvió a encogerse de hombros.

—Mandas tú. —No sé por qué esas dos palabras provocaron tanto calor dentro de mí, pero no quise crearme otra de mis fantasías con Luke para que luego se marchara. Le dediqué una sonrisa y me quité de encima de él para dejarme caer a su lado, aun sosteniendo la taza con delicadeza.

—Pero ya es de noche, puede que tengas planes o…

—Sí, estar contigo. ¿Algo más que añadir? —No pude evitar sonreír al verlo incorporarse para coger el mando y seguir viendo la película.

***

No sabía si pasar el día entero con Daphne estaba siendo una bendición o un castigo divino. Cuanto más se acercaba, más me atraía. Sin embargo, el momento en el que se había subido sobre mí, creí que moriría ahí mismo. Había dejado que cogiera el regalo, no me importó. Estaba concentrado en pensar cosas desagradables, en cosas tristes, todo lo que no fuera centrarme en que su cuerpo estaba sobre el mío. Lo único que no había esperado es que se echara a llorar. Ahí dejé de pensar en gilipolleces que no me condujeran a una erección y me dediqué a consolarla en silencio. No sabía por qué lloraba y tampoco sentía la imperiosa necesidad de preguntárselo. Los interrogatorios para después, la compañía iba primero. Lo sabía de primera mano. Acaricié su pelo, mientras la

dejaba desahogarse. Lloró a moco tendido. Tanto que, por un instante, hasta me planteé haberla fastidiado con el regalo. Sin embargo, al ver la cara de felicidad que había mostrado cuando lo vio por primera vez, me hizo descartar esa opción. Me la imaginé despertándose por la mañana con una resaca de mil demonios y sintiéndose sola. Sus padres no habían podido venir a visitarla, su mejor amiga había tenido que marcharse y el amor de su vida se había ido con otra persona. Daphne se esforzaba por tener a todo el mundo contento, pero nadie parecía preocuparse porque lo estuviera ella. La veían como una mujer obsesionada con su cafetería, pero no valoraban el esfuerzo que había detrás. Quizás se sentía peor de lo que llegaba a expresar de verdad. Por eso me limité a estar ahí. Quería que se enterara de que estaba aquí para ella, para lo que necesitara. Con mi abrazo, quise transmitirle que podía contar conmigo más allá del acuerdo que teníamos.

Me sorprendió que hiciera hincapié en preguntarme si de verdad quería quedarme, pero lo tenía más claro que nunca. No había ningún plan mejor. Aunque fuera ver películas de comedia sin sentido a su lado.

Después de la mitad de la cuarta película fui consciente de la hora que era. Casi las once de la noche y ahí seguíamos. Daphne terminó por tumbarse en el sofá, aunque por supuesto me pidió permiso para apoyar la cabeza sobre mis piernas. No sé en qué momento comencé a pasar la punta de mis dedos por uno de sus brazos, pero sí que fui consciente del instante en el que su respiración se volvió cada vez más y más pesada. Un suave y leve ronquido me hizo sonreír. Esta mujer no tenía desperdicio. Me acomodé, apoyando mi brazo sobre el del sofá y la dejé dormir mientras yo continuaba con la película. No sabía cuánto tiempo dormiría, pero no quería despertarla. La dejé descansar sobre mis

piernas, pensando en las pocas horas de sueño que había tenido para haber caído así sobre mí. Aparté un mechón de pelo de su rostro al darme cuenta de cómo arrugaba la nariz, y lo posé detrás de su oreja. Me fijé en la cicatriz que me señaló en la noria y sonreí. Aquella ocasión fue una de las contadas ocasiones en la que conseguí controlar un ataque de pánico y todo había sido gracias a ella. Una de las otras fue con Olivia. No me había vuelto a sentir tan vulnerable desde entonces. Eché la cabeza hacia atrás. Tampoco había estado así con alguien además de con ella. Después de nuestra ruptura no me había permitido relajarme con nadie. Me había jurado a mí mismo que no saldría de mi burbuja y que las pocas relaciones que tuviera serían de usar y tirar. Miré de reojo a Daphne. *¿Qué cojones me estaba haciendo?* Abrió los ojos poco a poco, como si hubiese dormido toda la noche. Se levantó de golpe cuando se dio cuenta de lo que había hecho y se dedicó a disculparse sin cesar.

—¡Qué vergüenza, por favor! —Se dio la vuelta para taparse con un cojín—. Vienes a pasar mi cumple conmigo y me quedo dormida, ¡soy un desastre! —Aproveché para estirar las piernas.

—No pasa nada, estarías cansada por la fiesta de ayer.

—¡Eso no importa! —Se giró—. Y encima, ¡mira qué hora es! Tú también estarás cansado por la fiesta y aquí sigues.

—Me ha dado pena despertarte. —Me levanté del sofá, estirando y crujiéndome la espalda—. Lo importante es que te lo hayas pasado bien.

—Muchísimo, Watts. —Se incorporó, y miró de reojo el regalo para después mirarme a mí—. Te agradezco mucho que hayas venido. Y el regalo… No lo olvidaré, de verdad.

—No tiene importancia, pelirroja. —Bostecé—. Y ahora, ya que no tengo tu cabezón encima… Es hora de que me vaya a casa.

—Claro, claro. —Se rio acompañándome a la puerta.

—¡Ah! Por cierto, antes de que se me olvide. —Me detuve frente a la puerta, dándome la vuelta para encontrarla justo detrás de mí —. ¿Tienes algo que hacer dentro la semana que viene? ¿El sábado? —Se quedó callada un instante, haciendo memoria—. A mis padres y a mí nos invitaron a una boda y me han sugerido que vengas. —Suspiré—. Sé que es un poco precipitado, pero…

—Yo también tengo una boda el sábado. —Fruncí el ceño—. Menuda casualidad, ¿no?

—La verdad es que sí. La mía es en el Hotel *Sun palace* y…

—¡La mía también! —Nos miramos con los ojos bien abiertos y nos echamos a reír—. ¿Doug y Amelia?

—¿De qué los conoces?

—Owen y yo conocimos a los dos cuando nos mudamos aquí, además fuimos los responsables de que se conocieran. Más o menos. —Sonrió—. Le recomendamos a Doug que fuese al bar donde estaba trabajando Amelia y a las semanas empezaron a salir juntos, ¿y tú?

—Joder, menuda coincidencia —murmuré—. Mis padres son amigos de los de Doug y éramos amigos de pequeños… por lo visto. Así que también me han invitado. No conozco a nadie, la verdad.

—Yo solo conozco a los novios. Bueno… —Se rascó la nuca—. Y a Owen.

—Entonces… ¿Vais juntos? —Sentí una oleada de celos invadiendo mi pecho.

—No como pareja, si te refieres a eso. Nos llegó una invitación para confirmar si íbamos con alguien… —Suspiró profundamente—. Conociéndolo… irá con Emma, pero le preguntaré.

—Bueno, si vas con él, yo no iré. —Sonó a pataleta de niño pequeño y hasta Daphne se dio cuenta de ello antes de que

comenzara mi explicación—. Lo digo porque sería raro que mis padres nos vieran separados, ¿no te parece?

—Pero también me verán allí, supongo que me reconocerán después. —Abrí la boca para objetar, pero tenía razón—. Iré contigo, no te preocupes. Mataremos dos pájaros de un golpe, ¿no te parece? Tus padres y Owen. —Sonreí.

—Claro, es la oportunidad perfecta. —Unos golpes en la puerta nos asustaron a los dos—. ¿Esperas a alguien?

—¿A las doce de la noche? No. —Pasó por mi lado y se asomó por la mirilla. Se dio la vuelta, llevándose la mano al pecho.

—¿Qué pasa?

—Es Owen —gritó en un susurro. *¿Y qué hacía este ahora aquí?* —. Corre, siéntate y pon la tele. —Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Hazme caso. —Antes de que pudiera alejarme de ella, agarró el filo de mi sudadera y tiró de ella hacia arriba para quitármela, levantándome un poco la camiseta, pero desvió la mirada sonrojada.

—¿Qué haces? —Me pasó la mano por el pelo, dejándolo despeinado.

—Quítate los zapatos. —La obedecí antes de que se tirase al suelo para arrancarlos de mis pies. Me tiré en el sofá y la miré con extrañeza. Daphne agitó la cabeza, despeinándose también. Lanzó su sudadera al sillón y tiró de su camiseta hacia abajo para enseñar un hombro. Respiró y abrió la puerta fingiendo un bostezo—. ¿Owen? —preguntó como si no hubiera preparado aquella escena. Me quedé flipado en el sofá observando la escena. *Joder con la pelirroja.*

***

—¡Daphne! —Owen me estrechó entre sus brazos. Tuve que ponerme de puntillas para poder abrazarlo bien—. Felicidades, aunque un poco atrasadas.

—Gracias —murmuré contra su hombro. Se separó de mí en el instante que se dio cuenta de que no estábamos solos—. ¿Qué haces aquí? ¿No tenías que estar con los padres de Emma? —Owen no dejaba de mirar a Luke. *Genial, duelo de machitos*—. ¿Owen? —Sacudió la cabeza.

—Sí, pero nos hemos peleado —contestó con la voz entrecortada.

—¿Te peleas con tu novia y vienes aquí? —Me giré para fulminar a Luke con la mirada, pero no se dejó intimidar.

—No vengo aquí por eso —respondió orgulloso para luego agachar la cabeza—. Por la pelea me marché sin pensar y se quedó con las llaves de casa.

—¿De tu casa? —Me miró con cara de cordero degollado. No se refería a *su* casa—. ¿Estáis viviendo juntos? —Eso tampoco me lo había contado. ¿Por qué me ocultaba información sobre su relación con Emma? Tampoco sabía por qué me sorprendía, se había liado conmigo mientras estaba con ella, por mucho que él hubiera actuado como si no hubiera pasado nada. ¿Y si ya vivían juntos por aquel entonces? Nuestros besos ya habían estado mal, pero me sentiría muchísimo peor imaginando que mientras me besaba, había una mujer esperándolo en la que era su casa. De los dos.

—Sí. —No especificó desde cuándo. Tampoco hizo falta—. Me da palo pedirte esto, pero como Marcie no está, pensaba dormir en su habitación.

—No, en todo caso duermes en el sofá —me limité a decir—. No vas a dormir en su cama sin su permiso. —Me crucé de brazos cerrando la puerta cuando entró.

—Sí, claro, sin problema. —Nos lanzó una mirada a Luke y a mí —. Siento haberos interrumpido.

—No te preocupes, ya íbamos a…

—La cama —terminé la frase por él. Luke me miró perdido, pero asintió con la cabeza cuando Owen lo observó. Recogió su sudadera y sus zapatos, y se metió en mi dormitorio sin decir nada más.

—Te traeré una manta. —Me siguió hasta la habitación de Marcie, agarrando mi muñeca—. ¿Qué?

—Siento no haber estado. Imaginé que Luke estaría contigo de todas formas. —No me apetecía mirarlo. Me zafé de su agarré y saqué una manta del armario de Marcie—. Daphne.

—Mira, déjalo, Owen. Ya hablaremos. —Volvió a agarrarme, tirando de mí para pegarme contra su cuerpo. Odiaba que me hiciera estremecer con tanta facilidad.

—¿Te pasa algo más conmigo?

—¿Me lo estás preguntando en serio? —Estaba harta de que actuara como si no hubiera pasado nada entre ambos. Como si yo estuviera loca. Como si no hubiéramos estado a punto de echar un polvo en la puñetera cafetería. Apreté los puños y di un paso hacia atrás. No merecía la pena discutir. Respiré—. Descansa y ya hablaremos. —Me di la vuelta antes de que pudiera agarrarme otra vez.

Me encerré en mi habitación, cabreada. Si quería gritarle, ¿por qué no lo había hecho? Me habían entrado ganas de mandarlo a tomar por culo, pero le había dejado dormir en el sofá después de todo. ¿Por qué seguía tratándolo bien cuando no significaba nada para él? ¿Por qué era tan imbécil? A Marcie no la toreaba nadie. Seguro que Luke no se dejaba intimidar por nadie, pero yo seguía cayendo una y otra vez. Era la tonta que sonreía mientras le hacían daño.

—Bueno… —A pesar de saber que Luke estaba allí, me sobresalté al escucharlo susurrar. Estaba sentado en el borde de la cama, sujetando su sudadera entre sus brazos y moviendo sus piernas—. Esto ha sido un giro de los acontecimientos.

—Lo siento, no te importa pasar la noche aquí, ¿verdad? —Negó con la cabeza.

—Pero me gustaría saber por qué estás tan cabreada. Pensaba que te alegrarías, quizás su relación empieza a ir mal. —¿En qué clase de persona me había convertido para hacerle creer a alguien que me alegraría de la desgracia de los demás? *Porque estás haciendo todo esto para que rompan*, dijo una vocecita en mi cabeza. *Porque quieres ponerlo celoso y que se dé cuenta de que te quiere.*

—Bueno, sí, pero… —No quería contarle a Luke lo que había pasado entre Owen y yo—. Me jode que se plante aquí sin más. —No me creía, pero tampoco insistió. Eso era lo bueno de Luke, no seguía metiendo el dedo en la llaga—. ¿Qué lado prefieres?

Capítulo 21

Luke

La contemplé dar vueltas por la habitación, como un animal enjaulado. Se dedicó a ordenar su escritorio, a reorganizar las estanterías y a doblar la ropa limpia que tenía sobre la silla. Procuré que nuestras miradas no se encontraran. No estaba de buen humor, era obvio. Algo había sucedido entre Owen y ella, y fuera lo que fuese, no era el momento de preguntar. También era de esperar que la situación de compartir cama conmigo como recurso desesperado por llamar la atención de Owen no fuera de su agrado. Me daba rabia que todo el buen rollo y el ambiente que habíamos generado los dos durante todo el día, hubiera desaparecido de un plumazo. Cuando Owen hacía acto de presencia, el mundo dejaba de existir para Daphne. Después de apenas haber dormido la noche anterior, me estaba preparando mentalmente para otra noche de mierda, en la que aún teniendo la compañía que quería, los acontecimientos no eran los que tenía en mente. Me levanté de la cama, buscando mis zapatos.

—¿A dónde vas? —La pelirroja se había girado para mirarme con

aire inquisitivo.

—Al baño, ¿o estoy castigado sin salir de la habitación? —Le costó no reírse ante mi broma, lo noté en su cara.

—Está bien… pero no puedes salir así. —No llegué a atarme las deportivas, sino que la miré, confundido.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué a qué me refiero? Luke, se supone que estamos durmiendo juntos, ¿quién duerme en vaqueros? —Se acercó a mí. Recordé como antes de que Owen entrara, se había deshecho de mi sudadera y me había despeinado, y me quedé quieto para ver qué hacía. Detuvo sus manos justo delante del botón de mis vaqueros y acto seguido, se puso roja como un tomate.

—Pelirroja, no puedes ponerte así. —Me crucé de brazos, con gesto serio.

—¿A qué te refieres? —dijo tartamudeando, desviando la vista.

—¿Qué a qué me refiero? A que somos pareja, no puedes sonrojarte si me quito el pantalón. —Me dio un empujón a modo de broma que casi hace que pierda el equilibrio, pero se echó a reír—. Está bien, interpretaré bien mi papel. —Me desabroché los vaqueros y los dejé caer al suelo. Daphne seguía sin mirarme y se marchó al otro lado de la cama, fingiendo que estiraba las mantas. Me quité la camiseta y se la tiré a la cabeza, asustándola.

—¿Qué haces?

—Actuar. —Esta vez sí que no apartó la mirada. *Vaya.* Quizás no me había imaginado del todo lo que había pasado en la fiesta—. Puedes limpiarte la baba con mi camiseta, si quieres. —Otra vez se iluminó su rostro como una bombilla roja incandescente.

—Ve al baño de una vez. —Le guiñé el ojo antes de salir y esquivé mi camiseta cuando me la tiró a la cara, golpeando la puerta.

Seguí con una sonrisa en el rostro cuando ya estaba fuera. Owen estaba sentado en el sofá, mirando el móvil y escribiendo como un loco hasta que se dio cuenta de mi presencia.

Me saludó con la cabeza y lo imité sin más, siguiendo con mi camino hasta el baño. Antes de salir de allí, me quedé mirándome en el espejo. Aún seguía despeinado por culpa de Daphne, aunque me hubiera gustado más acabar así de la manera correcta. De todas formas, si eso servía para cabrear a Owen, mejor que mejor. Cada día que pasaba, me caía peor. No había tenido los huevos de pasar un rato con su mejor amiga el día de sus cumpleaños, pero sí de presentarse de madrugada para pedirle un sitio donde dormir. Podría haberse buscado un hotel, o haber hablado con su novia para pedirle las llaves en lugar de haber salido huyendo como un crío inmaduro. Simplemente, tenía claro que Daphne iba a estar siempre para él. Actuaba como le daba la real gana sin pensar en nadie más que él mismo. Salí del cuarto de baño, Owen seguía igual, aunque esta vez dejó de escribir para apoyar la frente sobre la palma de su mano, suspirando. De nuevo, en cuanto me vio aparecer, levantó la cabeza.

—Oye, tío. —Frené en seco—. Siento haberos interrumpido. Supongo que estabais… —Me miró de arriba abajo—, ocupados.

—No te preocupes, no nos cuesta ponernos manos a la obra otra vez —contesté sin más, dejándole claro unas falsas intenciones. Sonrió desganado.

—Tienes suerte. —Alcé ambas cejas—. Aprovéchala y no la cagues.

—Tranquilo. —No tenía ganas de alargar esa conversación. Ya había confirmado mis sospechas. Owen se aprovecharía de Daphne siempre que pudiera. En cualquier sentido de la palabra. Esta vez era yo el que estaba cabreado.

Sin embargo, al entrar en la habitación y encontrarme a Daphne llevando solo la camiseta hizo que mi enfado desapareciera. Se tapó las piernas con las mantas al escuchar el sonido de la puerta, pero ese par de segundos que pude verla así, me alegraron la noche.

—Has tardado mucho. —Se tapó con las mantas hasta el cuello.

—¿Me echabas de menos? —Puso los ojos en blanco.

—¿Puedes dejar de ser tan creído?

—¿Puedes dejar de darme motivos? —Resopló, aunque en su cara se dibujó una mueca similar a una sonrisa. Me tumbé a su lado, no sin antes ser consciente de cómo me había hecho un repaso muy poco disimulado—. ¿Algún problema?

—¿Vas a dormir así? —Me tapé con las mantas.

—¿Prefieres que duerma desnudo? —Se echó hacia el otro lado para coger un cojín del suelo y golpearme con él. Solté una suave carcajada y acomodé la cabeza contra la almohada. Daphne se escurrió en el colchón, posando también la cabeza en la almohada, mirando hacia el techo. Una tenue luz de una farola cercana se colaba por la ventana, impidiendo que la oscuridad fuera completa. La miré de reojo, aún tenía los ojos abiertos—. ¿No puedes dormir?

—Es raro —confesó sin dejar mirar hacia arriba—. Es la primera vez que estoy aquí con alguien.

—¿En serio? —Asintió, suspirando después.

—¿Cómo he acabado aquí? —pensó en un susurro—. Con un novio falso, con el amor de mi vida durmiendo en mi sofá, en una fiesta con desconocidos y acabar borracha perdida bailando…

—Vamos, que tu vida se está volviendo mucho más interesante. —Sonrió negando con la cabeza—. ¿Puedo preguntarte algo sin que te ofendas? —Se limitó a mirarme en silencio—. ¿Por qué Owen? Lo siento, pero no lo entiendo.

—Llevo enamorada de él desde que teníamos doce años —

empezó diciendo—. Nos conocemos desde críos, hemos crecido juntos, nos hemos apoyado en las buenas y en las malas, decidió acompañarme a empezar mi negocio sin tener donde caernos muertos… Sin saber cómo acabaríamos. No es que me apoyara a conseguirlo, sino que se unió a mí para lograrlo juntos. —Fui comparándolo con la relación que mantuve con Olivia. Aunque ella no dio ningún salto de fe conmigo. No me acompañó a ninguno de mis reportajes al extranjero, ni tampoco mostraba especial interés cuando volvía. Esas señales me las tendría que haber tomado como un indicio de que algo no iba bien entre nosotros, pero estaba tan emocionado con mi trabajo que no era capaz de sumar dos y dos—. En fin, ha creído en mí y… Me gusta, sin más. No tengo motivos para enumerarte, pero no me hacen falta, ¿sabes lo que te quiero decir?

—Sí. He pasado por ahí —terminé de decir.

—¿Con Olivia? —No debería haberme sorprendido el hecho de que recordara su nombre si había estado memorizando todos los de mi oficina, pero aun así lo hizo. Asentí con la cabeza.

—¿Intentamos dormir?

—¿Qué pasó? —Se tumbó de lado, mirándome mientras se tapaba con las mantas hasta la nariz—. No tienes por qué contestar, pero es que…

—Me engañó —confesé. Solo lo había dicho una vez en voz alta y fue suficiente.

—Oh… —musitó—. Las infidelidades son…

—El día que le pedí matrimonio —continué. Daphne guardó silencio—. Esa misma noche me la encontré con otro en mi cama. —Había intentado borrar esa escena de mi mente millones de veces, pero había sido imposible—. Y por supuesto, me enteré de que no había sido la primera vez.

—Lo si…

—No se lo conté a nadie. Tan solo a mis padres porque sabían que le iba a pedir matrimonio y, digamos, que al día siguiente no me encontraron en buenas condiciones. —Habían pasado años de aquello, y sin embargo lo recordaba como si fuera ayer—. Me mudé al día siguiente. No soportaba estar allí. —Tomé una gran bocanada de aire—. No llegué a contárselo a Tate porque también era su amiga y esperaba que ella tuviera el valor suficiente como para contárselo, pero le dijo que, por culpa de mis viajes de trabajo, nuestro amor se había acabado. —Sonreí con amargura, echando la cabeza hacia atrás, clavando aún más la nuca en la almohada—. Así que, al final, de cara al público, lo nuestro había fracasado por mi culpa. Me alejé de mis amigos, le pedí a mis padres que me mandaran a hacer reportajes fuera del país y me olvidé de todo.

—¿Dejaste que creyeran su versión?

—¿Qué importaba? La premisa seguía siendo la misma. Habíamos roto, ¿no? —Resoplé—. Tampoco me apetecía contar que había pillado a mi prometida follándose a otro en mi cama. No quería la compasión de nadie en ese momento.

—¿Y ahora? —Fruncí el ceño sin comprender la pregunta—. ¿Aceptas la mía? —Antes de que pudiera contestar, pasó un brazo por encima de mi abdomen y se acurrucó contra mí, abrazándome —. Siento muchísimo que pasaras por todo eso tú solo. —Tragué saliva, nervioso al sentir su repentino contacto contra mi piel, pero no pude decir nada. Posé mi mano sobre su hombro, rodeándola para devolverle el abrazo—. Si necesitas hablar del tema en algún momento, yo…

—Tranquila, está superado —mentí. Alzó la cabeza, buscando mis ojos. Ella ya sabía que mentía, pero asintió con la cabeza. Se echó hacia un lado, volviendo a su postura inicial, de lado junto a mí, pero sin que nuestros cuerpos se rozaran lo más mínimo—. El único

consejo que puedo darte es que no te fíes de esa clase de personas. —Me observó con seriedad, meditando mis palabras—. Alguien que engaña a la persona que supuestamente quiere, no es de fiar.

—Lo sé —susurró entrecerrando los ojos.

—Por cierto, le he dicho al amor de tu vida que íbamos a follar. —Abrió los ojos de golpe, ruborizada—. Buenas noches, pelirroja. —Me di la vuelta, acostándome de espaldas a ella mientras sentía su vergüenza.

—Pero ¿cómo se te ocurre? —gritó en un susurro—. ¿Estás mal de la cabeza?

—Somos novios, es tu cumpleaños, y te has encargado de que pareciera que nos había interrumpido echando un polvo, así que cuando me ha insinuado que sentía habernos interrumpido, le he dejado claro que volveríamos a hacerlo, que no se preocupara. —Me zarandeó mientras me maldecía y me preguntaba una y otra vez por qué lo había hecho. Me mantuve rígido en el colchón para que dejara de moverme y me di la vuelta, asustándola—. ¿Pero qué más da lo que piense?

—¡Va a pensar que soy una sosa! —Se tapó la boca, a pesar de no haber hablado en voz baja. Fruncí el ceño.

—¿Por qué? —Negó con la cabeza.

—Por nada, por nada.

—Pelirroja, dime. —Agachó la mirada.

—Porque estas paredes son de papel, lo mínimo es que se escuchara el colchón, ¿no? Pero está todo en silencio. Así que, o bien va a pensar que soy una sosa en la cama, o bien que soy muy tímida y soy incapaz de hacer nada si hay alguien en casa. —Aguanté la risa mientras escuchaba su explicación.

—¿Y qué opción prefieres? —En cuanto se giró, supe que iba a volver a coger el cojín para darme en la cara, pero me moví más

rápido, echándome sobre ella y sujetando su muñeca. No pretendía acabar encima de ella, pero cuando tuve su cuerpo debajo, me estremecí. Se quedó quieta, soltando el cojín de entre sus dedos para que cayera al suelo de nuevo. Quise decirle que era para evitar que me diera con el cojín, pero no me llegaba suficiente sangre al cerebro como para pensar en eso—. ¿Quieres que hagamos ruido? —Su respiración se volvió agitada. Recorrí su cuello con la mirada, fijándome en cómo tragaba saliva. Después me quedé viendo su hombro, por fuera de la camiseta y me di cuenta de que yo también respiraba entrecortado—. Hay otra opción que puede plantearse Owen que no me gusta.

—¿Cuál? —preguntó en un fino hilo de voz.

—Que no te tengo satisfecha —susurré dándome cuenta de que había agachado más la cabeza, acercándome un poco más a su rostro.

—Yo imagino que estarías a la altura. —Sonreí al darme cuenta de que había vuelto a sonrojarse. *Joder, otra vez me moría de ganas de besarla.*

—¿Lo has imaginado? —Pensaba que sus mejillas no podían encenderse más pero me equivocaba. Terminó por reírse con suavidad, dándome un suave empujón para que me apartara, y aunque me costó hacerlo, no quise incomodarla.

—Eres insufrible. —Me reí, encogiéndome de hombros—. Y tú una sosa en la cama. —Abrió la boca fingiendo que le habían dolido mis palabras y me di la vuelta para dormir. Aunque, por supuesto, recibí un empujón vengativo antes de cerrar los ojos. Sin embargo, no duré mucho con los ojos cerrados. Unos suaves gemidos empezaron a sonar en la habitación, quise darme la vuelta para mirar a Daphne, pero apoyó la mano en mi espalda para impedirlo.

—No me mires y estate calladito —susurró aún más bajo. Volvió

a gemir con la misma suavidad y tragué saliva, nervioso. *¿De verdad estaba dedicándose a fingir que estábamos…?* Cada vez me sorprendía más. Sus jadeos iban intensificándose, igual que mi erección bajo la tela de mis bóxeres. Ahora me arrepentía de no haberme dejado los vaqueros puestos.

—Suena falso —murmuré con tal de hacerla parar para que no me diera un maldito infarto. Hizo caso omiso de mis palabras y siguió gimiendo a mi lado—. Va a darse cuenta.

—Mentira —susurró entre gemido y gemido. Si así de bien sonaban los falsos, ¿cómo serían los reales? *A la mierda.* Quería ver qué cara ponía mientras lo hacía. Me di la vuelta y me fulminó con la mirada, tapándose la cara con las mantas—. ¿Qué haces? Que me cortas el rollo.

—Sal de ahí. —Aparté las mantas para que sacara la cabeza—. Parece falso porque estás gimiendo por gemir, se nota que es de mentira y va a quedar aún más cutre.

—Y qué sugieres, ¿eh? —*Podría sugerirle miles de opciones.*

—Deja que te ayude. —Parpadeó—. También me valdría la opción que estás pensando. —Otro empujón.

—No puedo gemir si me estás mirando, me da vergüenza.

—Al final va a ser verdad lo de que eres sosa en la cama. —Por mucha indignación que fingiera sentir, se rio.

—No es lo mismo, joder.

—Lo sé. Mira, te prometo que no veré nada, tú escucha. —Frunció el ceño, pero me tumbé de lado, acercándome a su oreja. Se quedó tumbada boca arriba, respirando nerviosa, seguramente por no saber qué iba a hacer—. Si quieres que suene real, tienes que imaginar la situación —empecé susurrando.

—¿Cuál? —murmuró. Llevé mi dedo índice a sus labios un instante para mandarla callar y volví a hablar.

—Es la noche de tu cumpleaños, y te mereces que te hagan lo que deseas. —Sabía que iba a volver a hablar, así que volví a presionar sus labios con el dedo índice—. Estás aquí, en la cama, con… Owen —dije muy a mi pesar—. Es él quien está a tu lado, susurrándote que le pidas lo que quieras, y conociéndote, seguro que te quedas callada. —Giró la cabeza para mirarme con odio, pero sonreí y seguí hablando contra su oreja—. Pero él sabe lo que te gusta, así que empieza a besarte poco a poco el cuello, hasta llegar al lóbulo de tu oreja. —Me di el pequeño lujo de rozarlo con mis labios un instante mientras hablaba—. Para morderlo con suavidad.

—Eso me gusta… —susurró con la voz entrecortada.

—Pues demuéstraselo. —Soltó un suave jadeo que hizo que mi corazón se acelerara—. Al escucharte, seguro que repite, pelirroja. —Aunque había cerrado los ojos, abrí uno de ellos para ver cómo sonreía. Ella también estaba con los ojos cerrados, así que la imité, y continué murmurando—. Después le apetecería probar esa boca, para ver si besa igual de bien que gime. —*¿Por qué me estaba torturando a mí mismo de esta manera?* —. Aunque no creo que fuera el sitio en el que más tiempo pasaría.

—¿No? —Hasta yo mismo pude notar la excitación de su voz en la pregunta—. ¿Dónde sería?

—Entre tus piernas. Imagínate aquí, en el centro de la cama, con él entre tus piernas, besando cada recoveco de tu cuerpo hasta llegar a…

—Sí, me lo imagino —murmuró. Se movió de manera muy leve e inconsciente. Si se hubiese acercado un milímetro más a mí, hubiese notado mi erección. Eché la cintura hacia atrás para impedirlo por si volvía a moverse.

—Y a medida que tus gemidos fueran más altos, más rápido movería la lengua. —*Y eso hizo.*

Volvió a gemir, más suave, y el sonido se quedó suspendido entre sus labios, temblando en el aire. Por un momento, me quedé sin respiración. Todo esto no debería afectarme, pero lo hacía. Cada vez más. Cada jadeo falso me consumía por dentro, me desgarraba el deseo de que fueran reales. Sobre todo, porque quería ser yo quien se los provocara.

Mi voz se volvió más ronca a medida que seguía describiendo la escena. Cuánto más le hablaba, más gemía, y más cachondo estaba yo. Quería hacerle todas y cada una de las cosas que le decía. Quería hacerle gemir usando mi boca de verdad. *Joder*, si con tan solo hablarle ya la había puesto así, ¿cómo sería si lo hiciera de verdad? Continué explicándole todo lo que había fantaseado con ella, cada escena con la que me había masturbado hasta correrme pensando en ella, pero sin decirle la verdad. Tenía a mi lado a la mujer de mis fantasías jadeando y gimiendo mientras yo le hacía pensar en otra persona. La vida podía ser muy injusta. No supe cuánto tiempo estuvimos así, pero cuando sentí que no podía más, la llamé—. Pelirroja.

—¿Sí? —Sonó más a gemido que a pregunta. Sonreí, para cuando ella abrió los ojos, yo ya la estaba mirando. Echó la cara a un lado. Se aclaró la garganta un momento y repitió la pregunta—. ¿Sí?

—Sí que estás cachonda, ¿eh? —Me empujó, pero no consiguió moverme de su lado—. Creo que ya le has dado espectáculo suficiente, ¿no? —Asintió con la cabeza y se giró para tumbarse de lado, dándome la espalda—. ¿Has estado aquí gimiendo y ahora te da vergüenza mirarme?

—No. —Mentía—. Es solo para dormir.

—Pelirroja. —Coloqué una mano sobre su hombro, tirando de ella para tumbarla boca arriba. Tenía la piel ardiendo. Aparté poco a

poco la mano—. No sientas vergüenza conmigo, déjate llevar. —Se irguió poco a poco sobre la cama. Posó una mano sobre mi cuello y me dio un rápido beso en los labios.

—Buenas noches, Watts.

Capítulo 22

Daphne

Me desperté mucho antes que Luke, pero no me atreví a salir de la cama por no molestarlo. Además me daba demasiada vergüenza mirarlo después de lo de ayer. *¿En qué coño estaba pensando para fingir todo aquello?* Y lo peor era que mientras hablaba, no había pensado en Owen en ningún momento. ¿Qué me estaba pasando? Quizás estaba tan cabreada con él que no podía pensar con claridad. Además, lejos de dormir relajada, acabé con un calentón de mil demonios. No soy de las que suele pensar mucho en sexo, tampoco es que tenga ni tiempo ni oportunidades para ello, pero me había excitado escuchando a Luke. Más de lo que creía que sería posible. Me había costado dormirme por el calor que tenía, por sentir su presencia a mi lado, por recordar sus labios rozando el lóbulo de mi oreja al hablar, por haber escuchado su respiración agitada contra mí.

No me había atrevido a darme la vuelta después de darle aquel fugaz beso, sino que simplemente, había cerrado los ojos con la vana esperanza de caer rendida al sueño, pero esa rendición no

llegó hasta unas horas más tarde.

Me moví un par de veces por la cama, no de una forma muy brusca, pero sí lo suficiente como para comprobar que Luke no era de los que se despertaban con facilidad. Con cuidado, terminé por bajarme de la cama y ponerme los leggins que llevaba puestos anoche. Busqué mi toalla y giré con suavidad el pomo de la puerta para que no hiciera ruido al salir. Suspiré aliviada al haber evitado despertarlo y morirme de la vergüenza, pero no había tenido en cuenta el otro invitado que había en mi casa. Owen estaba en la barra de la cocina, sirviéndose una taza de café recién hecho. Desde que me mudé allí, le había dicho que podía usar mi apartamento como si fuera el suyo, aunque haciendo memoria, él jamás me había dicho lo mismo del suyo. Me permití observarlo un ratito. Sopló el café con delicadeza antes de llevarse la taza a los labios. Conociéndolo, se habría hecho un café solo bien cargado y, como de costumbre, había dejado unos cuantos armarios abiertos para buscar la azúcar, ya que Marcie tenía la manía de cambiarla de sitio casi todos los días. Me acerqué a la cocina con sigilo, pero no el suficiente como para que no captara mi presencia.

—Buenos días —dijo alzando la taza a modo de saludo.

—Buenos días —murmuré. Se dio la vuelta para sacar otra taza de la repisa, dejándola sobre la encimera mientras agarraba la cafetera italiana.

—¿Un café? —Negué con la cabeza, señalándole la toalla—. Oh, ¿después? —Sabía que ese café implicaba que quería hablar conmigo. Ayer fui muy brusca con él y tampoco llegué a decirle gran cosa, y la verdad era que tampoco me atrevía a hacerlo hoy. Al menos no estaba preparada para decirle todo lo que tenía en la cabeza. Asentí. Me escabullí de la cocina para encerrarme en el baño y me di una merecida ducha caliente.

Si tan solo hubieran sido un par de noches malas, no estaría tan cansada, pero a eso había que añadirle todas las noches de las semanas anteriores en las que me había dedicado a estudiar todo lo posible sobre la revista L&T, por lo que llevaba mucho sueño acumulado. Me relajé bajo el chorro de agua caliente, poniendo en orden mis ideas. Hoy, sí que sí, necesitaba desconectar. No me apetecía estar con Owen, ni escuchar sus tristes excusas sobre haber acabado anoche en casa, ni tampoco que siguiera actuando como si lo de hace cuatro meses no hubiera pasado jamás. Si no nos hubieran interrumpido aquella noche, quizás hubiéramos llegado a más, y todo mientras ya había iniciado una relación con Emma. *Alguien que engaña a la persona que supuestamente quiere, no es de fiar.* Recordé las palabras de Luke, sacándome por completo de mi estado de relajación. Sabía que tenía razón. ¿Cómo podía confiar en Owen si se había portado así con Emma? ¿De verdad si lograba mantener una relación con él iba a fiarme de él? ¿Y si acababa con unos cuernos con los que no podría ni pasar bajo una puerta? Dejé caer la frente contra la mampara de la ducha. Si al menos me atreviera a plantarle cara… Podría saber si se dejó llevar por un calentón del momento, si había tenido dudas con respecto a Emma, o… si sentía algo por mí. Sin embargo, cada vez descartaba aquella opción con más fuerza. Si hubiera sentido algo por mí, ya me lo hubiera dicho. No habría hecho como que esa noche jamás existió. Habría aprovechado el momento, no hubiera dicho que estaba enfermo y hubiera desaparecido durante dos días. ¿Y si esos dos días fueron lo que usó para hacer la mudanza al apartamento de Emma? Ya no podía dejar de darle vueltas a todo aquello. Cualquier posibilidad me parecía un verdadero asco.

Para colmo, también tenía que enfrentarme a la idea de ver a Luke. Después de lo sucedido anoche, me sentía demasiado rara y

avergonzada como para mirarlo a los ojos. Primero por haberme puesto a gemir como una idiota, después por todo lo que me fue diciendo al oído, luego por haberle dado un beso antes de dormir, y por último por todo lo que me había contado en la cama. Ahora que sabía todo lo que había vivido con Olivia, podía comprenderlo un poco mejor. Me imaginaba, por ejemplo, por qué no llevaba a ninguna mujer a su casa. Después de haberse topado con su novia engañándolo allí, su casa sería su santuario, y no querría que nadie entrase. Además, también comprendía que no estuviese dispuesto a tener una relación. Era lógico. No es que le hubiera engañado sin más teniendo un lío de una noche, sino que, además, los había pillado el mismo día que ella había aceptado casarse con él. *¿Cómo podía ser alguien tan despreciable?* Encima, tuvo que superarlo todo él solo, y aunque me dijo que todo era porque no quería que sintieran lástima de él, esa versión no me cuadraba del todo. Sin embargo, si ni tan siquiera se lo había contado a su mejor amigo, tampoco le iba a insistir para que me diera todo lujo de detalles. Tiempo al tiempo.

Ahora mi problema era que no podía verlo con los mismos ojos después de que me susurrase todo aquello al oído. No después de que él fuera el protagonista de todas y cada una de las escenas que me narró. ¿Y si se lo decía? No sabía si nuestra química era producto de mi imaginación, o si solo era por mi parte, pero no estaría mal hablarlo y comprobarlo. Sin embargo, ¿qué haría si me rechazaba? El ambiente quedaría enrarecido entre nosotros y la actuación que llevábamos a cabo se iría al traste. También podría pensar que estaba interesada en él a un nivel más romántico y con su mala predisposición a las relaciones, lo haría sentir incómodo y volveríamos a la situación anterior. Al final, todo podía acabar mal. No valía la pena arriesgarse por un polvo. Era mejor que todo

siguiera su curso y procurar que las cosas no volvieran a ponerse como la noche anterior.

Salí de la ducha envolviéndome en la toalla. El espejo estaba completamente empañado. Abrí la puerta para que la humedad se desvaneciera. Owen y Luke bebían un café en silencio. Owen seguía en la barra, justo donde lo dejé. Mientras que mi *novio* estaba de pie, apoyado contra el armario de la cocina, con el trasero tocando la encimera mientras veía la pantalla del móvil con una mano y sostenía la taza con la otra. Owen fue el primero en alzar la cabeza, ya que, desde su posición, veía la puerta del baño. Luke se giró cuando pasé por su lado, recorriéndome el cuerpo con la mirada de arriba abajo. Tragué saliva. *¿Quieres que hagamos ruido?* Eché la cabeza a un lado para ocultar el rubor de mis mejillas.

—¡Buenos días! —dije con alegría mientras salía rápido hacia mi destino. Ni tan siquiera lo miré, era mejor así. Sin embargo, Luke era más veloz que yo. No sé cómo consiguió agarrar el filo de la toalla, deteniéndome justo delante de la puerta. Me hizo girar sobre mis pies, y me sujeté la toalla contra el pecho por miedo de que se cayera al suelo.

—Buenos días, pelirroja. —Ni corto ni perezoso, se abalanzó sobre mis labios. Me besó con una desesperación con la que no estaba acostumbrada. Ya no sabía cuál era su intención, si poner celoso a Owen, si lo hacía porque quería, o si pretendía dejarme con las piernas temblando. *Lo último sí que lo había conseguido*—. ¿Te preparo una taza de café mientras te vistes? —lo preguntó tranquilo, como si no fuera consciente del efecto que había tenido ese beso en mí.

—Ya se lo hago yo —dijo Owen de inmediato. Luke me guiñó el ojo. Ya sabía por qué lo había hecho entonces. Le dediqué una pequeña sonrisa. Vi por el rabillo del ojo como Owen ya se había

levantado y se había hecho con una taza para servirme el café. Luke volvió a acercarse a mis labios, pero en esta ocasión, no para besarme, sino para susurrar.

—¿Ves cómo puedes tener todo lo que deseas? —preguntó haciendo referencia a lo que me dijo anoche. Odiaba que me hiciera sonrojarme con tanta facilidad, y aún más que fuera consciente de ello.

Eché el brazo hacia atrás, agarrando el pomo de la puerta y la abrí, escondiéndome dentro de la habitación mientras veía la sonrisa de Luke. Salí algo más presentable que ayer. Me vestí con unos pantalones vaqueros desgastados ceñidos y me puse una camiseta blanca de manga corta. Después de ponerme los calcetines, metí los pies dentro de las deportivas, y salí de la habitación mientras me hacía una coleta alta, dejando algunos mechones sueltos. Seguían en su aura de silencio tenso e incómodo. *¿Se habían llevado siempre así de mal?*

—¡Aquí tienes! —Owen se levantó de un salto para llevarme la taza de café. Me fijé en cómo Luke había puesto los ojos en blanco y tuve que contener la risa.

—Muchas gracias. —Sujeté la taza con ambas manos. Aunque ellos estuviesen en la cocina, yo me fui directa al sillón del salón. Owen me siguió, sentándose en el sofá y para entonces, Luke también estaba acercándose.

—Oye, gracias por dejarme dormir aquí anoche. —Le di un sorbo al café mientras hablaba. Luke se sentó en el brazo del sillón, justo a mi lado. *¿Desde cuándo me ponía tan nerviosa tenerlo cerca?*—. Sé que no estuvo bien presentarme aquí en mitad de la noche y que os molesté. Lo siento, no fue mi intención. —Asentí con la cabeza. Era mejor dejarlo pasar. Seguí bebiendo café en silencio—. Pero tú y yo siempre nos hemos tenido el uno al otro, y sabía que podía contar

contigo. Me aproveché de nuestra amistad sin pensar en que podría molestarte.

—No fue para tanto —terminé por decir—. Entiendo que os pelearais y que no supieras a dónde ir. —Owen agachó la cabeza, sabía que estaba avergonzado.

—Avisa antes la próxima vez —añadió Luke.

—Lo haré, aunque espero que no haya próxima vez —dijo Owen levantando la cabeza para mirarlo—. Hemos estado hablando y lo hemos arreglado.

—Eso es genial —contesté con falsa ilusión.

—Pues sí… Sobre todo, teniendo en cuenta lo de la semana que viene. —Fruncí el ceño—. La boda, ¿recuerdas?

—¿Cuándo me ibas a decir que vais juntos? —Solté sin pensar. Otra vez me hacía lo mismo. Se supone que era mejor amigo, *¿por qué ya no me contaba nada?* Si no hubiera sacado el tema hubiera estado en la boda como una sujeta-velas.

—Pensaba que te lo había dicho. —Lo conocía lo suficiente como para saber cuándo me mentía. *Genial*, pues jugaríamos a eso.

—No, pero no importa, a mí también se me había olvidado decirte que voy con Luke. —Apretó mi hombro con suavidad—. Además, también vienen sus padres, así que estaré ocupadilla. —Vi el asombro en el rostro de Owen.

—¿Van tus padres? —le preguntó a Luke. Él asintió.

—Mis padres son amigos de los de Doug.

—El mundo es un pañuelo —respondió Owen mientras se levantaba del sofá. Le di un último trago al café, terminándolo—. Emma acaba de llegar a casa —dijo mirando el móvil—. Será mejor que me vaya.

—Yo también me voy. —Dejé la taza vacía sobre la encimera de la cocina—. Bueno, nos vamos —me corregí mirando a Luke.

Los tres salimos del apartamento juntos, de nuevo en un incómodo y largo silencio. No tenía problema en ser la que rompía el hielo de vez en cuando, pero hoy estaba demasiado ensimismada para ser la habladora. Hasta que no vi a Owen marcharse en dirección contraria, no respiré tranquila. Seguí caminando, sin ser consciente de que Luke se había parado un poco más atrás, justo delante del coche que tenía aparcado.

—Adiós, ¿eh? —Me di la vuelta para mirarlo.

—Perdona, estaba pensando en lo que tengo que hacer. —Sacó las llaves del coche de su bolsillo, abriéndolo.

—¿A dónde vas?

—A la cafetería. —Frunció el ceño mirando la pantalla de su móvil un momento.

—¿Un domingo?

—Tengo cosas pendientes. —Suspiró, como si fuera un caso perdido y abrió la puerta del copiloto.

—Deja que te lleve.

—No hace falta. —Di un paso hacia atrás—. Está aquí al lado.

—Y yo voy a pasar por delante en dirección a mi casa, no seas tonta.

—Ya, pero es que…

—Es que… ¿Te da vergüenza? —Me rasqué la nuca, desviando la mirada y aproveché para tensar un poco más la coleta—. Por favor, te escuché gemir, fue peor cuando te escuché cantar —bromeó consiguiendo que soltara una profunda carcajada.

—Perdona, pero canto muy bien —me defendí acercándome a la puerta del copiloto mientras él abría la del conductor.

—Y gimes muy bien. Sube, anda, que te acerco a la cafetería. —Resoplé subiéndome a su lado.

—Vale, ha quedado claro que ya tenemos mucha confianza el

uno en el otro como para hacer el imbécil, pero me gustaría no volver a hablar del tema —comenté mientras tiraba del cinturón hasta abrochármelo—. Sé que es una tontería, pero me gustaría olvidar lo de anoche y hacer como si no hubiera pasado nada.

—Pelirroja, eres muy exagerada. —Ni tan siquiera se dignó a mirarme. La verdad era que no me importaba lo que había escuchado anoche, quería olvidar todo aquello porque quería que la posible tensión sexual que había entre nosotros desapareciera de un plumazo—. Pero está bien, ni un comentario más al respecto.

—Gracias —murmuré apoyando un lado de la cara en el reposacabezas del asiento, contemplando las calles en silencio cuando arrancó. Fue incorporarse a la carretera y poner música. Cerré los ojos un instante, a pesar del miedo a quedarme dormida. *Sí que estás cachonda, ¿eh?* Me espabilé al recordar sus palabras y me aclaré la garganta—. ¿Me has dicho algo?

—Sí, que si tienes comprado un vestido para la boda. —Asentí.

—Y de hecho me acabas de recordar que tengo que recogerlo esta semana de la tintorería. —Me lo apunté en el móvil.

—¿De qué color?

—Azul oscuro. —Busqué en la galería de fotos el vestido para enseñárselo, pero me lo pensé mejor y lo guardé. Luke se dio cuenta de ello.

—Eh, pensaba que me lo ibas a enseñar.

—El día de la boda. —Sonreí—. Puedes parar aquí, no viene nadie. —Encendió los cuatro intermitentes, dejando el coche en doble fila—. Muchas gracias por traerme. —Abrí la puerta con cuidado.

—¿No necesitas compañía?

—No —solté con más prisa de la que pretendía, pero dedicándole una leve sonrisa para no sonar tan brusca—. No te

preocupes, quiero comprobar un par de cosas.

—Está bien. —No supe si le había molestado mi rechazo, y tampoco pensé en preguntárselo. Cerré la puerta con suavidad y lo despedí con la mano. Pasé por detrás del coche hasta llegar a la acera y Luke bajó la ventanilla—. ¿Nos veremos esta semana?

—La cafetería está siempre abierta. —Le guiñé el ojo, dedicándole una divertida sonrisa y me di la vuelta, sacando la llave para abrir. Entré sin mirar atrás, pero sí que me asomé por el cristal de la ventana para comprobar que ya se había marchado. Y de pronto, me sentí sola. Más de lo que estaba acostumbrada.

Capítulo 23

Luke

Puede que Daphne hubiera olvidado todo lo que pasó el día de su cumpleaños, pero a mí no se me iba de la cabeza con tal facilidad. Mi obsesión por ella no hacía más que crecer cada día que la veía. Por eso, esta semana la había visto poco. Ella no estaba interesada, eso era lo único que me repetía cuando pensaba en ella. Si lo hubiera estado, esa noche hubiera tenido todo bastante fácil para lanzarse. Aunque, haberle contado todo lo sucedido con respecto a Olivia podía cortarle el rollo a cualquiera. Era obvio que por su cabeza debían de rondarle mil preguntas. Sabía que algo malo debía tener si me había engañado de esa forma. Habría deducido que era mala persona, que debía tratar mal a Olivia, que a lo mejor la había engañado yo primero, que era una pareja pésima, que merecía estar solo. *Puede que ahora me viera como me veía yo.* Me había mostrado vulnerable por un momento y puede que hubiera perdido mi oportunidad.

Para colmo, durante la fiesta de Halloween, Daphne se había encargado de conquistar a cada empleado de L&T. Ninguno se

olvidaba de comentarme lo ingeniosa, lo divertida, incluso lo atrevida que era. Aunque después de ese comentario, digamos que Lewis se tomó el café con extra de escupitajo que no había solicitado. Esa era otra de las preocupaciones que tenía en mente, ¿en qué momento había llegado a desarrollar celos por cada hombre que se acercara a mi novia falsa? Aunque, por supuesto, al que menos soportaba era a Owen. Las pocas veces que había ido a la cafetería esa semana, estaba todo el rato hablando con ella, haciéndole reír, susurrándole cosas al oído… Parecía que el enfado que Daphne tenía con él, se había ido evaporando hasta desaparecer por completo. No comprendía a ninguno de los dos. Si estaban interesados el uno en el otro que se lo dijeran de una vez y se dejaran de tonterías; aunque eso implicase quedarme sin ella, pero ¿es que acaso la tenía? ¿Acaso iba a tenerla? Esa semana habíamos dejado de enviarnos canciones por las noches. Yo fui el primero en dejar de hacerlo después de haberla visto trabajando codo a codo con Owen el martes. No fue ningún acto de despecho ni nada por el estilo, pero creía que era necesario poner distancia entre los dos. Tal y como ella había dicho en el coche el domingo, había que olvidarlo todo. Aunque ella siguiese siendo la protagonista de todas y cada una de mis fantasías.

—¿Luke? —Mi padre abrió la puerta del despacho, sacándome de mis pensamientos. Cerró tras él, sentándose en una de las sillas que había frente a mi mesa—. ¿Con qué andas ahora?

—Estoy terminando de enviarle a Brown las últimas fotos.

—¿Las del mirador Rockcliffe? —Asentí.

—Las recuerdo, quedaron increíbles.

—¿Y cuándo no? —pregunté sin dejar de mirar a la pantalla, pero sabiendo que mi padre sonreía.

—Sigues igual de creído.

—¿Para qué cambiar? —bromeé cerrando la ventana del ordenador para mirarlo—. ¿Quieres algo?

—¿La famosa Daphne y tú iréis solos a la boda o vamos los cuatro juntos? —*Ah*. Venía como espía de parte de mamá. *Muy típico.*

—Mejor los dos solos primero. Para que se vaya preparando. —Mi padre se echó hacia atrás, abriéndose un poco la chaqueta, sonriendo mientras su mirada se perdía hacia el techo. Solía hacerlo cuando se dedicaba a recordar.

—Conocer a tus suegros es un momento delicado, uno siempre quiere quedar bien. —Se quitó las gafas, llevándose la patilla a la boca—. Aún recuerdo cuando conocí a tus abuelos, estaba hecho un flan. Quería causar muy buena impresión, que me vieran digno de su hija. —Mordisqueó la punta de la patilla para luego suspirar—. Estoy seguro de que a Daphne le pasa lo mismo.

—¿Te refieres a nerviosa?

—Ansiosa por cumplir nuestras expectativas. —Ella estaba más ansiosa porque no descubran que no estamos juntos de verdad que por otra cosa—. Sin embargo, no debe cumplir las nuestras, sino las tuyas. —Volvió a colocarse las gafas.

—Eso lo sé.

—Bien. Se ha labrado una buena reputación por aquí. —Alzó ambas cejas mientras sonreía—. Estoy deseando conocerla. —Tamborileó los dedos por la mesa—. Y tu madre también —añadió con un hilo de voz.

—Pues tal y como lo has dicho, no lo parece.

—Ya sabes cómo es tu madre. Es un poco más… escéptica. —Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres? —Se puso de pie ajustando la chaqueta, y sacudió la cabeza.

— A nada, a nada. —Suspiré.

—Papá, no empieces, no vengas a lanzarme indirectas, ve al grano. —Miró hacia los lados, como si creyera que mi madre nos podría estar escuchando y apoyó las manos sobre la mesa.

—Entiende que es sospechoso que nada más decirte que se acabaron los reportajes en el extranjero porque no sentabas la cabeza, aparezcas con una novia. —No tragué saliva. No me mostré nervioso. Le enseñé mi mejor cara de póker.

—No quería decir nada; primero porque os ponéis muy pesados. —Agaché un momento la cabeza. No había jugado jamás esta carta, pero con el sufrimiento que había pasado, ya era hora de que, al menos, le sacara partido—. Y segundo, porque después de lo que pasó con Olivia, me tomo las cosas con mucha más calma y precaución. Me gusta ser discreto y asegurarme de que la otra persona va en serio conmigo. —Le había quitado todas las sospechas de golpe. Conocía lo suficiente a mi padre como para saber que mis palabras le habían conmovido. No querría haber sacado el tema de Olivia, pero era una buena baza con la que jugar.

—¿Y ella va en serio, Luke? —me preguntó mientras apretaba con suavidad mi hombro.

—Eso creo. —Me sonrió.

—Eso espero, y no porque te hagan daño, porque eso puede pasar; sino porque de un tiempo a esta parte, te veo mejor.

—¿Mejor?

—Entusiasmado, motivado, feliz. —Aquello no me lo esperaba—. ¿Y sabes en qué lo noto? En tu trabajo. En tu arte. Es fácil que una foto de unas cataratas de Islandia te deje atónito, pero que consigas hacerlo con un parque de atracciones perdido de la mano de Dios… Hijo, eso no lo hace cualquiera. —Me dio una palmada en el hombro —. Y eso lo has hecho desde que estás con esa mujer. —Me quedé

en silencio, reflexionando sobre sus palabras.

***

La noche del viernes se me hizo eterna, y eso que tardé más de la cuenta en salir de la oficina, a pesar de no estar haciendo gran cosa. Había preparado el traje de chaqueta para mañana porque mi madre me había pedido una foto para comprobar que todo estaba en orden. En cualquier otro momento, la hubiera mandado a paseo y le hubiera dicho que no tenía cinco años, pero no tenía ganas de discutir, ni tampoco darle pie para que acabara preguntándome por Daphne. En la pelirroja era la última persona en la que quería pensar. Me preocupaba un factor que no había esperado: Owen. Teniendo en cuenta que mis padres sabían todo lo sucedido con Olivia, si veían un mínimo indicio de tonteo, o que Daphne le prestaba una atención excesiva a él en lugar de a mí… En fin, mi padre me llevaría a un sitio discreto y me lo dejaría caer, pero mi madre se tiraría a su yugular si considera cualquier posible infidelidad por su parte. Al menos, Emma también estaría allí, así que Owen estaría embelesado con ella. Eso si no volvían a discutir. Sentía cierta curiosidad por el origen de su pelea, pero no quería ser un cotilla delante de Daphne, además no sabía si ella conocía lo sucedido. Puede que sí y que por eso hubieran hecho las paces. Me dejé caer en el sofá, resoplando. Ella era en lo único que no quería pensar y acaba siendo lo único en lo que pensaba.

And the truth of the matter is I never let you go. Me sorprendió su mensaje. Ayer no habíamos hablado en todo el día, y hoy solo iba a decirle a qué hora la recogería mañana. Por primera vez, no conocía la canción que había dicho. La busqué y la escuché un par de veces antes de contestarle. *Mary on a cross* del grupo Ghost.

We were searching for reasons to play by the rules, but we quickly found it was just for fools. Fueron los versos que más me calaron de toda la canción. En parte, porque me recordaban a ella.

Your beauty never ever scared me. Contestó, para luego añadir. *Hola, perdido.* ¿Era tan horrible admitir que me gustaba que me hubiera echado de menos? Lancé el móvil un segundo al lado. Ni tan siquiera me había dicho que me echaba de menos, ¿por qué sacaba esas conclusiones por ese tipo de saludo? Tomé una gran bocanada de aire antes de coger el móvil y responderle.

Hola, pelirroja. Así, informal, que no se notase que me importaba hablar con ella.

¿Qué tal todo? Has estado muy desaparecido esta semana. Eso sí era que me había echado de menos, ¿no? Bah, a la mierda.

¿Eso es que me has echado de menos?

Eso es que me han sobrado unas cuantas galletas de arándanos. Sonreí para mí mismo. Sabía que eso sería lo máximo que podría sacarle. *¿Nervioso por mañana?* No creí que fuera idea confesarle que estaba cagado.

Para nada. Sé que iré guapísimo.

Ya somos dos. De forma inconsciente, la recordé en aquel sensual traje rojo en la fiesta de Halloween y mi corazón dio un vuelco.

¿Vas a querer ir a la ceremonia o directamente al banquete?

Al banquete. Trabajo por la mañana y no me daría tiempo. Puse los ojos en blanco. *Owen sí que irá a la ceremonia.*

Vaya, ¿él no trabaja en su cafetería? No querría habérselo preguntado así, pero me salió de manera automática.

No, porque él ha tenido turno de tarde hoy. Además, no me gustan las bodas. La fiesta sí, pero las ceremonias… Demasiado discurso cursi para mi gusto.

Uf, sí, dos personas jurándose amor eterno, menudo coñazo. Yo sí sentía cierta debilidad por esos discursos. No por la parafernalia que conllevaban, sino porque me parecía romántico proclamar delante de otras personas que querían compartir sus vidas. Me gustaba la idea de compartir mi felicidad con las personas que me querían.

Ya se sabe que lo sienten, sino no se casarían.

Te sorprendería la cantidad de veces que eso no es así.

Vaya, no sabía que eras fanático de las bodas. Me cansé de mantener una conversación por mensajes. Le di a su perfil, y la llamé.

—¿Luke?

—No soy un fanático de las bodas —dije a modo de saludo, escuchando su risa.

—Claro que no.

—Me parece bonito que alguien proclame su amor por otra persona en público, que quieran compartir con los demás lo que sienten y no sé… Que todo el mundo lo recuerde —expliqué mientras me levantaba del sofá—. Una boda puede ser legendaria.

—Lo importante es que lo sea la persona con la que te casas. —Recordé la infinidad de veces que me había imaginado a Olivia vestida de blanco casándose conmigo, incluso antes de pedirle matrimonio.

—Bueno, todos queremos ser legendarios para alguien, ¿no? —murmuré, apagando la luz del salón—. Aunque nos podamos equivocar.

—Oye, Luke.

—¿Sí? —Se aclaró la garganta.

—No creo que fueras tú el que se equivocara. —Me quedé quieto delante de la cama. Guardé silencio más tiempo de la cuenta—. El

que se equivoca es el que comete el error, tú no lo hiciste. —Aparté la vista de la cama, andando hacia la ventana para mirar las luces de la ciudad. No tendría que haberle contado lo de Olivia. Había sido una estupidez—. Lo que quiero decir… es que no creo que confiar en alguien sea un error, sino un acto de valentía. —No supe qué contestar—. Un acto legendario, ¿no crees? —Tragué saliva.

—Pelirroja…

—Perdón, perdón. No tendría que haber dicho nada —dijo a toda prisa—. No diré nada más al respecto.

—Gracias. —Aunque no me refería a lo último que había dicho, pero era mejor así.

—Bueno… —El ambiente se había quedado enrarecido. Me maldije a mí mismo—. ¿A qué hora quedamos mañana?

—¿A la una?

—Genial, ¿me recoges en la cafetería? —Parpadeé.

—¿En la cafetería? —Tendría que haberla escuchado mal—. ¿Vas a vestirte allí?

—Sí, no te preocupes. A las una en punto estaré preparada en la puerta. —Suspiré.

—Vale, perfecto, allí estaré.

—¿Algo que tenga que tener en cuenta mañana?

—Owen. —Me golpeé la frente cuando repitió su nombre, confusa por lo que le había dicho. Me hubiera gustado decírselo de forma más sutil, pero todo lo que me había dicho antes me había dejado con las emociones a flor de piel—. Contrólate un poco.

—¿Perdona? —Se estaba cabreando—. ¿A qué te refieres exactamente?

—A las miraditas, a las risitas… A juntaros demasiado, en fin, a como os habéis comportado esta semana. —Daphne soltó una carcajada incrédula.

—Tienes que estar bromeando.

—No. —Me senté en la cama—. Mira, no lo digo por mí, a mí me da igual que babees por Owen, pero mi madre sabe lo de Olivia y sacará las garras si cree que podrías estar interesada en otra persona, ¿entiendes? Irá a por ti. La conozco. No se andará con medias tintas, ni será delicada.

—Oh, espero que sea así de arpía con la zorra de tu secretaria. —Abrí los ojos y, por mucho que me esforzara en no reírme, se me escapó una carcajada.

—¿Perdón? —Daphne resopló cuando la imité.

—Déjalo —respondió enfadada—. Tranquilo, solo babearé por ti en la maldita boda.

—Eso espero.

—Ten cuidado, podrías resbalar. —A pesar de estar enfadada, seguía bromeando—. Aunque si no lo haces en la oficina…

—Veo que Charlotte no te cayó bien…

—No, claro que no. No hacía más que tontear contigo, incluso cuando yo estaba delante, por favor, ¿a quién se le ocurre?

—No te preocupes, pelirroja, yo solo tenía ojos para ti. —Volvió a resoplar, restándole importancia.

—Y yo solo los tendré para ti en la boda. No dudes de mi actuación otra vez porque te sorprenderé igual que en Halloween.

—Ya veremos, mañana es la prueba de fuego.

—Sí, así que me voy a dormir.

***

Esperaba que el enfado se le hubiera pasado durante la mañana porque mis nervios no habían desaparecido a pesar de lo que hablamos anoche, sino todo lo contrario. No sé cuántas veces me

había maldecido a mí mismo por haberle contado lo de Olivia. No quería su pena ni su compasión, por eso no había querido decírselo a nadie. Aunque esos no habían sido todos mis motivos. Tate y Olivia habían sido amigos de toda la vida, no quería que se pelearan y se dejaran de hablar por mi culpa. A pesar de todo lo que me había hecho, la había protegido hasta el final. Incluso años después. Soporté que Tate me dijera lo buena pareja que hacía con ella, la pena que le había dado que lo dejáramos y también las veces que nos había intentado volver a unir. Un día que nos citó a los dos a espaldas el uno del otro, fue cuando todo explotó. La insulté a ella y me cabreé con él, y aun con toda la rabia que había sentido, no le había dicho la verdad a Tate. Se querían, eran importantes el uno para el otro. Sabía que Tate se quedaría entre los dos y no aceptaba ser yo quien lo pusiera en una escabechina, y Olivia había optado por hacer lo mismo. Además, con su versión, ella no quedaba como la mala.

Saqué a Olivia de mi cabeza y me eché un último vistazo antes de salir. Me sentía raro vestido con traje de chaqueta. Era un traje negro, al igual que la camisa que llevaba debajo, y había optado por una corbata azul que tenía en mi armario, ya que Daphne me dijo que su vestido era azul. La ajusté antes de salir, esperando que se diera cuenta de aquel pequeño detalle. Miré la hora, y bajé corriendo por las escaleras en lugar de esperar al ascensor.

Llegué un par de minutos tarde, pero Daphne no estaba esperando en la puerta. Suspiré, aliviado, y le mandé un mensaje para decirle que ya estaba allí. No tardó ni un minuto en salir. Bajé la ventanilla cuando escuché el tintineo de la puerta, pero terminé saliendo del coche cuando la vi aparecer, sin importarme que estuviera en segunda fila. Daphne lucía un vestido azul de tirantes finos con un escote en forma de V. Le quedaba ceñido hasta llegar a

la cintura, donde después descendía hasta llegar a la altura de sus tobillos. Una maravillosa raja le dejaba una pierna al descubierto, deteniéndose justamente en el inicio de su ropa interior. *Sexy pero elegante.* Tragué saliva, contemplándola como si fuera una verdadera obra de arte. Me acerqué a ella, en silencio. Me había dejado sin palabras y disfrutó de ello. Le tendí la mano, ayudándola a caminar con esos tacones que parecían de cristal y la acompañé hasta el asiento del copiloto. Me mordí el labio inferior cuando me fijé en que tenía la espalda al aire, con tan solo dos tiras en forma de equis que sujetaban su vestido. Creía que lo de Halloween sería insuperable pero aquella mujer era mi perdición.

Me senté en el asiento del conductor, fijándome de reojo en cómo se ponía el cinturón. Ni tan siquiera me había dado cuenta de que llevaba un bolso minúsculo en el que había logrado guardar el móvil, su cartera y un poco de maquillaje. Como si yo no estuviera, bajó la visera del coche para verse en el espejo y terminó de pintarse los labios de rojo, tal y como solía llevarlos. Sacudió con suavidad la cabeza, dejando que sus ondas pelirrojas cayeran por encima de sus hombros, y solo entonces, me miró a los ojos.

—¿Quién va mejor de los dos? —preguntó con cierto tono de broma por lo que le dije la noche anterior.

—Tú. —Abrió los ojos, sorprendida.

—¿Ya está? ¿Ni una broma ni nada?

—No. Eres una diosa. —Se ruborizó y desvió la mirada hacia la ventana.

—Arranca, vamos. —Esta vez, ella se tomó la libertad de encender la música—. Y tú tampoco vas mal, ¿eh? Bonita corbata. —Sonreí, victorioso.

Capítulo 24

Daphne

Una diosa. Luke estaba desesperado por hacerme sentir bien. Yo no era una diosa, ni me acercaba a ser un ángel. Volví a abrir la visera del coche para verme en el espejo. Aunque debía reconocer que no iba nada mal. Sonreí cuando vi la corbata de Luke. Se había acordado de que mi vestido sería azul. Pensaba que le pasaba algo conmigo por haberlo visto tan poco esta semana. Lo había echado de menos, y eso no me gustaba. Me había prometido a mí misma que dejaría de pensar en Luke de una maldita vez, pero era difícil no recordarlo cuando me metía entre las sábanas. Se empeñaba en aparecer en todos los sueños que tenía, y todos los volvía tan tórridos, que me despertaba en mitad de la noche con la necesidad imperiosa de tenerlo en mi cama. Me alegraba que Marcie aún no hubiera vuelto de su viaje, porque los gemidos que soltaba por las noches mientras pensaba en Luke, no eran para nada fingidos. Cuando lo había visto aparecer tan elegante en la puerta de la cafetería, había tenido que respirar profundamente para relajarme y me había sentido muy orgullosa cuando vi que lo había dejado sin

palabras. Aunque yo tampoco había abierto la boca porque él había tenido el mismo efecto en mí. *Para qué engañarnos.*

Owen había dicho que este vestido me quedaría increíble y, en un arrebato para llamar su atención, me lo había comprado meses atrás, y ahora me había servido para dejar sin palabras a otra persona. *¿Qué coño me pasaba?* Me repetí que tan solo estaba muy concentrada en mi papel. Me había sentado mal lo que Luke me había soltado anoche sobre lo de tontear con Owen, pero tenía razón. Debía mantener las distancias con él para actuar delante de sus padres. Ese era el trato. Cuanto antes lográramos nuestros respectivos objetivos, antes volveríamos a la normalidad. Tal y como él había dicho anoche, esta era la prueba de fuego. Además, Emma estaría con Owen, así que no hablaríamos tanto.

Esta semana, Emma había estado desaparecida. Supuse que aunque hubieran hecho las paces, el ambiente seguía tenso entre ellos, y que eso había hecho que se acercara a mí. Mentiría si dijera que no me había gustado recibir aquella atención, pero me había hecho dudar sobre su intencionalidad. ¿Se acercaba a mí porque quería o porque estaba resentido con Emma? ¿Y si eso era lo que había pasado la noche en que nos besamos? Mi semana se había basado en disfrutar a ratos con Owen, y desesperarme por Luke por las noches. No sabía qué momento del día había sido peor.

Me había hecho ilusión recuperar esos momentos que Owen y yo compartíamos. De repetir nuestras bromas, nuestros cuchicheos, nuestras risas, aunque Luke las hubiera interpretado de manera errónea, porque ahí no había nada de tonteo, *¿verdad?* No, yo no haría eso sabiendo que tenía novia. Lo único que quería provocar era que se diera cuenta de que yo existía, de que estaba ahí, de que había estado siempre. De que entre nosotros había algo más que una simple amistad. Sin embargo, todo había seguido como desde el

principio. Aunque el hecho de que nuestra complicidad hubiera regresado, podía ser una buena señal. Cerré los ojos un instante y suspiré. Owen no podía estar en mi cabeza esa noche. Abrí los ojos y me fijé en Luke con disimulo. Se había recortado un poco la barba. Suspiré. Era guapo, sin tener que esforzarse. Se me hacía muy raro verlo en traje y ahora entendía que no fuera así a trabajar. Si fuera en traje de chaqueta a la editorial, nadie prestaría atención al trabajo, sino que tendrían puestos los ojos en él.

No había sido consciente de que había aparcado el coche hasta que dejé de escuchar la música. Me estaba mirando con una sonrisa ladeada.

—¿Preparada? —Asentí con la cabeza. Abrí la puerta, pero él consiguió adelantarse, bajando primero del coche y tendiéndome la mano cuando salí—. Vaya, ¿vas a ser un caballero? —Me recorrió el cuerpo con la mirada, y un intenso calor inundó cada fibra de mi ser.

—Voy a intentarlo. —Tragué saliva. *Que Dios me ayudara.*

El hotel *Sun palace* era impresionante. Destacaba por ser uno de los mejores hoteles de la ciudad y no era una exageración. Había unas infinitas listas de espera para poder celebrar cualquier evento en él y ahora que estaba allí, las comprendía. Merecía la pena la espera. Habíamos pasado por la recepción y ya sentía que estaba en un cuento de hadas, así que cuando llegamos al salón en el que se realizaba el banquete, casi se me escapa un suspiro de admiración.

La sala era gigantesca. Unas lámparas de araña reinaban el techo del lugar, dándole un aspecto clásico que iluminaba las majestuosas paredes de mármol blanco y anaranjadas. El suelo, también de mármol, parecían casillas de ajedrez, y aunque pudiera apreciarse alguna que otra grieta muy superficial, era parte de su encanto. Al fondo, había un portón dorado que brillaba a la luz del sol y resaltaba sus vidrieras de colores a pesar de estar abierto de

par en par. La feliz pareja posaba para el fotógrafo en aquel verdoso jardín cubierto de flores, con un sol muy poco característico para estas fechas, pero que brillaba como nunca.

Aunque el lugar fuera muy convencional, la organización de la boda no lo era. A diferencia de las bodas clásicas en las que los novios lo dejaban todo preparado para que cada invitado se sentara en el sitio indicado, ellos habían optado por dejar las mesas libres y que cada uno se sentara donde quisiera. Alrededor de la sala, había distintas mesas en las que se podía coger la comida, a modo de buffet. Olía a las mil maravillas. Luke y yo caminamos por el sitio, descubriendo comida japonesa, italiana, francesa, tailandesa, china, española… Había tanta variedad que abrumaba. En otra mesa, también preparaban cócteles lujosos y muchos camareros pasaban con bandejas llenas de copas con diferentes tipos de vino. Luke se encargó de parar a uno de ellos para pedirle dos copas de vino blanco, ofreciéndome una.

—Gracias. —Chocó su copa contra la mía con suavidad, y le dimos un trago al mismo tiempo—. ¿Tus padres han llegado ya? —Miró a su alrededor y se encogió de hombros.

—Puede, aquí hay muchísima gente. —Volvió a darle un sorbo al vino—. ¿Y Owen? —Lo imité buscando entre la multitud alguna cara conocida.

—Estará por ahí, pero vete a saber dónde.

—¿Quieres saludar a los novios? —Me giré en dirección al jardín donde estaban haciéndose las fotos.

—Creo que será lo mejor. —Me tendió el brazo, y me sujeté a él para caminar a su lado. Me sentí cursi por ir andando así con él, como si fuera una princesa sacada de algún cuento, pero también debía reconocer que me hacía muchísima ilusión. Me sentía guapa. *Eres una diosa*. Luke exageraba.

Nos detuvimos mientras les hacían una foto bajo un sauce llorón, mirándose el uno al otro con un amor inconfundible. Podía llegar a comprender por qué Luke decía que le gustaban las bodas. El hecho de compartir ese amor con los demás, el demostrarlo delante de la gente… Puede que tuviera su encanto. En cuanto Amelia, me vio, gritó alegre mi nombre.

—¡Daphne! —Doug se unió a ella, acercándose a mí. Los abracé a ambos, con cuidado de no estropear el esmoquin de él y no tirarle del velo a Amelia.

—Estáis guapísimos, por favor. —Los observé con una amplia sonrisa—. ¡Ha pasado muchísimo tiempo! ¡Y os tengo que ver así de elegantes!

—Tú sí que estás preciosa, cariño —dijo Amelia mientras me apretaba con suavidad el brazo—. Y bien acompañada por lo que veo.

—Oh, sí, este es Luke Watts, mi novio. —Dio un paso al frente para unirse a la conversación.

—¿Watts? —repitió Doug—. ¡Claro! Nos veíamos en las vacaciones de verano, tus padres están ahora mismo con los míos. —Le dio varias palmadas en la espalda—. No sabía que estabais juntos, el mundo es un pañuelo. —Siguió zarandeándolo de forma efusiva, tal y como solía hacer.

—Hemos estado con Owen y su novia… ¿Emma? —Asentí—. Tampoco la conocíamos. —Me di cuenta de que estaba luchando contra su velo, y la ayudé a encajarlo bien en su moño rubio—. Gracias.

—Estás preciosa, Amelia —le comenté mientras sujetaba sus manos, contemplando sus ojos verdes—. Me alegro muchísimo por vosotros.

—Gracias. —Tenía las lágrimas saltadas y una enorme sonrisa en

su rostro, se inclinó sobre mí para susurrarme al oído—. Y tú has pillado a uno bien guapo, ¿no? —Miré a Luke de reojo, el cual seguía hablando con Doug, y a pesar de no recordarlo, conversaban como si se conocieran de toda la vida.

—No está mal —susurré. Nuestras miradas se cruzaron un instante y la aparté con rapidez—. Hoy conozco a mis suegros, deséame suerte.

—Yo los conozco. —Apoyó la mano en mi hombro—. Ten cuidado con su madre. Es una mujer de armas tomar.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Seguimos, pareja? —preguntó el fotógrafo.

—Nos vemos luego, chicos. —Se despidieron de nosotros, marchándose con el fotógrafo para seguir con su reportaje. Luke se quedó mirando lo que les decía para después resoplar.

—Venga ya, ahí van a salir unas fotos de mier…—Lo sujeté de la mano que tenía libre, negando con la cabeza.

—Vámonos. —Puso los ojos en blanco, mientras seguía refunfuñando por lo bajo como debía cuadrarse bien una foto. Al entrar en el salón, no tardé en terminarme la copa y Luke lo hizo al mismo tiempo que yo.

—Vale, acabo de ver a mis padres. —Tragué saliva. Ahora esa copa me había sabido a poco—. ¿Estás preparada? —Asentí.

De lejos, sus padres parecían una pareja de actores de Hollywood. Robert Watts era un hombre alto, igual que Luke, y muy imponente. Su complexión era esbelta y parecía una persona muy elegante, con unos hombros rectos y un tanto anchos, además de un abdomen plano. Lucía un pelo canoso, que lejos de hacerlo parecer mayor, le daba un toque distinguido. Su rostro era alargado, con unas facciones marcadas y unos pómulos muy definidos. Sus ojos azules parecían más grandes detrás de sus gafas negras de

pasta, y por suerte, sonreía mientras me miraba. Sin embargo, su mujer, Samantha, me miraba con gesto serio.

Samantha Watts también era una mujer alta, de figura estilizada y curvilínea con una elegancia característica de una auténtica modelo. Era delgada, con una cintura bastante definida, unas caderas proporcionadas y su escote era muy pronunciado en aquel vestido de color rosa palo. Ella, al contrario que su marido, mantenía su cabello rubio a raya, se había hecho unas ondas al final de su pelo y parecía mantenerlos fijos con laca. Tenía unos pómulos altos y una mandíbula bien contorneada la cual se tornó en una sonrisa que le dedicó a su hijo. Sus ojos castaños me estudiaban con curiosidad pero también se mostraban serenos y distantes.

—¡Cariño! —Abrazó a su hijo, pero sin llegar a pegarse por completo a él, sino que le dio un rápido beso en la mejilla, dejándole un rastro de brillo de labios en la barba, el cual se limpió con sutilidad.

—Mamá, papá. —Los miró a ambos, y luego me tendió la mano —. Esta es Daphne. —El primero en acercarse fue Robert. Me dio la mano y se la estreché con seguridad—. Tenía muchas ganas de conocerte, Daphne.

—Lo mismo digo, señor Watts —contesté con la voz entrecortada, mostrándome algo tímida. Me giré un poco para recibir una crítica sonrisa de Samantha—. Y también tenía muchas ganas de conocerla a usted, señora Watts.

—Por favor, llámame Samantha. —Apoyó la mano en mi hombro, acercándome a ella, para darme también otro abrazo rápido con un solo brazo, el cual le devolví.

—Samantha —repetí con una sonrisa.

—Luke, Robert, ¿por qué no vais a por algo de beber? Es de mala educación tener a vuestras mujeres sedientas, ¿verdad,

Daphne? —Me reí nerviosa, mirando a Luke con cara de auxilio, pero él se limitó a acariciar mi antebrazo, antes de alejarse con su padre para buscarnos una copa—. Bien, Daphne. —Pasó su brazo por encima de mis hombros—. Luke nos ha hablado muy poco de ti, debo decirte que te ha mantenido en secreto muchos meses.

—Sí, verá…

—Y todo ha coincidido con que lo hemos apartado de los reportajes en el extranjero. —Abrí la boca para explicarme, pero Samantha siguió hablando—. Así que eso y tu aparición me han hecho cuestionarme una cosita.

—¿Sí? —pregunté casi sin voz.

—Daphne, ¿te ha contratado mi hijo? —Abrí los ojos, apartándome de ella sin ser demasiado brusca.

—¿Disculpa? —Samantha suspiró, parecía molesta por tener que repetir la pregunta.

—¿Eres prostituta? —preguntó en un susurro.

—¿Qué? ¡No! —respondí indignada—. ¡Soy empresaria! Tengo una cafetería, se llama Tinta y café. —Aun así, me estudió en silencio, encogiéndose de hombros.

—Lo siento, si no te lo preguntaba, no me quedaba tranquila. —Se cruzó de brazos—. Mi hijo es capaz de todo con tal de volver a viajar.

—Puede que a Luke le encante hacer reportajes en el extranjero, pero no creo que llegara a ese extremo. —Hizo una mueca con los labios.

—Aquí tenéis. —Nunca me había alegrado tanto al ver a Luke. Cogí la copa de vino con una sonrisa y contempló mis ojos un momento. Me pareció una manera de pedirme disculpas por haberme tenido que dejar sola con su madre, durante lo que me resultó una eternidad. Le di un rápido sorbo, saboreando el vino

blanco, pidiéndole que me insuflara valor y paciencia para el día que venía por delante.

—¿De qué hablabais?

—Oh, Daphne me hablaba de su negocio, Tinta y café, ¿no es así, querida? —Tragué saliva, sonriendo. Claro, no iba a decir que antes me había confundido con una prostituta.

—Sí, este año hemos abierto un local más grande, por fin.

—Sí, es increíble, da igual a qué hora vayas, siempre está lleno —comentó Luke—. Además, también tiene un espacio para la lectura, donde los clientes pueden compartir sus libros favoritos, dejándolos en las estanterías que tienen en la parte de arriba.

—Eso suena encantador, me encantaría ir algún día —respondió Robert con amabilidad. Puede que a él me lo imaginara en la cafetería, sentado, quizás leyendo un libro mientras se tomaba un capuchino como su hijo, pero era incapaz de visualizar a su mujer con él. Era demasiado estirada para aquel ambiente.

—Te van a encantar sus galletas de arándanos. —Sonreí al escuchar a Luke hablar tan apasionado. ¿Era porque yo estaba ahí? ¿Era porque quería venderme bien ante sus padres? ¿O realmente le gustaba mi negocio?

—¿También vendéis comida? —Me sorprendió que fuera su madre quien preguntara.

—Galletas, magdalenas, tartas… Vamos variando en función de su popularidad, pero siempre hay galletas de arándanos para cuando viene su hijo. —Luke me sonrió.

—Debe ser un negocio duro al que le echarás muchas horas.

—Demasiadas —murmuró Luke, pero en lugar de llevarse una reprimenda por mi parte, fue su madre quien lo criticó.

—Para que tu negocio triunfe, debes dedicarle todo tu tiempo, hay que hacer muchos sacrificios y ella es lo suficientemente madura

como para comprenderlo. —Volvió a sorprenderme de nuevo, pero asentí con la cabeza.

—Es verdad que, a veces, siento que me he perdido muchas cosas a lo largo de estos años, pero estoy orgullosa de Tinta y café. Me dedico en cuerpo y alma a la cafetería y disfruto con ella. Puede que eche muchas horas, a veces más de las necesarias, pero es mi sueño desde que era una niña, y no me supone ningún problema pasar allí tanto tiempo.

—Bien dicho —dijo Robert alzando su copa para darme la razón.

—¡Samantha! —Una invitada se apresuró a abrazar a la madre de Luke—. ¡Cuánto tiempo! —Aprovechando el encuentro con quienes parecían unos amigos, me acerqué más a Luke.

—¿Podemos quedarnos solos un rato? —susurré. Parpadeó y asintió con la cabeza.

—Claro. —Se aclaró la garganta—. Vamos a comer algo, después os buscamos. —Sus padres dieron el visto bueno a que nos marcháramos y respiré más calmada cuando nos separamos—. ¿Estás bien?

—No sabía que iba a ser todo tan intenso. —Luke se echó a reír.

—Oh, vamos, no ha sido para tanto.

—Claro, tú no estabas cuando me ha llamado puta. —Casi se atraganta con el vino y no pude evitar reírme.

—¿Cómo? —Suspiré.

—Tu madre creía que me habías contratado para hacerme pasar por tu novia y recuperar tu trabajo haciendo reportajes en el extranjero.

—Se va a enterar… —dijo sin más. Lo agarré con fuerza del brazo, tirando de él para que no se fuera a ninguna parte.

—Quieto. No vas a decirle nada. Todo ha salido bien.

—Pero te ha llamado…

—¿Y qué más da? Déjala, no tiene importancia —le expliqué—. Es una anécdota graciosa.

—Sí, es muy gracioso que insinúe que mi novia es una prostituta. —Llevábamos más de un mes fingiendo que éramos pareja, y aún me resultaba raro. Me quedé mirando a la nada con una sonrisa en mi rostro—. ¿Por qué sonríes?

—¿Eh? No, no, por nada. —Le di un sorbo a mi copa.

—Yo estaría indignado siendo tú. —Me encogí de hombros.

—Bueno, al principio lo he estado, pero luego se me ha pasado. —Resopló—. No lo habrías hecho, ¿verdad? —Frunció el ceño.

—¿El qué?

—Ya sabes… Contratar a…

—¡Por supuesto que no! No estoy tan mal de la cabeza. —Se inclinó hacia mí, susurrando—. Bastante malo es traer ya una novia falsa, ¿no te parece? —Asentí despacio. ¿Por qué me había molestado tanto aquel comentario? Sentí una opresión en el pecho —. En fin… siento el comportamiento de mi madre, está como una cabra.

—En serio, da igual. —Agarré mi codo con la mano mientras que con la libre me acerqué de nuevo la copa a los labios y me distraje viendo todas las mesas con comida—. ¿Vamos a por algo de comer?

—Ya estás tardando en probar las gyozas. —La voz de Owen detrás de mí hizo que diera un bote.

—Se ha vuelto loco con ellas, he perdido la cuenta de cuántas se ha comido —añadió Emma. Lucía un vestido lila, de palabra de honor, largo y recatado, con un chal de seda de un color rosa claro. Iba muy elegante y sofisticada, tal y como era ella. Tenía el pelo recogido en un moño, aunque en la peluquería se habían encargado de que unos pequeños tirabuzones se escaparan para darle un toque más desenfadado. Me fijé en el traje de chaqueta de Owen, también

muy austero, negro y simple. No había tenido en cuenta el color del vestido de Emma, a diferencia de Luke, y la llevaba de color verde esmeralda—. ¿Vosotros ya habéis comido algo?

—Aún no —contestó Luke—. Estás guapísima, Emma. —Sí que iba a intentar ser un caballero.

—Veo que te compraste aquel vestido al final. —Miré a Owen, sorprendida. Se limpió la boca con la servilleta. No lo había comprado delante de él porque quería darle una sorpresa el día de la boda, pero imaginaba que ya se le habría olvidado—. Vas preciosa. —Aquel comentario no sonó fuera de lugar después de que Luke hubiera dicho lo mismo a Emma.

—Sí, vamos muy bien acompañados, ¿no te parece? —preguntó Luke mientras entrelazaba nuestros brazos.

—Sin duda alguna. —Pasó el brazo por encima de los hombros de Emma. Ella me tendió la mano y se la agarré sin vacilar.

—¿Buscamos algo para comer que no sean gyozas? —Salimos las dos de debajo de nuestros novios, sonriendo.

—Me encantaría. —Ellos nos siguieron en silencio. Si la tensión pudiera verse, podría haberla cortado con un cuchillo. Sin embargo, nosotras seguimos nuestro camino, comentando toda la cantidad de comida variada que había, haciendo caso omiso a nuestras parejas durante un rato. Finalmente, nos paramos delante de una mesa en la que había comida mexicana y nos servimos un par de tacos para cada uno. Los degustamos en silencio hasta que Emma casi se mancha el vestido con la salsa y se excusó para marcharse. Luke se disculpó para ir a buscar otra copa de vino y Owen y yo nos quedamos a solas.

—De verdad que estás guapísima. —Sonreí—. No sabía que te lo habías comprado.

—Ni yo que te acordaras de él.

—Cómo para olvidarlo —susurró sin más. No tenía claro si quería que lo escuchara o no, pero decidí hacerme la loca. Esta semana nos habíamos acercado más el uno al otro, pero cuando Luke hacía acto de presencia, me sentía terriblemente incómoda con Owen, como si estuviera haciendo algo malo por el hecho de estar con él.

—¿Ya me vas a contar por qué discutisteis Emma y tú?

—Por su padre. Digamos que no encajé muy bien en sus expectativas y no logré tomármelo bien. Sobre todo, porque ella parecía estar de acuerdo.

—¿De acuerdo? —Suspiró mirando su copa mientras agitaba lo poco que le quedaba de vino tinto—. ¿En qué sentido?

—Cree que nada me motiva. Cree que no me tomo en serio mi trabajo en la cafetería. —Me quedé en silencio. Hacía mucho tiempo que Owen no se implicaba en el negocio de la misma manera. Sí que había puesto todo su empeño cuando ambos necesitábamos que la cafetería saliese a delante, pero después su interés había ido disminuyendo. Marcie también me lo había comentado unos meses atrás—. Y cree que debería… bueno, buscar otro trabajo. —Le di un sorbo al vino, procurando tomarme con calma cada una de sus palabras.

—Tinta y café no sería lo mismo sin ti. —Eso fue lo único que logré decir—. Es nuestro negocio.

—Sí, pero es *tu* sueño. —Hizo énfasis en que era mío. Podría no haberme seguido en todo aquello, pero lo hizo. Eso debía significar que también le gustaba lo que hacíamos.

—Pensaba que te gustaba.

—Claro que me gusta, pero… no sé, Daphne. Quizás Emma tenga razón.

—¿En qué? —preguntó Luke incorporándose a la conversación.

—En nada.

—Voy a buscar a Emma. —No me dio tiempo a decir nada más antes de que Owen desapareciera. Me acabé el poco vino que me quedaba de un golpe y recibí con agrado el que Luke me había traído, aunque justo cuando iba a cogerlo, echó la copa hacia atrás.

—¿Qué ha pasado?

—Va a dejar Tinta y café.

—¿Cómo? —Suspiré enfadada. Sabía que no era lo que había dicho, pero sí era lo que yo había acabado interpretado.

—La discusión con Emma fue por eso —resumí—. Dice que no tiene interés por nada y que parece que ya no le gusta trabajar en la cafetería, así que Owen se está planteando dejarla.

—No me extrañaría. —Le quité la copa con un gesto brusco.

—¿Por qué?

—Porque es tu cafetería, ¿no? Siempre ha sido así. Él te ayudaba, pero ¿le gustaba? —Pensé un rato largo la respuesta.

—Creía que sí. Se le ocurrían cosas, cocinaba las tartas y… —Mi voz se apagó. Siempre me pedía permiso, no llegaba a mostrar nunca la iniciativa, no sentía la cafetería como suya. Eso estaba claro —. Supongo que le entretenía, pero no le llenaba de verdad.

—De todas formas, ¿va a dejarla ya? —Negué con la cabeza—. Entonces es un problema para la Daphne del futuro, ahora estamos aquí, en una boda.

—Sí y tenemos gente a la que impresionar, ya lo pillo. —Luke me sujetó por los hombros, obligándome a mirarlo.

—No he dicho eso. Me refiero a que vamos a divertirnos, ¿de acuerdo? —No había sido consciente de lo mucho que se había acercado a mí hasta que creí que su nariz iba a rozar la mía—. Vamos a olvidarnos del trabajo y de madres malvadas. —No hacía falta que lo sugiriera. Había bastado que se acercara a mí de esa manera para que olvidara lo que había a mi alrededor.

—Sí —murmuré y dio un paso hacia atrás, ofreciéndome su mano con una reverencia.

—¿Sería tan amable de acompañarme a buscar comida tailandesa? —Le di la mano, dedicándole también una referencia.

—Sería un placer.

***

Para cuando los novios se dispusieron a cortar la tarta delante de todo el mundo, tuvimos que levantarnos con el estómago hasta arriba de comida. Nos las habíamos ingeniado para no toparnos con nadie más y estando los dos solos, nos lo habíamos pasado genial. Nos habíamos reído, nos habíamos dedicado a probar cada plato y había perdido la cuenta de las copas que llevábamos encima. Decidimos dejar el postre para más tarde, estábamos seguros de que volverían a sacar más comida después.

Por arte de magia, el centro de la sala se despejó, dejando que ambos novios pudieran vivir su gran momento. El baile nupcial. De nuevo, parecían sacados de un cuento de hadas. No sabía si habían ensayado la coreografía o si les salía así de fluido y natural por instinto. No tardaron en unirse más personas a aquel baile lento y encantador. Nos fijamos en que los padres de Luke salieron a la improvisada pista. Samantha podía ser un tanto arrogante, pero miraba a Robert como si fuera la única persona del universo. No sabía cuántos años llevaban juntos, pero aún podía verse el amor que se profesaban.

—¿Quieres bailar? —Enarqué una ceja, mirando a Luke.

—¿En serio?

—¿Por qué no? Lo hicimos en Halloween. —Me quitó la copa de la mano y dejó ambas en una mesa—. Venga, pelirroja, déjate llevar.

Capítulo 25

Luke

La atraje hacia la pista antes de que pudiera escabullirse y aunque su rostro reflejaba una pesadez y una vergüenza fuera de todo límite, consiguió relajarse cuando posé mis manos en su cintura. No sé cuántas veces murmuró que no sabía bailar, así que me tomé la libertad de ayudarla. Agarré su mano, haciendo que la dejara sobre mi hombro, mientras que nuestras manos se quedaron unidas a nuestro lado, en el aire.

—Vale, la clave está en no mirar tus pies. —Su cara era de puro terror.

—Entonces voy a pisarte todo el rato. —Coloqué mi mano en su baja espalda, empujándola contra mí para mantenerla cerca.

—Tranquila, y sigue mi ritmo, ¿de acuerdo? —Asintió, nerviosa—. Pie derecho hacia delante. —Yo lo eché hacia atrás—. Ahora vamos a la izquierda. —A pesar de la indicación, casi se tropieza, pero la mantuve firme.

—Lo siento. —Miró hacia los lados comprobando si alguien la había visto.

—Sh, tranquila, mírame. —Quité un instante la mano de su espalda para sostener su barbilla y que alzara la cabeza para que se fijara en mis ojos—. Vamos otra vez, igual que antes. —Volví a dejar la mano en su baja espalda. No apartó su vista de mí y siguió mis pasos con total precisión. Eran pasos sencillos, repetitivos, lo suficiente como para que pudiéramos desenvolvernos como los demás. Aún así, no me libré de que me pisara un par de veces, pero guardé silencio. Sus mejillas ruborizadas eran señal suficiente de disculpa—. ¿Cambiamos?

—¿Cómo? —La agarré de la mano, pegándola de espaldas a mí para luego apartarla mientras la hacía girar, echándose a reír. Volvió a mí y me estremecí cuando pasó los brazos por encima de mis hombros, acariciando mi nuca—. No te imaginaba de bailarín.

—Bueno, hay mucho que no sabes de mí, pelirroja.

—No me digas. —Odiaba y adoraba tenerla tan cerca de mí. Estos días sin ella habían sido largos y tediosos, había querido sacármela de la cabeza y además de no haber tenido éxito, lo único que quería en aquel momento era besarla. Por suerte, era uno de esos pocos momentos en los que podía permitirme hacerlo. En los que podía poner de excusa que cualquier persona nos… Sus labios acariciaron los míos antes de que yo pudiera decidirme a hacerlo. Me besó despacio, saboreando mi boca como si fuera la primera vez. Por un momento, creí que habíamos estado más tiempo besándonos que bailando. La música dejó de sonar en cuanto se separó de mi boca, aunque quizás había dejado de hacerlo antes—. Tus padres no nos quitaban el ojo de encima… —murmuró, aún cerca de mi boca.

—Estás siempre alerta, ¿eh?

—Nunca hay que bajar la guardia, Watts. —Le sonreí, acariciando sus brazos para que los quitara de mi cuello. Apartó las manos de mi nuca con suavidad, y vi de reojo como se acercaban

mis padres.

—¿Preparada para una segunda ronda?

—¿Otro beso? —Me reí y señalé a mis padres con la mirada. Las mejillas de Daphne se tiñeron de rojo y ocultó su rostro en mi pecho.

—Oye, pero que si quieres otro, me sacrifico… —Me dio una palmada en el pecho, haciéndome reír de nuevo.

—Sabía que las clases de bailes de salón te servirían de algo —dijo mi padre con orgullo. Resoplé, aunque no pude evitar sonreír.

—¿Diste baile de salón? —preguntó Daphne mientras se separaba de mí.

—A regañadientes —añadió mi madre alzando la mano para llamar a un camarero que iba a pasar de largo. Los cuatro elegimos una copa de champán—. Habéis estado desaparecidos.

—Quería que Daphne se lo pasara bien y no fuera interrogada por sus suegros sin cesar. —La pelirroja empezó a toser por culpa de aguantar una carcajada—. Además, vosotros conocéis a mucha gente, no os hemos dejado solos y olvidados.

—Claro, Sam, tienen que divertirse, ¿te imaginas una boda con tus padres cuando éramos jóvenes? —Suspiró.

—Hubiese sido horrible —confesó dándole un largo trago al champán—. Puede que no hayamos hablado mucho, pero al menos te he puesto cara, Daphne. Como ya te he dicho antes, mi hijo te ha tenido tan en secreto que pensaba que eras de mentira. —Me obligué a mantenerme serio y no mirarla, mientras que Daphne empezó a reírse sin más.

—Yo le pedí que lo mantuviéramos en secreto un tiempo, y más después del incidente con Katya. —Aquel comentario inesperado hizo que mi madre abriera los ojos—. Aún no habíamos formalizado nuestra relación cuando esa modelo se obsesionó con Luke y si llegó

al punto de presentarse en su trabajo, imagina que hubiera hecho si se hubiese enterado de que estábamos saliendo.

—No quería ponerla en su punto de mira. —Decidí ayudarla en su mentira—. Ni tampoco que estuviera en el vuestro. Sois muy protectores.

—Oh, vamos, eso es mentira —exclamó Robert con cierta indignación.

—Sabes que no lo digo tanto por ti, papá.

—Tu madre se preocupa por ti.

—Demasiado. —Daphne posó la mano en mi brazo, apretándolo con cariño.

—Luke, una madre solo quiere lo mejor para su hijo, no dramatices. —Me sorprendió que se pusiera de su parte, pero su actitud también me relajó.

—Lo sé —murmuré—. Sé que podría haber contado antes lo de mi relación con Daphne, pero no me sentía preparado.

—No te preocupes, cariño —dijo al fin mi madre—. Es natural. —Robert sonrió, pasando la mano por la espalda de Sam—. Ahora id a pasarlo bien. Podremos comer juntos en la casa de campo algún fin de semana, ¿os parece bien?

—Solo si me enseña fotos de Luke en clases de baile. —Mi padre se río.

—¡Eso está hecho! —Se dieron la mano como si fueran colegas de toda la vida a modo de acuerdo.

—Genial, más confabulaciones contra mí.

—No te quejes —dijo mi padre a modo de despedida, marchándose con mi madre como si nada. Parecía que había alejado sus dudas, al menos era un avance.

—¿Cómo has podido improvisar así?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Creo que sé decir lo que

la gente quiere escuchar.

—¿Y por qué no lo haces cuándo estamos con tus amigos?

—No es lo mismo. Ellos me conocen. Seguro que saben cuándo estoy mintiendo. —Se defendió dándole después un rápido sorbo al champán—. Pero hay algo en lo que no he mentido. —Me dio con el dedo índice en el pecho—. Quiero ver esas fotos. —Puse los ojos en blanco, aguantando la risa—. ¿Cuántos años tenías? ¿Te obligaban a llevar traje de chaqueta y corbata? ¿Por qué has salido tan normal teniendo una familia tan pija? —No podía dejar de reírme ante sus preguntas.

—Tenía seis años. No, no llevaba traje; y no son tan pijos como parecen. —Asintió mientras hacía una mueca, obviando mis palabras. Cuando fue a replicarme, fuimos interrumpidos otra vez.

—¿Estaba delirando o te he visto bailar? —preguntó Owen acompañado de Emma. Tanto ella como él lucían ojos vidriosos, signo de que se habían pasado con las copas. Aunque también se había notado en el tono de voz de Owen.

—Me has visto bailar. —Se limitó a responder Daphne.

—Pensaba que no bailabas.

—Quizás contigo no. —De reojo, vi como Daphne abría los ojos, sorprendida por mi comentario. No sabía si había sonado fuera de lugar, y más delante de Emma, pero no me importó lo más mínimo. Ella no parecía ni haber escuchado mis palabras, sino que hablaba con el camarero de todos los postres que llevaba en la bandeja.

—O es por el alcohol —añadió Owen. Se inclinó hacia delante y dejó la mano en la comisura de sus labios, como si fuera a susurrarnos un gran secreto—. A los dos nos lleva a hacer muchas tonterías, ¿verdad, Daphne? —No supe a qué se refería, pero la pelirroja se quedó en absoluto silencio. Como si le hubieran echado un jarro de agua fría por encima.

—Cariño, tenemos que buscar a otro camarero, ¡hay tarta de zanahoria! —Owen fingió su mismo entusiasmo, marchándose de allí con ella, no sin antes echarle una mirada cómplice a Daphne que tampoco entendí.

—Necesito aire. —Fruncí el ceño y la seguí mientras caminaba a toda prisa hacia el jardín. Dejó la copa vacía en una de las mesas y la imité. Se quedó en silencio, apoyada en la balaustrada que había tras el centenario sauce llorón que había en el jardín. Era un lugar íntimo, oculto de las miradas indiscretas, y muy poco iluminado por las farolas que había alrededor del árbol.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —Tenía la mirada perdida—. Daphne. —Se giró para mirarme.

—Verás, hay algo que no te he contado. —Apoyé los codos en la balaustrada, quedándome de espaldas al vasto paisaje que se extendía en dirección contraria al hotel, y me quedé mirando la sala en la que todos bailaban.

—¿El qué?

—Me da vergüenza. —Resoplé.

—¿En serio, pelirroja? ¿A estas alturas? —Permaneció callada un par de minutos.

—Sucedió hace unos meses. —No la miré para no ponerla más nerviosa. —Owen y yo decidimos celebrar que la cafetería iba viento en popa, y además, llevábamos mucho tiempo sin salir. —*Oh, oh,* pensé.

—¿Follasteis? —Odiaba adelantarme a los acontecimientos, pero mi boca le tomó la delantera a mi sentido común.

—¿Qué? ¡No! Casi… —Me giré quedándome de lado para mirarla directamente.

—¿Casi? —repetí.

—Nos interrumpieron. Fueron unos cuantos besos. —Odié

imaginarme aquello.

—¿Y qué problema hay…? —Fui consciente de lo que pasaba justo cuando terminé de formular la pregunta—. Ya estaba con Emma.

—¡Pero yo no lo sabía! —Se apresuró a decir—. Me enteré la noche en que nos conocimos. Esa noche pensé en hablarle de lo que pasó, en plantarle cara y aclarar lo nuestro, pero me enteré de que estaba con ella.

—Entiendo.

—Después de eso… Él se hizo loco, incluso no vino al trabajo, y luego hizo como si nada. Tan amigos, como siempre lo habíamos sido. Le lancé varias indirectas pero no quiso pillarlas, o quizás no las pilló de verdad. No lo sé. —Hablaba nerviosa, sin ser capaz de mirarme. Se echó el pelo hacia atrás, rascándose la nuca—. Y ahora va y me suelta eso, ¡así que se acuerda de lo que pasó!

—¿Y?

—¿Cómo qué *y*? Podría ser el momento de hablar con él. —Suspiré con amargura. Negué con la cabeza, incrédulo mientras me giraba para quedar de espaldas a la sala, mirando al infinito.

—¿De verdad hablarías con alguien así? —El nerviosismo de Daphne se evaporó—. Le puso los cuernos a Emma, por lo que, y perdona que te lo diga así, fue un calentón. —Apoyé las manos en la barandilla—. Si le hubieras importado, habríais hablado antes, o lo hubiera dejado con Emma, una de dos; pero no hizo nada. Te dejó con la duda, te dejó ahí, en el bolsillo de los *"por si acaso"* y aún así… Aún así quieres hablar con él. —Solté una carcajada, negando otra vez con la cabeza—. ¿Por qué? —Abrió la boca para contestar—. Ni se te ocurra decirme que es porque lo quieres. —La cerró—. ¿Cómo puedes estar enamorada de alguien así? —Desvió la mirada, avergonzada.

—No lo sé.

—¿Eso es lo único que se te ocurre? —No podía creerlo. Guardamos silencio durante cinco minutos—. Ve a hablar con él.

—¿Qué?

—Vamos, vete, búscalo y plántale cara. —Me encogí de hombros —. Al menos que te diga a la cara que pasó de ti, ¿no?

—Yo… —Quería que me dijera que no. Que no iba a ir en su búsqueda, que no merecía la pena—. Volveré a por ti. —Suspiré.

—Claro. Aquí estaré.

***

Me había decepcionado. No la culpaba por lo que había sucedido entre Owen y ella, si no sabía que él estaba con Emma, es igual de víctima que ella. Sin embargo, no entendía por qué después de todo, seguía detrás de él. Eso que vendían de que el amor puede con todo era mentira. Hay cosas que el amor no puede permitir o, más bien, que no deberían tener lugar. Hay comportamientos que no deberían producirse, y ya no hablaba simplemente de una infidelidad, sino de cómo puede ser capaz de dejar a una persona en la incertidumbre, en el olvido, sin ser capaz de decir lo que siente o al menos justificar su actitud. Uno no puede sentirse responsable de lo que sienten los demás, pero sí ser consecuente con sus actos. Owen no lo era. ¿Cómo podía sentirse Daphne atraída por alguien así? O peor aún, ¿cómo podía estar enamorada de él? Ella se merecía a alguien mucho mejor. Alguien que estuviese a su altura. Que se dedicase a ella en exclusiva, que la animara, la apoyara, la escuchara, la entendiera. Owen no era esa persona, ¿por qué no se daba cuenta?

Escuché unos pasos y me ilusioné al imaginar que regresaba, pero era Doug, escaqueándose un rato de la fiesta que había dentro.

—Le prometí a Amelia que solo me fumaría uno en la fiesta —dijo mientras sacaba un puro del bolsillo de su traje—. Y ni siquiera me apetece. —Se apoyó en la barandilla, contemplando el paisaje—. ¿Y tú qué haces aquí?

—Tomar un poco de aire.

—¿Y Daphne? —Respiré profundamente.

—Con Owen, creo. —Doug se rio con suavidad.

—Owen… Menudo personaje. —Alcé una ceja—. Me alegra que haya acabado contigo y no con él.

—¿Pensabas que acabaría con él? —Se encogió de hombros.

—Al principio sí, los veía siempre juntos, muy dependientes el uno del otro, luego me di cuenta de que me equivocaba. —Pasó el puro entre sus dedos mientras hablaba—. Daphne lo adoraba. No sé cuántas veces nos dijo a Amelia y a mí lo agradecida que estaba de que Owen la hubiera acompañado para ayudarla con la cafetería, pero él… —Resopló—. A ver, él la quiere mucho, pero no de la misma forma, creo.

—No sé —confesé—. No estoy tan seguro de eso.

—¿Tú crees?

—No sé qué creer.

—Han tenido muchas oportunidades para estar juntos y no han acabado saliendo. —Se encogió de hombros—. Aún recuerdo cuando tuve que ayudarla a pagar el alquiler de su segundo local…

—¿En serio?

—Daphne juraba que le salían las cuentas y de pronto, faltaba dinero, no se lo explicaba. Owen terminó confesándome que se había quedado con dinero de la caja. —Abrí los ojos, perplejo, pero dejé que siguiera hablando—, para irse de fiesta, para conocer mujeres, para… En fin, para pasárselo bien. No creo que Daphne se enterase jamás de eso.

—¿No se lo dijiste? —Negó con la cabeza.

—Amelia me dijo que eso le rompería el corazón, así que fui yo el que se puso firme con Owen. Le dije que no podía volver a pasar. Que si Daphne nos volvía a decir que no tenía explicación para su falta de dinero, le diríamos la verdad. —Terminó por encender el puro y ambos contemplamos el humo en silencio—. Ahí empecé a ver a Owen de forma distinta.

—Daphne lo presenta como el amigo perfecto. —Doug sonrió.

—No es mal tío, te lo pasas bien con él y si necesitas ayuda, está ahí para ti, pero… bueno.

—Con lo que me has contado, no creo que sea alguien en quien confiar. —Doug soltó una carcajada.

—Bueno, quizás en temas de dinero y mujeres no es alguien en quien confiaría.

—Ah, es un buen amigo por si necesitas ayuda para una mudanza. —Doug volvió a reírse, dándome una palmada en la espalda.

—¡Justo eso! —Empezó a toser después de la primera calada—. La cuestión es que me alegró ver a Daphne contigo y no con él.

—No sabes si soy un buen tío. —Me ofreció el puro pero negué con la cabeza.

—Pero se nota que te gusta. —Fruncí el ceño—. Vamos, no te hagas el duro, Amelia me lo ha dicho antes. Dice que la miras como si no hubiera nadie más alrededor.

—Así debe ser, ¿no? —Me limité a decir, quitándole importancia.

—¡Cariño! —Amelia se acercó a Doug dando saltitos como una niña, y se abalanzó sobre él, abrazándolo mientras le daba sucesivos besos en la mejilla—. ¡Aquí estabas! —Doug la rodeó con los brazos, alzándola unos pies del suelo, haciendo que se riera—. Escucha, ¿has visto a…? —Antes de terminar la pregunta, reparó en mi

presencia—. ¡Luke! ¡Te estaba buscando! —Miré hacia los lados para después señalarme a mí mismo.

—¿A mí? ¿Seguro? —Doug la dejó poco a poco de pie en el suelo.

—Es por Daphne.

—¿Qué le pasa?

—Está encerrada en el baño llorando. No quiere hablar conmigo pero pensé que…

—¿En cuál? —pregunté mientras me iba hacia la fiesta.

—¡En el del fondo del pasillo!

Capítulo 26

Daphne

No había visto enfadado a Luke antes, aunque no es que estuviera del todo enfadado, sino más bien… ¿Dolido? ¿Decepcionado? Puede que le tuviera que haber contado antes lo que había pasado entre Owen y yo, pero tampoco me pareció especialmente relevante. Además, tampoco era para reaccionar así, yo no sabía que Owen y Emma estaban saliendo en ese momento. Si Owen me había besado, yo había interpretado que no estaba con nadie, ¿por qué esperar otra cosa? ¿Cómo iba a saber que me estaba mintiendo? *Te dejó con la duda, te dejó ahí, en el bolsillo de los "por si acaso" y aun así… Aun así quieres hablar con él.* Recordé lo que Luke me había dicho. *Vamos, vete, búscalo y plántale cara.* Tendría que haberlo hecho hace meses. Tendría que haber ido a buscarlo al día siguiente para aclarar las cosas. Para que me dijera que estaba con otra, para que me dijera que me quería a mí, para que me pidiera perdón, para que me mandara a la mierda, para que le echara la culpa al alcohol, pero para que al menos me dijera algo. *Cualquier cosa*. Habíamos esperado a que pasaran meses. A que me viera con

otra persona. Él había esperado a que fuera demasiado tarde, pero yo también.

Lo localicé entre la multitud. Desde que éramos pequeños, había tenido un radar dedicado a él. Daba igual dónde me encontrara, sabía dónde estaba, y creía que a él le pasaba lo mismo conmigo. Alzó la cabeza, mirándome a los ojos a pesar de la gente que había alrededor. Emma bailaba con un montón de gente, mientras que él permanecía sentado en una silla, con aspecto melancólico, con la corbata ligeramente desabrochada y sosteniendo una copa. Esquivé a la multitud con cuidado, fingiendo que bailaba para que me dejaran pasar, y evité toparme con Emma hasta que llegué delante de Owen.

—Pensaba que te unirías a ellos —comentó mientras señalaba a los demás con la cabeza, dándole después un trago a su bebida—. Como ahora te ha dado por bailar y…

—¿Podemos hablar? —pregunté con nerviosismo.

—¿Solo hablar? —Tragué saliva viendo cómo se levantaba a duras penas de la silla. A saber cuántas copas llevaba encima—. ¿O vienes con otras intenciones?

—¿Cómo cuáles? —Se encogió de hombros, tambaleándose un instante.

—No sé, ¿discutir? —Resoplé.

—No, hablar. —Eché un vistazo a mi alrededor—. En un sitio más privado. —Owen asintió con la cabeza, despacio. Me tendió la mano, aunque yo consideré que más que ser un caballero, quería ayuda para caminar mejor. Nos apartamos del tumulto de gente que había en la sala, adentrándonos por un pasillo que parecía conducir a una sala de mantenimiento del hotel.

—¿Aquí te parece bien? —preguntó mientras apoyaba la espalda contra la pared.

—Sí. —Le quité la copa antes de que diera un sorbo más y soltó un bufido, quejándose después, pero hice caso omiso a lo que decía —. Owen, ¿recuerdas lo que pasó hace cuatro meses?

—Daphne, no me acuerdo ni de qué cené ayer —bromeó incapaz de fijar los ojos en los míos.

—Lo digo en serio, Owen. —Movió la cabeza de un lado a otro. Solté la copa en el suelo, aunque lo que me apetecía era estrellarla. Agarré su cara, apretando con suavidad sus mejillas para que me mirara a los ojos—. Owen. —Aquello lo hizo reaccionar.

—Claro que me acuerdo, Daphne. Nos liamos. —Aparté poco a poco la mano, dejándola caer.

—Todo este tiempo… no dijiste nada, no…

—¿Cómo no iba a acordarme? Nos liamos, te hubiera follado si hubiera podido, pero nos interrumpieron. —No sé por qué di un paso atrás. Había querido que me dijera que se acordara, también había fantaseado mil veces con que se insinuara, pero no de esta forma.

—Pero estabas con Emma. —Echó la cabeza hacia atrás, suspirando con pesadez.

—¿Y qué? —Quise gritarle mil motivos por los que eso no estaba bien, pero siguió hablando—. Lo que pasó surgió sin más, no es que lo hubiera ido buscando.

—Pero…

—Siempre imaginé que estabas pillada por mí, pero no te lanzabas en ningún momento, y llegué a pensar que me lo había inventado todo, y esa noche… Por fin nos liamos y yo estaba con otra. —Se rio con amargura.

—No sabía si yo te interesaba y no quería echar a perder nuestra amistad —expliqué en un susurro, agachando la cabeza.

—No pasa nada. —Sostuvo mi cara entre sus manos. Mi corazón latía demasiado rápido. No estaba preparada para aquel momento—.

Fuiste un error. —Parpadeé—. Por eso hice como si nada. No tendría que haber pasado nunca nada, no me interesas, Daphne. Siempre te vi como mi hermana pequeña. Solo es que esa noche te vi tan liberada, tan… No sé, no parecías tú. Solo me llamaste la atención porque parecías otra. No estabas tan centrada en el negocio, ni tan cuadriculada. No parecías tan ingenua ni inocente, ¿sabes? Me alegra de que nos interrumpieran porque echar un polvo hubiera sido un tremendo error. —Volví a dar un paso hacia atrás, haciendo que me soltara la cara—. Es cierto que ha habido momentos en los que te he visto con Luke y me he puesto un poquito celoso, pero después me daba cuenta de lo mismo. Con él parecías menos tú, por eso me atraías. —Había elaborado mil discursos en mi cabeza en función de la respuesta que me fuera a dar, pero nunca me imaginé aquella. Me quedé en silencio, paralizada, aguantando cada palabra como si fuera un golpe—. No he querido decirte nada antes porque no quería hacerte daño. Estoy muy bien con Emma, y no quería que todo se jodiera por una tontería. —Soporté las ganas de llorar. *No, frente a él no*—. ¿Tú no hubieras hecho lo mismo?

—Yo… No hubiera engañado a mi pareja. —Suspiró y se agachó para recoger su copa.

—Sí, Daphne, tú eres muy buena persona, ya lo sabemos. —Me dio una palmadita en el hombro—. No todo el mundo lo es. —Me di la vuelta para mirarlo, pasó su mano por mi mejilla, acariciándola con suavidad—. Siento haberte hecho daño, pero quería dejarlo todo claro. —Tragué saliva.

—Lo has hecho. —Me refería más a lo primero que a lo segundo, pero tampoco me apetecía seguir con aquella conversación. Necesitaba que se marchara.

***

Hasta que no me encerré en el baño, no me permití derrumbarme. Pensé que, en el peor de los casos, Owen se limitaría a rechazarme, pero había dejado claro que no le gustaba nada en absoluto. Podría haberlo dicho de cualquier otra manera, podría haberme dicho que me veía como una amiga, pero había recalcado que solo se había sentido atraído cuando no parecía *yo*. ¿Qué forma era esa de rechazar a alguien? ¿Hacía falta ser tan cruel? ¿Hacía falta hacerme tanto daño? Se supone que somos amigos desde críos, ¿no podía haberme rechazado con más tacto? Toda mi autoestima se había tambaleado hasta quebrarse. Me sentía una mierda. No me sentía suficiente. No me sentía nada. Lloré como si me fuera la vida en ello, sin importar que alguien me escuchara. Me sentí ridícula, sentada en el retrete mientras la parte baja de mi vestido se arrugaba y mi rímel manchaba mis mejillas con cada lágrima. Quería chasquear mis dedos y aparecer en mi cama.

Alguien me llamó por mi nombre. Amelia daba golpecitos en la puerta para que le abriera, pero tampoco quería hablar con ella. Era su boda y no pensaba estropearla con mis estupideces. Le repetí un par de veces que estaba bien, que se marchara y aunque parecía imposible convencerla, dejó de llamar. Empecé a respirar más relajada y me quité las lágrimas con el papel higiénico, sonándome también la nariz. Los golpes en la puerta volvieron.

—Amelia, ya te he dicho que estoy bien —repetí, esta vez procurando que mi voz no estuviera rota.

—Abre. —La autoridad de Luke me sorprendió, me quedé quieta. Olvidándome de respirar por un instante—. Abre, pelirroja. —No quería que me viera así. Era lo que me faltaba.

—Dame un momento, yo…

—Abre o echo la puerta abajo. —No me imaginaba a Luke haciendo aquello, pero me sonó demasiado convincente. Me levanté

del inodoro, terminando de limpiarme la cara con papel y deslicé el pestillo de la puerta. Me miró, fijándose en mis ojos y en mis mejillas. No dijo ni una palabra, se hizo con otro trozo de papel para ayudarme a quitarme los restos de maquillaje—. ¿Ha sido Owen?

—No, he llorado yo sola. —Sonrió, aunque con cierta pena, como si quisiera reconocer el esfuerzo que me había costado soltar aquella estúpida broma.

—¿Qué necesitas?

—Quiero irme a casa —murmuré.

—De acuerdo. —Me tendió la mano, y con cuidado, enlace mis dedos con los de él—. Espérame en el vestíbulo un momento.

Al menos, en el vestíbulo había más tranquilidad. Me vi reflejada en un espejo, dinamitándose mi autoestima una vez más. Me cubrí el rostro con el pelo. No quería verme en ningún sitio. Necesitaba marcharme. Luke llegó casi corriendo. Antes de acercarse a mí, se pasó por la recepción y habló un momento con el trabajador que había detrás.

—¿Qué ocurre? —pregunté mientras caminábamos hacia las puertas.

—Le he dejado el coche a mis padres, no estoy para conducir. —Asentí. Los dos habíamos bebido bastante—. Así que he pedido un taxi, y me han dicho que siempre hay en la puerta. —Me hubiera gustado volver a asentir con la cabeza, pero estaba mareada. Con tanto llanto, estaba demasiado cansada. Me dolían los ojos, la cabeza me daba vueltas y los pies me dolían, como si de pronto hubieran sido conscientes de que había estado todo el día con esos incómodos tacones.

Tal y como le habían dicho, una hilera de taxis estaba aparcada justo delante. No sé en qué taxi entramos porque para cuando me senté en el asiento, caí sobre el hombro de Luke quedándome

profundamente dormida.

***

No sé cuánto tiempo pasé dormida, pero cuando abrí los ojos, sentí que había recuperado las energías. Me estiré sobre el colchón, bostezando y notando las lágrimas caer de mis ojos por el esfuerzo. Mis pies se enredaron con el vestido. ¿Ni tan siquiera había sido capaz de quitármelo? Me incorporé sobre la cama, mirando a mi alrededor. Las luces estaban apagadas, pero estaba completamente segura de que no estaba en mi habitación. Acaricié las sábanas de seda mientras intentaba ubicarme. Me había marchado de la boda con Luke, nos habíamos subido en un taxi y… Me había quedado dormida. No sabía si había llegado a casa. Tragué saliva. Me arrastré por el colchón, aunque más bien me deslicé por aquellas sábanas. Alcancé el interruptor de la lámpara que había sobre la mesita de noche. Suspiré aliviada al comprobar que estaba sola en la cama. La luz era anaranjada, demasiado tenue para mi gusto, aunque luego me fijé en el regulador que había en la base de la lámpara. Sin embargo, aún tenía los ojos muy cansados como para cargarlos con más luz. Eché un rápido vistazo antes de levantarme. A pesar de estar en un dormitorio bastante grande, estaba muy vacío en su contenido. Lo más gigantesco era la descomunal cama en la que estaba sentada. Al fondo había un armario empotrado de madera, junto a una ventana que indicaba que estaba al menos en el último piso de un bloque de apartamentos. En el lado contrario, había una puerta que, al no estar cerrada del todo, pude vislumbrar que se trataba de un cuarto de baño. Desde la cama, se veía otra puerta que seguramente daría a otra habitación de la casa.

Me levanté, chasqueando la lengua al sentir el mármol frío bajo

mis pies. No sé si había sido Luke o yo misma la que había dejado los tacones a los pies de la cama, pero sentí un calambre en el instante que pensé en ponérmelos. Me quedé mirando por la ventana. Era de noche. Las farolas iluminaban las vacías calles de la ciudad y muy pocos coches circulaban a aquellas horas. Caminé hasta el cuarto de baño para asearme. Me lavé la cara, deshaciéndome por completo del maquillaje de una manera más digna que con papel higiénico. Cuando ya estaba más despejada, me fijé en el baño. Podía ser del mismo tamaño que mi cocina. Parecía sacado de una revista de decoración. También era austero y simple, pero no era para nada de baja calidad. Apoyé ambas manos en el lavabo, atreviéndome a mirarme por fin en el espejo. Tenía los ojos hinchados y la nariz roja por todo lo que había llorado. *Solo me llamaste la atención porque parecías otra.* Sacudí la cabeza, intentando alejar de mi cabeza todo lo que Owen me había dicho. Cerré los ojos, controlando la respiración y me di la vuelta para salir del baño.

Justo cuando iba a poner la mano en el pomo de la puerta, me detuve. ¿Y si Luke estaba dormido ahí fuera y lo despertaba? Pegué la oreja a la puerta para ver si lograba identificar algún sonido. Una suave música se escuchaba de fondo. Puede que tuviera encendida la televisión porque no podía dormir. Tragué saliva y abrí la puerta despacio. Un inmenso salón se alzaba frente a mis ojos. Tan solo esa estancia era igual de grande que mi apartamento. Delante de mí, había una zona diferenciada que parecía servirle como mesa de estudio, en la cual había un ordenador de torre, un portátil y unas cuantas cámaras de fotos, además de unos cuantos papeles sobre el teclado. Justo detrás había otro ventanal igual de grande que el de la habitación.

Hacia el otro lado, había un sofá de piel en forma de L que

estaba frente a un televisor que era cuádruple que el mío, y al fondo, una cocina separada del salón por una barra americana igual que la mía. Solo que la mía se deshacía si le pegabas un puñetazo y aquella era de granito pulido. Los colores eran los mismos que los de la habitación, negros o con tonos de marrón muy oscuros. ¿Luke había elegido todo aquello o solo había elegido una foto de una revista y había pedido que se la hicieran igual?

El dueño de la casa estaba tirado en el sofá. Los zapatos estaban tirados en la entrada del piso, justo al lado de la puerta. Había lanzado la chaqueta del traje en una esquina del sofá, al igual que su corbata. Tenía la camisa medio desabrochada y se había quitado el cinturón que llevaba en el pantalón. Tamborileaba los dedos una y otra vez sobre un cojín mientras movía la boca, sin llegar a cantar, escuchando música en sus auriculares inalámbricos. Me acerqué a él, aprovechando que tenía los ojos cerrados. Me situé detrás del sofá, apoyándome en el respaldo y toqué su hombro con suavidad. Abrió los ojos asustado, dando un bote en el sofá, y tuve que contener una carcajada llevándome la mano a la boca.

—¡Perdón! —dije con la boca tapada mientras él se quitaba los auriculares—. No quería asustarte.

—No pasa nada, ha sido culpa mía por tener la música tan alta. —Se incorporó en el sofá hasta quedarse sentado. Rodeé el sofá para sentarme a su lado—. ¿Cómo estás?

—Mejor —murmuré—. ¿Esta es tu casa? ¿O nos hemos colado en el piso piloto al que llevas a las modelos? —Se echó a reír.

—Es mi casa.

—Creí que no traías a nadie aquí. —Se encogió de hombros—. Podríamos haber ido a mi…

—Quería que estuvieras aquí. —Mi corazón dio un brinco—. No sabía cuándo llegaba Marcie y no quería que pusiera el grito en el

cielo si me veía dormido en vuestro sofá. Además, miré en tu bolso, ¿cuántas llaves tienes en ese llavero? Por favor, me habría quedado en la puerta hasta las tantas. —Esta vez me reí yo.

—Las tengo mezcladas con las de la cafetería, el almacén, la casa de mis padres… Y algunas están repetidas. —Puso los ojos en blanco mientras negaba con la cabeza.

—Aquí sabía que estarías bien. Espero que no te importe.

—Para nada. Muchas gracias. —Subí las piernas al sofá, cruzándolas la una con la otra, sujetándome las rodillas con las manos para que no se me levantara el vestido—. Por todo. Siento que nos fuéramos de allí por mi culpa.

—No fue culpa tuya. —Desvié la mirada—. ¿Qué te dijo?

—¿Acaso importa?

—Te hizo llorar. —Fruncí el ceño—. Es motivo suficiente como para que importe.

—Me rechazó. —Me limité a contestar.

—La Daphne que yo conozco no se hubiera encerrado a llorar por un rechazo. Habría estudiado analíticamente la situación, habría sacado los pros y los contras, y hubiera seguido adelante.

—A lo mejor no me conoces tan bien, a lo mejor esa era otra Daphne. —*Con él parecías menos tú, por eso me atraías.* Suspiré y cerré los ojos con fuerza—. Lo siento, no quiero pagarlo contigo.

—Mira, sé que cuando no nos apetece hablar de un tema, lo dejamos correr, pero no creo que esta vez sea lo mejor. Suéltalo todo, pelirroja. ¿Qué te dijo?

—Tenías razón en todo —empecé diciéndole. Abrí los ojos, otra vez tenía los ojos bañados en lágrimas, pero logré frenarlas antes de ponerme a llorar de nuevo—. Me dijo que se arrepentía de lo que había pasado, que esa noche… —Se me quebró la voz, pero Luke puso la mano en mi espalda, acariciándola con suavidad—. Que esa

noche le había gustado porque no parecía yo.

—¿Qué?

—Se ha sentido atraído por mí cuando no le parecía yo. —Sonreí con amargura—. Cuando me veía más libre, más… Dijo que no le parecía tan ingenua ni inocente, que no pensaba tanto en la cafetería y… en fin, que no le gusta como soy realmente, ¿verdad? —Ladeé la cabeza para mirarlo—. Solo le gustó la Daphne borracha que no podía ni mantenerse en pie.

—Sí, claro, de la que podía aprovecharse —pensó en voz alta, cerrando de forma inmediata la boca—. Perdón.

—No importa, tienes razón. —Me encogí de hombros y me levanté del sofá—. Reconoció que se había puesto celoso alguna que otra vez desde que tú y yo estamos juntos, pero porque contigo soy menos… *yo*.

—Eso es absurdo. Tú eres tú siempre. —Me sorbí la nariz.

—Fue… Fue muy desagradable. —Recordé como me había agarrado la cara, como si fuera a decirme totalmente lo contrario a lo que dijo después. Como habló de mí como si hubiese sido un polvo más y no su amiga—. No sé si seré capaz de estar con él el lunes.

—No pienses en eso ahora. Todavía es sábado.

—La madrugada del domingo. —Suspiró.

—Es casi lo mismo. —Volví a sentarme a su lado, ocultando mi rostro entre las manos.

—¿Cuándo deja de doler? —pregunté casi sin voz—. ¿Cuándo deja de doler que te hayan roto el corazón?

—No lo sé. No creo que haya nada que pueda decirte para hacerte sentir mejor, pero sí que puedo decirte una cosa. —Aparté las manos para mirarlo a los ojos—. No tienes por qué superarlo sola. Estaré contigo. —Me dejé caer sobre él, abrazándolo. Acarició

mi cabeza para después bajar por mi pelo hasta mi espalda. Me fui apartando poco a poco—. Venga, vuelve a la cama y descansa, mañana estarás un poco mejor. —Me levanté del sofá.

—Ven.

—¿Qué?

—Tu cama es enorme, duerme conmigo. Este sofá súper caro de piel será muy bonito y todo lo que tú quieras, pero debe ser incómodo dormir en él. —Pasó las manos por el sofá y resopló.

—La verdad es que sí.

—Pues venga, además, no es la primera vez. —Se levantó del sofá, siguiéndome hasta su habitación. Miró un instante la cama deshecha y pasó de largo hasta llegar a su armario, rebuscó por los cajones hasta darme una camiseta—. ¿Y esto?

—Te puede servir para dormir, porque imagino que no dormirás cómoda con ese vestido, ¿no? —Agarré la camiseta.

—Gracias. —Me metí en el baño para cambiarme. Dejé el vestido doblado sobre el bidet. La camiseta me llegaba por debajo del trasero. Salí de la habitación. Luke ya estaba metido en la cama, tapado por las sábanas, pero me di cuenta de que su camisa y sus pantalones estaban colgados sobre la puerta. Ya había dormido en ropa interior cuando se quedó en mi casa, ¿por qué me había puesto tan nerviosa de repente? En lugar de meterme en la cama, me acerqué al ventanal, disfrutando un instante de las vistas—. Tenías razón con lo que has dicho antes.

—¿Con qué?

—La Daphne que conoces no se hubiera echado a llorar por un rechazo. —Me fijé en las pequeñas gotas que caían sobre el cristal. Había empezado a llover con suavidad—. Fue por cómo lo hizo y por muchas cosas que tenía en la cabeza desde hace un tiempo.

—¿Cómo cuáles? —Me encogí de hombros. No sabía por qué

estaba hablando de esto.

—Como que me he perdido muchas cosas por estar siempre pendiente de Tinta y café. He perdido mucho tiempo con mi familia, he tenido muchas discusiones con ellos por mi orgullo. Me he perdido muchas fiestas con Marcie. Me he quedado muy aislada del resto del mundo. —Seguí el recorrido de una gota de lluvia por el cristal—. El día de mi cumpleaños lo empecé llorando también —dije a media voz—. Por suerte, llegaste tú. —Sonreí para mí misma—. Aunque también lloré por tu culpa.

—¿Qué? ¿Por mi culpa? ¿Por qué?

—Me dio rabia que también me rechazara mi novio falso, ya ves tú qué tontería —murmuré.

—¿Cuándo?

—En Halloween —susurré—. Te dije que subieras a mi casa y no lo hiciste, pero… —Me fijé en que Luke estaba justo detrás de mí al verlo reflejado en el cristal.

—No subí porque los dos habíamos bebido mucho, no te estaba rechazando.

—No tienes que darme ninguna explicación, no importa…

—Sí que importa. —Me miró a los ojos a través del reflejo de la ventana—. Yo sería incapaz de rechazarte, Daphne. —Me había llamado otras veces por mi nombre, pero me había acostumbrado tanto a que me dijera pelirroja, que me sonó hasta raro.

—Pero luego, cuando estuvimos en mi cama… —empecé a decir. Vi cómo sonreía con cierto pesar.

—Estabas pensando en otra persona.

—No. —Me giré para mirarlo directamente a los ojos—. No pensé en otra persona.

No supe qué se desató dentro de Luke, pero me agarró por las caderas, levantándome del suelo. Rodeé su cintura con las piernas y

agaché la cabeza para acercarme a su boca. Me besó con desesperación y le seguí el beso con la misma intensidad. Nuestras lenguas se chocaron una y otra vez, deseosas por saborearse la una a la otra. Pasé los dedos por su nuca, enredando mis dedos en su pelo, tirando de este con suavidad mientras él mordía mi labio inferior.

Nuestro beso se rompió un instante y tuve miedo de que se alejara. Jadeé al sentir el frío cristal contra mi espalda, y se lanzó de nuevo sobre mis labios, apartando el miedo que sentía. Me aferré con más fuerza a su cintura con las piernas cuando sentí que nos movíamos. Me llevó en brazos hasta la cama, dejándome caer con suavidad sobre el colchón. Me dolió que se separara de mí, aunque solo fuera unos centímetros, y lo sujeté por los hombros para que se acercara a mí. Me regaló una sonrisa antes de volver a saborear mi boca. Separé mis piernas para que se situara bien entre ellas. Alcé de forma instintiva mis caderas, notando su erección bajo la tela de sus bóxeres, sintiendo una oleada de calor que me excitó aún más.

Recorrió mi mejilla con su dedo índice deslizándolo por mi cuello, haciendo que me riera con suavidad para después imitar el recorrido con sus labios y logrando que soltara un profundo jadeo. Clavé mis uñas en su espalda al sentir sus dientes atrapar la piel de mi hombro. Atrapé su cara entre mis manos, mirándolo a los ojos unos segundos. Le dediqué una sonrisa antes de hacerlo rodar por la cama para quedarme sobre él. Me miraba de tal forma que mi autoestima volvió a recuperarse. Recordé lo que me había dicho de camino a la boda. *Eres una diosa.*

Agarré el filo de mi camiseta, tirando de esta hasta quitármela. Me fijé en que Luke aguantaba la respiración. Me mordí el labio mientras llevaba las manos hacia atrás y me quitaba el sujetador. Luke se incorporó para quedarse sentado debajo de mí y ayudar a

desabrocharlo, pero lo empujé hacia atrás. Yo misma lo solté y lo tiré al suelo. Quería desnudarme para él. Quería que viera que me entregaba a él. Que, como él me había dicho muchas veces, quería dejarme llevar. Sonrió cuando me vio desnuda de cintura para arriba. Alargó las manos, pasándolas por mi abdomen hasta subir a mis pechos, acariciándolos con suavidad.

—Eres una diosa, Daphne. —Su voz ronca fue lo único que necesité para abalanzarme de nuevo a su boca. Mientras, aprovechó para meter sus manos por debajo de mis bragas, agarrando mi culo con ambas manos y haciendo que me moviera contra su erección. No sé cómo se las ingenió para hacernos girar de nuevo, quedándose él encima de mí.

—Eres muy exagerado, Watts —murmuré al contemplar la adoración con la que me miraba. Negó con la cabeza. Acarició mis piernas despacio, con las yemas de los dedos, hasta llegar al filo de mis bragas. Clavé los talones en el colchón, subiendo el trasero lo suficiente como para que pudiera bajarlas sin dificultad. Se deshizo de ellas más rápido de lo que esperaba, tirándolas al otro extremo de la habitación.

—Me he imaginado tantas veces esto… —Se me aceleró el corazón aún más al escucharlo. Quería contestarle, pero tenía la boca seca y más al ver lo que se disponía a hacer. Mientras se arrastraba por encima de las sábanas, acarició mis piernas de una manera tortuosamente lenta. Como si el mundo se hubiera detenido y pudiera dedicarme todo el tiempo que estuviera a su alcance. De pronto, sentí cómo su lengua se deslizaba por mi centro, haciéndome jadear. Agaché la cabeza para mirarlo y vi que él había alzado ligeramente la cabeza para lo mismo—. Ese gemido me ha gustado más que el que fingiste. —Me sonrojé de nuevo y dejé caer mi cabeza contra la almohada al comprobar que su lengua volvía a

adentrarse entre mis piernas. Arqueé la espalda cuando dibujó círculos con la lengua contra mi clítoris y cerré los ojos con fuerza. Luke parecía saber cómo volverme loca. Sin previo aviso, sentí sus dedos entrar en mi interior y no pude evitar soltar un gemido. Me apoyé sobre mis codos para observar cómo seguía devorándome mientras me masturbaba con tanta maestría, y aunque procuraba no ser escandalosa, no podía contener mis gemidos. Me olvidé por un instante del pasado, dejó de importarme el futuro y hasta desconecté del presente, porque con cada jadeo que me provocaba, conseguía que el mundo me importara un poco menos. Cuando vi su rostro salir de entre mis piernas, un impulso me hizo incorporarme para atraparlo entre mis manos. Una leve sonrisa suya fue suficiente para que lo besara como jamás antes lo había hecho. Se quedó de rodillas entre mis piernas mientras lo hacía mientras que con una de sus manos continuó masturbándome, haciéndome gemir contra sus labios.

— No te imaginas las ganas que tenía… —Hasta yo misma me sorprendí al decirlo en alto.

—Demuéstramelo. —No sé si fue una orden o un ruego. Muy a mi pesar, agarré su brazo, haciendo que parara. Coloqué mis manos sobre sus hombros, empujándolo hacia atrás directamente. Tal y como yo lo había ayudado antes a quitarme las bragas, él hizo lo mismo para que le quitara el bóxer. Me relamí los labios al verlo desnudo, gesto que le hizo sonreír de nuevo. Separé las piernas, haciendo el amago de ir a sentarme a horcajadas sobre él, pero le sonreí con picardía, negando con la cabeza. Me puse de rodillas entre sus piernas. Me miró a los ojos, expectante. Emitió un leve jadeó cuando introduje su miembro entre mis labios. Se estiró en la cama, gruñendo, mientras su polla entraba y salía de mi boca, lamiéndola con ansia. Necesitaba escucharlo gemir de nuevo. Cada

vez que su miembro iba a salir de mi boca, lo apretaba con los labios, succionándolo suavemente para luego metérmelo hasta la garganta. En cuanto gimió mi nombre, volví a hacerlo de nuevo. Me fijé en cómo había agarrado las sábanas, apretujándolas con fuerza entre sus manos para intentar contenerse—. Joder… —Soltó las sábanas con una de las manos, llevándola hasta mi pelo. Enredó sus dedos en él y empezó a dirigirme la cabeza a su antojo. Sentí como mi sexo se humedecía a medida que seguía follándose mi boca. Me di cuenta que sus piernas comenzaban a temblar y sabía lo que eso significaba. A pesar de manejar mi cabeza, me detuve, agarrando su polla con fuerza entre mis dedos y sacándolo de mi boca. Estaba cubierto de mi saliva. Me mordí el labio, mirándolo con una sonrisa. Coloqué las manos en su pecho y terminé de acomodarme sobre él, dejando que su polla entrara por completo dentro de mí. Empecé moviéndome despacio. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que hice algo así. Sin embargo, el placer que sentía no me hizo ser demasiado precavida. Los botes que daba sobre él, eran cada vez más fuertes y nuestros gemidos más altos—. Pelirroja —dijo entre jadeos llevando las manos a mi cintura para ayudarme a moverme. El choque de nuestros cuerpos camuflaba de vez en cuando nuestros sonidos de placer. Eché la cabeza hacia atrás mientras que él se incorporó como pudo para quedarse sentado debajo de mí. Pasó las manos por mi espalda, empujándome hacia él para encontrarse con mis labios. Nos besamos como buenamente pudimos, ya que era incapaz de detenerme. Tenía las piernas cansadas, pero Luke bajó las manos a mi culo justo a tiempo y se encargó de moverme. Con esa pequeña ayuda, recargué las fuerzas suficientes como para botar sobre él con más energía.

— Voy a… — Antes de poder avisarlo, emití un profundo gemido, llegando al orgasmo. Luke seguía moviendo sus caderas para

penetrarme desde abajo, cada vez con más fiereza hasta que sentí como se corría dentro de mí. Ambos nos detuvimos y me envolvió entre sus brazos. No le importaron las gotas de sudor que caían por mi espalda, la acarició con suavidad, llegando a mi pelo para enredar los dedos en éste. Poco a poco, me dejé caer a su lado, sintiéndome vacía en el instante que dejó de estar dentro de mí.

Capítulo 27

Luke

Aún respiraba agitado cuando Daphne cayó a mi lado. Ella también intentaba recuperar el aliento mientras miraba al techo junto a mí. No podía creer lo que había ocurrido. La veía por el rabillo del ojo, incapaz de mirarme, no sabía si se arrepentiría y se marcharía, o todo lo contrario. A lo mejor hasta quería repetir. ¿Cómo podía volverme a excitar tan rápido? Suspiré, llamando su atención.

—Quizás… Quizás… Debería… —Le supliqué a los dioses que no me dijera que se iba. —Darme una ducha. —Solté el aire que había estado conteniendo. Se levantó de la cama, recogiendo la camiseta que había lanzado al suelo cuando había estado sobre mí y la utilizó para taparse.

—No hace falta. —Creí que haber echado un polvo le quitaría la vergüenza que sentía, pero volvió a sonrojarse como de costumbre. Bajó un poco la camiseta, pero no se dio la vuelta para mirarme. Entró en el baño y me levanté de la cama en cuanto escuché el sonido del agua. Me metí en el cuarto de baño y saqué una toalla limpia para cuando saliera.

—¿Vas a entrar? —preguntó tras la mampara. Fui a decirle que venía a darle una toalla para que pudiera secarse, pero no iba a ser tan tonto como para perder la oportunidad de ducharme con ella.

—Si no te importa. —Deslicé la hoja de la mampara para entrar con ella. Dio un paso hacia atrás para dejar que el agua caliente también cayera sobre mí. Por mucho que quisiera lavarme la cara, era incapaz de cerrar los ojos porque no quería dejar de mirarla. *Era jodidamente preciosa.*

—¿Qué pasa? —Negué con la cabeza, sin decir nada. Dejé que el chorro de agua me diera en la cara y me pasé las manos por el rostro hasta el pelo, mojándolo por completo—. ¿Dónde está el gel?

—En el suelo, detrás de ti. —Me eché hacia atrás para que el agua dejara de darme y poder ver cómo se inclinaba hacia delante. Me fijé en cómo su pelo mojado tapaba parte de su espalda y bajé la mirada hasta su culo. Para cuando se dio la vuelta, ya era demasiado tarde y no me había dado tiempo a relajarme. Aguantó una carcajada cuando vio mi erección, echando la vista hacia otro lado—. Oye, ¿de qué te ríes?

—Pues de que estés… así… otra vez. —Sí que seguía sintiendo vergüenza.

—Eso es por tu culpa.

Decidió ignorarme, apretando el bote de gel para dejar caer parte en la mano y echárselo por el cuerpo. Debía parecer un imbécil integral por no poder quitarle el ojo de encima. Aunque tampoco parecía que le molestara. Me ofreció el bote del gel pero me limité a extender la mano para que me echara un poco en la palma. Nos enjabonamos en silencio, tanto que hasta llegué a sentirme incómodo, y si yo me sentía así… ¿Cómo estaría ella? No quería que el silencio que reinaba entre nosotros, enfriara la situación y quisiera marcharse. Di un paso hacia delante, sobresaltándola porque casi

me choco contra ella. Alcé la mano para agarrar la alcachofa de la ducha, la pasé por su espalda, despacio, guiándola después hasta sus hombros.

—Deja que te ayude. —Quise mostrarme firme, pero fue más un susurro que otra cosa. Contempló mis ojos en silencio, asintiendo con la cabeza. Pasé mi mano por sus dos hombros, quitándole los restos de jabón y después la bajé hasta uno de sus pechos. Deslicé mi pulgar por su pezón, endureciéndose por mi tacto e hice lo mismo con el otro. Subí la mano por entre sus pechos hasta llegar a su cuello. No me había dado cuenta de que tenía los ojos cerrados y estaba mordiéndose el labio inferior. Presioné con suavidad su cuello, haciendo que abriera los ojos. El hecho de que entreabriera la boca me pareció señal suficiente como lanzarme contra sus labios. La vergüenza se esfumó en cuanto empezamos a besarnos. Recorrí cada recoveco de su boca con la lengua, acariciando la suya con la propia una y otra vez. Levanté las manos para colocar de nuevo la alcachofa en su sitio, dejándola fija sobre nosotros. Rodeó mi cuello con los brazos, dejándolos sobre mis hombros mientras seguía besándome con la misma intensidad que habíamos compartido en la cama. Daphne siempre se había mostrado como una persona paciente, relajada y poco impulsiva, pero esta noche me había demostrado que había facetas de ella que desconocía, y quería conocerlas a fondo. Era la primera vez que veía que, de verdad, se estaba dejando llevar. Me volvía loco que fuera conmigo. Me costó separarme de su boca. La llevé contra la pared de la ducha y soltó un suave jadeo al sentir el frío. Arqueó la espalda a modo de queja, queriendo separarse, pero volvió a la misma posición cuando agaché la cabeza para atrapar uno de sus pezones entre mis dientes. Jadeó de nuevo, pero esta vez no había ninguna queja tras ese sonido. Pellizqué el pezón contrario con la mano mientras recorría su pecho

con los labios. Era tan perfecta. Era mejor de lo que podía haber imaginado.

—Luke —murmuró con la voz entrecortada. No quería que dijera mi nombre de una manera diferente a aquella. Bajé una de mis manos por su abdomen, fijándome en cómo había separado las piernas nada más sentir mi tacto. Sonreí.

—Dime, pelirroja, ¿qué quieres?

—Ya lo sabes… —susurró mientras me miraba a los ojos. Mientras acariciaba su vientre con la otra mano, perfilé su labio inferior con el pulgar, aunque lo atrapó entre sus dientes con rapidez.

—No sé lo que quieres si no me lo dices. —dije mientras apartaba la mano, acercando mi boca a la suya—. ¿Qué quieres, Daphne? —pregunté mientras mis labios rozaban los suyos.

—Tócame, por favor. —Que me lo pidiera de esa forma terminó de enloquecerme. No hacía falta que me dijera nada más. Deslicé mis dedos por su sexo. Sabía que no solo estaba empapado por el agua que había caído sobre nosotros. Estaba así por mi culpa. Quería que estuviera así todos los días. Froté mi pulgar contra su clítoris. Sus gemidos contra mi oreja hacían que moviera mi dedo más rápido. Vi como sus piernas temblaban, pero me aseguré de que no iba a perder el equilibrio apretándola contra la pared.

—¿Así, pelirroja? —Fue incapaz de hablar. Logró asentir con la cabeza mientras dos de mis dedos se hundían dentro de ella. Abrió sus labios, dejando escapar un profundo gemido en el que intentaba pronunciar mi nombre. Sabía que estaba loco por ella, pero no era consciente de cuánto hasta que la vi temblorosa entre mis brazos. Mis dedos entraban y salían de ella con una facilidad tan increíble, que por un momento pensé que estaba hecha solo para mí. Me di cuenta de que mi brazo no era lo único que se movía, el vaivén de

sus caderas era continuo, pidiéndome que fuera más rápido.

—Estoy a punto de… —No tenía por qué completar aquella frase. Sabía lo que significaba. Busqué su boca mientras seguía masturbándola hasta que gritó contra mis labios, llegando al orgasmo. Se agarró a mis hombros mientras recuperaba el aliento y cuando nuestras miradas se encontraron, otra vez volvió esa faceta tímida que tanto conocía. Solo que ya había conocido a la otra que tenía dentro y quería que volviera a salir a la luz. Saqué poco a poco los dedos que había utilizado para masturbarla hasta dejarlos cerca de sus labios, bastó que la mirara a los ojos para que sacara la lengua y los limpiara con ella. *Joder,* cuando creía que Daphne no podría excitarme más, se las apañaba para conseguirlo. Aparté la mano justo cuando iba a volver a lamer uno de sus dedos y atrapé su lengua entre mis labios, besándola.

—Pelirroja, me estás volviendo loco — confesé.

—¿De verdad? —Me hizo gracia que me lo preguntara en serio cuando estaba claro que no podía mentir al respecto.

—Volverías loco a cualquier persona de este mundo, Daphne. — Ahí estaban sus mejillas ruborizadas otra vez. *¿Cómo podía ser tan adorable y al mismo tiempo tan jodidamente excitante?* Ya se me había olvidado el agua que caía sobre nosotros hasta que Daphne siguió las gotas con sus dedos sobre mi piel. Acarició mi abdomen con las uñas hasta que una de sus manos se detuvo en la base de mi erección. Agarró mi miembro, y con tan solo ese mínimo gesto, casi me arranca un gemido. Empezó a masturbarme bajo el agua, de una manera torpe y lenta que me estaba torturando, pero no quería que parara. Sus movimientos fueron mejorando a medida que seguía. Sujeté su cuello, haciendo que me mirara. La inocencia que brillaba en sus ojos había desaparecido por completo y aquello me gustaba demasiado. No quería perderla de vista, pero eché un

instante la cabeza hacia atrás. Se me escapó un jadeó mientras me masturbaba y otro cuando aprovechó para morderme el cuello. Alargué el brazo para cortar el agua de la ducha, haciendo que se detuviera, sorprendida.

—¿Pasa algo? —Deslicé la hoja de la mampara y antes de que pudiera volver a preguntar, la cogí en brazos. Soltó una exclamación mientras se aferraba a mí—. ¡Luke!

—Quiero que estés cómoda —respondí sin más. La tumbé sobre la cama. La contemplé con absoluta adoración. Aún no sabía si se trataba de un sueño el tenerla desnuda en mi cama. En la primera ronda, ella había tenido el control, pero ahora me tocaba a mí. Subió por el colchón, dejándome sitio para que me quedara de rodillas entre sus piernas. Volví a masajear sus pechos con una mano mientras que con la otra agarré mi miembro, frotándolo contra su centro. Daphne movió las caderas para buscar más contacto, pero cuanto más lo hacía, más hacia atrás me echaba, gesto que la estaba desquiciando. *Eso quería*. Necesitaba que volviera a decirme lo que deseaba, igual que lo había hecho en la ducha.

—Luke, por favor. —Parecía haberme leído la mente.

—Por favor, ¿qué? —Presioné la punta de mi miembro contra su clítoris y aunque aprovechó para mover sus caderas, me eché hacia atrás. Resopló—. Dime, pelirroja.

—Hazme tuya —susurró excitada, mirándome suplicante—. Por favor, fóllame.

—Eso es. —Recorrí la entrada de su sexo con mi miembro—. Y ahora que sé lo que quieres…

Iba a contestar, pero no quise perder más el tiempo. Entré en ella con una sola embestida que le hizo gemir mi nombre. Me dije a mí mismo que tenía que ir con calma, pero el placer que me provocaba su cuerpo, me lo ponía difícil. Sostuve sus piernas contra

mi pecho para después colocarlas en mis hombros. La visión desde ahí era el mejor paisaje que había contemplado en toda mi vida. Al igual que en la ducha, me di cuenta de que no era el único que se movía. Por mucho que mi intención fuera llevar un ritmo más lento, el vaivén de las caderas de Daphne me descontroló. Solté poco a poco sus piernas y me dejé caer sobre ella. Ahogamos nuestros gemidos contra nuestras bocas, escuchándose únicamente el choque frenético de nuestros cuerpos hasta que los dos llegamos a una explosión de placer, que nos dejó sin palabras.

En esta ocasión, fui yo el que cayó sin respiración a su lado, aunque Daphne también tenía dificultades para recuperar el aliento. Cuando lo habíamos hecho por primera vez, había tenido miedo de que se arrepintiera y se marchara, pero después de lo que acababa de ocurrir era lo menos probable, ¿no? Aunque con Daphne nunca tenía las cosas claras. Giré la cabeza, mirándola. Era la primera mujer a la que había traído a mi apartamento. La primera con la que había estado en esta cama. Y también la única que quería que se quedara. No sabía cómo explicarle que, durante este tiempo, me había acabado enamorando de ella. No quería que lo nuestro se limitara a una mentira, a un trato, ni tampoco a una noche loca en la que el alcohol y un mal trago, nos había llevado a la cama. Aunque quizás, todo había sido por eso. La discusión que había tenido con Owen, todo lo que le había dicho… Puede que eso la hubiera hecho sentir vulnerable, y el hecho de que yo me hubiera interesado en ella, lo había considerado como un regalo de consolación. Quizás yo tan solo era el segundo plato. *Luke, está contigo para poner celoso a otro tío, ¿entiendes? No le interesas.* Las palabras de Tate me golpearon de pronto, me repetí a mí mismo que todo había cambiado desde entonces, pero también recordé cómo hacía unas horas, ella estaba llorando por él.

Me levanté de la cama y me fijé en que Daphne me miraba.

—Voy a la ducha. —Asintió con la cabeza. Hizo el amago de levantarse, pero yo ya me había encerrado en el baño para entonces —. Mejor separados o vamos a ducharnos muchas veces sin sentido. —La escuché reírse y pareció convencida por mi explicación. Sin embargo, solo quería estar un momento solo para sacar todas aquellas ideas de mi cabeza. Igual que todas mis ilusiones.

Me daba miedo quedarme dormido. Tenía la sensación de que en cuanto cerrara los ojos, Daphne se esfumaría. Después de habernos duchado y haber caído rendidos en la cama, me asustaba darme cuenta de que todo había sido un sueño. Otro de los muchos que había tenido con ella. La contemplé dormir desnuda a mi lado, respirando tranquila, pegada a mí, con la mano sobre mi pecho. Había deslizado mi dedo por su brazo, acariciándola con delicadeza para no despertarla, necesitaba estar entretenido para no caer rendido al sueño. Sin embargo, el cansancio de las noches anteriores, el alcohol y el sexo, hicieron que mis párpados pesaran demasiado.

Capítulo 28

Daphne

A lo largo de mi vida había cometido muchas estupideces. Unas con menor repercusión que otras, como por ejemplo, teñirme el pelo de rosa a espaldas de mis padres cuando tenía catorce años; haber fingido la gripe por no querer ir a hacer un examen que terminó aplazándose de todas formas; haber cogido un autobús para ir a Ottawa para volver a la cafetería *Timber & Steam*, la cual había echado el cierre; haber echado una carrera en un trineo contra Owen llevando los ojos vendados y haberme comido un árbol en el proceso; y haberme callado sobre lo que sentía por Owen era una de las mayores cagadas de mi vida, eso lo tenía claro. Al principio, había sentido miedo de confundir nuestra amistad con un sentimiento más profundo, y después por un horrible y devastador miedo a perderlo si se enteraba de que estaba enamorada de él. No había tenido que soportar nunca verlo en una relación, Owen no era fácil de conquistar. O al menos, no era fácil de mantener. Emma era la única relación seria que había tenido y, para complicar un poco más las cosas, yo me las había ingeniado para acabar manteniendo

una relación falsa con la que darle celos. No tenía claro en qué momento mi vida se había convertido en una comedia romántica tan absurda, pero quizás llegó a su culmen cuando terminé acostándome con Luke Watts. O también podía haber sido en el momento en el que me había escabullido sin hacer ruido en cuanto me había despertado por la mañana. Había cumplido con tantos tópicos en un periodo tan corto de tiempo que me sentía una verdadera idiota.

Podría haberme quedado con él. Habríamos desayunado jodidamente incómodos, pero conociéndolo, me habría hecho hablar de lo que pasó anoche y habríamos hablado como dos adultos funcionales hasta llegar a alguna conclusión, pero ¿a qué conclusión podríamos haber llegado? Le podría haber dado las gracias por haberme sacado de la boda, por haberme escuchado y por haberme echado después el polvo de mi vida, pero creo que tendríamos que haber mantenido una conversación a un nivel más profundo y no me veía preparada para ello. No mientras aún sentía un verdadero dolor en el pecho cuando pensaba en Owen. Anoche, Luke me había mirado como si el cumplido de ser una diosa fuera real, creí haber reconstruido mi autoestima de alguna forma, pero todo lo que Owen me había dicho me la había destrozado más de lo que imaginaba.

Mi miedo siempre había sido no ser suficiente. No podría llegar a abrir Tinta y café porque no sería lo suficientemente buena como para montar un negocio. No podría hacer que perdurara porque no sería lo suficientemente inteligente como para llamar la atención. No podría decirle a Marcie que quería salir de fiesta con ella porque no sería lo suficientemente divertida como para que quisiera volver a salir. No podía tomarme unos días de descanso porque no sería lo suficientemente trabajadora como para que la cafetería siguiera adelante. No podía confesarle a Owen lo que sentía porque,

simplemente, no sería suficiente para él. Conmigo misma no bastaba. *Yo no era suficiente*. Con tan solo unas cuantas palabras, me había confirmado todos mis miedos. Yo no era nada. Solo se había sentido atraído por mí cuando le había parecido menos… *yo*. ¿Y si a Luke le pasaba lo mismo? ¿Y si con él tampoco me había mostrado como era? *Con él parecías menos tú, por eso me atraías.* Owen no solo me había hundido a mí misma, sino que también había hecho tambalear los cimientos de lo que pensaba que había entre Luke y yo. Puede que no solo los hubiera tambaleado, sino que los hubiera hecho pedazos. Si no, aquella mañana no habría salido huyendo, sino que habría afrontado la situación.

Marcie, por suerte, aún no había llegado a casa. No me apetecía darle explicaciones sobre por qué regresaba a casa al día siguiente y con el mismo vestido que había llevado en la boda. Lo último que quería hacer era hablar con alguien. Nada más salir de casa de Luke, había apagado el móvil y lo había dejado cargándose mientras me duchaba. Sin ni tan siquiera comprobar las notificaciones. Aquel día no estaba para nadie. Todo el mundo podía contar conmigo para cuando me necesitaban, pero ese domingo, no quería más que estar sola. Para aislarme todavía más, cuando ya me había puesto un pijama cómodo, cerré el apartamento y dejé las llaves puestas para que nadie pudiera entrar. Marcie llegaba mañana, así que podía hacerlo sin problema. Me puse los auriculares y decidí que me pasaría el día entero escuchando música.

Por mi cabeza, acudían escenas de mi pelea con Owen y de la noche con Luke. Ni tan siquiera la música las hacía desaparecer. El sentido común me decía que debería estar enfadada con Owen por cómo se había comportado conmigo, incluso Luke me lo había dicho mucho antes de que Owen me dijera todo aquello, pero lo único que sentía era una tristeza indescriptible. Un vacío que me presionaba el

pecho. Ese era otro miedo que se había vuelto realidad. Mi amistad con Owen se había ido a la mierda. Después del desprecio en sus palabras, ¿cómo iba a mirarlo a la cara el lunes? Se suponía que debería ser él quien estuviera preocupado por cómo me sentía yo, por cómo iba a tratarlo cuando volviéramos a vernos, pero estaba segura de que no le importaba una mierda. Era momento de ser honesta conmigo misma. A Owen no le importaba cómo podía llegar a sentirme. No sé si en algún momento le importó.

Recordé el motivo de la pelea entre Owen y Emma, y una idea descabellada se me pasó por la cabeza. ¿Y si Owen me había querido hacer daño a propósito para que lo echara de Tinta y café? O al menos, para que no se me hiciera tan duro que se marchara. A lo mejor, había intentado boicotear nuestra amistad para que no le insistiera en que se quedara. No sabía si me estaba montando una película con la poca esperanza que me quedaba, pero prefería agarrarme a un clavo ardiendo que creer que para Owen no valía nada. Me arrepentía de haber sacado el tema de lo que ocurrió. Si él había hecho como si nada hubiera pasado, yo también tendría que haber seguido con mi vida. No tendría que haberme ilusionado con él. No tendría que haber pensado en declararme esa noche en el *DREAM*. Tendría que haber sonreído y alegrarme cuando me presentó a Emma. Tendría que haberme olvidado de él por completo y no haber recurrido a esa estupidez de intentar ponerlo celoso. *¿Qué había conseguido con ello?* Pensé en Luke.

Él había sido lo único bueno de la situación y yo… Yo había huido de él al día siguiente. Lo cual era genial para fomentar el problema de confianza que padecía. No había dejado de pensar en que me había llevado a su casa. Esa a la que no quería llevar a nadie después de lo que había sucedido con Olivia y yo me había marchado de su casa sin hacer ruido la mañana siguiente. Quizás sí

que debería ser menos *yo* de vez en cuando. Si antes me aterraba afrontar esa conversación con él, ahora sentía un pánico atroz. ¿Y si me mandaba a la mierda? ¿Y si daba nuestro trato por acabado? Sacudí la cabeza mientras me revolcaba por la cama. Le importaba demasiado recuperar su puesto como para perder esa oportunidad. Y cuándo lo consiguiera, ¿qué? Su intención era marcharse constantemente al extranjero, ¿sería capaz de estar con una persona que vería una vez al mes? Y… *¿Pero qué demonios me estaba planteando?* Ni tan siquiera sabía si Luke quería mantener una relación con alguien. Puede que solo hubiera sido cosa de una sola noche. Un calentón, sin más. Si tenía la costumbre de tirarse a una modelo de vez en cuando y llevaba tiempo sin hacerlo… Quizás solo le apetecía echar un polvo. Quizás solo era eso. Para eso servían las conversaciones incómodas, para aclarar cosas como estas. Sin embargo, no estaba preparada para sufrir de nuevo. Lo de Owen me había dolido demasiado como para escuchar a Luke reconocer que solo quería follarme. Era mejor dejar las cosas así. Al aire.

***

Por lo menos, había conseguido dormir de un tirón, aunque eso no quitaba que el lunes hubiera vomitado dos veces antes de ir a Tinta y café. Había llegado la primera a la cafetería, como siempre. Si quería seguir adelante, tenía que refugiarme en el trabajo, eso era lo que siempre había hecho. Había sido mi solución para todo y me había sido bastante útil. Las pocas veces que había tocado el móvil había sido para cambiar de canción mientras adecentaba el local. Ya había sacado la segunda tanda de galletas cuando George llegó a la cafetería. Me ayudó a preparar todo en absoluto silencio, cosa que agradecí bastante. No era un trabajador muy hablador, pero sí que le

ponía mucho empeño a todo lo que hacía. Mientras que yo llevaba los dulces a la vitrina, él preparaba la leche en las jarras para espumarla cuando llegaran los primeros clientes y reunió todos los ingredientes que solíamos usar para los cafés especiales. Los lunes solían tener las mañanas más ajetreadas.

—¿Abro ya, jefa? —No sé cuántas veces le había dicho que me llamara por mi nombre cuando lo había contratado, pero no había remedio. Era absurdo insistir.

—Ya lo hago yo. —Escuché la voz de Owen y quise que la tierra me tragara. No le miré, solo escuché el sonido de la puerta arrastrándose. Subí al piso superior con la excusa de poner los libros en orden y vi su figura entrando en la cocina para coger el delantal que usábamos de uniforme. No podía pasarme todo el día evitándolo. Cogí una gran cantidad de aire por la nariz antes de bajar por las escaleras. Me situé detrás de la barra mientras que George repasó las mesas, dándoles con un trapo húmedo—. He puesto otra ronda de galletas red velvet, la semana pasada se vendieron muchas.

—Buenos días —dije al escucharlo a mi lado sin atreverme a mirarlo todavía. Owen se aclaró la garganta.

—Buenos días, ¿te parece bien o no?

—Ya lo has hecho, ¿no? —*Joder.* Con lo bien que habíamos estado la semana pasada, y ahora parecíamos dos completos desconocidos. Controlé mi respiración y me atreví a girarme para mirarlo por primera vez. Tuve que contener un grito al hacerlo—. ¿Qué te ha pasado? —Llevaba la nariz vendada, y a pesar de ello, parecía hinchada bajo las vendas. Se apreciaban ligeros moretones bajo los ojos y tenía la vista cansada. Aunque no creía que fuera solo por la nariz rota.

—Un mal golpe —contestó sin más.

—Pero, ¿cuándo? —Resopló.

—¿Qué más da? Déjalo estar.

—¿Te duele? —Puso los ojos en blanco. Sabía que ya se había cansado de mis preguntas, pero mi preocupación tenía vida propia —. Puedes irte si…

—Quiero trabajar, ¿vale? Y déjalo estar, solo es una nariz rota, joder. —Se marchó a la cocina como si le hubiera metido una patada y el dolor lo estuviera padeciendo yo. Por suerte, el primer cliente de la mañana, entró. Volví a coger una gran cantidad de aire por la nariz y me dispuse a hacer lo único que sabía: preparar café.

***

Owen y yo pasamos toda la mañana evitándonos, aunque con la carga de trabajo tampoco es que pudiéramos hablar de nada. Por lo menos, no solo se había mostrado desagradable conmigo, cuando Marcie había entrado en el turno de tarde, también había sido bastante tajante con ella con respecto a lo que le había ocurrido en la nariz. Ella me había lanzado una de esas típicas miradas de *qué le pasa al imbécil este.* Esas miradas las solíamos compartir mucho con respecto a algunos clientes, pero Owen se la había ganado a pulso aquel día. Gracias a su comportamiento, esa tristeza que sentía fue transformándose poco a poco en el enfado que debería haber sentido desde el principio. No sabía si Marcie había sido consciente de la tensión que había entre los dos, pero tampoco había hecho ningún comentario al respecto. Y rezaba para que siguiera así. Para colmo, yo había estado esperando como una puñetera imbécil a que Luke apareciera por la cafetería, pero ¿por qué iba a hacerlo? Lo dejé tirado, y encima ni tan siquiera había sido capaz de mirar el maldito móvil para hablarle porque tenía miedo de que estuviera

enfadado conmigo. *¿Cómo podía ser tan tonta?*

—Ya es la hora de cerrar, ¿por qué no te cambias ya? —Esa fue la frase más amable que Owen me había soltado en todo el día. George ya se había marchado y Marcie acababa de colgar el delantal junto a Owen.

—Hay que hacer un pedido de granos de café, creo que no quedan los sacos suficientes para esta semana. Ni tampoco contamos con los suficientes ingredientes para las magdalenas a partir de…

—¿Vas a ponerte a hacer inventario ahora? ¿En serio? —Me encogí de hombros.

—Mejor cuando la cafetería está cerrada, ¿no? —Marcie nos miraba al uno y al otro como si fuera un partido de tenis.

—Sí, pero también puede hacerse mañana a primera hora y así no tienes que salir de aquí a las tantas.

—No voy a salir de aquí a las tantas, estoy acostumbrada, puedo hacerlo rápido.

—Ah, claro, estás acostumbrada porque tú siempre te encargas de todo, ya lo pillo. —Me crucé de brazos. *¿En serio iba a ir por ahí?*

—Pues sí, yo soy la que se encarga. —Resopló con exasperación.

—Allá tú si quieres quedarte todas las putas noches aquí.

—Controlar esto y hacer que vaya bien es lo que te da de comer todos los meses —respondí en un tono más alto de lo que pretendía —. Yo soy así.

—Lo sé, todo es gracias a ti, Daphne, de verdad, que eres increíble. Eres buenísima persona. —Las palabras que me dijo en la boda, acudieron rápidamente a mi cabeza.

—No todo el mundo lo es. —Su semblante cambió ante mi respuesta, repitiendo sus palabras.

—Bueno, ya está los dos —dijo Marcie poniéndose en medio—. Vamos a relajarnos un poco y…

—Hasta mañana. —Owen se marchó de allí sin ni tan siquiera mirar a Marcie y yo me metí en la cocina.

—¡Eh, eh! —Marcie me siguió—. ¿Se puede saber qué coño ha pasado ahí fuera? —Tiré de la goma del pelo hasta deshacerme la coleta, aunque lo hice con tanta fuerza que se me saltaron las lágrimas.

—No sé, hoy está insoportable —murmuré.

—Y tú casi te lo comes. No te había visto nunca discutir con Owen. —Suspiré.

—Siempre hay una primera vez.

—Algo ha pasado entre vosotros.

—No me apetece hablar del tema. —Saqué la carpeta en la que tenía todo lo necesario para ponerme a hacer el inventario.

—Daphne, vamos, cuéntame. —Me olvidé de que no estaba tratando con Luke. A él le podía decir que no quería hablar y dejarlo para otro momento, pero Marcie preguntaba hasta la saciedad, hasta que al final una se rendía y terminaba por contarle todo.

—Discutimos en la boda, ya está.

—Pero, ¿por qué?

—Porque quiere dejar Tinta y café. —No había sido el motivo, pero con eso bastaría—. El ambiente está tenso desde entonces.

—¿Por eso llevas dos días sin mirar el móvil? —Fruncí el ceño dándome la vuelta para mirarla. Me estudiaba con los brazos cruzados.

—¿Cómo…?

—¿Qué cómo lo sé? Porque te hablé el sábado por la noche y no me respondiste, pensé que estarías durmiendo por culpa de la resaca de la boda. También te hablé el domingo, incluso te llamé

unas cuantas veces para ver si estabas bien, pero nada. Esta mañana te mandé un mensaje para decirte que llegaría al turno de tarde porque el autobús se había retrasado y tampoco me contestaste. —Desvié la mirada. Tendría que haberme cerciorado de que Marcie se daría cuenta de que había estado desaparecida—. Eso no es propio de ti. ¿Sabes cómo supe que estabas viva? ¡Por George! Me dijo que estaba contigo en la cafetería.

—Me he acostado con Luke. —*¿Por qué coño había dicho eso en alto?*

—¿Perdón?

—Dos veces. La misma noche. En la boda. —*¿Y ahora por qué hablaba en modo robot?*

—¡No jodas! —Se rio—. ¡Lo sabía! ¡Es que lo sabía! ¿Por eso has estado desaparecida? ¿Has estado todo el finde con él? —Me tapé la cara con las manos—. ¡Vamos, Daphne, no es ningún pecado! Está bueno para ser un tío, lo reconozco.

—Me fui.

—¿Qué?

—Cuando me desperté al día siguiente… Me fui y no he vuelto a darle señales de vida —susurré.

—¿Por qué? —Puso el grito en el cielo—. ¿Por qué hiciste eso? —Alcé la cabeza para mirarla y resopló con pesadez—. No me jodas, ¿por Owen?

—No, sí, no lo sé.

—Daphne, esto de Owen se tiene que acabar, en serio, es…

—¿Hola? —Una voz se escuchó fuera de la cocina.

—¡Estamos cerrados! —Se encargó de gritar Marcie. Abrí los ojos y me tapé la boca—. ¿Qué pasa?

—Es Luke —murmuré.

—¿En serio? —Asentí moviendo la cabeza frenética—. Genial, así

habláis. —La agarré de la mano antes de que pudiera abrir la puerta.

—No, no, no puedo, me estoy muriendo de vergüenza ahora mismo.

—Oh, seguro que él está perfectamente, habiéndose plantado aquí después de que lo dejaras tirado en la cama y desaparecieras de la faz de la tierra durante dos días —dijo en tono de riña. Totalmente merecida, por supuesto. La solté. Cogió su bolso antes de salir de la cocina y la escuché saludar a Luke—. Lo siento, Luke, no sabía que eras tú. Daphne sale enseguida. —Sentí la puerta principal cerrándose. Cogí una gran bocanada de aire por la boca antes de salir. Asomé la cabeza. Estaba de espaldas a la puerta de la cocina, apoyado en la barra. Cerré los ojos un momento y empujé la puerta por completo.

Capítulo 29

Luke

Me di la vuelta al oír la voz de Daphne. Había estado a punto de plantarme en la cafetería demasiadas veces a lo largo del día, pero lo había descartado una y otra vez. Daphne parecía haber decidido no querer saber nada más de mí. No contestaba a mis mensajes, no respondía a mis llamadas y había desaparecido de mi apartamento como una criminal en busca y captura. Me planteé que se arrepintiera de lo sucedido, pero tampoco pensé que llegaría a ese nivel. Sabía que no podía bajar la guardia con ella. Es más, sabía que tenía que estar cabreado con ella, pero lo que sentí fue alivio cuando la vi aparecer por la puerta.

—Estás viva. —Eso fue lo más ingenioso que se me ocurrió decir. Se rascó la nuca.

—Lo siento. —No esperaba que se disculpara tan rápido. Caminó hasta la puerta, dándole la vuelta al cártel de abierto para que no entrara nadie más y echó el pestillo—. No debería…

—Sí, no debería haber pasado. —Me adelanté a lo que iba a decir. Prefería ser yo quien controlara la situación—. Pero bueno,

somos adultos, ¿no? Podríamos haber hablado, no hacía falta que me ignoraras. Ni que desaparecieras. Creo que fue llevarlo a un nivel absurdo.

—Lo fue —contestó retirando una de las sillas que había en una mesa para sentarse—. Fue… demasiado que asimilar en muy poco tiempo. Necesitaba desconectar del mundo, pero tenías derecho a que te dijera algo.

—No importa. —Suspiré sentándome en otra silla frente a ella. Prefería que hubiese una mesa entre nosotros. Era mejor que hubiera algo físico que nos distanciara—. Ahora sé cómo se sentían las mujeres a las que les hice lo mismo. —Sonrió desganada, aún con la vista clavada en el suelo—. En fin… olvidaremos lo de esa noche y ya está. —Si eso era lo que quería, lo tendría. Tampoco se había opuesto cuando lo dije. Tragué saliva. Quizás había sido una tontería ir allí—. ¿Qué tal el día? ¿Tan horrible como imaginabas?

—Y peor —susurró—. Había demasiada tensión en el ambiente y al final todo se ha torcido.

—¿Cómo estaba Owen? —Frunció el ceño, levantando la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Digamos que antes de irnos de la boda, me lo encontré, y me caí. —Abrió los ojos como platos—. De estas veces que te caes con tan mala suerte que le das a alguien un puñetazo en la nariz.

—¿Tú le rompiste la nariz? —*¿Había llegado a rompérsela?* No tenía la sensación de haberle dado tan fuerte.

—Fue un accidente. —Levanté ambas manos—. Llego a saber que te trató mal y también le dejo el ojo morado.

—¡Watts! —Se incorporó como si tuviera un resorte.

—¡Te encerraste en el cuarto de baño a llorar! ¡Me imaginé lo peor! Y luego lo vi, siendo un puto baboso con todo lo que se le ponía por delante, borracho como una cuba mientras tú lo estabas

pasando mal, y yo… —Resoplé levantándome también del asiento—. Se me fue la cabeza.

—Pero ¿cómo se te ocurre? —preguntó casi gritando.

—¡No sabía que le había roto la nariz! No sentí que le hubiera dado tan fuerte. —Me miré los nudillos, ni tan siquiera me había hecho daño—. A lo mejor le pegó alguien más, motivos siempre hay.

—Bueno, ¡ya está! —Alzó las manos—. Sé que, a veces, se comporta como un idiota, pero no hay que agredir a nadie.

—¿A veces se comporta como un idiota? —Tuve que aguantar las ganas de reírme—. ¿Estás de coña? —Di un paso al frente para acercarme a ella—. Owen es un gilipollas. Con todas las letras. —Daphne desvió la mirada. *Joder, seguía defendiéndolo*—. Por dios, pelirroja, ¡tú lo sabes! Eres lista, date cuenta ya.

—¿De qué? —Eché la cabeza hacia atrás, desesperado.

—De que te usa como le da la gana, joder. Se refugia en ti siempre que puede y ¡tú se lo permites! —Apretó los labios. Respiré. No merecía que le alzara la voz—. Perdón, Daphne, no tenía que haberte gritado. —Negó con la cabeza—. En la boda hablé con Doug cuando me quedé solo. Me contó… —No sabía si era buena idea, pero no podía dejar que siguiese defendiendo a Owen—. Me contó que una vez no te salieron las cuentas y tuviste que pedirles dinero para pagar el alquiler de la cafetería.

—¿Por qué te contó eso?

—Fue Owen. —Frunció el ceño—. Él cogió dinero de la caja. Se lo contó a Doug y él le amenazó para que no volviera a hacerlo más. —Daphne dejó de mirarme y se dejó caer en la silla, en absoluto silencio—. Quería dinero para salir por ahí, para conocer gente y…

—No, para conocer gente no —respondió sin levantar la mirada —. Querría tener dinero para invitar a alguna tía y echar un polvo, ¿no? —La frialdad de su voz me puso la piel de gallina.

—Sí. Básicamente lo usó para eso. —Siguió con la mirada fija en la mesa que nos separaba, con gesto pensativo—. Y si lo hizo una vez…

—Sabía que había sido él —murmuró al cabo de un rato—. No podía haber sido nadie más, pero no entiendo por qué no me lo dijo, podríamos haber hecho números para que tuviera más dinero y…

—¿Otra vez lo estás defendiendo? —pregunté atónito.

—No lo estoy defendiendo, trato de entenderlo. Mira, él lo dejó todo para venir aquí, tuvimos trabajos de mierda, vivimos en una habitación que tenía un maldito agujero por el que siempre se colaba la misma rata enorme que teníamos que espantar con una escoba. No estaba conmigo, quería hacer su vida y pasárselo bien…

—¿A tu costa? —Echó la cara hacia otro lado—. ¿Merecía pasárselo bien a costa de tu trabajo?

—Nuestro.

—¿Sí? ¿Echabais las mismas horas? —Su silencio fue suficiente respuesta—. Joder, Daphne… —Me levanté de la silla—. De verdad, te consideraba un poco más inteligente.

—Se ve que no lo soy lo suficiente —murmuró—. Es solo que él dejó…

—Deja de decir eso. —Levantó la cabeza—. Deja de justificar su comportamiento porque decidió seguirte hasta aquí. Esa decisión fue suya. No le obligaste. Y, si lo consideras un sacrificio, allá tú. No puedes justificar cada comportamiento por un supuesto sacrificio. —Me fijé en sus ojos llorosos, en cómo parpadeaba para contener sus lágrimas—. Tú te mereces más, Daphne. Por favor, date cuenta. —Apartó la mirada secándose los ojos antes de que tuviera la oportunidad de echarse a llorar.

—Dejemos el tema, ¿vale? —Suspiré—. Owen no es cosa tuya, es mía. —Ahogué una carcajada.

—Nos afecta a los dos.

—No —respondió tajante—. Yo te ayudo a que regreses a tu puesto, nada más —dijo mientras caminaba hacia la puerta.

—¿Nada más? —repetí.

—Por mi parte, ya está todo hecho. Gracias. —Tragué saliva, sonreía de manera falsa. Quitó el pestillo de la puerta—. Ya he visto que Owen es imbécil, que esté con Emma y a tomar por culo. —Abrió la puerta—. Y tú… cuando tus padres vean que ya estás más tranquilito, volverás a viajar por ahí, y ya está. Todos ganamos.

—Y el trato se acaba. —Procuré que no se me rompiera la voz al hablar.

—Sí, ya podríamos dejar de fingir. —No me podía creer lo que estaba diciendo. Tate tenía razón, me había acabado haciendo ilusiones y me había llevado un bofetón de realidad. Pasé por su lado. Quise decirle que yo había dejado de fingir hace mucho tiempo, pero lo único que se escuchó fue la puerta cerrándose.

***

Si los dos días sin Daphne se me habían hecho eternos, ahora que sabía que se acercaba el final, los veía como un pozo sin fondo. Además, ahora debía actuar delante de los demás, sonreír cuando me preguntaban por mi novia y esquivar los comentarios de mis padres sobre Daphne. No me apetecía hablar de ella, sino con ella, pero no me veía con las fuerzas suficientes como para mandarle algún mensaje. La última vez que habíamos hablado me lo había dejado todo bien claro, ¿para qué insistir? Había elegido olvidar lo que había sucedido entre los dos, y aunque había mandado a la mierda a Owen, no me creía que fuera capaz de superarlo así de rápido. Lo había defendido después de enterarse de que había

estado robándole años atrás, es más, lo había entendido y justificado. ¿Cómo podía estar tan ciega? ¿Cómo podía llegar a ese punto? Una cosa era estar enamorada de él y otra era perdonarle cualquier cosa que hiciera. Yo también había tardado en darme cuenta de que el amor no es la solución y la respuesta para todo, pero no había llegado a ese extremo. No había llegado a justificar la infidelidad de Olivia, no me había echado la culpa… Al menos no seguía haciéndolo.

Mis padres fueron los únicos en saber lo que pasó entre Olivia y yo, y para poder combatir esa emoción de traición, de dolor, de abandono, me centré en mi trabajo, aunque alguna que otra vez, pude recurrir a ellos para desahogarme y hablar del tema, pero ahora sentía que no tenía a nadie. No iba a decirle a mis padres que estaba a punto de perder a mi novia falsa; ni tampoco me apetecía acudir a Tate para decirle que tenía razón, que no sabía en qué momento me había empezado a hacer ilusiones con Daphne y que la había cagado. *Que la había perdido.* ¿Se podía perder algo que nunca me había pertenecido? Ese amor incondicional que Daphne sentía nunca había sido correspondido, le pertenecía a otra persona que no solo no sabía valorarlo, sino que se aprovechaba de él. Lo único que me había sacado una sonrisa era imaginarlo con la nariz rota. Iba a confesárselo la noche que pasó en mi casa, pero me pareció más prudente escucharla y que se desahogara antes que decirle que, cuando fui a buscar a mi padre para darle la llave de mi coche, lo había visto tonteando con una camarera y le había endiñado un puñetazo en la nariz. Habíamos intercambiado una mirada y con eso había bastado para que me acercara y descargara toda la rabia que sentía contra él, toda la que pensaba que Daphne debería sentir. Aunque me sorprendió cuando me dijo que había llegado a trabajar con la nariz rota, de verdad que no sabía que le

había dado con tanta fuerza.

—¡Lo han aceptado! —exclamó Charlotte al entrar en mi despacho.

—Primero, por favor, llama a la puerta —contesté haciendo que su alegría se desvaneciera de un plumazo—. Segundo, ¿el qué han aceptado? —Su garganta carraspeó.

—Perdón. —Agachó la cabeza, pero no me importó que le hubiera molestado mi respuesta. Lo había hecho siempre y no quería que dejara de hacerlo por las buenas—. La propuesta de los comercios pequeños.

—Oh…

—La que propuso hace dos semanas. —Asentí con la cabeza. Mis padres me solían decir que las propuestas debían mandárselas por escrito, bien documentadas, con un presupuesto, objetivos, motivos… Y por primera vez, les había hecho caso. Habían tardado más de lo normal, porque no era lo mismo que plantarse en su despacho para proponerlo o traer el reportaje hecho directamente; pero esta vez quería seguir los pasos correctos. Quería ser profesional. Lo que siempre me habían pedido. Sin embargo, me había olvidado por completo de esa idea. Todo había surgido tras una conversación con Daphne, sobre lo difícil que era luchar contra las grandes cadenas de comercios y el desconocimiento que existía sobre las tiendas locales. De ahí, había pensado en hacer un reportaje en el que mostrar todas esas tiendas que aún subsistían, a pesar de la competencia de las marcas más conocidas. Por supuesto, Tinta y café fue el primer local que pensé incluir en mi reportaje. No es que me hiciera especial ilusión en aquel momento, pero independientemente de lo que había sucedido entre Daphne y yo, se lo merecía—. ¿Tiene ya algún sitio en mente?

—¿Eh? —Ojeó la propuesta aceptada, leyéndola para sí misma.

—Sí, para el reportaje. Lo quieren para el lunes de la semana que viene. —Siguió leyendo, pero yo estaba muy distraído como para escuchar todo lo que decía—. También sugieren que lo acompañe Zack y que se incluya alguna entrevista.

—Zack puede ir por su cuenta, no necesito que alguien me estorbe para hacer fotos —comenté mientras apagaba mi ordenador.

—Sí, bueno… claro, puedo decirlo. —Lo apuntó en uno de los muchos papeles que llevaba encima—. Es solo que…

—¿Qué? —Me di cuenta de cómo se enderezó cuando me levanté del asiento—. ¿Alguna sugerencia de cómo hacer mi trabajo?

—No, no… Solo pensé que querrían que hiciera fotos de las entrevistas y por eso sugirieron a Zack —dijo en un hilo de voz. Desde que Charlotte entró a trabajar aquí, había querido que se soltara, que fuera más directa conmigo, aunque sin llegar al comportamiento que mantuvo en la fiesta de Halloween, y ahora que lo era… la trataba así. Estaba hecha un manojo de nervios, como el día que hizo la entrevista. Me maldije a mí mismo. No tenía que pagarlo con ella.

—Lo siento, Charlotte. —Su rostro se relajó, aunque sabía que no había bajado la guardia—. Tengo otras cosas en mente, pero ese no es motivo para hablarte mal. —Negó con la cabeza.

—No importa, no tendría que haber dicho nada al respecto. Usted es el profesional, no yo.

—Te equivocas. Si piensas algo, debes decirlo, tal y como has hecho. Si tienes una buena idea, tienes que defenderla, ¿de acuerdo? —Asintió despacio, imagino que dudaba sobre si la estaba poniendo a prueba de alguna forma—. Y en serio, deja de tratarme de usted.

—¡Perdón! —Apretó la gran cantidad de folios que tenía contra su pecho—. Si no es mucho atrevimiento… ¿Puedo preguntar qué le pasa? —Guardé la cámara de fotos en su funda, dándole la espalda.

—Nada importante.

—Pero está… Estás mal, debe ser importante para que estés así. —*Te hizo llorar. Es motivo suficiente como para que importe*—. Puedes… puedes desahogarte conmigo si necesitas hablar. —No sé por qué sonreí para mí mismo, recordando a Daphne celosa de Charlotte. Suspiré con suavidad y negué con la cabeza.

—No te preocupes, estaré bien.

—De acuerdo, pero viene bien hablar con un amigo… —Me giré para mirarla—. Me dijiste que no te pasara ninguna llamada, pero…

—Está aquí, ¿verdad? —Asintió.

—En la azotea. —Salí de detrás de la mesa—. Lo siento, puede ser muy insistente.

—Sí, conozco a Tate. —Resoplé y salí a buscarlo a la azotea.

Era la única persona ajena a la empresa a la que permitían subir a la azotea del edificio. Solíamos escabullirnos ahí arriba cuando empecé a trabajar aquí. No sé cuántas cervezas había conseguido colar ahí arriba a lo largo de los años, pero sospechaba que mis padres debían ser conscientes de que subíamos a menudo. Tate estaba sentado en el suelo con una bolsa de cartón a su lado, pero se levantó en cuanto me vio aparecer por las escaleras.

—¡Señor Watts, llega tarde a su reunión! —Sacó una de las latas de cerveza, tirándomela y la agarré al vuelo—. El muro nos espera.

—A sus órdenes. —Nos sentamos en el muro de la azotea, con las piernas colgadas. Antes nos daba un vértigo terrible, pero con el paso del tiempo, era nuestro lugar favorito.

—Me he tenido que plantar aquí para verte, ¿te parece bonito? —Me reí abriendo la lata—. Llevamos sin hablar desde Halloween.

—¿Tanto? —Asintió.

—Me tienes olvidado. —Abrió también su lata, mojándose con parte de la espuma que se había escapado.

—Han pasado tantas cosas en tan poco tiempo que… En fin, sí, he estado desconectado.

—Eso espero, que al menos haya cosas para contarme. —Le dio un largo trago a la lata—. Mi vida es muy aburrida sin mi mejor amigo, ¿lo sabías?

—La he cagado, Tate, muchísimo.

—Mejor, mi vida sin que mi mejor amigo la cague es aún más aburrida —bromeó. Sonreí antes de darle un sorbo a la cerveza—. ¿Qué ha pasado?

Se lo conté todo. De algunas partes no le di tantos detalles como él quería, pero se lo solté todo sin que me importara escuchar un *ya te lo dije*. Quería hablar y quedarme tranquilo, no hacía falta que solucionara mi problema, tan solo quería decirlo en alto. Dejar de reprimir lo que sentía.

—Vaya… —Se echó a reír, y yo fruncí el ceño.

—¿Qué pasa?

—Le has roto la nariz a un tío. —Se le escapó una carcajada mientras abría su segunda cerveza—. Te has vuelto un tío muy peligroso desde que conociste a Daphne —bromeó. Esta vez, fui yo quien se rio—. ¿Y sabes qué más te ha hecho Daphne? —Me preparé para el sermón cargado de los *te lo dije*—. Feliz. —Casi me atraganto con la bebida—. Al principio, estaba preocupado por si lo pasabas mal por ella, pero…

—¿Has escuchado todo lo que te he dicho? —pregunté atónito—. Porque creo que te has quedado solo con la primera parte y…

—Me he quedado con todo, Luke.

—Pues no sé si te has dado cuenta, pero la cosa no ha

terminado muy bien.

—¿Y quién ha dicho que haya terminado? —Arrugué la frente—. Te plantaste en la cafetería y le dijiste que lo mejor era olvidar lo que había pasado entre vosotros, ¿no? —Asentí.

—¿Te lo dijo ella? —Abrí la boca para decir algo, pero me callé. La verdad es que pensaba que me había adelantado a ella, pero ahora no estaba seguro de que ella fuera a tomar esa decisión—. Exacto. Lo vuestro no se ha acabado. Aún tienes tiempo.

—¿Cómo? —Estrujé la lata vacía con suavidad.

—Sigue como hasta ahora. No te rindas sin más, no dejes de hablarle como si te la sudara que se marchara. —Resopló—. Ha estado enamorada de ese tal Owen todo este tiempo y pasaba de ella, ¿no crees que se merece alguien que esté interesado en ella? ¿No crees que eso fue algo que le gustó de ti?

—¡Pero lo volvió a defender después de todo!

—¿Y qué? —Suspiré—. Daphne lleva mucho tiempo enamorada de él, es normal que actúe de esa forma, al final le estás diciendo que se ha equivocado durante todo este tiempo, ¿cómo debe sentirse? Dolida y cabreada, ¿con quién estaba en el momento que se dio cuenta de que Owen era gilipollas?

—Conmigo —susurré.

—¿Con quién lo pagó?

—Conmigo —repetí.

—Si de verdad te gusta, no la dejes escapar. —Volvió a darle un sorbo a la cerveza mientras yo asumía en silencio todo lo que me había dicho—. Aún tienes que convencer a tus padres, ¿no? Aprovéchate de eso. Queda con ella, dile que pase a verte a la oficina más a menudo… Yo qué sé. Improvisa, se te da bien.

—¿Crees que funcionará? —Resopló.

—No lo sabrás si no lo intentas.

Capítulo 30

Daphne

Me había equivocado al pensar que el peor día de la semana había sido el lunes. La cosa no había hecho nada más que empeorar. Las discusiones con Owen al final de la jornada eran cada vez más frecuentes, a pesar que durante todo el día ni tan siquiera nos dirigíamos la palabra. De pronto, parecía que la cafetería era su proyecto, su vida entera, su sueño y dedicación, y todo lo que veníamos haciendo hasta ahora, estaba mal. Por supuesto, yo era la responsable. Si le dedicaba muchas horas era porque le echaba demasiado tiempo, eso hacía que consumiera más electricidad y por lo tanto, la factura de la luz se incrementaba demasiado. Si proponía cerrar un poco antes, era una mala decisión porque perdíamos clientela. Si elaboraba recetas nuevas para llamar la atención de la gente, tendríamos que abastecernos con ingredientes con los que no contábamos y derrochábamos dinero, pero si seguíamos haciendo las mismas, no sabríamos llegar a más público. El problema era *yo* y las excusas para discutir conmigo podían ser las que él quisiera. Al menos, se abstenía de incluir a George o a Marcie en nuestras

peleas, probablemente porque cualquiera de los dos se pondría de mi parte, pero era mejor que solo discutiéramos nosotros. Las posibles broncas acerca del negocio dijimos de mantenerlas en privado, aunque no imaginé que llegáramos a tener alguna.

Este fin de semana no compartía turno con Owen. Había pensado en cambiar los horarios para no coincidir con él, pero sabía que eso podría ser otra discusión, así que preferí que todo surgiera de manera más natural. Deseaba que el viernes acabara de una maldita vez. Los interrogatorios de Marcie al regresar a casa todos los días, tampoco eran una gran ayuda. No le había querido contar nada sobre lo que había hablado con Luke, y le estaba costando dejarlo pasar. Sin embargo, no hablar sobre Luke era lo único que me faltaba para hundirme por completo. Lo echaba de menos, *joder, lo echaba muchísimo de menos.* Me había acostumbrado a conversar todos los días con él. Me sacaba una sonrisa con tanta facilidad que me había hecho darme cuenta de lo poco que lo hacía a lo largo del día. Todo eran sonrisas falsas para los clientes, pero ninguna genuina. Ninguna como las que él me provocaba. Además, el escuchar música se había vuelto muy doloroso. El haber compartido nuestras canciones favoritas, me hacía recordarlo cada vez que sonaban en mis oídos. Era muy cursi y melancólico decir que todo me recordaba a él, pero así era. Tenía que pasar página, él mismo había dicho que lo mejor era olvidar lo que había pasado entre nosotros, así que decidí ponérselo fácil. Supuse que solo tendría que verlo y hablar con él cuando sus padres estuvieran delante, pero que nuestra amistad se había estropeado por lo que ocurrió. Estaba repitiéndose lo mismo que había pasado con Owen, pero él me seguía hablando durante el trabajo y solo desapareció un par de días, Luke llevaba toda la semana perdido. No hubo ni una sola noche que no pensara en hablarle, pero terminaba hundida en un

mar de dudas y me dormía con el móvil en la mano. *¿Por qué me complicaba siempre la vida?* Para una vez que me dejo llevar y pierdo a la persona con la que mejor me entendía.

Nada más llegar a casa, me había encerrado en el baño para darme una ducha que me hiciera olvidar el día, aunque para eso me tendría que haber hundido en la bañera y no salir hasta el domingo. Por mucho que había acordado con Watts que olvidaría todo lo que había pasado esa noche, era imposible no recordar cómo nos habíamos duchado juntos. Ojalá solo me acordara de él en la ducha. Me tiré en la cama, aún mojada con la toalla, pero me levanté de un salto para no empapar las sábanas. *La noche con Luke me dio igual que se mojaran las sábanas*… Me golpeé la frente con la puerta del armario y resoplé. Tenía que sacármelo de la cabeza. No iba a volver a pasar.

Mi móvil empezó a vibrar sobre mi escritorio. Era raro, teniendo en cuenta las horas. Me acerqué a la mesa, no sin antes quedarme mirando la estantería en la que tenía colocada la taza que me regaló Luke por mi cumpleaños. Fue el único regalo que recibí y fue más que suficiente. Nadie podría haber superado aquello.

I'm not broken, I'm just scared to belong here, scared to be happier.

No sé cuántas veces releí el mensaje de Luke, estaba más concentrada en evitar derramar alguna lágrima mientras lo hacía. Había usado la misma canción que cuando me disculpé por enfadarme en su despacho. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué volvió a hablarme de pronto después de tantos días? Terminé de secarme con la toalla más rápido de lo normal para después buscar el pijama bajo la almohada. Agarré mi móvil y los auriculares, y me metí bajo las sábanas. No sabía si responderle con otro verso o si hablarle normal. No recordaba haber estado tan nerviosa por tener

que contestar un mensaje.

I'm not broken, I'm just a little depressed.

No sé por qué elegí justo ese verso, pero me acurruqué bajo las sábanas, cerrando los ojos un instante. Lo había echado tanto de menos, que no me importaba que me mandara la letra entera de la canción si eso significaba volver a hablar con él.

No estás sola.

Recordé lo que me dijo la noche de la boda cuando le pregunté cuándo dejaba de doler un corazón roto y terminé por romper a llorar: *No creo que haya nada que pueda decirte para hacerte sentir mejor, pero sí que puedo decirte una cosa. No tienes por qué superarlo sola. Estaré contigo.* Esta vez sí que me había dejado sin palabras.

Hay galletas de arándanos esperándote.

Me había cargado el ambiente, pero no sabía cómo decirle que había estado pensando en él sin que sonara cursi o desesperada.

Mañana iré a comer una si me atiende la jefa.

Sonreí a la pantalla del móvil.

Las tendré recién hechas.

Ya no me parecía tan terrible ir mañana a Tinta y café.

***

Me había despertado antes de lo normal. El resto de la semana me había levantado con el tiempo justo para vestirme y marcharme corriendo a la cafetería, pero hoy me sentía más tranquila. Ya no solo era porque no iba a encontrarme con Owen en la cafetería, sino porque vería a Luke. Solo esperaba que el ambiente fuera menos tenso y desagradable que la última vez. Lo único que deseaba era que no discutiéramos, necesitaba estar bien con él. Necesitaba

encontrarme a gusto con alguien. Me sorprendió encontrarme a Marcie despierta en el salón, pero estaba demasiado concentrada en el portátil como para prestarme atención. Terminé de anudarme los cordones de las deportivas, me ajusté bien los vaqueros a las piernas y tiré con suavidad de camiseta negra hacia abajo para que no se quedara tan ceñida. Cogí el bolso, echando el móvil y las llaves de la cafetería dentro, y me dirigí al perchero que teníamos en el salón. Descolgué la rebeca burdeos y mientras me la ponía, saludé a Marcie.

—Buenos días, ¿eh? —Asintió con la cabeza—. Me voy a la cafetería, ¿qué haces despierta tan temprano?

—Exámenes. —Abrí la boca. Es verdad, ahora empezaba la temporada de exámenes de la universidad.

—Puedo reducirte los turnos, como el año pasado, así estarás más tranquila y…

—No te preocupes, me las apañaré —respondió mientras agarraba un folio de una carpeta—. Y si veo que estoy a punto de explotar, te lo diré. —Sonrió.

—Más te vale.

—Estaré allí por la tarde. —Sabía que era absurdo decirle que se quedara en casa, así que salí por la puerta. Un golpe frío me saludó. Suspiré y caminé hasta la cafetería mientras escuchaba música.

Encendí la calefacción nada más llegar. Cada vez el ambiente era más frío, pero en cuanto aquello empezaba a funcionar, allí se estaba en la gloria. Terminé la segunda horneada de galletas antes de lo previsto y las coloqué con cuidado detrás de la vitrina. Disfruté del olor que desprendían las magdalenas mientras estaban en el horno y aproveché para hacerme un café con leche antes de abrir. Así sí que me gustaba estar en el trabajo. Owen lo había convertido en un infierno esta última semana. Seguía pensando que su

intención era que lo despidiera, pero no lo haría. Tinta y café era de los dos. Si quería marcharse, sería su decisión, no la mía. Podía aguantar lo que me echara. Tampoco me iba a pasar todas las semanas discutiendo, llegaría un punto en el que no entraría al trapo, agacharía la cabeza y dejaría que dijera lo que le apeteciera mientras yo seguía a lo mío. Tan solo tendría que aprender a que sus palabras no me afectaran. Si Marcie hubiera sacado faltas sobre mi desempeño en Tinta y café, no me lo hubiera tomado tan a pecho, incluso me habría sentado con ella a ver en qué se podría mejorar, pero que fuera Owen el que me sacara faltas por todo, me afectaba fuera de lo laboral.

Me terminé el café justo en el momento que el horno empezó a pitar. Saqué las magdalenas y las coloqué en la vitrina, junto a las galletas. Caminé hasta la puerta y le di la vuelta al cartel para indicar que estábamos abiertos. Los sábados, tan temprano, apenas había clientes, pero en cuanto acababa de salir el sol, la cafetería empezaba a llenarse. Cada vez que un cliente entraba, miraba ilusionada a la puerta, esperando que fuera Luke, pero no apareció. George llegó a mitad de la mañana, justo cuando el local empezaba a llenarse. Entre los dos nos las apañábamos bastante bien. Aunque Marcie ya me había aconsejado que empezara a buscar más personal, ya que Tinta y café parecía volverse cada vez más popular. George había empezado a anunciar la cafetería por redes sociales y eso había atraído a más personas. A pesar de ser tan callado, solía sorprender con iniciativas de esa clase.

Al mediodía, la cafetería empezó a vaciarse. Solo quedaban un par de mesas ocupadas en la planta superior y otras dos en la de abajo. Mientras George se encargaba de servir el último café que habían pedido, me marché a la cocina para recoger una bandeja con otra tanda de galletas. Las saqué con cuidado y salí de la cocina.

—Espero que una de esas sea para mí. —Luke estaba delante de la barra, mirándome con esa sonrisa que sacaba a relucir su hoyuelo izquierdo. Tuve que prestar atención al suelo para no caerme por lo mucho que me temblaban las piernas a causa de los nervios.

—Tal y como te dije, estarían recién hechas. —Volvió a sonreír, haciendo que mi corazón se acelerara. Procuré controlar mi respiración mientras colocaba las galletas en la vitrina, separando una de arándanos para él—. ¿Un capuchino también? —Asintió. George se apartó de la máquina de café para subir a atender a las mesas de arriba. Elaboré el capuchino en silencio mientras Luke aguardaba. Solíamos hablar constantemente, aunque fuera de tonterías, pero no tenía ni idea de qué decir. Me di la vuelta cuando terminé el capuchino, dejándolo sobre la barra.

—¿Me acompañas? —dijo mientras señalaba la mesa más próxima a la barra. Examiné el lugar en cuestión de segundos. Todas las cuentas habían sido pagadas y estaba todo servido, además estaba George por si aparecía un nuevo cliente.

—Claro, ahora mismo no hay problema. —Me senté frente a él. Se descolgó la funda de la cámara del hombro y la dejó sobre la mesa—. ¿Has estado trabajando?

—Sí, tenía unas fotos que hacer, y aún me quedan. —Sopló con suavidad el café antes de darle un sorbo—. De hecho, tenía que hablar contigo de eso. —Fruncí el ceño.

—¿Del trabajo?

—Hace unas semanas, propuse en la revista hablar sobre los negocios pequeños. Ya sabes, tiendas, bares… cafeterías.

—¿Fue por lo que hablamos? ¿Por lo complicado que era competir contra las grandes marcas? —Asintió con la cabeza.

—Pensé que sería interesante darles visibilidad en la revista, así que… Lo propuse, y terminaron por aceptarla. —Sonreí

ampliamente. No solo me había escuchado sino que había querido ayudar—. Esta mañana he estado con un compañero haciendo entrevistas a algunos propietarios porque pensaron que sería buena idea que no solo fuera un reportaje fotográfico.

—Oh…

—Sí, hoy Zack tenía que marcharse por un compromiso familiar, pero… tengo apuntadas las preguntas. —Tragué saliva, nerviosa.

—¿Quieres entrevistarme?

—¿Por qué no? —Me mordí el labio inferior, pensativa—. No son preguntas complicadas.

—Lo supongo… —Miré a mi alrededor—. ¿Y las fotos?

—Me gustaría hacerlas ahora.

—¿Ahora? — Asintió.

—Quiero que haya clientes en el local.

—Pues tendrías que haber llegado hace un buen rato, estaba lleno; aunque después de comer, esto suele llenarse otra vez.

—No me digas. —Se echó hacia atrás en la silla mientras iba despedazando la galleta para comérsela—. Tendré que pasarme aquí el día entero. —No quería sonreír como una idiota, pero eso fue lo que hice.

—Si es lo que necesitas para que el artículo salga bien… —Volví a fijarme en su hoyuelo de la mejilla izquierda, pero desvié la mirada para que no se diera cuenta—. Puedes quedarte aquí el tiempo que necesites. Mientras que no apuntes directamente a ningún cliente, claro.

—Por supuesto. —Se limpió la comisura de los labios con una servilleta después de darle un largo trago al capuchino, quitándose una fina capa de espuma que se había quedado ahí.

—Entonces tienes toda la cafetería a tu disposición.

—¿Y a la dueña? —Me odié cuando mis mejillas se ruborizaron.

Carraspeó—. Me refiero, ¿cuándo puedo hacerte la entrevista?

—¿Al final de la tarde? Esto suele quedarse vacío, puedes irte y volver cuando te apetezca y…

—Estaré aquí, si no te importa. —Negué con la cabeza.

—No me importa. —Sonrió y se dio la vuelta para sacar el portátil de su mochila. Entró un grupo de clientes y me levanté de la mesa. Apreté su hombro con suavidad. Era la primera vez que lo tocaba después de la noche que habíamos compartido. Esperaba que no notara lo mucho que me temblaba la mano—. Si quieres algo, ahí me tienes.

—Lo mismo digo —murmuró mirándome a los ojos. *Ahora sé lo que quieres.* Joder. Aquella noche me había pasado factura. Me volví a mi puesto, bajo la atenta mirada de Luke.

Capítulo 31

Luke

Me hubiera gustado llegar temprano a Tinta y café, pero estuve toda la mañana pateando las calles con Zack. A mí me gustaba trabajar de manera concienzuda, pero lo de Zack era otro nivel. Estaba acostumbrado a trabajar solo, sin agobios, sin tener que preocuparme por mi compañero, pero Zack era todo lo contrario. Lo consultaba todo conmigo, si mientras hacía una entrevista se pensaba que era una pregunta importante, me decía de hacer una foto mientras y cosas así. Si esto lo hubiéramos hecho durante la semana, no lo habría soportado. Mi mal humor me hubiera guiado a mandarlo a la mierda y habríamos hecho nuestro trabajo por separado, pero hoy estaba de buen humor. Algo muy malo tenía que ocurrir para que mi día se fuera a la mierda. Iba a ver a Daphne y todo iría bien. Tate tenía razón. No todo estaba perdido.

Me había dado cuenta en cuanto la vi. Se había puesto nerviosa al verme, igual que el día de la boda de Doug y Amelia. Querría haberla saludado como solíamos hacer, me hubiera gustado besarla nada más verla, fingir que éramos una pareja. Me daba igual que

fuera una actuación si eso implicaba poder volver a besarla. Sin embargo, me mantuve firme. No podía dedicarme a besarla porque sí, teníamos que tener una excusa. Tampoco es que acabáramos bien la última vez que no tuvimos testigos. Decidí quedarme con lo importante, se había alegrado de verme. Eso era lo principal.

Otro aspecto positivo fue que Owen no estaba allí. No era agradable encontrarte con alguien a quien le habías partido la nariz, aunque sí que me apetecía ver cómo le había dejado la cara al muy imbécil. No estaba seguro de querer ver qué tipo de relación había ahora entre los dos. ¿Habrían hecho las paces y habrían seguido como si nada? Eso era lo que pasaba entre ellos. Daphne daba su brazo a torcer y todo marchaba como la seda. No sabía si afectaba al ámbito laboral o si habían discutido fuera de aquí, pero me suponía que todos sus problemas terminaban de la misma manera. Ella cedía y todo se solucionaba.

Esperé a que el local se fuera llenando, tal y como había predicho. Me situé en puntos estratégicos del lugar, los cuales ya tenía pensados con antelación y me dediqué a hacer lo que mejor se me daba. He de reconocer que Daphne me distraía. No podía hacer una sola foto sin tomarme antes un par de minutos para contemplarla. Supuse que llevaría desde muy temprano en la cafetería trabajando, y aun así, se las arreglaba para estar preciosa en cualquier momento. Me fijaba en cómo su coleta pelirroja se movía de un lado a otro mientras saludaba a los clientes y les llevaba el pedido a sus mesas. Aceptaba con una maravillosa sonrisa los libros que compartían con ella y subía con una gracia inigualable por las escaleras para dejarlos con cuidado en las estanterías. Era extraño ver a alguien disfrutar tanto con su trabajo. Aunque yo también lo hacía con el mío. No pude evitar echarle una foto mientras dejaba uno de los libros, y tampoco lo evité mientras

preparaba un *latte macchiato* con una concentración digna de estudio.

A pesar de la magia que rezumaba la cafetería duró toda la tarde, se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos cuando Owen entró por la puerta. Nos dedicamos una tensa mirada, pero no fue nada comparada a la que compartió con Daphne. Todavía tenía la cara hecha un cuadro por mi culpa, pero no era tanto como me había imaginado. La pelirroja se disculpó mientras me miraba, agachando la cabeza para seguirlo hasta la cocina. El gesto preocupado de George hizo que me pudiera la curiosidad.

—¿Ha pasado algo? —Bufó.

—¿No te lo ha contado Daphne? —preguntó mientras limpiaba la barra, despidiendo con la mano al último cliente que salía por la puerta—. Llevan toda la semana discutiendo sin parar. —Suspiró pesaroso—. Al menos tienen el detalle de esperar a que el local quede vacío, el resto del día solo se lanzan indirectas el uno al otro, bueno, más bien él a ella.

—Pero… ¿Por qué discuten? —George se encogió de hombros.

—¿Por todo? ¿Por nada? Yo qué sé, parece que Owen está cabreado y quiere pagarlo con ella. —Ahora sí que me sentía orgulloso de haberle dado ese puñetazo—. Siempre se habían llevado muy bien. De hecho, cuando entré a trabajar en Tinta y café, pensé que eran pareja, no te ofendas.

—¿Por qué iba a… —No terminé de formular la pregunta, ya sabía por qué me había dicho que no me ofendiera. A ojos de todos, Daphne seguía siendo mi novia—. No, no te preocupes.

—En fin, pero desde que los dos se echaron pareja… y repito, no te ofendas, todo ha ido de mal en peor. —Desvié la vista a la puerta de la cocina.

—Pero… Owen se tiraba a todo lo que se movía, ¿no? ¿Qué más

da? Sigue siendo lo mismo.

—Ya, pero Daphne no lo sabía, y ella no estaba contigo. Supongo que ella vivía en su pompa de ingenuidad y Owen sabía que la tenía ahí como último plato. —Asentí despacio—. Además, tú ya lo habrás notado, ¿no? —Fruncí el ceño.

—¿El qué? —George resopló.

—Pues que Owen está enamorado de Daphne… a su manera. —Me costó no soltar una carcajada—. Sin ofender.

—Da igual —repetí.

—Pero me alegra que esté contigo. Hacéis buena pareja. —Sonreí, aunque no con toda la sinceridad que me hubiera gustado.

—¿Crees que debería entrar? —Rodó los ojos hacia la cocina y se encogió de hombros.

—Yo creo que es mejor dejar que se maten. —Clavé los ojos en él—. Metafóricamente hablando, claro. Me refiero a que, si están discutiendo por el negocio, deberían hablarlo entre ellos, ¿no te parece?

—Supongo que sí —dije, muy a mi pesar—. Aunque eso sería si estuvieran discutiendo del negocio, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir con eso? —Me acerqué con sigilo a la puerta de la cocina, pegando la oreja para intentar escuchar de qué hablaban, y vi como George suspiraba y negaba con la cabeza mientras seguía dejando todo como los chorros del oro.

Afiné el oído lo mejor que pude, pero me costaba entender lo que se decían.

—Quería pasarme para ver qué tal había ido todo hoy.

—¿Por qué? ¿Ahora necesito supervisión?

—Bueno, tu novio está aquí, a lo mejor estás distraída.

—¿Perdona? ¿Y cuándo Emma se pasea por aquí tú no estás distraído comiéndole la boca en cada esquina?

—¡Ese no es el tema!

—¡Claro que lo es!

¿Se habían pasado toda la semana así? Sí que había cambiado la cosa durante estos días. No pude resistirlo más. Di un par de toques en la puerta con los nudillos y dejaron de hablar de inmediato.

—¿Qué pasa, George? —preguntó Owen. Claro, porque solo un empleado podría llamar a su puerta. No yo.

—Soy Luke. —Oí cómo chasqueaba la lengua. Nos habíamos cogido la misma tirria el uno al otro. Di un paso hacia atrás cuando sentí cierto movimiento. Los dos salieron de la cocina. Me esperaba encontrarme a Daphne con las lágrimas saltadas o con mala cara, pero lo que la vi fue enfadada. Estaba enfadada con Owen por primera vez. No podía creerlo. Tuve que contener las ganas de sonreír. —No quería molestar, pero…, ¿la entrevista?

—Ah, sí, claro. Podemos hacerla ahora.

—¿Qué entrevista? —Me mordí la lengua. Como si a él le importara el artículo.

—Luke está haciendo un reportaje sobre los negocios locales y va a escribir sobre Tinta y café.

—Pensaba que solo hacías fotitos. —Me alegré de que Daphne y George estuvieran presentes porque así pude aguantar las ganas de terminar de estropearle la cara.

—No son fotitos, Owen. —Me sorprendió que fuera Daphne la que interviniera—. Y deberías estar agradecido por la publicidad.

—¿Y por qué solo entrevistas a Daphne? Ella y yo somos los dueños, la entrevista debería ser a los dos, ¿no? —Antes de que pudiera contestar, siguió hablando—. ¿O es que cómo te las estás follando, eso la convierte en la única dueña?

—Vale, se acabó, lárgate, Owen.

—¿Por qué tengo que irme yo? Esta cafetería es igual de tuya

que mía.

—¿Sabes qué? Genial. —Como un rayo, entró en la cocina y salió de ella sin delantal y con una rebeca puesta. Se terminó de colgar el bolso en el hombro—. Ocúpate de echar el cierre con George, yo me marcho.

Recogí mis cosas en un santiamén para irme con ella. Tal y como había dicho George, lo mejor era que solo ellos dos participaran en la discusión. Sería peor si yo me metía en medio. Le sujeté la puerta a Daphne para que saliera primero y antes de salir, le dediqué una sonrisa victoriosa a Owen. Él mismo la estaba perdiendo, y con suerte… podría ganarla yo.

Caminamos en silencio, sin ningún rumbo en concreto hasta que fue consciente de mi presencia. Parecía tan sumida en sus pensamientos que no quise molestarla.

—Siento el espectáculo —terminó por susurrar.

—No importa. —Se cerró la rebeca resguardándose del frío—. ¿Ha pasado algo? —Negó.

—Está a malas conmigo, nada más. Llevamos así toda la semana, busca excusas para que nos peleemos. Se suponía que no iba a venir hoy, pero… —Sacudió la cabeza—. Da igual, no quiero hablar de eso. Te prometí una entrevista.

—¿Y quieres hacerla aquí? —Miré a mi alrededor. Estábamos en una esquina de la calle con un viento frío desagradable—. ¿Quieres venir a mi casa? —Enmudeció. Dejó de tiritar. Estudio mis ojos en silencio. Sabía en lo que estaba pensando, o más bien, lo que estaba recordando.

—Mejor… mejor en mi casa. —Apenas le salía la voz—. Está más cerca. —En eso tenía razón.

—Lo que sea con tal de no congelarme —bromeé rebajando la tensión que se había creado en el ambiente.

***

Agradecí que el camino hasta su apartamento fuera breve, porque el frío no se había instalado únicamente en las calles, sino también entre nosotros. Cuando nos habíamos reencontrado, todo había sido fluido, no había habido malas caras ni tensión, pero desde la aparición de Owen, el ambiente se había transformado. No había visto a Daphne enfadada así con él jamás, pero tampoco lo había visto a él así. Ni tan siquiera cuando le pegué en la boda. Me había mirado sorprendido, pero no había hecho el amago de devolvérmela. No me creía por completo eso de que no había pasado nada entre ellos, aunque ella no me había dicho eso de que no quería hablar del tema, sino que de verdad no lo sabía. Puede que fuera verdad eso de que estaba enfadado con ella y solo buscaba excusas para discutir. Aunque me seguía pareciendo raro.

Nada más entrar en el apartamento, se escuchó un grito asustado.

—¡Perdón! ¡Perdón! —Marcie se levantó del sofá con unas ojeras que le llegaban a la barbilla—. Lo siento, no pude ir esta tarde, ¡lo siento!, ¡lo siento! —Había juntado las palmas de las manos mientras pedía perdón.

—No pasa nada, Marcie —susurró con gesto tranquilizador—. No te preocupes.

—¡Te dije que iría! Pero el examen del lunes me tiene… —De pronto, me miró a los ojos, no había reparado en mi presencia hasta ese momento—. ¡Luke! —Desvió la vista a Daphne—. ¿Luke?

—¿Por qué no te tomas un descanso?

—¡Me vendría bien un café! —Se levantó de un salto del sofá y casi tira todas las hojas que tenía desperdigadas por la mesa.

—¿Y cuántos llevarías entonces? —Marcie se rió ante mi

pregunta, y Daphne la siguió a la cocina después de quitarse la rebeca y el bolso, dejándolos en el perchero. Me quité la chupa de cuero, colgándola también en el perchero que tenían en la entrada y caminé hacia la barra de la cocina desde el salón, sin llegar a entrar en la habitación.

—¡No llevo tantos como crees!

—¿De qué son los exámenes, Marcie? —pregunté mientras Daphne la ayudaba a hacerse el café—. Nunca recuerdo qué estás estudiando.

—Biología. —Se giró para mirar a su amiga—. ¿Es que no le cuentas esas cosas a tu novio? —Hablaba como si le hubiesen dado cuerda, así que ninguno de los dos le hizo caso cuando se refirió a nosotros como novios—. El examen del lunes es de fisiología vegetal, pero tardaría más en explicarte de qué se trata que en aprobar, ¿o será al revés? —Se quejó cuando se quemó con la leche caliente—. ¡Da igual! La cuestión es que tengo mucho que estudiar. —Probó la leche antes de echarle el café y aunque Daphne intentó echarle menos cantidad, ella se apresuró a quitarle la cafetera y echarse lo que quería.

—Aunque tengas mucho que estudiar, deberías hacer un parón y…

—¡No hay tiempo para parones! —contestó con aire militar mientras salía de la cocina. Se tiró en el sofá, intentando poner en orden los papeles mientras dejaba la taza sobre la mesa, procurando no mojar ninguno de ellos—. ¿Os vais a quedar aquí?

—No, iremos a la habitación, Luke va a entrevistarme para la revista. —Marcie soltó una carcajada mientras yo asumía que íbamos a su dormitorio.

—¿Ahora se le llama así? —preguntó riéndose mientras Daphne se sonrojaba.

—¡Marcie! —La pelirroja me agarró de la mano, tirando de mí para que entrara en su habitación y cerró la puerta detrás de nosotros, aunque de fondo Marcie siguiera riéndose a carcajadas. Me estaba costando no hacer ningún comentario al respecto. Semanas atrás sí que lo hubiera hecho, pero ahora nos estábamos volviendo a acercar y no quería cagarla—. Perdona, tengo la habitación hecha un desastre. —Quitó la ropa limpia que tenía sobre la silla de su escritorio y me ofreció el sitio para sentarme. Dejé mi cámara y el portátil sobre la mesa mientras que ella guardaba la ropa en el armario más rápido de lo que creía posible. Se sentó en la cama y se quitó las zapatillas de deporte, cruzándose de piernas para después sujetarse las rodillas y mirarme—. ¿Qué? ¿Empezamos?

—¿Eh? Ah, sí, sí, claro. —Desde un principio me había dedicado a hacer bromas con ella todo el rato, me había acercado a ella cuando me había apetecido, y ahora estaba constantemente avergonzado y cuidadoso con respecto a todo lo que hacía. Saqué el portátil para rellenar el formulario de entrevista que Zack había escrito y comencé a teclear.

—¿Pero no tenías que preguntarme cosas? —Asentí.

—Pero tu nombre me lo sé.

—También tendrías que añadir a Owen, en eso tiene razón, es dueño de…

—Sí, sí, luego lo incluyo —dije a toda prisa. No iba a escribir nada sobre él, estaba seguro de que ni tan siquiera leería el artículo —. Vale, empecemos. —Me fijé en cómo tragaba saliva, expectante —. ¿Qué te inspiró a abrir Tinta y café? —Ya me había contado aquella historia, pero también sabía que era de carácter personal y no estaba seguro de que quisiera exponerla públicamente.

—Me gusta el café. —Levanté la vista de la pantalla del

ordenador—. Perdón, estoy nerviosa —dijo riéndose.

—Estás conmigo, no estés nerviosa, si no quieres contar…

—Sabes la historia —empezó a decir. Sí, la sabía. De hecho, fue así como encontré su regalo de cumpleaños. Se escapó de casa para ir a ver su grupo de música favorita, pero acabó perdida en Ottawa, sin saber a dónde ir ni qué hacer, así acabó en *Timber & Steam—.* Mientras estuve allí, me di cuenta de que sus clientes estaban felices, tranquilos, disfrutando de la compañía y de una buena taza de café, y… no sé, decidí que yo quería tener lo mismo. Un sitio en el que poder servir algo caliente de beber y un espacio para que se relajaran. Quería… —Volví a prestarle atención a ella en lugar de a las teclas, alzando la cabeza. Daphne se estaba recolocando un mechón de pelo que se había salido de su coleta, pasándolo tras su oreja—. Quería ver a gente feliz a mi alrededor. —Se dio cuenta de que la estaba mirando y se ruborizó—. ¡Quita esto! Es una chorrada.

—¿Por qué? A mí me parece muy sincero.

—Eso no quita que sea una chorrada. —La mandé callar con un solo gesto.

—¿Por qué Tinta y café? Vamos, por qué elegiste ese nombre. —Me costó dejar de mirarla para seguir con las preguntas.

—Oh, porque según Owen para mí solo existían los libros y la cafetería. Así que juntamos mis dos pasiones en el nombre. —Se balanceó sobre sus piernas—. Al principio barajamos muchos nombres, pero o eran demasiado largos o no eran pegadizos.

—¿Qué la diferencia de las grandes cafeterías? —Frunció los labios, pensativa.

—El trato de los trabajadores. Me conozco el nombre de todos los clientes, sus gustos, y me quedo con las horas a las que suelen venir para tener su pedido listo y que no tengan que esperar. —Abrí los ojos.

—¿En serio? —Se encogió de hombros, restándole importancia.

—Claro, es una manera de agilizar el proceso. La cuestión es que en mi cafetería no hay grandes colas, sino mucho espacio para que te quedes un rato, para que leas, para que compartas tus aficiones, para que escapes de la realidad por un momento. Cambiamos la decoración cada cierto tiempo porque queremos que sea un ambiente dinámico y distendido, no queremos colores apagados y todos de la misma serie, queremos destacar, ser… originales.

—Y lo sois. —Sonrió ante mi respuesta, aunque no lo había hecho para hacerle la pelota. De verdad pensaba que lo eran—. ¿El mayor desafío a la hora de abrir la cafetería?

—El dinero. —Suspiró—. A ver, es difícil empezar un negocio cuando no tienes ni un duro y más cuando es un negocio en el que la competencia está a la vuelta de la esquina, pero tampoco es que eso nos frenara. —Vi de reojo como metía el dedo en su goma del pelo, tirando de ella hasta deshacerse la coleta, dejándose el pelo suelto—. Los comienzos son sencillos cuando tienes dinero o un nombre detrás que te respalde, pero ¿cuándo no te conoce nadie?, ¿cuándo no tienes nada para invertir? —Soltó una carcajada—. Tienes que asumir que habrá que hacer grandes sacrificios si quieres sacar adelante un negocio de la nada.

—¿Cómo cuáles?

—Quedarte sin cobrar varios meses, acumular préstamos a tus espaldas, noches sin dormir haciendo cuentas, horas que no puedes dedicarte a ti mismo… —Echó la cabeza hacia atrás—. Por suerte, llega un momento en el que la cosa se calma.

—Lo imagino —murmuré mientras transcribía sus palabras.

—¿Quedan muchas preguntas? —Deslicé el formulario hacia abajo y asentí.

—Sobre el menú de la cafetería, el día a día, qué has aprendido

con ella, sobre su futuro… —Suspiró, el futuro era un tema que no quería tratar teniendo en cuenta que Owen quería marcharse y no le estaba haciendo el presente muy sencillo.

—Entonces voy a hacer algo de cenar —dijo mientras se levantaba de la cama—. ¿Puedes seguir haciéndola en la cocina?

—Donde quieras. —Me repetí a mí mismo que se refería a la entrevista y salí tras ella después de verla sonreír. *No estaba todo perdido.*

Capítulo 32

Daphne

Fue como si nunca hubiéramos dejado de hablar. Como si ese lunes no hubiera existido. Nos reímos mientras me hacía las preguntas en susurros para no molestar a Marcie estando en la cocina, aunque terminó por unirse a nosotros y responder ella también. Le contamos el día a día de la cafetería, aunque ya le había dicho millones de veces cuál era mi horario y a qué nos dedicábamos a hacer desde que abríamos, pero él no tenía problema en escucharme de nuevo. Luke era así. Cuando me habló sobre la entrevista, pensé que solo se trataba de un pretexto para pasar tiempo juntos, y tampoco me hubiera importado que lo fuera. Lo había echado mucho de menos. Pensaba que mi semana había sido una mierda por las constantes discusiones con Owen, pero también lo había sido porque no había hablado con él, porque no había podido reírme de sus chistes ni de sus insinuaciones. Porque me faltaba Luke Watts al lado. El lunes había cometido el error de dejar caer que nuestro trato acabaría pronto, como si fuese algo que me apeteciera, cuando claramente no era así. Durante la noche, había estado tentada de confesarle la

verdad, que lo había echado de menos, no solo porque lo hubiera pasado mal, sino porque sin él no lograba pasármelo bien. Quería compartir lo bueno y lo malo que me sucediera. Quería… Quería que estuviera conmigo. Sin embargo, como siempre, tuve miedo. Ya había soportado la frialdad de Owen, ¿qué ocurriría si Luke me hiciera lo mismo? No me lo imaginaba tratándome igual que Owen, ni siendo tan desagradable conmigo, pero sí que me lo imaginaba desapareciendo. Me lo imaginaba siendo distante, llamándome únicamente cuando tuviera que estar con sus padres y hacer mi papel de novia perfecta. No quería perderlo. No ahora. No así. No estaba preparada para otro golpe. Esperaría. Cuando recuperara su puesto como reportero en el extranjero, se lo confesaría. Le diría que no quería fingir más porque no sabía en qué momento había dejado de hacerlo. Marcie se había referido a nosotros como novios durante toda la noche y ninguno de los dos la corrigió. Por un momento no se me hizo raro ser la novia de Luke, es más, me gustaba cuando Marcie me llamaba así. Unas mariposas en mi estómago afloraban haciéndome ilusiones de una forma que nunca había llegado a sentir. Intenté apreciar si Luke sentía lo mismo, si se emocionaba por la posibilidad que conllevaba, pero no conseguí vislumbrar nada.

—Así que eso sería todo —dijo mientras cerraba su portátil—. Os avisaré cuando se publique el artículo. —Sonreí. Luke le dio un sorbo a la lata que había dejado sobre mi escritorio, ya que habíamos terminado la entrevista en mi habitación.

—Lo estoy deseando. —Ahí estaba otra vez su maldito hoyuelo —. Espero que sacaras buenas fotos.

—Por favor, eso no lo dudes. —Guardó el portátil en su mochila. Iba a marcharse ya. Sentí un tremendo vacío en el pecho al pensar que tenía que despedirme. Necesitaba unas horas más con él.

—Por cierto. —Me miró. *Debía improvisar algo*—. He estado pensando en la planta de arriba de la cafetería… —La pausa estaba siendo demasiado larga—. ¿Por qué no expones algunas de tus fotos?

—¿Cómo?

—Bueno, es que está muy vacía. Había pensado que podría ser una buena iniciativa, ¿no? Ir poniendo alguna que otra exposición, ¿y qué mejor que empezar por tus fotos? —Ya hablaba como Marcie con cinco cafés en mi estómago—. Debes de tener muchísimas de todos tus viajes. —Di una palmada cuando se me ocurrió otra idea —. ¡O de las fotos que no vayas a usar para el reportaje! Imagino que no usarás todas, sino que irás seleccionando las mejores, ¡así haremos publicidad de esos locales también! Y por supuesto, también sería publicidad para L&T, si es que la necesita… —Me rasqué la nuca—. Bueno… ¿Qué te parece?

—No es mala idea, pelirroja. —Sonreí orgullosa.

—Además, vas con la cámara, ¿llevas ahí todas las fotos que necesitas para el reportaje? —Frunció el ceño y asintió despacio con la cabeza.

—¡Genial! Podemos empezar a descartar ahora —dije mientras me ponía de rodillas en la cama.

—¿Ahora? —*Sí, porque no podía ser una persona normal y decirle que se quedara, sino que tenía que parecer una auténtica loca.*

—¿Por qué no? —Luke sonrió. Iba a quedarse. Iba a quedarse.

—Claro, ¿por qué no?

***

Si ya me había resultado complicado pedirle que se quedara con la

excusa de empezar a seleccionar las fotos que emplearía en el reportaje para la revista, inventarme una razón para que se quedara a pasar la noche era demasiado. Por lo menos, antes de marcharse, habíamos acordado volver a vernos la semana siguiente. Volvería a ir a su oficina para que la gente nos viera juntos y seguir convenciendo a los demás de nuestra relación. Owen pondría el grito en el cielo cuando me viera ausentarme, aunque fuera en mi hora de descanso, pero no me importaba. ¿Cuántas faltas sin justificar llevaba él? Si iba a buscar cualquier pretexto con el que discutir conmigo, no importaba cuál fuera la causa. Además, después de cómo había tratado a Luke el sábado, había agotado mi paciencia. Mi estrategia de agachar la cabeza si seguía echándome la bronca la había dejado a un lado. Si lo que quería era discutir, me escucharía. Si lo que quería era que nos peleáramos, lo haríamos los dos. Estaba cansada de ser la tonta que lo pasaba todo. Decía que se sentía atraído por mí cuando no le parecía una ingenua inocente. Pues ahora iba a demostrarle que nunca lo había sido.

No obstante, el dolor de estómago que sentí el lunes por la mañana no me lo quitaba nadie. Marcie no pudo ir conmigo porque tenía el examen a primera hora. Respiré profundamente mientras me anudaba el delantal en la espalda. No necesitaba que nadie estuviera a mi lado para defenderme. Me había cansado de recibir golpes y limitarme a esquivarlos. Los devolvería. Durante la entrevista, había sido consciente de que Owen no había estado conmigo tanto como yo creía. Ese afán desmedido que tenía por defenderlo se había ido reduciendo cuando había sido consciente de aquello.

Decidí ponerme los auriculares mientras terminaba la segunda horneada de magdalenas. Con música todo iría bien. Me vi reflejada en la superficie metálica de la encimera de la cocina y me obligué a

sonreír. Puedo con esto. Puedo con Owen Lowe. De pronto, la música dejó de sonar por uno de mis oídos.

—No deberías llevar esto estando tú sola. —Owen lo dejó caer sobre la palma de mi mano y se marchó a coger su delantal.

—Buenos días para ti también. —Bufó. En lugar de quitarme el otro auricular, subí el volumen de la música y guardé el auricular que me había quitado en el bolsillo de mi pantalón.

—¿En serio vas a seguir con eso puesto? —George nos saludó, aunque nada más oír el tono de Owen se apresuró a ponerse el delantal para salir.

—¿Te molesta? —Lo ayudé a anudarse el delantal.

—Pues sí —dijo cruzándose de brazos. Solía hacer ese gesto cuando quería expresar su autoridad, pero él no era ningún jefe para mí. Sonreí.

—Pues tira de esta. —Le mostré el dedo corazón y salí de la cocina mientras escuchaba a George aguantar una carcajada.

—¿En serio? ¿Esas tenemos? —Puse los ojos en blanco.

—Mira Owen, ni tú eres mi jefe ni la cafetería está abierta, así que te aguantas. —No hizo falta ni una palabra más para mantenerlo callado. Se encerró en la cocina mientras que yo me dediqué a adecentar las mesas junto a George, no sin que antes me levantara el pulgar a modo de reconocimiento. Vaya, había sorprendido hasta al callado de George.

La semana empezaba divertida.

***

Tal y como había supuesto, Owen había empezado a poner trabas a que me marchara a ver a Luke, pero incluso George había salido en mi defensa, diciendo que era mi hora de descanso. Me había

advertido de que no tardará en llegar y de que debía estar en mi puesto cuando acabara la hora de descanso. Me habían entrado ganas de tirarle el café a la cara con tal de que se callara, pero me había limitado a asentir una y otra vez mientras me quitaba el delantal y me marchaba a ver a Luke.

Podría haberle plantado un beso nada más verlo en su despacho, pero él me abrazó. Me abrazó, sin más. No me quedó otra que sonreír. No me gustaba seguir con el teatro de ser su novia falsa, pero sabía que al menos tenía su recompensa. Aunque no fue la que yo esperaba. Debía aprender a relajarme. No quería mostrarme ansiosa delante de Luke y mucho menos parecer desesperada. Volvimos a hablar del reportaje, me enseñó las fotos que había mandado a la editorial, aunque fueran las mismas que me enseñó el sábado por la noche. Me gustaba que compartiera su trabajo conmigo.

—¿Y qué tal hoy… por ahí? —Sabía que se refería a Owen y no a la cafetería.

—Bien —respondí mientras terminaba el último trozo de sándwich. Miré la hora en la pantalla de su ordenador y suspiré—. Pero no me queda mucho tiempo.

—¿Por qué? Has estado muy poco rato. —*¿Por qué yo no podía ser así de directa?*

—Porque se va a acabar mi hora de descanso y tengo que volver. —Me limpié las manos con una servilleta, la cual tiré a la basura que Luke tenía bajo su mesa—. Lo siento, me hubiera gustado estar más tiempo. —Y también no decirlo casi sin voz. Luke se levantó de la silla, cogiendo la chupa de cuero que tenía en el respaldo—. ¿Qué haces?

—Acompañarte a Tinta y café. —Parpadeé.

—No hace falta.

—Lo sé. —Sonreí mientras abría la puerta de su oficina. Charlotte nos miró de reojo, fingiendo una sonrisa, al igual que yo le dediqué la más falsa de mi repertorio. Robert, el padre de Luke, apareció por el pasillo mientras hablaba por el móvil y debía tratarse de una llamada urgente, porque me pidió disculpas con un gesto para luego seguir caminando—. Ahora vengo, Charlotte.

—De acuerdo.

Entramos en el ascensor y se detuvo delante de mí para pulsar el botón de la planta baja. Lo normal hubiera sido que me echara a un lado, o que diera un paso hacia atrás o cualquier movimiento que implicara cierta distancia entre nosotros, pero me quedé quieta. Y él también. Como si el ascensor fuera tan pequeño como una caja de zapatos y tuviéramos que quedarnos pegados el uno al otro. Cualquier acercamiento con él antes me ponía de los nervios y ahora eso me lo provocaba el que se separara. Deseaba que alguien entrara en el ascensor y tuviera una excusa para besarlo. Deseaba poder apartar los recuerdos de la noche que habíamos compartido juntos, pero cuanto más me acercaba a él, con más fuerza afloraban.

—¿Estás bien? —Agachó la cabeza para preguntarme.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tienes la cara roja y no he dicho nada para que te sonrojes, ¿o ya es solo por mi propia presencia? —Sabía que lo decía bromeando, pero tenía razón. Me reí con suavidad.

—Hace calor aquí.

—¿Sí? —Miró hacia otro lado, encogiéndose de hombros—. Yo estoy bien. —Le dediqué una pequeña sonrisa antes de que las puertas se abrieran.

—Vamos, que tengo que llegar a tiempo. —Le cogí de la mano en un movimiento automático, pero lejos de soltarla, entrelazó sus

dedos con los míos. Así que, por un instante, pensé que tampoco pasaría nada si tardaba un par de minutos más en llegar si podía ir de la mano con Luke.

***

Le pedí que no me acompañara dentro. No quería que presenciara otra posible discusión entre Owen y yo. No valía la pena. Además, no quería que lo usara como blanco de sus ataques hacia mí como había hecho la última vez. Sin embargo, el hecho de que nos despidiéramos en la calle, a escondidas de los demás, también implicaba que no nos acercamos el uno al otro. Cuando empezamos aquella mentira, Luke se las había ingeniado para besarme cada dos por tres, pero ahora lo evitaba. Lo hacía desde el momento que le había dicho que lo mejor era actuar como si la noche de la boda no hubiera sucedido.

Una parte de mí había creído que eso también era lo correcto, pero empezaba a creer que lo correcto y mis deseos no tenían porqué ir de la mano. No obstante, durante toda la semana, no me atreví a decirle a Luke lo que pensaba. Además, que él siguiera guardando las distancias, podía significar que me había equivocado con respecto a nosotros. Aun así, mis ratos con él valían la pena. No importaba que se limitase al terreno de la amistad, ya había pasado por ahí.

—Yo creo que la estás cagando —comentó Marcie dejando de mirar sus apuntes durante un instante.

—¿Y eso a qué viene? —Caminaba de arriba abajo por el salón sin hablar, no entendía a qué venía ese comentario.

—Estás de los nervios porque estas dos semanas has estado viendo a Luke todos los días, pero no lo hacéis los fines de semana,

¿verdad?

—¿Cómo sabes qué estoy pensando en eso? —Resopló.

—Porque te conozco. —Me dejé caer en uno de los sillones.

—Vale, está bien, es eso —admití. Marcie hizo una mueca de superioridad, pero no dijo nada—. ¿Y si el vernos cada día es solo una actuación para sus padres?

—¿No es eso lo que busca?

—Sí, pero…

—Pero tú ya no, entiendo. —No lo negué.

—Me daba igual que fuera solo por eso, pero… el que nos mandemos un par de mensajes los fines de semana no me causa buena espina. —Eché la cabeza hacia atrás—. Ya solo le interesa estar conmigo cuando hay público. Creo que quiere que el trato se acabe lo antes posible y recuperar su puesto. —Suspiré—. Tengo la sensación de que ya no le intereso, que consiguió echar un polvo y… se acabó.

—¿Se lo has preguntado? —Me sorprendió que no fardara de haber acertado en el hecho de que me gustara Luke.

—¿Qué? No, no hemos hablado del tema. —Cerró su portátil mirándome con incredulidad.

—¿Me estás diciendo que en estas semanas en ningún maldito momento habéis hablado de lo que pasó entre vosotros? —Me rasqué la nuca.

—La última vez que lo hicimos estuvimos unos días sin hablar —murmuré —dijo que lo mejor sería hacer como si no hubiera pasado nada.

—Ah… ¿Y tú aceptaste sin más? —Guardé silencio y Marcie bufó —. ¿Te quedaste callada?

—¿Qué iba a decir?

—No sé, ¿qué tal un: ¿*no, no quiero olvidar lo que pasó, Luke*?

Es bastante simple. —Resoplé.

—No tuve un buen día, había discutido con Owen.

—Menos mal que os habéis ido relajando. —Me encogí de hombros. Tampoco es que le diera muchas opciones. No me había costado contraargumentar todo lo que decía sin tener que alzar la voz ni perder los estribos. Poco a poco fue dejando de poner trabas a todo y pasó a ignorarme por completo en lugar de discutir. No podía mentir y decir que no me dolía, pero era un sentimiento con el que estaba acostumbrada a vivir—. En fin, Daphne, deberías hablar y ser clara por una vez. Fíjate en todo el lío con Owen, si hubieses sido sincera con él y le hubieras dicho lo que sentías, todo hubiera sido distinto.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué le mande un mensaje diciéndole que quiero hablar de lo que pasó? —Puso los ojos en blanco.

—¿Un mensaje? Por dios, no. —Me cogió de la mano y me miró a los ojos—. Ve a verlo, joder. Espabila, Daphne.

Capítulo 33

Luke

El viernes por la noche había salido con Tate un rato, así que el sábado me lo había pasado con una mañana de resaca insoportable. No podía fiarme de él cuando me decía que quería tomar una cerveza y luego marcharse a casa. Lo conocía desde que era un crío y tenía que saber lo que iba a ocurrir y, al final, siempre me dejaba llevar. Lo había echado de menos. Salir con él, divertirme un rato, que me contara cosas de su trabajo, que yo me quejara del mío. Además, así le daba a Daphne su espacio. No quería agobiarla. Estas semanas con ella habían sido increíbles, y eso que solo nos veíamos al mediodía; pero sentía que estábamos volviendo al punto de partida. Que estábamos reconectando. Tate quería que me lanzara a la piscina, que fuera más directo con ella, pero la última vez que lo fui, huyó de mi apartamento como una fugitiva y casi nos dejamos de hablar. No estaba preparado para verla irse otra vez. Lo mejor sería ir poco a poco. Encima, nuestros encuentros habían tenido sus frutos en cuanto a mis padres. Estaban asombrados de que la relación siguiera adelante, tanto, que la habían invitado a la casa de

campo el fin de semana siguiente. Solían organizar comidas allí cuando querían dar buenas noticias, así que… O querían que Daphne se sintiera parte de la familia o tenían algo que decirme. No me importaba cuál de las dos opciones podía ser. Esa urgente necesidad que tenía de recuperar mi puesto se había ido relajando. Estaba cómodo sin tener que salir corriendo a coger un vuelo, sin tener que despertarme a las cuatro de la madrugada para hacer una foto en una montaña o sin tener que soportar climas extremos… Por supuesto que echaba de menos viajar y ver paisajes que quitaban el sentido, pero tampoco me sentía mal pasando tiempo en casa. Conociendo rincones de la ciudad que no sabía que existían, encontrando la belleza en los lugares más simples, sin tener que irme a miles de kilómetros de distancia. Daphne me había enseñado aquello.

Estaba buscando el móvil para mandarle un mensaje y avisarle de la invitación de mis padres cuando sonó el timbre. Casi me da un infarto. No estaba acostumbrado a que llamaran a mi puerta a no ser que hubiera pedido comida a domicilio. Supuse que algún repartidor se habría equivocado de dirección o que algún vecino había pedido que le guardara un paquete. Aunque era raro que ninguno de ellos estuviera en casa a esas horas de la tarde. Casi todos los vecinos eran personas mayores que salían a dar sus paseos matutinos para luego encerrarse en sus casas. Abrí la puerta sin comprobar quién era por la mirilla.

Daphne estaba al otro lado. Lo único que alcancé a ver fue su abrigo negro, el cual quedaba a la mitad de sus muslos. Sus piernas estaban ocultas tras unas medias color carne y unas botas que le quedaban a la altura del tobillo.

—Hola.

—¿Qué haces aquí? —No pretendía sonar borde, pero me

sorprendió que recordara la dirección de mi casa. No estaba acostumbrado a tener visitas. Era una de las ventajas de no decirle a nadie donde vivías.

—Hoy libraba en la cafetería y… no sé. —Se descolgó la mochila de piel marrón que llevaba a la espalda—. He traído galletas.

—Esa es la contraseña para entrar —comenté mientras me apartaba del umbral de la puerta, permitiéndole pasar. Me dedicó una sonrisa—. ¿Te apetece un café?

—¿Tan tarde? —preguntó sorprendida para luego encogerse de hombros—. Sí, ¿por qué no? —Me metí en la cocina encendiendo la cafetera y me fijé en cómo se sentaba en uno de los taburetes que había bajo la barra—. No me digas que tienes una cafetera de cápsulas de café. —Se quitó el abrigo dejándolo en el respaldo del sofá y tuve que contener la respiración unos segundos. Lucía un body azul oscuro de manga larga ceñido al cuerpo y una falda plisada de cuero que le quedaba lo suficientemente corta como para dejarme babeando. Me aclaré la garganta antes de volver a hablar.

—¿Es tu archienemiga? —Se rio con suavidad.

—No, son un buen apaño. —Respiré aliviado de forma exagerada, consiguiendo que volviera a reírse—. Pero nada como una cafetera italiana.

—¿Lo quieres con leche? —Asintió con la cabeza.

Preparé primero el suyo y luego el mío, y aunque probablemente hubiéramos estado más cómodos sentados en la barra, acabamos sentados en el sofá. Daphne sacó las galletas de arándanos de su mochila y yo me encargué de llevar las servilletas a la mesa.

—Pensaba que no recordarías donde vivía —comenté mientras mojaba una de las galletas en el café.

—Tengo buena memoria para lo que me interesa —soltó como si nada.

—¿La dirección de mi casa te interesa? —Se limitó a sonreír mientras le daba un sorbo al café—. Ah, antes de que se me olvide… —Saqué el móvil para leer bien el mensaje de mi madre—. Nos han invitado a pasar el fin de semana fuera.

—¿Cuál?

—El que viene. —Asintió sacando también su móvil para apuntarlo—. ¿Podrás?

—Claro, ¿para qué?

—Mis padres nos han invitado a pasar el finde en una casa que tienen a las afueras. —Se le rompió la galleta y cayó dentro del café cuando le di esa información—. Suelen invitar a gente cuando quieren dar buenas noticias… —La vi luchando contra el trozo de galleta que se había sumergido en el café—. O para hacer que alguien se sienta parte de la familia. —Se detuvo al escuchar aquello.

—¿Y qué opción crees que es? —Me miraba más seria de lo normal.

—No lo sé. —Tragó saliva, desviando la mirada.

—Bueno… pues ya lo descubriremos. A ver qué pasa ese finde porque está claro que tu madre me odia. —Solté una carcajada—. ¡No te rías! Es la verdad.

—Pero eso es porque mi madre tiene cara de odiar a todo el mundo. —Alzó ambas cejas, mirándome incrédula—. Yo también digo la verdad.

—No te preocupes, haré que deje de odiarme, seré la nuera perfecta —comentó con una sonrisa mientras me daba una palmadita en la rodilla.

—No tienes que esforzarte en caerle bien a mi madre, me tienes que caer bien a mí. —Se rio sentándose de lado en el sofá. Aquel *body* se quedaba pegado a su cuerpo por completo, realzando cada

curva de su perfecta figura. Me fijé en cómo se cruzaba de piernas y recordé lo que se escondía debajo de esa falda.

—¿Y cómo te caigo? —Sus rizos anaranjados cayeron sobre sus hombros hasta llegar a su pecho y me esforcé en que mis ojos no se dirigieran a ellos.

—¿En una escala del uno al diez? —bromeé para intentar relajarme. Aunque Daphne se rio un instante, se rascó la nuca, y eso significaba que estaba nerviosa por algo.

—Luke, yo… No he venido a traerte galletas, quería hablar contigo de algo. —Un sinfín de ideas pasaron por mi cabeza.

—Dime. —Procuré mostrarme lo más tranquilo posible.

—Es sobre lo que pasó hace unas semanas, ya sabes… —¿Iba a hablarme de la boda? —. Del lunes, cuando hablamos en la cafetería de noche. —*Falsa alarma.*

—Oh… —Daphne no era capaz de mirarme a la cara—. ¿De qué quieres hablar?

—Verás, tú… A ver… —La voz se le trababa cuando intentaba hablar. Me arrastré de forma sutil por el sofá para acercarme a ella y me atreví a posar la mano en su mejilla para hacer que me mirara. Alcé ambas cejas, animándola a seguir—. Dijiste que lo mejor sería hacer como si la noche de la boda no hubiera pasado jamás.

—Bueno, lo dije porque te marchaste al día siguiente y desapareciste. Pensé que era lo que querías.

—¿Era lo que querías tú? —preguntó con un hilo de voz.

—Yo no he olvidado ni un segundo de esa noche —confesé mandando a la mierda mi plan de ir despacio.

—Yo tampoco —susurró. Aún seguía con la mano en su mejilla—. Y me enfadó que quisieras olvidarla.

—Y a mí que te marcharas. —No me había dado cuenta de que ella también se había acercado a mí hasta que nuestras rodillas se

rozaron.

—No tendría que haberme marchado. —Sentía el corazón desbocado.

—No tendría que haber dicho que lo mejor era que lo olvidáramos. —Daphne se acercó primero. Acaricié su labio inferior con el pulgar antes de que su boca se encontrara con la mía. Había pasado demasiados días deseando besarla y quería que durara. Había echado de menos sus labios, el roce de su lengua contra la mía, su respiración agitada cuando nuestras bocas se desesperaban la una por la otra. La atraje aún más hacia a mí, hundiendo mis manos en su pelo, enredando mis dedos en él mientras que ella pasaba las suyas por mi pecho. Apoyó su frente contra la mía, recuperando el aliento con una leve sonrisa. Me miró a los ojos.

—Te he echado de menos. —Su confesión terminó de enloquecerme. Sonreí, pasando mis manos por su cintura para levantarla. Soltó un suave grito de sorpresa cuando la dejé sentada a horcajadas sobre mí.

—Y yo a ti, pelirroja. —Volvió a inclinarse sobre mí, buscando mi boca. La besé con ansia, queriendo mostrarle de alguna forma lo mucho que la había extrañado. Mordí su labio inferior, tirando de él con suavidad para que luego ella me imitara—. Dime que esta vez no te vas a ir.

—No lo haré. Te lo prometo. —Recorrí su boca con la lengua a modo de respuesta. Debajo de mi pantalón de chándal había crecido mi erección, la cual no hacía más que rozarse contra la entrepierna de Daphne—. Dime que no vas a dejar que olvide esta noche.

—Te lo prometo —susurré con voz ronca. Agarró mi camiseta, tirando de ella para sacármela por la cabeza. Pasó las manos por mi pecho y las bajó hasta mi abdomen, recorriendo mi cuerpo despacio. No tenía prisa. Mientras, metí mi mano por debajo de su falda, tuve

que esquivar sus medias, metiendo las manos debajo de ellas para llegar al botón de su body. Lo desabroché y dejó de tenerlo pegado al cuerpo. Necesitaba verla otra vez desnuda—. Quítatelo. —Tiró de él hacia arriba para lanzarlo al sofá. Aquel sujetador de encaje blanco hizo que me quedara sin aliento. Enrollé los dedos en sus tirantes, bajándolos con cuidado—. Estás preciosa.

—Pero quieres que me lo quite, ¿verdad? —Asentí, maravillado al escuchar su risa. Recogió su melena pelirroja para que pudiera acceder sin problema al broche de su sujetador. Cayó sobre nosotros en cuanto lo desabroché, pero Daphne lo tiró a un lado sobre el sofá.

Hundí la cabeza en su pecho mientras recorría su espalda con la yema de los dedos. Me encantaba escucharla respirar tan agitada. Recorrí sus pechos con mis labios, besándola a cada paso para después morder con suavidad sus pezones, logrando que se le escapara un jadeo. Por supuesto, Daphne era incapaz de estarse quieta, no dejaba de rozarse contra mí, y aunque antes lo hiciera de una forma imperceptible, cada vez lo hacía con más intensidad.

—Llévame a la cama.

No me hacían falta más órdenes. Agarré con firmeza su cintura mientras me levantaba del sofá con ella encima. Rodeó mi cintura con sus piernas para no caerse y sonrió mientras la llevaba a mi dormitorio.

La tumbé con cuidado en la cama, contemplándola una vez más sobre las sábanas. Me di el lujo de observarla, ya que había pensado que no volvería a tenerla así nunca más. Ella parecía hacer lo mismo. Me estudió de arriba abajo, en silencio, como si quisiera memorizarme de alguna manera. Cuando nuestros ojos se encontraron, nos sonreímos en silencio. Ella alargó los brazos, pidiéndome que fuera con ella. Me puse encima de su cuerpo,

besándole el cuello hasta llegar de nuevo a sus labios. Pasó los brazos por alrededor de mis hombros, siguiéndome el beso sin dejar que desapareciera su sonrisa de su rostro.

—¿Le tienes mucho cariño a tus medias?

—No, ¿por? —Antes de que dijera nada más, tiré de ellas con fuerza hacia abajo, rompiéndolas en el proceso. Se rio con suavidad, sorprendida por lo que acababa de hacer—. Pero bueno, Watts.

—Necesito tenerte desnuda —confesé consiguiendo que se ruborizara. No podía estar más guapa en aquel momento.

—Lo mismo digo —susurró incorporándose lo suficiente debajo de mí para agarrar el filo del pantalón de mi chándal para bajarlo. No sé en qué momento toda nuestra ropa acabó por el suelo, pero sí que nos faltaba colchón para revolcarnos.

En cuanto giró para ponerse de lado, deslicé mi boca por la zona posterior de su cuello, clavando después mis dientes en su hombro. Aprovechó para mover su trasero hacia atrás, rozándolo contra mi erección mientras que mi mano viajó entre sus piernas, acariciándola despacio.

—No te imaginas lo mucho que me gusta oírte gemir. —Fue incapaz de responder cuando mis dedos empezaron a frotar su sexo con más fuerza. Lamí el lóbulo de su oreja, atrapándolo entre mis labios.

—Luke…

Estuve a punto de parar hasta que escuché como pronunciaba mi nombre. Hice todo lo contrario, aceleré los movimientos de mis dedos, disfrutando del sonido de sus gemidos mientras se retorcía de placer a mi lado. Intentó recuperar la respiración cuando llegó al orgasmo con la intención de relajarse y se giró de nuevo para caer boca arriba. Pasé uno de mis brazos a su lado para quedarme sobre ella y agaché la cabeza hasta sus labios para besarla otra vez. Me

dediqué a rozar mi miembro constantemente contra su sexo, sintiendo lo húmedo que estaba gracias a la excitación y al orgasmo que acababa de padecer. Sin embargo, ella negó con la cabeza.

—Ahora me toca a mí, Watts.

—Está bien, quizás la clave para que no te vayas, sea no dormirnos.

—Me gusta esa idea —dijo riéndose mientras me obligaba a echarme a su lado—. No me apetece dormir.

Capítulo 34

Daphne

Las sábanas alrededor de mis piernas me impedían moverme bien cuando intenté estirarme. No sabía qué hora era, pero unos potentes rayos de sol entraban por la enorme ventana del dormitorio de Luke. Ninguno de los dos cayó en bajar las persianas anoche para que no nos molestara al día siguiente. Tampoco es que estuviéramos muy concentrados en lo que sucedía a nuestro alrededor y aunque nos propusimos no dormir, caímos rendidos a altas horas de la madrugada. Sabía que no había contado con muchas horas de sueño, y a pesar de eso, me sentía revitalizada. Supuse que descansar en el sentido estricto de la palabra no tenía por qué significar dormir esas ocho horas de sueño que los médicos recomiendan, sino sentirse bien con una misma. Había descubierto el tiempo que podía perderse si no hablabas a tiempo con la persona adecuada, si no te sincerabas cuando era el momento. Todas estas semanas que había pasado con Luke podrían haberse mejorado si le hubiera dicho lo que le confesé la tarde anterior. Si hubiéramos sido honestos el uno con el otro desde el principio. Si no me hubiera

marchado, si no lo hubiera malinterpretado, si hubiese sido más valiente… No es que yo tuviera toda la culpa, por supuesto, Luke se había encargado de repetirme lo mucho que se arrepentía por no haber hecho las cosas de otra manera. Porque una de las cosas que hacía Watts era hacerme sentir que, pese a todo, lo hacía todo bien. No sé cómo se las arreglaba para hacerme sentir bien conmigo misma. Después de tres semanas sufriendo a Owen, criticando cada mínima cosa que hacía, era reconfortante estar con alguien que sacaba a relucir tus virtudes y les restaba importancia a tus defectos. Ojalá me hubiera dado cuenta de que Luke llevaba haciendo eso desde que lo había conocido meses atrás.

Giré en aquel enorme colchón para buscarlo, pero solo había un vacío al otro lado de la cama. Me levanté, buscando algo decente con lo que salir al salón y no pude evitar sonreír al ver toda nuestra ropa desperdigada por el suelo. Miré un instante las medias rasgadas y sentí un calor recorriendo mi interior. Sacudí la cabeza y abrí el armario. En una balda estaba doblada la camiseta que me había prestado la primera noche que pasé allí. Sin pensármelo dos veces, me la puse y busqué mi ropa interior debajo de la cama. No sabía ni cómo había acabado allí. Abrí la puerta con cuidado. Luke tarareaba una canción mientras preparaba dos cafés. Me dolían las mejillas de sonreír. Me di el lujo de contemplarlo en silencio durante un rato. Llevaba el mismo pantalón de chándal de anoche, aunque para mi alegría, no se había molestado en ponerse ninguna camiseta. El apartamento de Luke contaba con calefacción y, a pesar del frío desagradable del exterior, estábamos en el paraíso allí dentro. Tuve que contener un suspiro cuando observé su musculoso abdomen. La verdad es que no me lo había imaginado así de fuerte cuando lo había conocido. No creía que Luke fuera de esos hombres que se matan en el gimnasio, pero sí que debía ir de vez en cuando

si tenía semejante cuerpo. Y había elegido estar conmigo. *Conmigo*. Llevaba tanto tiempo sintiéndome tan poquita cosa que se me hacía raro sentir que un hombre me deseara de esa manera. Sin embargo, Luke me había demostrado lo equivocada que estaba durante todo este tiempo.

Me asomé en silencio, caminando de puntillas mientras lo veía preparar unos huevos revueltos para desayunar. Cantaba bajito, seguramente porque creía que aún seguía dormida.

— *Forever and ever…*

—*Let's make this last forever* —dijimos a la vez. Casi se le cae la sartén sobre el plato mientras echaba los huevos.

—¡Menudo susto me has dado!

—¿Estás siempre cantando? —Se encogió de hombros terminando de servir el desayuno.

—Últimamente lo hago un poco más. —Dejó la sartén en el fregadero y sacó dos tenedores de un cajón.

—¿Y eso? ¿Algún motivo en concreto?

—Tú. —Sonreí. *¿Cómo era posible que después de la noche que habíamos tenido siguiera sintiendo vergüenza cuando me decía esa clase de cosas?*

—Me alegra ser el motivo por el que estés cantando *First date* de Blink 182. —Se rio.

—Seguro que ellos también se alegran. —Decidimos sentarnos en los taburetes que había tras la barra americana. Le di un sorbo al café y aunque me quemé la lengua, disfruté de aquel trago como si llevara años sin beber. Se levantó de un salto, corriendo hacia la tostadora para sacar unas tostadas humeantes que dejó en los respectivos platos—. Teniendo en cuenta que anoche no cenamos…

—Un poco sí que cenamos, ¿no? —Luke abrió los ojos, perplejo, echándose a reír por mi broma.

—Pero bueno, señorita Hill, se ha levantado con un gran sentido del humor, ¿no? —Sonreí.

—Últimamente lo hago un poco más.

—¿Y eso? ¿Algún motivo en concreto?

—Tú. —Se inclinó sobre el taburete para besarme, y como siempre que lo hacía, pensé que me derretía ahí mismo—. No me digas estas cosas, que también nos quedamos sin desayunar. —Fue un rugido de mi estómago el que lo hizo echarse hacia atrás mientras se reía—. O mejor no.

—Lo siento, ayer apenas comí —respondí antes de darle un mordisco a la tostada para después pinchar parte de los huevos revueltos, empujándolos con el pan.

—¿Y eso?

—Bueno… Es que estaba muy nerviosa antes de plantarme aquí. —Me rasqué la nuca—. De hecho, mi primera idea fue mandarte un mensaje, pero… decidí, sin ayuda de Marcie, que lo mejor sería presentarme en tu casa y hablar las cosas cara a cara.

—Oh, me alegra saber que no tengo que darle las gracias a Marcie ni nada por el estilo —bromeó mientras comía con la misma prisa que yo—. Y dime, ¿qué tenías pensado hacer en tu día libre? Ese que pasa una vez cada doscientos años. —Solté una carcajada.

—Vaguear como si me fuera la vida en ello. —Metió el pie entre las patas del taburete en el que estaba sentada y lo arrastró para acercarme a él.

—Qué coincidencia, yo pensaba hacer lo mismo. —Abrí los ojos fingiendo sorpresa.

—No me digas, ¿eso significa que lo podemos hacer juntos? —pregunté mientras pasaba una mano por su pelo, acariciándolo con suavidad.

—A ver, ya que estás aquí, es lo mínimo que podemos hacer,

¿no? —susurró cerca de mis labios. Le di un beso rápido, echándome hacia atrás para buscar la taza de café. La agarré con ambas manos, colocándola entre los dos. Sonrió y me fijé en el hoyuelo de su mejilla izquierda.

—Pero primero terminamos de desayunar. —Asintió, cogiendo también su taza y brindando con la mía.

—Y después a la ducha.

***

Normalmente, los domingos se me hacían eternos. No encontraba nada con lo que entretenerme y acababa recurriendo a adelantar algo de trabajo en la cafetería, a buscar nuevas ideas para el negocio, o me dedicaba a hacer una limpieza integral e innecesaria en Tinta y café. Sin embargo, el día en casa de Luke pareció durar tan solo un par de horas. Nos habíamos pasado el día entero riendo, comiendo en el sofá, viendo películas y dejando de verlas porque no podíamos quitarnos las manos de encima. Pensaba que Tinta y café era una burbuja para mí, pero eso era porque no había estado con alguien que me hiciera desconectar de verdad. Pensaba que refugiarme en mi trabajo suponía escapar de la realidad durante un tiempo, pero no era cierto. Me decía a mí misma que me lo pasaba bien adelantando trabajo que podía hacer perfectamente a lo largo de la semana, pero estaba claro que era porque nunca me había atrevido a pasármelo bien. No me lo había permitido. Sentía que tenía tanto que demostrar con respecto a Tinta y café que me había olvidado de vivir. Y no dejaría que pasara de nuevo. Quizás por eso *Happier* de Yungblud se había convertido en mi himno personal. Me había dado cuenta de lo mucho que significaba para mí esa canción. Además de sentirme identificada, tanto Luke como yo la habíamos

usado para disculparnos el uno con el otro. Presentía que Luke se sentía igual de identificado con ella, tal y como decía la canción, a los dos nos daba miedo pertenecer a algo, a los dos nos daba miedo ser más felices. A los dos nos había costado dar el salto de confiar el uno en el otro, cada uno por motivos distintos, pero ambos nos habíamos refugiado en el trabajo durante todos estos años, restándole importancia al resto del mundo.

La despedida en su coche había durado más de lo normal. Me hubiera gustado pedirle que se quedara en casa, pero teniendo en cuenta el madrugón que me esperaba al día siguiente, prefería que él pudiera descansar. Además, temía que fuera incapaz de ir a trabajar el lunes si dejaba que se quedara, y Marcie tenía su último examen al día siguiente. No quería molestarla. Por supuesto, al día siguiente ya habíamos quedado para vernos en mi hora de descanso. Nada más encajar la llave en la cerradura, Marcie me abrió la puerta, dando saltitos de alegría.

—¿Ya te han dado la nota de algún examen? —Negó con la cabeza.

—Pero he sacado matrícula de honor en amistad porque he hecho que acabes con Luke —exclamó ilusionada dándose un aplauso a sí misma mientras yo me echaba a reír—. Pensaba que me tocaba pasar otra noche aquí sola, ¿eh? —Me dio un suave codazo en las costillas mientras yo me dejaba caer en el sofá. Se sentó a mi lado y frunció el ceño, pasando el dedo índice por mi rodilla—. ¿Has ido sin medias con el frío que hacía? ¿Pero cómo se te ocurre?

—Las llevaba cuando fui.

—¡Oh! —Volvió a aplaudir riéndose mientras que yo me sonrojaba—. ¡Esa es mi Daphne! Ahora sí que me darás detalles, ¿no?

—Nos lo hemos pasado muy bien —dije mientras dejaba caer el

bolso a mi lado.

—Vale, pero… ¿Muy bien? ¿Muy muy bien? ¿Muy muy muy bien? —La empujé con suavidad mientras me echaba a reír.

—¡Marcie!

—Uy, eso es que es la última opción. —Resoplé aguantando la risa.

—¿Tú qué tal? ¿Cómo llevas tu último examen? —Se echó hacia atrás con desesperación.

—No lo sé, ayer perdí un poco el tiempo, pero… A lo mejor sale bien, depende del humor con el que se presente el señor Garrison.

—¿Por qué perdiste el tiempo? —pregunté mientras me quitaba las botas, subiendo las piernas al sofá. En nuestro apartamento sí que hacía frío, y el no tener a Luke pegado a mí tampoco ayudaba.

—¡Eso da igual! —Se levantó de un brinco del sillón—. ¿Quieres un poco de sopa para cenar? Está calentita y es un remedio buenísimo para el cuerpo y…

— Marcie, ¿qué ha pasado? —Puso los brazos en jarra, mostrando un gesto de ofensa.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te pones a hablar como una loca cuando pasa algo.

—¡Eso es mentira! —Suspiré.

— ¿Podemos saltarnos la parte en la que te ofendes y vamos directamente a la que me lo cuentas?

— Bueno, tuve a alguien durmiendo aquí el sábado.

—¿Has ligado? —Soltó una carcajada nerviosa. No, la respuesta era aún peor—. Marcie, no me asustes.

— Owen durmió aquí el sábado. —Abrí los ojos como platos.

—¿Qué? —Bufó.

—Se presentó aquí el sábado, sobre las doce de la noche, borracho como una cuba y exigiendo verte. —Volvió a sentarse en el

sillón. Conocía ese tic en su labio, si no le hubiera preguntado, no me lo hubiera contado—. Le dije que no estabas y se puso como loco.

—Sí, conozco al Owen borracho…

—Estuvimos hablando un rato, aunque tampoco llegó a decirme gran cosa, fui yo la que le dio un sermón sobre lo malo que era emborracharse de esa manera y también, la enorme gilipollez que era plantarse en casa de alguien a las tantas de la madrugada. —Parece que no aprendió la lección el día de mi cumpleaños—. En fin, esta mañana, cuando se despertó, estaba algo más lúcido y se alegró de que no hubieras estado aquí. —Me quedé en silencio, pensando con qué intenciones habría ido a buscarme borracho. *¿Ya quería pelear conmigo incluso fuera de Tinta y café?* — Por cierto, entre una de las muchas tonterías que soltó anoche…, me dijo que Luke le había partido la nariz, ¿te lo puedes creer? —Me reí de forma incómoda mientras Marcie abría los ojos—. ¿Fue él?

—Es una larga historia y…

—Y yo estoy hasta los huevos de estudiar. Empieza a hablar.

Le confesé lo que había ocurrido entre Owen y yo meses atrás. No me dejé ni un detalle. Estaba cansada de tanto fingir. Estaba harta de protegerlo. También le conté lo que Luke había averiguado sobre el dinero que solía faltar en la caja en los inicios de la cafetería, y como Doug fue el que puso a Owen en su sitio años atrás, aunque yo me mostraba reticente a pensar que no lo había hecho más veces. Le conté como me había atrevido a hablar con él durante la boda y también la respuesta que me dio al respecto.

—Yo no sabía que Luke le pegó hasta el lunes cuando lo vi entrar en la cafetería. Owen me dijo que había sido un mal golpe, pero Luke me contó la verdad. —Escondí la cara entre mis manos un instante—. Se puso en lo peor cuando me encerré en el baño a

llorar. No sabía que había pasado y, por lo visto, lo vio babeando por otras tías y… No sé, mira, la verdad es que Luke no soporta a Owen, y mucho menos después de lo que le hizo a Emma.

—¿Por qué? —No podía contarle lo que Olivia le había hecho a Luke. Él me había confesado su secreto y yo no era nadie para contarlo, aun sabiendo que Marcie no abriría la boca.

—No soporta a esa clase de tíos, básicamente.

—Es normal. —Me agarró la mano, apretándola con suavidad. —Owen puede ser un bocazas y hace unas semanas me hubiera resultado increíble que te soltara todo aquello, pero está claro que no es cómo me imaginaba. —Aparté la mirada.

—Nunca se había comportado así conmigo —murmuré—. No había sido así de desagradable. Nos conocemos desde que éramos niños, nos hemos peleado muchas veces, pero nunca de esa forma.

—¿Sabes lo que le pasa? Que se ha dado cuenta de que ya no te tiene detrás y le ha jodido.

—Eso me insinuó Luke…

—Él podía estar con cualquiera, pero sabía que, si chasqueaba los dedos, te tendría para él en cualquier momento, y ahora se ha dado cuenta de que te ha perdido. —Volvió a apretar mi mano, haciendo que la mirara—. Pero eso no es amor, Daphne. Tú te mereces a Luke, a alguien que te tiene como prioridad y no como opción. —Sonreí levemente—. Reconozco que, al principio, me pareció un plan absurdo.

—¡Me lo propusiste tú!

—¡Justo por eso! —dijo mientras se reía—. Pero ahora me alegra que lo hicieras y conocieras a Luke. Se te ve tan feliz, Daphne. Te lo mereces.

—¿Tú crees?

—No lo dudes.

***

Me costó demasiado abrir los ojos el lunes por la mañana. Además, tal y como llevaba pasando todos los días, no es que me acompañara una alegría desbordante para ir a trabajar. Aunque el simple hecho de que Luke se hubiera despertado para mandarme un mensaje de buenos días, había hecho que el madrugar fuera menos amargo. Antes de salir de casa, pegué un papel en la puerta para desearle suerte a Marcie en su último examen. Me abrigué bien y caminé con tranquilidad a Tinta y café. Si el clima seguía así, tendría que empezar a ponerme el gorro de lana que me regaló el año pasado mi madre. Oculté mi nariz tras la bufanda y me detuve delante de la cafetería. Parpadeé unas cuantas veces. Las luces de dentro ya estaban encendidas. ¿Owen había llegado antes que yo? Comprobé la hora. No había llegado tarde, sino cinco minutos antes de lo normal. Tragué saliva, preparándome para lo que se preparaba, pero me quedé perpleja cuando entré. Owen se había encargado de decorar todo el local con adornos de navidad.

Había colgado las típicas luces de colores del árbol de navidad alrededor de la barra y rodeando las cafeteras que teníamos detrás. Había cambiado la iluminación de la vitrina, dándole también algo de color. Un árbol de navidad se alzaba en el sitio que habíamos celebrado algún que otro recital. Las paredes estaban repletas de adornos de todo tipo. Renos, bastones de caramelo, muñecos de nieve… No sé cómo se las había apañado para enrollar las lianas por la barandilla que había en la planta de arriba, pero quedaban preciosas de esos colores dorados y plateados. Había anudado dos lazos al inicio de las escaleras. Incluso había decorado las ventanas con nieve artificial.

Tinta y café olía a canela y chocolate, y eso solo significaba una

cosa. Me asomé a la cocina en silencio. Owen estaba sacando un tronco de navidad del horno.

—Buenos días. —Dio un bote al escucharme, dejando la bandeja en la encimera—. Eso huele que alimenta.

—Buenos días. —Sonrió. *Vaya, eso llevaba tiempo sin hacerlo*—. No te voy a engañar, creo que me ha salido rico. —Se dio la vuelta para meter una bandeja de galletas en el horno. Lo cerró de un golpe—. ¿Quieres hacer una locura? —Fruncí el ceño. Me sonrió otra vez. Después de verlo tan enfadado estas semanas, ahora me daba miedo que sonriera tanto. Sacó un cuchillo cortando dos finas porciones del tronco de navidad—. ¿Preparas tú el café? —Asentí, sin mediar palabra.

Me quité el abrigo y la bufanda. Me anudé el delantal y salí fuera para hacer los dos cafés. Vi de reojo como Owen se sentaba en una de las mesas que quedaba más cerca de la cocina. Había dejado las porciones del tronco de navidad en un plato y le echaba un vistazo al móvil mientras me esperaba. No me atrevía a hablar. Me daba miedo que esta extraña tregua que había surgido entre los dos desapareciera. Dejé el café frente a él y me senté con mi café en silencio.

—A ver qué te parece. —Aunque oliera a gloria, me esperé a que él diera el primer bocado—. ¿Qué pasa?

—Le… ¿Le has echado laxante o algo así? —Soltó una carcajada.

—¿Cómo?

—Lo siento, pero estás extrañamente amable y me estás dando miedo. —Se encogió de hombros.

—Será el espíritu navideño.

—Eso es otra, has adornado tú solo el local. —Arrugó la frente—. No me mires así, nunca lo habías hecho.

—Lo sé.

—Siempre lo había hecho yo.

—¿Eso es que lo he hecho mal? —Negué.

—Llego a conocer tu arte decorando y te hubiera obligado a hacerlo a ti. —Volvió a reírse.

—No exageres.

—No lo hago.

—Prueba el tronco, no está envenenado. —Partió un trozo y se lo llevó a la boca, comiéndoselo. Sonreí.

—Está bien. —Suspiré. Estaba buenísimo. Owen siempre había tenido mano en la cocina—. Te ha salido increíble.

—Gracias. —Permanecimos un rato más en silencio, terminando el pastel y bebiendo el café.

—¿Cuándo has decorado todo esto?

—Me desperté muy temprano y no sabía qué hacer. —Suspiró—. Salí a darme una vuelta mientras escuchaba música y acabé viniendo aquí. Vi los adornos que teníamos guardados en el almacén y no sé… Me dejé llevar por el espíritu navideño. —Asentí con suavidad mientras me terminaba el poco café que me quedaba—. Siento no haberlo hecho antes.

—No tiene importancia.

—Sí que la tiene. —Odiaba que me miraba de esa forma, como si pudiera ser capaz de leerme el pensamiento. Me aclaré la garganta.

—Emma te habrá maldecido por despertarla tan temprano. —Se levantó de la silla, recogiendo su plato y su taza vacíos. Lo imité.

—Lo dudo mucho.

—¿Tiene el sueño muy profundo? —Sonrió.

—Sería raro que me escuchara desde Toronto. —Parpadeé confundida.

—¿Cómo?

—Se marchó hace dos semanas. Surgió una oferta de trabajo

mucho mejor de la que tenía aquí y se fue.

—Lo siento, no sabía nada… —Se encogió de hombros.

—No quería hablar del tema. Lo dejamos y se acabó. —Me olvidé de respirar por un momento. No podía haberlo escuchado bien.

—¿Lo dejasteis?

—Me dijo que eligiera. —Tragué saliva—. Había hecho una entrevista en un restaurante en Toronto y me aceptaron.

—¿Entonces por qué no te fuiste? —Se limitó a mirarme en silencio. No podía hacerme esto ahora.

—Preferí quedarme en Tinta y café.

Capítulo 35

Luke y Daphne

No me había costado madrugar para mandarle un mensaje a Daphne, pero sí se me había hecho difícil salir de la cama. Me habría gustado más despertarme y verla durmiendo a mi lado, pero ahora, al menos, estaba seguro de que volvería a suceder. No es que hubiéramos hablado de ello, pero esta vez lo daba por hecho. No estábamos fingiendo, lo que había entre nosotros era real. Ojalá lo hubiera sido un poco antes. Sentía que había perdido mucho tiempo, pero que también me quedaba muchísimo por aprovechar con ella. Me hacía especial ilusión que pudiera conocer la casa en la que pasaba mis vacaciones de verano y de Navidad. Quizás podría invitarla a pasar las fiestas con nosotros, incluso podría quedarme con ella en fin de año. Me adaptaría a cualquier plan con tal de pasarlo con ella. Respiré tranquilo. No, iría poco a poco. Lo nuestro fluía sin problema, no tenía por qué organizar cada detalle. Lo último que quería era agobiarla. Por mucho que tendiera a imaginar posibles escenarios con ella, no podía asustarla. Lo nuestro tan solo acababa de empezar. Porque había empezado, ¿verdad? Aunque no

lo hubiéramos hecho oficial.

Decidí centrarme en el trabajo aquella mañana. Quería estar bien informado acerca del reportaje que habíamos hecho. Me esperaban muchas reuniones si quería lograr mi objetivo. Debía conseguir que nuestro reportaje fuera la portada aquella semana. Eso implicaba reuniones con la editora jefe, con el director de arte y, por supuesto, convencer al equipo de marketing. Además, todas aquellas reuniones contaban con la presencia de mis padres. Así que, aunque mis intenciones fueran personales, debía parecer un completo profesional. Había estado barajando qué decir en cada reunión, incluso me había pasado la mañana escribiendo qué decir para convencerlos. No podía dejar de resultar irónico que mis padres hubieran ganado nuestra pelea. Al final, me había tomado más en serio mi trabajo, y lo que era aún más sorprendente… Lo había disfrutado. Muchísimo más de lo que estaba dispuesto a admitir. Había conocido lugares en mi ciudad que eran más espectaculares de lo que creía, había empezado a apreciar sitios por los que había pasado durante años sin fijarme en ellos y había descubierto su encanto. En otras palabras, me había vuelto a enamorar de mi ciudad. Me había gustado estar tiempo en mi casa. Quizás, los reportajes en el extranjero no tenían por qué ser tan asiduos, quizás podría hacer uno cada x tiempo para poder estar más aquí. Con mis padres, con Tate, con Daphne.

Maldita sea. Me habían ganado y ni siquiera eran conscientes de ello.

—Tiene visita —anunció Charlotte llamando a mi puerta.

—De verdad que no hace falta que me anuncies cada vez que vengo, ya sabe que voy a venir. —Escuché a Daphne detrás de la puerta y una inmensa sonrisa apareció en mi rostro. *Qué me había hecho esa mujer.*

—Ya, pero es mi trabajo.

—Sí, sí. —Se metió en mi despacho, cerrando la puerta y tuve que contener una carcajada—. ¿Qué pasa? —Me levanté de la silla.

—Eso digo yo, ¿no te va a caer bien nunca? —Desvió la mirada, pensativa, ladeando la cabeza.

—No.

—¿Por qué? —La rodeé con mis brazos y ella apoyó los suyos sobre mis hombros.

—Porque va detrás de ti, no me gusta. —Rozó su nariz contra la mía mientras hablaba—. Pero bueno, mientras sea profesional y no se comporte como en Halloween… —Me reí.

—Tranquila, que se porta bien. —Sonrió—. Además, igual que en Halloween, yo solo tengo ojos para ti. —Bajé mis manos hasta su baja espalda.

—¿Ves? Eso sí que me gusta. —Conservó su sonrisa mientras me besaba. Nos habíamos besado unas cuantas veces en la editorial, pero siempre fuera, delante de ojos curiosos para fingir que éramos pareja. Nunca aquí, no en privado, donde solo estábamos nosotros. Ahora nos demostrábamos el uno al otro que estábamos juntos, *¿verdad?*—. ¿Comemos? —Me encogí de hombros.

—Vale, pero no hagas mucho ruido. —Echó la cabeza hacia atrás mientras soltaba una carcajada.

—Eres insufrible, Watts —bromeó mientras se apartaba de mí, sentándose en una de las sillas que había tras mi escritorio.

—Algo me han dicho. —Caminé hasta donde tenía la mochila, sacando un par de sándwiches y una botella de agua para después sentarme a su lado. Daphne sacó de su bolso una de mis galletas favoritas, dejándola sobre una servilleta que posó en mi mesa—. Gracias, pelirroja.

—¿Cómo va tu mañana? —preguntó mientras pinchaba una hoja

de lechuga de su ensalada.

—Un poco liada, la verdad, y me esperan unas cuantas reuniones por la tarde. —Me fijé en cómo pinchaba un tomate cherry mientras me escuchaba.

—¿Y eso? ¿Podremos… Podremos vernos más tarde? —Sonreí.

—Te recogeré en Tinta y café. —Su rostro pareció iluminarse. De verdad que estábamos juntos—. Y bueno, quiero implicarme con la portada de este número.

—¿La portada? Eso es otro nivel, ¿eh? ¿Qué tenías en mente? —Enmudeció cuando hizo la pregunta en voz alta—. ¿Quieres usar una de las fotos del reportaje para la portada?

—Me gustaría, sí, aunque no quiero que te ilusiones, no sé si va a salir. —Aun así, su sonrisa no desapareció—. Además, si sugiero en la reunión que pongan una foto de Tinta y café, mis padres se reirán en mi cara, tengo que ser profesional. Tendría que usar una composición de fotos buena para que además de salir Tinta y café, aparezcan otros comercios.

—Claro, sino sería conflicto de intereses —susurró mientras masticaba.

—Sí, sacar el negocio de tu novia en la portada de una revista puede ser visto como un detalle un poco feo. —*Novia*. Era la primera vez que me refería a ella así, sin que tampoco hubiera delante nadie más. No sé si lo hice por conocer su reacción o porque me hacía ilusión decirlo en alto.

—¿Y traerle galletas gratis a tu novio todos los días? —Sonreí. Me levanté de la silla, bajo la atenta mirada de Daphne y eché el pestillo de la puerta.

—¿Tienes mucha hambre? —Se rio cerrando el envase en el que había traído la ensalada, levantándose también de la silla.

—¿Qué propones, Watts?

—Lo sabes muy bien, pelirroja.

—¿Sin ruido? —La estreché entre mis brazos en cuanto la tuve delante.

—Sin ruido.

***

Daphne se había dado prisa por salir a tiempo todos los días, pero ese lunes nos entretuvimos un poquito más. Tuvo que salir corriendo para la cafetería mientras la miraba desde el pasillo, volviéndose a dejar hecha la coleta que se había deshecho durante la rápida visita. Acababa de irse y ya la echaba de menos. Me di cuenta de que ni tan siquiera le había preguntado qué tal había ido su mañana. Suponía que Owen había seguido en sus trece y por eso seguía sin tomarse una pausa una chispa más larga. No querría darle motivos para discutir. Charlotte llamó a mi puerta.

—Tienes la reunión con marketing en la sexta planta en cinco minutos. —Asentí, recogiendo las fotos que llevaba de ejemplo. Sabía que Lewis era un hombre chapado a la antigua y prefería ver las fotos impresas. Agarré también una carpeta con el pequeño discurso que me había preparado. Charlotte se aclaró la garganta.

—¿Algún problema? —Intentó señalarme algo con la mirada pero no la entendí.

—La cremallera. —Solté todo lo que llevaba sobre la mesa, dándome la vuelta para subirme la cremallera del pantalón—. Buena suerte en la reunión.

—Gracias. —Volví a coger todo lo necesario y salí del despacho mientras le mandaba un mensaje a Daphne.

No me ha dado tiempo ni a preguntarte cómo te ha ido la mañana.

Contestó antes de que entrara en el ascensor.

Te has entretenido en otras cosas, tampoco puedo decir que me moleste. No tienes por qué preguntar siempre si lo compensas así.

Esa faceta de Daphne me encantaba.

A lo mejor se me olvida preguntarte esta noche también.

Sería una pena, Watts. Pero ahora en serio, la mañana ha ido bien, parece que las aguas han vuelto a su cauce. Ya te contaré.

Me alegraba que Owen estuviera más tranquilo, pero una parte de mí no pudo evitar preocuparse al respecto. No me fiaba ni un pelo de él. Tampoco me creía todo lo que le había dicho en la boda. ¿Que se había sentido atraído por Daphne cuando parecía ser menos Daphne? *Venga ya.* Yo me había dado cuenta de cómo la miraba desde que habíamos empezado a fingir lo nuestro, y también tenía muy presente el numerito de: *Daphne es especial, valórala*. Puede que Owen fuera un gilipollas, pero estaba interesado en Daphne. Lo estaba de verdad. A su manera. Una que, por supuesto, no le convenía a ella.

Por mucho que me hubiera preparado la reunión, no sé si llegué a estar a la altura, teniendo en cuenta que mi cabeza estaba en otra parte.

***

Suspiré aliviada cuando llegué diez minutos tarde y Owen no dijo nada al respecto. Sí que se había cansado de discutir. Puede que durante su ruptura con Emma lo hubiera pasado mal y yo hubiera sido su fuente de desahogo. La confianza daba asco. Al final, su familia vivía lejos como la mía, y no tenía a nadie más con quien hablar. No es que estuviera justificando su mala actitud, ni mucho menos, eso se había acabado. Sin embargo, no podía obviar que en

una ruptura se pasaba mal. Y él lo había pasado mal y… *Solo.* Habíamos sido amigos toda la vida, era inevitable que me preocupara por él.

Tampoco es que hubiéramos recuperado el buen rollo de golpe. Cada uno de nosotros seguía centrado en su trabajo, y no nos hablábamos a no ser que fuera estrictamente necesario. Aun así, prefería estar así a discutir continuamente. Le mandé algún que otro mensaje a Luke para saber si sus reuniones estaban yendo bien, pero como era de esperar, tardaba en responder. Me había emocionado que se hubiera planteado que el reportaje fuera la portada de L&T de la semana. Aunque no lo consiguiera, para mí ya había triunfado. Ya lo celebraríamos más tarde aquella noche. El tiempo que pasaba con él me parecía siempre *tan* breve. No dejaba de darle vueltas al fin de semana en casa de sus padres. No era porque estuviera nerviosa por estar con mis suegros, al final si iba con Luke me lo pasaría bien, sino por lo que había insinuado de que cada vez que iban allí, era para dar una buena noticia. ¿Y si ya había recuperado su puesto? ¿Y si le mandaban fuera muchos meses? Si ya se me hacían eternas las horas en la cafetería por las ganas que tenía de verle, ¿cómo llevaría que pasase meses fuera? ¿De verdad sería capaz de llevar una relación así? Se me haría muy duro estar sin él durante tanto tiempo. Por supuesto, él no iba a dejar de viajar por estar saliendo conmigo. Tampoco es que se lo fuera a permitir. No podía renunciar a sus sueños por mí. No es que lleváramos tanto tiempo saliendo como para sugerirlo siquiera. ¿Y si acabábamos como Owen y Emma? *Preferí quedarme en Tinta y café.* No lograba sacarme esas palabras de la cabeza. Era consciente de que había intentado transmitirme mucho más con ellas, pero había decidido no darle importancia. Puede que Owen ya no estuviera con Emma, pero yo sí que estaba con Luke. O eso creía. Y estaba feliz. De verdad. No

iba a perder lo que tenía con él por Owen.

Una parte de mí se sentía culpable. ¿Habría sido mi relación con Luke la que los había terminado de separar o solo había sido una cuestión de trabajo? Toda esta historia había empezado para intentar ponerlo celoso y que se diera cuenta de que sentía algo por mí, pero yo había acabado pillada por otra persona. ¿Y si yo era la causante de que su relación se hubiera ido a la mierda? ¿Y si él lo sabía y por eso me había tratado así estas semanas?

Llegaré un poco tarde, las reuniones duran más de lo que creía.

¿Es que nunca habías ido a una? Le contesté antes de limpiar la barra.

Siempre había logrado escaquearme. Sonreí a la pantalla del móvil, siempre me pasaba cuando Luke me mandaba un mensaje.

Te la acaba de jugar el karma, Watts. Te espero aquí de todas formas.

Menos mal, te echo de menos. ¿Ahora conseguía que me sonrojara sin ni tan siquiera tenerlo delante? Sacudí la cabeza.

Y yo a ti.

Levanté la mirada al escuchar la campanilla de la puerta.

— Último cliente —celebró George mientras salía de la cocina—. ¿De verdad que no te importa que me vaya ya? —Me di cuenta de que se lo preguntaba a Owen.

—No, corre, no llegues tarde.

—Gracias, tío. ¡Hasta mañana, Daphne!

—Adiós, George. —Cerró la puerta y miré a Owen, el cual estaba recogiendo las mesas de la planta baja—. ¿A dónde va con tanta prisa?

—Su hermana viene de visita y tiene que recogerla en la estación —comentó mientras apilaba las tazas en la bandeja para llevarlas después al lavavajillas—. Espero que no te importe que le

haya dicho que saliera un poco antes.

—Eres igual de jefe que yo, Owen.

Teniendo en cuenta la hora que era, empecé a limpiar el cajón de los posos de café de una de las máquinas. Era agradable que no se hubiera lanzado a discutir conmigo cuando nos quedamos solos. Era el primer día que no pasaba. Me fijé en cómo le había dado la vuelta al cartel de abierto. Estuve tentada de decir que lo dejara puesto, que Luke vendría a recogerme, pero era una tontería. Yo saldría de allí en cuanto Luke estuviera detrás de la puerta, y aún le quedaba un buen rato para llegar. Empezamos a subir las sillas encima de las mesas para barrer primero la zona de arriba, por supuesto en absoluto silencio. Este tipo de cosas solía hacerlas yo sola, con los auriculares puestos, así la tarea no se me hacía tan dura porque la música me distraía. Sin embargo, no me apetecía ponerme los auriculares para que Owen empezara a echarme la bronca. Sí, los dos éramos jefes y no tenía por qué hacerle caso, pero no me apetecía escucharlo de todas formas. Ya que el día iba bien, era mejor dejarlo correr.

De pronto, la música llenó el local. Me asomé desde la barandilla del piso superior. Owen había colocado un pequeño altavoz en la barra de la cocina. Me miró desde abajo, buscando mi aprobación y me limité a asentir con la cabeza. No era el tipo de música que solía escuchar, pero tampoco era el de Owen. Supongo que era una manera de llegar a una tregua. Al cabo de un rato, bajé por las escaleras a medida que las barría y me encontré con que Owen me estaba ofreciendo su mano. Lo miré confundida.

—¿Bailas? —Parpadeé, sin estar segura de haberlo escuchado bien. Sin esperar mi respuesta, agarró mi mano con delicadeza. Tuve que estar atenta para no caerme de bruces cuando tiró de mí. De manera instintiva coloqué mi mano en su pecho, pero la subí hasta

su hombro.

—¿Qué te has fumado? —pregunté haciendo que se riera mientras me movía de un lado a otro como una marioneta.

—¿Te acuerdas de Louise?

—¿Tu prima? —Casi le piso un pie, agaché la cabeza para estar atenta a mis pasos.

—Se casa y quiero ir preparado —explicó. Estiró su brazo para apartarme de él, haciéndome girar y me volvió a estrellar contra su pecho cuando tiró de mí. Pasé la mano por su hombro hasta colocarla un poco más abajo de su cuello. Iba a mirar de nuevo a mis pies cuando posó su mano en mi mejilla—. Se mira a los ojos, no a los pies, ¿no era así?

—Eso dicen. —Pero no me apetecía mirarlo a los ojos.

—Debo confesarte algo. —Mis pies se detuvieron—. Me puse un poco celoso cuando te vi bailar con Luke. —Me quedé en silencio—. No me mires así, pensé en todas las fiestas tontas en las que habíamos estado y pensé… Pensé que podríamos haber bailado alguna vez, ¿no crees? —*¿De verdad me tenía que salir con esto ahora?* Lo conocía lo suficiente como para saber que, además, hablaba en serio.

—Bueno… Teníamos otra edad, pensábamos que haríamos el ridículo —contesté sin darle importancia a sus palabras, encogiéndome de hombros. La canción cesó empezando a sonar otra que sí que conocía—. Anda, ¿me hiciste caso y la escuchaste?

—Y me gustó. —Me giró para que me quedara de espaldas a él y colocó sus manos en mi cintura—. ¿Lista para moverte? —susurró demasiado cerca de mi oreja, haciendo que mi piel se erizara.

—¿A qué te refieres? —Solté un pequeño grito cuando empezó a dar zancadas con trote hacia un lado, teniendo que imitarlo para no caerme. Empecé a escurrirme mientras nuestros pasos seguían al

otro lado. Nos separamos el uno del otro mientras nos partíamos de risa. Bailó para mí, conteniendo la risa como buenamente podía, moviendo la cintura de un lado para otro. Lo imité, pasando una v hecha con mis dedos por delante de mis ojos. Volvió a agarrarme de la cintura mientras saltábamos de un lado para otro. Cuando su agarre se hizo más fuerte, sentí como mis pies se separaban del suelo. Pataleé con suavidad cuando me elevó por los aires, echándome a reír. De todos los posibles escenarios que me imaginé con Owen, bailar de esta forma era el único que no había planeado. A medida que me bajaba al suelo, me dio la vuelta para quedar frente a él. Apoyé mis manos en sus hombros para no perder el equilibrio. Respiraba agitado, igual que yo. La canción ya se había acabado y nos quedamos quietos, mirándonos en silencio mientras otra nueva canción sonaba.

—Lo que decía, una pena no haberlo hecho antes. —Hice una mueca de desilusión, asintiendo con la cabeza y di un paso hacia atrás para establecer una mayor distancia entre nosotros.

—Qué se le va hacer, así fueron las cosas.

—Pero podrían haber sido distintas. —Algo me decía que ya no se refería solo a bailar, pero me mantuve firme y no desvié el tema —. Podrían ser distintas a partir de ahora. —Aunque hubiera distancia entre nosotros, Owen se las ingenió para acercarse de nuevo, agarrando mi brazo y tirándome hacia él—. No te seguí hasta aquí porque sí, te seguí porque quería estar contigo.

—Owen —intenté cortarlo.

—Déjame acabar, por favor. —Agaché la cabeza un instante para después mirarlo a los ojos—. No me gustó lo que ocurrió entre nosotros porque no debería haber sido así. Yo no tendría que haber estado con Emma, tendría que haber hecho las cosas bien.

—Pero no lo hiciste.

—No. Metí la pata hasta el fondo, no era capaz de mirarte después de lo que pasó. No quería que nuestro primer beso fuera estando borrachos, ni que yo estuviera con otra persona, pero fue como surgió. De todos los momentos en los que me imaginé besándote, no era el escenario que tenía en mente. —Desvió la vista un segundo, suspirando—. Cuando hace un mes me propuso irnos a vivir fuera, supe que era demasiado. Ella también se dio cuenta del motivo por el que no me decidía a irme.

—Te quedaste por Tinta y café, ¿no? —dije con la voz rota, deseando que me lo confirmara. Sonrió, pesaroso.

—Este es tu sueño, no el mío, Daphne. —Era la primera vez que veía a Owen con los ojos llorosos. De verdad me estaba diciendo todo aquello. La declaración con la que había soñado desde que nos hicimos amigos, estaba sucediendo—. Me quedé aquí por ti. Porque siempre fuiste tú, Daphne, pero yo no quería verlo. Tenía miedo de que nuestra amistad se resintiera, de que no estuviera a tu altura, de que lo estropeara todo, como suelo hacer. —Mi corazón latía demasiado rápido. Eso era todo lo que había querido escuchar estos años, pero llegaba tarde—. Cuando te vi con Luke, pensé que era el momento de que lo que sentía por ti, desapareciera; pero cuanto más lo intentaba, más se estropeaba mi relación con Emma porque más te deseaba a ti. —Tragué saliva, guardando silencio. Me quitó un mechón de pelo de la cara, dejando después la mano en mi mejilla—. Entre tú y yo hay algo, no me lo puedes negar. —Parpadeé, sintiendo una lágrima cayendo por mi mejilla. La limpió con su pulgar—. Daphne, yo quiero estar contigo. —Antes de que pudiera responder, su boca se encontró con la mía. No fue como la primera vez. No sentí ningún tipo de pasión, no sentí ese cosquilleo en mi estómago por la emoción. No sentí *nada*. Lo único que quería era que se apartara. Lo empujé con suavidad, pero no pilló la

indirecta y quiso besarme de nuevo. Di un paso hacia atrás.

—No, Owen. —Me pasé las manos por los ojos, limpiándome las lágrimas que había derramado mientras negaba una y otra vez con la cabeza—. Es demasiado tarde. Llevo enamorada de ti muchísimo tiempo, pero se acabó. Lo siento. —Respiré—. Estoy con Luke, estoy feliz por primera vez en mucho tiempo. Puede que tú no respetaras a Emma, pero yo sí que respeto a Luke. Si me hubieras dicho todo esto hace unos meses, puede que esto hubiera sido distinto, pero… Las cosas cambian.

—Siento no haberlo dicho a tiempo. —Dejé que me abrazara.

—Si todo ha salido así, quizás era porque así tenía que ser, ¿no crees? —Se encogió de hombros, sin soltarme—. Encontrarás a alguien, igual que yo encontré a Luke. Puede que Emma no fuera la indicada.

—Supongo que tienes razón… como siempre. —Por fin me liberó de su abrazo. Volvió a sonreírme, aunque igual de desganado. Miró la cristalera de la cafetería, suspirando profundamente—. Será mejor que olvidemos esto, ¿no? —Asentí.

—Lo siento mucho, Owen.

Capítulo 36

Luke

Había poco margen de error en lo que acababa de ver. Owen acababa de besar a Daphne y después la había abrazado. Él me había visto. Sabía que estaba ahí y me había sonreído. Me había hecho daño cerrando el puño mientras soportaba esa mirada de superioridad. Era una buena manera de devolverme el puñetazo que le había dado en la boda. No sabía qué había ocurrido entre ellos, pero tampoco me apetecía saberlo. Podría ser cualquier cosa. Puede que Daphne le hubiera contado la verdad, que ella y yo habíamos estado fingiendo para darle celos, y él hubiera acabado besándola. Puede que, aún sin saber la verdad, él hubiera optado por confesarle que la quería y se habían besado. Podría ser cualquier cosa y todas me parecían igual de horribles. Lo importante era que me había equivocado con ella. Me había ilusionado para nada. Había sido un parche en el camino. Un entretenimiento hasta que consiguiera estar con quien realmente quería. Quizás había hecho mal dando por hecho nuestra relación, pero esa misma mañana se había referido a mí como su novio. ¿Cómo podía haber sido tan gilipollas? ¿De

verdad había estado a punto de involucrarme en una relación? ¿Es que no había aprendido nada después de lo de Olivia? Quería que la tierra me tragara. Cuando Olivia me había engañado, al menos había podido refugiarme en mi trabajo y me había largado al extranjero, pero ahora tampoco disponía de esa opción.

No sabía cuánto tiempo me había pasado caminando. Me había detenido delante del *DREAM,* pero eso me hizo pensar aún más en Daphne. No era el mejor sitio del mundo. Así que seguí caminando hasta llegar a un bar cercano a mi casa. El móvil me había vibrado un par de veces. Daphne me preguntó que si me faltaba mucho. *Claro, necesitaba saber de cuánto tiempo contaba para seguir con Owen.* Le di un trago a la cerveza que acababan de servirme y sacudí la cabeza. Regresaría con Daphne al punto de partida, la trataría como un medio para un fin. Ella era mi comodín para volver a viajar. Ottawa no me quería. Eso estaba claro. Cuando me acostumbraba a estar aquí, me daba una patada en los huevos.

La reunión se ha alargado, no vamos a poder vernos.

Ni tan siquiera le dije que había ganado. La portada de L&T de esta semana sería la del reportaje. Podría habérselo contado, así tendrían algo que celebrar Owen y ella. No dejaba de pensar en esa maldita sonrisa que Owen me había dedicado. Como si Daphne se tratara de un objeto que me acababa de robar. Seguía sin comprender qué le veía a ese tío.

Nos vemos mañana, ¿no? Me apetecía dormir contigo.

¿Cómo podía ser tan mentirosa? Olivia hacía lo mismo. Me mandaba mensajes bonitos para que bajara la guardia, para que no sospechara de ella. No imaginaba que Daphne pudiera ser también así de retorcida. ¿Acaso eran así todas las mujeres o solo me enamoraba de malas personas? No quise contestarle. Yo no estaba preparado para seguir con esa farsa. Duraría hasta este fin de

semana. En cuanto mis padres me dijeran que podía viajar de nuevo. Crucé los dedos, deseando que fuera aquella noticia la que iban a darme y volví a darle un largo trago a la cerveza. Volví a mirar la pantalla del móvil. Perdí la cuenta de las veces que leí aquel mensaje. Pedí otra cerveza desde la mesa y mandé el mensaje que tendría que haber mandado.

¿Por qué no te vienes? La cerveza es mejor en compañía.

Tan solo quince minutos después, Charlotte entró por la puerta del bar. Parpadeé, sorprendido. ¿Me había equivocado al mandar el mensaje? Revisé mi móvil. No, no me había equivocado, se lo había mandado a Tate, ¿qué hacía Charlotte allí? Ella también parecía sorprendida de verme. Iba acompañada de un par de amigas. Parecía estar disculpándose con ellas, se acercó hasta mi mesa y fingí una sonrisa.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó en tono amable. Señalé la cerveza con la cabeza.

—Celebrar lo de la portada.

—¿Sin tu novia?

—Estaba cansada. —Sonrió mientras asentía con la cabeza.

—Qué pena. —Posó la mano sobre la mía, pero la aparté con rapidez. Puede que Daphne se hubiera liado con Owen, pero no iba a hacer lo mismo por despecho. Charlotte no me interesaba lo más mínimo—. ¿Te vas a quedar solo toda la noche?

—No, ahí está Tate —dije en cuanto lo vi aparecer. Una mueca se dibujó en su rostro. Lo llamé con la mano y sonrió al verme, caminando hasta mi mesa—. Qué pasa, tío. —Le dio una palmada amistosa a Charlotte en la espalda.

—Anda, ¿también has venido? —Negó con la cabeza.

—He venido a recoger a una amiga que trabaja aquí. Ya me iba con las demás. —Se despidió con la mano. Supuse que, en esta

ocasión, mi rechazo había sido bastante claro. Tate se sentó en el sofá que había al otro lado de la mesa y no tardaron en traerle otra cerveza.

—¿Qué haces por aquí?

—De celebración —respondí alzando la jarra de cerveza para brindar. Tate me imitó.

—¿El qué?

—Han seleccionado las fotos que quería para la portada de esta semana en la revista. —Tate brindó conmigo, sonriendo.

—¡Eso es genial, tío! ¡Enhorabuena!

—¡Y Daphne me ha engañado con Owen! —dije con tal entusiasmo que Tate chocó de nuevo su jarra de cerveza contra la mía para después casi escupir lo que se había llevado a la boca.

—¿Qué?

—Es por tu culpa, por haberte hecho caso en eso de arriesgarme y toda esa mierda —refunfuñé dándole un trago a la cerveza—. En realidad, es culpa mía, por haberme lanzado a la piscina. —Me reí, negando con la cabeza.

—Tío…

—Estaba conmigo para poner celoso a otro, ¿qué podía esperar? —Fruncí el ceño—. ¿Cómo podía creer que le había acabado gustando? Es absurdo.

—Bueno, os acostasteis, es normal que lo pensaras.

—Sí, unas cuantas veces, además, eso que me llevo. —Sonreí desganado, volviendo a darle un sorbo a la cerveza, relamiéndome los labios—. He follado y me han jodido. Cien por cien recomendado.

—Lo siento, Luke, pensaba que le gustabas, en serio. —Resoplé agachando la cabeza.

—Yo también lo creí por un momento, pero resulta que es mejor

actriz de lo que pensaba. —Tate se hundió en su asiento, dándole un trago a la cerveza.

—Sé que te va a sonar estúpido, pero al menos lo intentaste, ¿no? No te he visto así con nadie desde Olivia, así que… eso significa que puedes encontrar a alguien que…

—No sigas, no poniéndome a Olivia de ejemplo, por favor te lo pido. —Puse los ojos en blanco, terminando la cerveza—. ¿Por qué no me pides otra mientras voy al baño?

—¿Cuántas llevas? —Me levanté, frunciendo el ceño.

—¿Desde cuándo te importa eso? —Tate alzó ambas manos a modo de rendición.

—*Touché.*

Me encerré en el baño y al terminar, me quedé mirándome un instante en el espejo. ¿Qué era lo que había mal dentro de mí para que siempre acabara así? ¿Cómo de roto estaba para no tener arreglo? ¿Por qué era tan fácil que me hicieran daño? Me había pasado años construyendo un muro para no volver a acabar en el pozo que me arrojó Olivia, y estaba precipitándome por él otra vez. Puede que no estuviera hecho para estar con alguien. Puede que mi destino fuera acabar solo y disfrutar de lo que mi trabajo me aportaba. Me repetí a mí mismo lo que había aprendido con Olivia. Tenía una familia que se preocupaba por mí y me quería, y amigos a los que les importaba. Tate se había plantado allí enseguida en cuanto lo había llamado, *¿cuántos amigos hacían eso?* Debería sentirme afortunado por lo que tenía y dejar de lado lo que me hacía daño. Me apenaba que Daphne se hubiera quedado en ese lado de la balanza. Sin embargo, hoy bebería lo suficiente como para que me dejara de importar. Al menos, durante un rato.

Alguien me había robado el sitio y hablaba con Tate, pero al menos me había hecho caso y me había pedido otra cerveza. A lo

mejor sí que terminaba solo aquella noche, ya que a medida que me acercaba me di cuenta de que la invitada era una mujer. En fin, habría que ser simpático.

—Ya estoy por aquí.

—Hola, Luke. —Habían pasado años desde la última vez que había escuchado la voz de Olivia. Se había cambiado el color de pelo y por eso no la había identificado mientras llegaba a la mesa. También había pasado mucho tiempo desde la última vez que la vi. Me dedicó una pequeña sonrisa mientras me sentaba al lado de Tate. Sus ojos color avellana seguían manteniendo ese brillo que me había cautivado años atrás. Frunció su pequeña y recta nariz mientras le daba un sorbo a su cerveza. Se limpió sus finos labios con la punta de la lengua y sacudió ligeramente la cabeza, echando su cascada de pelo rubio hacia un lado.

—Éramos pocos y parió la abuela —murmuré.

—¿Qué? —Negué con la cabeza dándole un largo más trago de lo necesario a la cerveza—. Siento haberme presentado aquí, pero estaba tomando algo con Tate y no quería que estuviera yendo y viniendo como otras veces. —Tate le riñó con la mirada.

—¿Otras veces? —Me giré para mirarlo y resopló.

—Muchas veces me llamabas el mismo día y quería estar para los dos. —Bufé. *El día no podía ser mejor.*

—Pero considero que ya ha pasado mucho tiempo y que somos lo suficientemente adultos como para estar los dos en el mismo sitio, ¿no te parece? —Aquello era surrealista. Miré a mi alrededor por si había una cámara oculta y no era consciente.

—Por supuesto —contesté cuando el silencio se tornó demasiado incómodo. Sonrió a Tate junto a esa mirada tranquilizadora tan característica de ella.

—¿Cómo te va? —Olivia había elegido un mal día para aparecer.

—Genial. Trabajando mucho. —Me limité a decir.

—Como siempre, entonces. —*Sí, ahora también estaba con alguien que me engañaba,* pensé. Mientras Tate y ella hablaban como si nada, procurando normalizar la situación, yo me limitaba a observar las burbujas de la cerveza. ¿Cómo podía estar aquí? ¿Cómo podía mantener una conversación conmigo y con Tate como si fuéramos amigos de toda la vida? ¿Como si nunca me hubiera puesto los cuernos? ¿Cómo era posible que no se le cayera la cara de vergüenza?

—Me alegra que podamos estar aquí sentados los tres. —Escuché decir a Tate. Chasqueé la lengua, aguantando una carcajada, la cual ahogué en la cerveza.

—¿Pasa algo, Luke? —*Genial, encima iba de inocente.* Negué con la cabeza.

—Nada, que yo también me alegro, por supuesto. —Olivia sonrió. Antes, verla sonreír era lo único que necesitaba para que mi día se arreglara, pero hoy lo había terminado de desmoronar. Estaba hasta los huevos de esta farsa—. La verdad es que hay días en los que te echo de menos. —Tate abrió los ojos, sorprendido.

—¿En serio?

—No. —Su sonrisa se desvaneció. Antes de que Tate pudiera intervenir, seguí hablando—. No te pongas así de tensa, mujer, que era una broma. —El ambiente se volvió aún más desagradable, pero a mí me hacía gracia la cara de desconcierto de Olivia—. ¿Cómo iba a echar de menos a alguien como tú?

—Luke —me advirtió Tate.

—No, escucha Tate, que tu mejor amiga tiene una historia muy divertida que contarte. —Olivia se puso pálida—. ¿Nunca le has contado cómo rompimos? —Miré el móvil—. Fue más o menos por estas fechas, ¿te acuerdas? Ya estaban empezando a poner la

decoración de navidad.

—No creo que sea necesario hablar de… —empezó a decir Tate.

—No, no, en serio, que es una historia muy buena —dije riendo —. ¿Se la contaste? —Asintió con la cabeza, despacio.

—Le dije que tú acababas de volver de viaje…

—Sí, llegué un día antes, por sorpresa —aclaré, mirándolo—. Venga, sigue.

—Y… —tartamudeó.

—Le propuse matrimonio. —Tate abrió los ojos, sorprendido.

—¿En serio? —Asentí—. Nunca me lo habías dicho, ¿le dijiste que no? —Me reí.

—Que va, me dijo que sí. —Frunció el ceño, confundido—. Sigue tú, Olivia, que esta parte te la sabes mejor. —Permaneció callada, y aunque sabía lo que venía ahora, seguía comportándose como la víctima. *¿Cómo podía salirle tan bien ese papel?*—. Venga, vamos, cuéntaselo.

—Luke, déjala que… —Apreté el brazo de Tate, pidiéndole con los ojos que esperara. Que se pusiera de mi parte. Tragó saliva.

—Después… —Empezó a decir Olivia, sin ser capaz de mirarme a los ojos—. Te… te rompí el corazón. —Me eché a reír.

—Joder, me parece una manera muy bonita para decir que te pillé follando con Dean en nuestra cama —respondí mientras seguía riéndome.

—¿Qué? —Ahora era Tate el que estaba pálido.

—¡Me dijiste que no lo contarías! —alzó la voz, histérica—. Verás, Tate, puedo explicarlo… él viajaba demasiado y…

—Yo viajaba demasiado —repetí despacio—. Por lo visto, yo tenía la culpa de que me estuviera poniendo los cuernos desde hacía meses. —Las lágrimas que me había causado la risa fueron desapareciendo—. Durante un tiempo me creí eso, ¿sabes? Creí que

yo tenía la culpa. —Me giré para mirar a Tate—. Espero que ahora entiendas porque no la quería ver ni en pintura.

—¿Por qué no me lo contaste? —Me encogí de hombros—. ¿Por qué la seguiste defendiendo?

—Porque la seguía queriendo —dije mientras me levantaba—. Y cuando dejé de hacerlo, seguía siendo tu amiga. Pensé que sería capaz de contártelo ella —comenté estudiándola con la mirada. Ella no se atrevía a mirarme. Puse los brazos en jarra. Me sentí liberado. Hice una respiración profunda—. Pero no lo hizo. Supongo que follarse a otro el día que tu novio te pide matrimonio es sencillo, pero confesarlo es otro nivel. —Agarré el vaso de cerveza, terminando lo que quedaba—. En fin, ahora que todo está dicho. Me largo.

—Espera, tío, te acompaño y hablamos. —Negué con la cabeza.

—Necesito dormir —dije mientras me acercaba a la barra, pagando las cervezas de todos—. A esta invito yo, no te preocupes —le grité a Olivia desde allí. Tate puso la mano en mi hombro.

—Tío, si lo hubiera sabido, yo…

—Lo sé. —Volví a mirarla—. Supongo que tendréis mucho de lo que hablar ahora.

—Pero prefiero hablar contigo.

—Y yo prefiero que este día de mierda se acabe ya, Tate. —Le di una palmadita en la espalda—. Me marcho.

Capítulo 37

Daphne

Luke tenía mucho trabajo aquella semana. Tanto que no había podido verme para comer como solíamos hacer todos los días. Seguíamos hablando a diario, por mensaje, aunque no tan a menudo como me gustaría. No entendía qué estaba pasando, pero esperaba que el fin de semana arreglara todo. Marcie me había sugerido que me llegase a su casa alguna noche, pero la única vez que había ido, no me había abierto la puerta. Pensé que habría estado en la oficina y que por eso no lo había podido ver, así que dejé de insistir. No quería ser una carga. La preocupación y los nervios me atacaron el estómago la noche del viernes. No sabía si había hecho algo mal y por eso Luke estaba así conmigo, o si de verdad tenía mucho trabajo. Sin embargo, no era la única duda que rondaba por mi cabeza. ¿Qué le dirían sus padres mañana? ¿Si regresaba a su puesto, cuándo se iría? ¿Podríamos pasar la navidad juntos al menos? Era un auténtico manojo de nervios esa noche. Marcie me había propuesto salir con ella para distraerme, pero sabía que Luke me recogería temprano al día siguiente. No le había

contado a nadie lo que había pasado entre Owen y yo, o más bien la declaración que me había hecho. Marcie lo pondría a parir de todas formas, y a Luke prefería contárselo a la cara. Tampoco había sido para tanto. Se había declarado y yo lo había rechazado. No se había creado ningún ambiente tenso los días posteriores, nos lo habíamos tomado mejor de lo que esperaba. Se acabó el mal rollo entre nosotros. Eso era lo que suponía hablar las cosas. Ojalá lo hubiéramos hecho antes. Nos habríamos ahorrado unos cuantos malentendidos.

Después de terminar la pequeña maleta que me llevaría el fin de semana, la cual había hecho y deshecho unas cuatro veces, me tiré en la cama. Era tarde. Quizás Luke ya estaba dormido porque me dijo que hoy también saldría tarde de la editorial, pero le escribí un mensaje de todas formas. ¿Así serían nuestros días de ahora en adelante cuando recuperara su puesto? ¿Apenas nos veríamos y no coincidiríamos en ningún momento? ¿Nos limitaríamos a mandarnos mensajes y hablar por teléfono? Rodé por la cama, buscando mis auriculares y aproveché para apagar la luz de mi mesita de noche. Le escribí un verso de la canción que estaba escuchando. Ya era rara la canción que no me recordara a él de alguna manera.

Come over now and fix me with your grace, cause I'm not too far and you're my favorite place.

Me sorprendió que, al cabo de unos minutos, el móvil vibrara. Me había mandado la letra de otra canción, pero también era de un disco de All Time Low.

All that I know is I just can't say "no" to you, funny how things never change.

Fruncí el ceño. No la había escuchado nunca, así que la busqué, quedándome dormida mientras la escuchaba.

***

Me desperté con los auriculares colgando. Miré la hora con los ojos medio cerrados todavía y me levanté de un salto. Iba tarde. Me di una ducha rápida y me agradecí a mí misma haberme dejado la ropa preparada en el escritorio. Sabía que Luke me llamaría dentro de poco para decirme que ya estaba abajo. Me puse los vaqueros negros y la blusa azul que había preparado la noche anterior. Metí los pies en las botas y cogí la maleta que Marcie me había prestado porque la mía tenía una rueda rota. Me moría de ganas de verlo. La semana se había hecho eterna sin tenerlo al lado. Llegaría un punto en el que tendríamos que hablar desde la distancia cuando regresara a su puesto. Deberíamos alcanzar un punto medio para que nuestra relación funcionara. Me miré en el espejo con una sonrisa. Nuestra relación. De verdad estaba saliendo con Luke Watts. Me eché un poco de colorete en las mejillas, me puse una capa de rímel en las pestañas y me pinté los labios de rojo. Fui a despedirme de Marcie, pero caí en la cuenta de que estaba en la cafetería. El móvil vibró en mi bolsillo. Debía tratarse de Luke.

—¿Ya estás abajo? —pregunté mientras abría la puerta.

—Sí, ya estamos. —Fruncí el ceño. *¿Estaban?* Luke me colgó antes de que pudiera preguntar. Bajé las escaleras con cuidado de no romper la frágil maleta de Marcie y busqué el coche de Luke. Salió del coche para que lo localizara con más facilidad. Le dediqué una sonrisa, la cual me devolvió. Me cogió la maleta y abrió el maletero.

—Hola, ¿eh? —dije nerviosa. Se dio la vuelta para mirarme cuando cerró el maletero. Me dio un rápido beso en la frente.

—Hola, espero que no te importe viajar en la parte de atrás. —Miré hacia el coche. Sus padres estaban dentro. Tragué saliva,

dedicándoles una sonrisa a modo de saludo—. Mi madre se marea y tiene que ir delante.

—Oh… Claro, no hay problema.

—Genial, pues nos vamos. —Sin añadir nada más, se metió en el coche, ocupando el asiento del conductor. Abrí la puerta, sentándome justo detrás de él.

—Siento quitarte el sitio, Daphne —dijo su madre en cuanto entré.

— No te preocupes, lo importante es que no te marees. —Sonreí con amabilidad.

—Tendrías que haber visto cómo fue la última vez que se sentó detrás — comentó el padre de Luke, el cual iba sentado a mi lado—. Su cara era un poema hasta que me hizo parar para vomitar —dijo riéndose.

—¡Cariño! —lo riñó, pero seguían riéndose los dos. Luke no abrió la boca en ningún momento. No sabía qué coño había pasado, pero algo no iba bien.

***

El trayecto no fue lo suficientemente largo para que resultara incómodo, pero yo iba tan sumida en mis pensamientos y en la música que Luke llevaba puesta en el coche, que no me fijé ni en qué dirección íbamos. Los padres de Luke habían ido hablando entre ellos, pero no nos habían hecho partícipes en ningún momento, y yo tampoco había sentido interés por involucrarme en la conversación. Había mirado a Luke más de una vez por el espejo retrovisor, pero él estaba muy concentrado en la carretera. Me repetí a mí misma que solo había tenido una semana muy cargada de trabajo y que entre nosotros todo iba bien, pero mi estómago no opinaba lo mismo. Ahí

estaban las náuseas otra vez. Odiaba que cada vez que estaba nerviosa, lo notara en el estómago. Fui pendiente de controlar mi respiración para no acabar vomitando como Samantha, pero me alegré cuando llegamos a su casa. Luke pulsó el mando a distancia para que la valla se abriera. Entramos al recinto con el coche y salí de él en cuanto terminó de aparcar.

La casa era más grande de lo que había imaginado. Teniendo en cuenta que Luke era hijo único no me entraba en la cabeza que tuvieran una casa de esas dimensiones. Sin embargo, lo que quitaba el sentido no era la casa en sí, sino las vistas que había tras ella. Un inmenso y azulado lago se abría paso detrás de la construcción. Estaba segura de que no quedaba muy lejos de allí. Para colmo, la nevada de la última semana había convertido el paisaje en algo mágico. Aunque los árboles de alrededor de la casa no estuvieran llenos de hojas, parecía que la nieve formaba parte de ellos, luciendo casi cristalinos. Era una estampa navideña de lo más bonita.

Eché un vistazo alrededor para comprobar cómo eran las demás casas de la zona, pero no se veía nada desde allí. La casa, o más bien la mansión de los Watts era de madera oscura. Con un techo a dos aguas en el que también se había acumulado algo de nieve. Contaba con tres plantas y por el humo que salía de ella, también disponía de chimenea. Miré de reojo a Luke. Nos imaginé abrazados delante de la chimenea, primero con ropa y luego sin ella, y no pude evitar sonrojarme. Procuré no suspirar delante de los demás a causa de mi buena imaginación y ayudé a Luke a descargar el maletero mientras sus padres caminaban por el sendero delineado con piedras que daba hasta la puerta principal de la casa.

—¿Va todo bien? —Me atreví a preguntar cuando nos quedamos solos. Luke sacó la última maleta del coche y me miró con el ceño

fruncido.

—Claro, ¿por qué lo dices? —A lo mejor eran todo imaginaciones mías.

—Te he echado de menos estos días —murmuré mientras me acercaba a él. Luke tiró del asa de la maleta para poder llevarla con las ruedas.

—Pues ya estamos aquí. —Esa no era la respuesta que esperaba. Se separó del automóvil, dejándome con la maleta delante de mí. Lo seguí en silencio. Pero ¿qué había pasado estos días? Y peor aún, ¿por qué no me lo decía?

—Luke, sé que te pasa algo y… —Se dio la vuelta antes de entrar en la casa.

—Hoy no, ¿vale? No me apetece hablar —contestó tajante—. Hagamos las cosas bien y a ver si mis padres me dicen que he recuperado mi puesto. —Me dejó con la palabra en la boca mientras entraba en la casa. Sentí un frío arrebatador, y no porque hubiera empezado a nevar.

***

No tuve oportunidad de seguir hablando con Luke porque ayudó a su padre en la cocina y Samantha insistió en enseñarme la casa. *Hagamos las cosas bien y a ver si mis padres me dicen que he recuperado mi puesto.* Eso hice. Sonreí ante las supuestas anécdotas graciosas que me iba contando su madre, escuchando donde habían comprado cada mínimo mueble, mientras yo tenía el estómago revuelto por lo que me había dicho su hijo antes de entrar. Habíamos empezado la visita por el sótano. Prácticamente tenían montado un bar allí abajo. Tenían la zona de bar, con una barra, una estantería llena de bebidas mucho más lujosa que la que había en Tinta y café,

y otra zona en la que contaban con un billar, un futbolín y un televisor gigantesco que podría valer perfectamente como un cine. Insistió en que probara lo mullidos que eran los sofás que tenían allí abajo, y maldita sea, sí que eran cómodos.

Tenían también un dormitorio para invitados, donde Tate solía hospedarse. Me hizo un mini interrogatorio acerca de Tate, pero Luke me había preparado demasiado bien como para fallar alguna de esas preguntas tan superficiales. Volvimos a la planta principal, y el vistazo a la cocina fue más rápido de lo que me habría gustado. Luke me había sonreído cuando aparecimos allí, pero en estos meses lo había conocido lo suficiente como para saber que era falsa.

Me enseñó el salón. Una de las paredes era una enorme ventana con vistas al lago nevado que había en el exterior. Me acerqué al impoluto cristal, contemplando cómo nevaba mientras Samantha seguía contándome donde había comprado no sé qué figura que ni tan siquiera había mirado. Al otro lado, se erguía majestuosa una chimenea antigua, de piedra, y el fuego de su interior crepitaba con fuerza. Un enorme sofá en forma de L estaba justo delante, acompañado por una mesa enana en proporción al tamaño del sofá.

Caminé hasta una de las estanterías que había a ambos lados de la chimenea. Me fue describiendo cada pequeño trofeo que tenían allí expuesto, pero yo cogí una foto de Luke en la que tendría seis o siete años. Lucía una mellada sonrisa mientras simulaba tocar una guitarra eléctrica.

—Al final se decidió por el piano —comentó ella cuando se dio cuenta de que no le estaba prestando atención.

—Oh, no me había contado que tocaba el piano. —Se encogió de hombros.

—No me extraña, iba a clases con Olivia. —Agaché la cabeza.

¿Así era como pensaba ponerme a prueba? ¿Sabiendo lo que le había pasado a su hijo?

—Entiendo. —Me limité a decir.

Salimos del salón, entrando en un comedor, bastante austero en comparación con el resto de la casa. Por supuesto, los muebles parecían de una madera de gran calidad. No escuché dónde los había comprado, pero tampoco me importaba. No iba a examinarme de eso, sino de la relación que mantenía con su hijo. Tragué saliva, fingiendo que todo iba de maravilla. Subimos por las escaleras y me fui fijando en cada foto que tenían colgadas en la pared. Luke salía en todas ellas, desde que era un bebé hasta que tenía unos veinte años. Le iba prestando más atención a eso, que a las caras esculturas que había en alguna que otra esquina de las escaleras.

En la planta superior había tres dormitorios, ya que al principio se imaginaron teniendo un hijo más. Tate también había dormido allí, sobre todo cuando era más pequeño. Al final era como un hermano para Luke, así que no me sorprendió. No entramos en los dormitorios, esa parte parecía ser más privada y se lo agradecí. Pensé en que tendría que haber subido la maleta para dejarla en la habitación de Luke, pero así podría acompañarme él y podríamos hablar.

Unas escaleras de hierro en forma de caracol conducían hasta la última planta. La subí con cuidado, asegurándome de ir bien agarrada. Siempre me habían dado un poco de miedo. Arriba disponían de una biblioteca pequeña y un piano de cola muy bien conservado. De nuevo, al igual que en el salón, una de las paredes era completamente de cristal, regalando unas vistas aún más bonitas que las de abajo.

—Y esto sería todo —dijo mientras colocaba correctamente un cojín que había en el sofá, justo al lado de una de las estanterías.

—Tenéis una casa preciosa —contesté con una sonrisa acercándome a la estantería. Había una balda entera con números de L&T. Era bonito que los fueran conservando en formato físico también—. ¿Soléis venir a menudo?

—Cada vez que podemos —respondió mientras caminaba hacia la pared de cristal—. Ottawa es maravillosa, pero no está mal escapar de ella de vez en cuando.

—Sobre todo si se tiene un sitio como este —murmuré.

—Quería pedirte perdón por mi comportamiento en la boda de Doug y Amelia. —Parpadeé, sorprendida.

—No tiene impor…

—Sí que la tiene. No debería haber insinuado que eras una… —Ahora le daba vergüenza repetirlo. *Increíble*—. En fin, ya sabes. —Asentí—. Has hecho que Luke se tome su trabajo más en serio.

—No creo que yo haya tenido nada que ver, a Luke le apasiona su trabajo.

—Cuando no se le dice cómo hacerlo. —Suspiró—. Cuando no hay reglas, ni plazos de entrega y puede hacer lo que le dé la gana, ahí es cuando le apasiona. —Se aclaró la garganta—. Ahora sí que actúa como un verdadero profesional. Uno puede tener mucho talento y desaprovecharlo por no saber organizarse, por ejemplo.

—Sí, supongo que sí…

—Imagino que estarás contenta de que tu cafetería vaya a aparecer en portada la semana que viene. —Sonreí. Luke me lo había contado, aunque ahora caía en la cuenta de que no le había puesto la ilusión que creía que mostraría. Le había insistido en salir a celebrarlo, pero la carga de trabajo que tenía no se lo había permitido. Ahora me imaginaba que no había sido así. Simplemente no le apetecía salir. No le apetecía verme. Me maldije por volver a hacer conclusiones precipitadas en lugar de hablar las cosas. Ambos

la habíamos cagado cuando hicimos esa clase de suposiciones. Tenía que hablar con él y averiguar qué estaba pasando.

—Me imaginaba que estaríais aquí. —Robert subió con dos copas de vino blanco en la mano.

—Luke me ha dicho que te gustaría —dijo mientras me ofrecía la copa. Sonreí a modo de agradecimiento.

—¿Dónde está?

—Ha subido las maletas a vuestra habitación. —*Joder*, ya había perdido ese momento de intimidad para hablar con él. Le di un sorbo al vino.

—¿Bajamos? Delante de la chimenea se está mucho mejor —sugirió su padre. Los seguí en silencio hasta el salón. Luke estaba en cuclillas delante del fuego, usando un fuelle para avivarlo.

—¿Qué te ha parecido la casa? —me preguntó mientras tomaba asiento en el sofá. Otra vez actuaba como si no pasara nada. Tomé aire, tendría que ponerme a su nivel.

—Increíble. Dan ganas de encerrarse aquí y no salir. —Señalé la chimenea—. Y más si está encendida. —Sonrió sentándose a mi lado, cogiendo antes su copa de vino.

—Podéis venir aquí siempre que queráis —comentó Robert—. Quizás después de… —Samantha lo interrumpió.

—Se lo íbamos a decir durante la comida. —Robert se rio—. Cariño, es que no sabes contenerte.

—Es que fue una buena propuesta.

—¿Qué propuesta? —Samantha frunció el ceño ante mi pregunta.

—¿No se lo has contado? —Luke se encogió de hombros.

—Sí —mintió, pero nadie pareció percatarse de ello. Ni tan siquiera me miró.

—Unas navidades en Japón.

—Japón —repetí en un hilo de voz. Miró a la chimenea cuando busqué sus ojos. ¿Se… marchaba ya?

—Una comparación entre la cultura oriental y occidental en estas fiestas tan señaladas. Normalmente nadie quiere viajar en estas fechas, pero ya conoces a Luke. —Cada vez me costaba más aguantar la cara de póker. *Él lo sabía*. Sabía que le habían concedido su propuesta y aun así, antes de entrar, me había pedido que hiciéramos las cosas bien. ¿En qué momento había decidido marcharse sin decirme nada? *Desde el principio*, dijo una vocecita en mi cabeza. Para eso era todo esto.

—Como tú pasas las fiestas con tu familia, nos comentó que no importaba. —Disimulé una sonrisa. Me estaba dejando a través de sus padres. *Guau.* Y pensaba que lo de Owen en la boda había sido retorcido.

—Sí, ya lo habíamos hablado —respondí en piloto automático. Esta vez Luke sí que me miró—. Pero no sabía que habíais aceptado la propuesta.

—Yo tampoco. —Ahora no estaba seguro de si mentía o no.

***

El banquete que desplegaron olía delicioso, pero tenía el estómago cerrado. Prácticamente no comí nada. Quería marcharme de allí cuanto antes. Luke ya había recuperado su puesto. Él ganaba y todos contentos. Yo ya no le hacía falta. ¿Por qué seguir con esta farsa? ¿Era para asegurarse? Por si fuera poco, después de comer, había desaparecido con su padre. No tenía ni idea de dónde se habían marchado. Samantha se había ido a su habitación a dormir un rato, y yo me había quedado sentada delante de la chimenea, conteniendo las ganas de llorar. Por mucho que me hubiera repetido

que no debía sacar conclusiones precipitadas, era demasiado tarde para evitarlo. Resulta que no era suficiente para Luke de todas formas. No sabía qué había hecho exactamente. Quizás esperaba que me plantara en la oficina todos los días, aunque no pudiéramos vernos, o que hubiera ido a su casa cada noche, aunque no estuviera en ella. ¿Habría sido demasiado pasota? ¿O había sido lo contrario? ¿Y si lo había agobiado en algún momento? Quizás, el lunes, cuando me referí a él como mi novio, se había sentido presionado… Pero él también se había referido a mí como su novia. ¿Qué estaba pasando por alto? ¿Y si no había pasado nada y yo era el problema directamente?

Dejé de mover los troncos con el atizador y cerré la puerta de cristal de la chimenea. No iba a quedarme ahí perdiendo el tiempo. Subí por las escaleras y abrí la puerta de la habitación de Luke para echar un vistazo. Las estanterías estaban llenas de peluches y juguetes antiguos. Lo más adulto de la habitación era la cama de matrimonio. Tenía enmarcados y colgados algunos diplomas que había ganado de pequeño en certámenes de fotografía.

Me fijé en el techo de la habitación al notar cierto brillo. Unas pegatinas fosforescentes con forma de estrella aún luchaban por conservar su luz. También había tenido unas así en mi habitación. Sonreí para mí misma y solo entonces me di cuenta de que estaba llorando. Me sequé las lágrimas con el puño del jersey. No pensaba volver a llorar como una idiota por nadie. Lo que debía era sentirme enfadada. Fue Luke el que se había encargado de enseñarme aquello. Sin embargo, no fui capaz de discutir con él. Justo antes de cenar, me excusé diciendo que me encontraba mal del estómago y que me iría a dormir. Luke hizo el amago de seguirme, pero le dije que no hacía falta, y no tuve que decírselo dos veces. Me metí entre las mantas de su cama, me puse los auriculares y me concentré para

que ninguna canción me recordara a él. Hasta que, cansada de compadecerme, cogí el móvil.

Capítulo 38

Luke

Había actuado como un auténtico imbécil. No había otra forma de describirlo. La había ignorado toda la semana, aunque sabía perfectamente lo que tendría que haber hecho. Tendría que haber sido sincero con ella, haberle dicho lo que había visto, preguntarle qué había pasado y que fuera ella misma la que me contara su versión, pero después del encontronazo con Olivia, no había levantado cabeza.

Al día siguiente, me dediqué a escribir otra propuesta para la editorial. Una que me llevara lejos de Ottawa, lejos del sufrimiento, lejos de Daphne. Estaba harto de recibir golpes y mantenerme firme. Quería irme. Si no lo hacía trabajando en la revista L&T, renunciaría a mi cargo. Disponía de ahorros suficientes como para marcharme del país, y contaba con la capacitación necesaria para trabajar en el extranjero. Lo que había estado haciendo estos meses había sido un pulso contra mis padres, pero estaba cansado. *¿No creían que me mereciera ese puesto?* Genial, que me lo dijeran y buscaría trabajo en otro sitio. No había más. No comprendía por qué había insistido

tanto. No merecía la pena. Estaba intentando demostrar mi talento, y era muy consciente de que lo tenía. ¿Por qué seguir esforzándome? Ya había defendido demasiadas causas perdidas.

Elaboré una buena propuesta. Con una introducción sobre mi idea, el objetivo del reportaje, la propuesta visual que tenía en mente llevar a cabo, el plan de trabajo, incluso había incluido un cronograma detallado. Había llevado a cabo una serie de bocetos para que se hicieran una idea de las imágenes que pretendía captar, y por supuesto, realicé un presupuesto muy completo sobre los costes y los beneficios que podrían obtenerse gracias al reportaje. Para que aceptaran el reportaje sobre los pequeños comercios había puesto todo mi corazón en mis palabras, pero en este, había querido ser meticuloso, objetivo y frío. Así era como actuaba un profesional.

Una parte de mí se había roto la noche en la que Daphne estaba en la puerta de mi casa. La vi a través del portero con vídeo, pero fingí que no estaba en casa. No estaba dispuesto a escuchar sus mentiras. No me apetecía enfrentarme al mundo real. Ella ya había decidido. No sabía qué era peor, que me mintiera a la cara o que me confesara que quería estar con Owen.

Tate me llamó por tercera vez desde el encuentro con Olivia. Había perdido la cuenta de las veces que me había pedido perdón, aunque yo le había repetido hasta la saciedad que no era necesario. Y de verdad que no lo era. Tate no había actuado mal, yo había decidido esconder lo que había sucedido y Olivia tampoco se la había contado, ¿qué culpa tenía él? Aun así, esa culpabilidad lo llevó a estar más pendiente de lo normal. Más aún, sabiendo lo que había pasado con Daphne.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó cuando terminó de leer la propuesta, sentado en mi sofá. Él era una de las tres personas que sabían dónde vivía. Cuatro, contando a Daphne.

— ¿Tan mal lo ves? —Le quité los papeles releyendo por encima lo que había escrito.

—No, está muy bien redactado, y eres bastante convincente. —Sonreí.

—¿La aceptarías?

—Sí, pero…

—Perfecto —dije levantándome del sofá para guardar la propuesta en la carpeta—. Solo espero que ellos también hayan pensado lo mismo.

—Luke, ¿en serio? ¿Crees que es lo mejor? —Saqué dos latas de refresco del frigorífico, llevándolas hasta el salón—. ¿Crees que es buena idea hacer esto sin hablarlo con Daphne?

—¿Por qué tengo que hablarlo con ella? Es mi trabajo, no voy a renunciar a él.

—Podrías trabajar aquí, ¿no? No creo que la solución a lo que te ha pasado con ella sea poner tierra de por medio. —Abrió la lata.

—Con Olivia funcionó —murmuré dándole un trago al refresco.

—¿Tú crees? —Resoplé.

—¿Y tú qué crees que tendría que hacer?

—No sé, ¿qué tal hablar con ella en lugar de irte a Japón la semana que viene? Además, en la propuesta hablas de no sé qué festival que se celebra el quince y dieciséis de febrero. —Asentí.

—El festival de la nieve en Yokote, en la prefectura de Akita. Se hacen casas en la nieve, ya sabes, como iglúes y…

—¡No me interesa Yokote, Luke! Ese no es el problema. —Dejó la lata con más fuerza de la esperada sobre la mesa—. ¿Te irías cuánto? ¿Casi tres meses? —Ladeé la cabeza.

—Sí, más o menos.

—¿No ves lo absurdo que es esto? ¿Te engañan y te vas a otro país tres meses? —Se levantó del sofá—. Mira, vale, lo admito,

entiendo que lo hicieras cuando Olivia te puso los cuernos. Me parece mucho más traumático que te engañen de esa manera, pero ¿Daphne? ¿En serio?

—Antes no te ponías de su parte.

—Sí, pero después la conocí. Después te escuché hablar de ella, y después me hablaste de Owen. ¿Qué viste exactamente? —Eché la cabeza hacia atrás. No quería hablar de eso. No quería recordarlo—. Venga, cuéntamelo.

—Los vi dentro de la cafetería. Owen la estaba besando y después la abrazó, acariciándole el pelo. Sonrió. Sabía que estaba ahí. Sabía que lo había visto. —Le habría vuelto a romper la maldita nariz.

—Joder, Luke, ¿y si solo intentaba separaros? Puede que todo fuera un malentendido.

—¡Si hubiese sido un malentendido, lo hubiera empujado o hubieran discutido! No se habrían abrazado después. —Me sentí un poco tonto al decirlo en alto y Tate fue consciente de ello.

—Creo que te vas a arrepentir si aceptan esta propuesta, Luke. —Aparté la mirada cuando dejó caer la mano sobre mi hombro, apretándolo—. Y lo sabes. Olivia te hizo daño, pero eso no significa que todo el mundo vaya a hacértelo. —El móvil se iluminó. Un mensaje de Daphne emergió en la pantalla. *Come over now and fix me with your grace, cause I'm not too far and you're my favorite place.* Tate no disimuló. Leyó el mensaje y suspiró—. En serio, Luke, te arrepentirás. Habla con ella.

***

No le había comentado que mis padres vendrían con nosotros en el coche. Normalmente, ellos iban en el suyo, pero quería reducir la

posibilidad de estar a solas con Daphne. Pude ver la decepción en sus ojos cuando se dio cuenta de que no iríamos solos a la casa. También la sentí mirándome de reojo por el espejo retrovisor durante el viaje y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano por evitar aquellos ojos verdes. Muy en el fondo, sabía que Tate tenía razón, que debería hablar con ella. Solo que la cabeza me daba vueltas y el estómago se me retorcía al imaginarlo.

Estaba seguro de que mi madre le haría el tour completo por la casa. Lo hacía con todas las visitas, así que también me libré de estar a solas con ella. Ya tenía el estómago revuelto por lo borde que había sido al llegar a la casa como para encima tener que estar solos. No le había dicho nada sobre la propuesta que había enviado a la editorial, ni tan siquiera se lo había insinuado. A fin de cuentas, no tenía claro que fueran a concederme aquella oportunidad.

Pensé que cuando recuperara mi puesto, me pondría a saltar de alegría, pero cuando mi madre confirmó que habían aceptado mi propuesta, lo único que sentí fue una losa caer sobre mi pecho. Me había quejado de que Daphne estuviera enamorada de un imbécil, pero ¿cómo se suponía que estaba actuando yo? *Como algo muchísimo peor*. La vi romperse delante de mí. La vi mentir para encubrirme. ¿Eso lo habría hecho una persona que me había engañado? ¿Si me hubiera engañado con Owen también se le hubieran llenado los ojos de lágrimas?

Durante este tiempo, le había dicho que era importante hablar las cosas. Me había mostrado honesto y abierto con ella en todo momento. Incluso le había llegado a contar lo de Olivia. ¿En qué momento decidí actuar de manera contraria a lo que predicaba? ¿Cuándo había decidido hacerle daño? Tate tenía razón. No había superado lo de Olivia. No me había librado de mi miedo a que me hicieran daño y, si me sentía traicionado, devolvía ese dolor para no

ser el único que lo sintiera. Aunque ahora hablara con ella, sería demasiado tarde. Aunque todo hubiera sido un malentendido, yo le había hecho daño.

—¿Estás bien? —Había salido con mi padre a pasear por el bosque colindante, como solíamos hacer cuando nos quedábamos en aquella casa. No me había despedido de Daphne, aunque le había dicho a mi padre que sí, por supuesto. *Lo primero era guardar las apariencias.*

—Sí, solo estoy un poco distraído —dije mientras esquivaba una roca que había en el suelo.

—Imagino que ahora tienes que encargarte de todos los preparativos. Es un viaje largo. —Suspiré.

—Sí que lo es.

—¿Cómo lo lleváis? —Fruncí el ceño—. Daphne y tú. Es mucho tiempo fuera.

—Ah, sí, bueno. Es trabajo —respondí encogiéndome de hombros—. Eso lo entendemos los dos muy bien.

—Me alegra mucho que la hayas encontrado. —Me reí con suavidad.

—A ver, es lo que queríais también, ¿no? —Se giró para mirarme con el ceño fruncido.

—¿A qué te refieres? —Contuve la risa para no parecer un loco.

—¡El motivo por el que me impediste seguir con mi trabajo en el extranjero! Venga ya, no se te puede haber olvidado. —Mi padre se echó a reír, tanto que tuvo que sujetarse al tronco helado de un árbol—. ¿De qué te ríes?

—Nosotros no pretendíamos que tuvieras una relación formal, sino que dejaras de huir. —Me quedé quieto en mitad del camino—. Nos preocupaba cómo estabas después de lo de Olivia. Han pasado años y, aun así, seguías yendo de un lado para otro, sin rumbo fijo,

teniendo relaciones intrascendentes con mujeres desconocidas porque te daba miedo enamorarte y volver a sufrir. —Abrí la boca para decir algo—. Imaginaba que se te acabaría pasando, pero tu madre estaba muy preocupada. No quería que te cerraras en banda a estar con alguien por lo que pasó, ni que te pasaras la vida entera viajando cada vez que tuvieras un problema, pero… nos has demostrado que estábamos equivocados. —Se acercó a mí, apoyando la mano en mi hombro para apretarlo—. Mantienes una relación con una buena chica, pero también has decidido seguir viajando, no para huir, sino porque te apasiona tu trabajo.

—Así que era eso… —murmuré para mí mismo. Mis padres no estaban equivocados. Se me había presentado un problema y yo estaba preparándome para marcharme de nuevo. Buscaba la manera de huir antes de que me hicieran daño. Ni tan siquiera había sido capaz de pedirle explicaciones a Daphne—. Yo… Malinterpreté la situación. Pensaba que queríais otra cosa.

—Creía que nos conocías mejor. —Me dio una palmadita en la espalda antes de seguir caminando como si nada. Habían tenido razón durante todo este tiempo. No podía seguir huyendo. No esta vez.

***

Daphne se excusó de la cena. Le dolía el estómago y se fue directa a la cama. No me dio tiempo a preguntarle si necesitaba algo antes de verla desaparecer escaleras arriba en silencio. Ninguno de mis padres consideró la idea de que pudiera estar fingiendo para no estar allí con nosotros, pero yo sabía que se trataba de eso. No le apetecía estar conmigo porque había sido un gilipollas. Debía remediarlo.

—Tengo que confesaros algo —susurré mientras cortaba un trozo de pastel de carne que tenía en el plato.

—¿Malo o bueno? —preguntó mi madre mientras se servía una copa de vino—. Para saber cuánto tengo que echarme.

—Sammy —la riñó mi padre haciendo que se riera.

—Venga, cuenta. —Suspiré con pesadez.

—Se trata de Daphne.

—¿Viene un nieto? ¿Tan pronto? —Los dos se echaron a reír.

—No estamos juntos. —Las risas se detuvieron de golpe—. Bueno, no lo estábamos, luego sí, y ahora… ahora no lo sé. —Sacudí la cabeza, eso no era lo que importaba—. Nuestra relación fue un engaño desde el principio, quería haceros creer que había sentado la cabeza y que había madurado porque quería recuperar mi puesto de reportajes en el extranjero. —Ninguno de los dos dijo una palabra. Mi madre parpadeó confusa, buscando una explicación con sentido mientras miraba a mi padre—. Cuando me degradasteis, pensé que era lo que queríais, pero ahora sé que no era eso. He sido un imbécil y quería disculparme por haberos mentido. —Siguieron sin hablar. Mi madre terminó la poca comida que tenía en la mesa y mi padre se limitó a levantarse para buscar algo de postre. Dejó un plato con la tarta de manzana que había sobrado este almuerzo.

—¿Quién quiere?

—A mí ponme una porción pequeñita —dijo mi madre señalándole por donde tenía que cortar. Solté mi servilleta sobre mi plato vacío.

—¿Es que no vais a decir nada? —pregunté sorprendido y malhumorado—. La he cagado, os he mentido y…

—¿Cuándo dejasteis de fingir? —Esa era la última pregunta que me esperaba por parte de mi madre.

—¿Qué?

—Sí, vuestro inicio fue una mentira, pero ¿cuándo dejó de serlo? —Rompió el vértice de la tarta con la cuchara—. Alguien a quien no le interesas, no va prestando atención a cada foto tuya que hay por la casa, ni te halaga cuando no estás presente.

—Yo…

—¿Y qué me dices de la complicidad que tenían en la boda? —añadió mi padre—. ¿Te acuerdas de lo que te dije?

—Sí, se parecían a nosotros cuando éramos jóvenes. —Se miraron con una leve sonrisa. Esa que yo siempre había envidiado porque sabía el vínculo que suponía—. Cariño, yo creo que has madurado más estos meses que todo el tiempo que te has pasado viajando. —Buscó mi mano sobre la mesa—. Y si ha sido por esa chica, no me importa que vuestra relación fuera una farsa al principio.

—Lo principal es que estés feliz —puntualizó Robert.

—Pero… No sé si la he fastidiado con ella —murmuré con un hilo de voz.

—Ya decía yo que estaba más apagada de lo normal —comentó mi madre saboreando después la tarta de manzana—. En fin, ya sabes lo que tienes que hacer. Hablar con ella.

—¿Y ya está? —Suspiró.

—¿Qué más quieres? En las películas se vende que hay que hacer un gran acto romántico para que la discusión se termine, pero no hay mayor acto romántico que ser sinceros el uno con el otro, poner las cartas sobre la mesa y solucionar los problemas que puedan surgir en el camino.

—Ese es el amor verdadero —añadió mi padre dándole después un sorbo al vino que quedaba en su copa. Me arrepentía de no haber hablado con ellos mucho antes para pedirles consejo. Me levanté de la mesa, con tanto ímpetu que casi la tiro para atrás.

—Voy a hablar con ella. —No sé si dijeron algo más porque me fui corriendo del comedor para buscar a Daphne.

***

Tenía la impresión de que me la encontraría metida en la cama durmiendo o, al menos fingiendo que lo hacía, sin embargo, se estaba poniendo las botas y acababa de cerrar la maleta. Se había recogido el pelo en una coleta alta y no dejaba de teclear en el móvil. Casi se cae hacia atrás cuando me vio aparecer por el umbral de la puerta.

—¿A dónde vas?

—A mi casa. —Mantuvo la compostura mientras cerraba la puerta a mis espaldas—. Estoy intentando contactar con un taxi y le he escrito a Marcie para que pregunte si alguien puede venir a por mí.

—Daphne…

—No, no me vengas ahora con Daphne. —Arrastró su maleta por la alfombra azul de mi habitación—. Ya has conseguido lo que querías, ¿no? Te vas de viaje, ¡genial! —Se le habían saltado las lágrimas mientras hablaba pero se esforzó porque su voz no se rompiera—. Me alegro muchísimo por ti, en serio, pero sobro aquí. No creo que hiciera falta desde un primer momento, la verdad.

—Espera.

—¿Por qué me hiciste creer que había algo entre nosotros para luego tratarme así? Pensé que me entendías, pensé que… —Desvío la mirada. Tomó una gran bocanada de aire por la nariz—. Lo mejor será que me vaya. —Agarré su brazo para impedir que saliera de mi habitación. Lo primero que pensé fue decirle que la había visto con Owen y me había desmoronado, que había pensado que me estaba

engañando y que había decidido marcharme para quitarme del medio, pero me sorprendí cuando dije algo distinto.

—Lo siento, por favor, perdóname. —Se quedó quieta—. No era mi intención hacerte daño. No me iré a Japón, no iré a ningún lado, no es eso lo que quiero. —Empujé su maleta con la punta del pie para poder acercarme más a ella. Solté poco a poco su brazo, bajando mi mano hasta encontrar la suya—. Lo que quiero es estar contigo.

—¿Y la semana que viene cambiarás de opinión? ¿Me harás el vacío de nuevo mientras me haces creer que todo va bien? ¿O decidirás marcharte a no sé… Madagascar? —Negué con la cabeza. Su móvil se iluminó y el nombre de Owen apareció en la pantalla.

—Daphne, escucha. —Pero no me dio la oportunidad. Descolgó la llamada.

—¿En serio? —Se separó de mí para asomarse a una de las ventanas de mi habitación. Un destartalado coche gris estaba aparcado delante de la verja principal—. Gracias, enseguida bajo.

—No me jodas, pelirroja, no puedes irte ahora y así.

—Tranquilo, has conseguido lo que querías. No pasa nada si nuestra farsa se viene abajo. —Se rio mientras contenía las lágrimas. Tenía tantas cosas que decir que no sabía ni por dónde empezar. Las palabras se me atragantaron en la garganta mientras la veía salir de la habitación.

—No puedes irte con él. —Me limité a decir sujetándola del brazo. Logró zafarse de mi agarre sin dificultad.

—Mírame —me desafió. Había visto a Daphne enfadada antes, pero no con esa llama abrasadora en la mirada. Había deseado que se enfrentara así a Owen en algún momento, pero al final su arrebato de ira era dirigido a mí.

—Entonces los dos hemos conseguido lo que queríamos, ¿no? —

Me arrepentí de haber soltado aquella pregunta en cuanto me dedicó una sonrisa rota.

—Adiós, Watts.

Capítulo 39

Daphne

No era consciente de si los padres de Luke se habían enterado de nuestra discusión, pero tampoco me importaba. A fin de cuentas, no los volvería a ver. En otra ocasión, me hubiera acercado a despedirme, les hubiera dado las gracias por su hospitalidad, y me hubiera marchado con la cabeza bien alta, pero había preferido irme sin echarme a llorar como una idiota a la que acababan de romperle el corazón. Nunca antes me había reconfortado tanto escuchar el antiguo motor del coche de Owen. Me había dado rabia pedirle ayuda, pero necesitaba largarme de allí. Había pasado demasiados años como una mártir. Sufriendo porque pensaba que no me merecía nada mejor, porque no era lo suficientemente buena como para estar con alguien que me hiciera sentir bien; y paradójicamente, la persona que acababa de destrozarme, era la que me había enseñado que debía espabilar.

Me obligué a no darme la vuelta, a no buscarlo en la puerta. No se había molestado en volverme a pedir que me quedara. No se atrevió a sujetarme de nuevo para impedir que me fuera de su vida.

Pensaba que habíamos dejado de fingir, pero durante todo este tiempo no habíamos hecho otra cosa.

Owen se bajó del coche en cuanto me vio aparecer. Abrió el maletero para guardar la maleta y me fijé en cómo miraba la fachada de la casa. Levantó el brazo para dedicarle un gesto obsceno a Luke, pero lo agarré enseguida, negando con la cabeza. Resopló, como si le hubiera quitado la gracia al asunto. Cerré los ojos mientras me sentaba en el asiento del copiloto y me abrochaba el cinturón.

—¿Estás bien?

—Me estás recogiendo por la noche de la casa de mi… *Ex*, ¿crees que estoy bien? —Sabía que no debía ser tan borde con un amigo que me estaba salvando de un aprieto, pero Owen se limitó a sonreír.

—Entonces tú eliges la música —dijo bromeando, haciendo que, muy a mi pesar, soltara una carcajada. Me tendió su móvil y busqué la primera canción que se me ocurrió. En cuanto empezó a sonar, Owen subió el volumen—. Muy de los dos mil poner a Ashley Tisdale, ¿no? —Me encogí de hombros.

—Es lo que me pide el cuerpo. —*It's alright, okay, so don't you bother what I do, yeah, no matter what you say, I won't return, our bridge has burned down, I'm stronger now. Alright, okay, I'm so much better without you, I won't be sorry.* Deseé que Luke pudiera escuchar la música mientras nos marchábamos. Nos habíamos disculpado con canciones, y ahora quería mandarlo a la mierda de la misma manera.

—¿Quieres hablar? —Terminó por preguntar Owen al cabo de un rato.

—No.

—¿Quieres llorar? —Resoplé—. ¿Qué? Intento ser un buen

amigo.

—Por favor, Owen, estás encantado con esto —murmuré. Frenó en seco delante de un semáforo.

—Eh, a mí no me gusta verte así. —Puse los ojos en blanco, mirando a través de la ventana—. Pero mira, sí, me alegra que Luke y tú hayáis roto, no te voy a engañar. Luke es un gilipollas.

—Él decía lo mismo de ti.

—¿Ves? Más razón para que te des cuenta de que es un gilipollas.

—Owen, no es el momento. —Asintió con la cabeza, volviendo a sumirnos en un silencio que necesitaba.

No le costó localizar un sitio para aparcar delante de mi apartamento. Me ayudó a sacar mi bolsa de viaje, ya que el maletero solía quedarse atascado. Le dije que no hacía falta que me acompañara hasta la puerta, pero ni tan siquiera me respondió. No me había dado cuenta del frío que hacía hasta que Owen me quitó las llaves de casa para abrir él porque me temblaban las manos. Dejé la maleta sobre el sofá, ya me encargaría de guardarlo todo mañana.

Entretanto, Owen abrió uno de los cajones de la cómoda del salón, sacando dos mantas. Fruncí el ceño al ver cómo las estiraba sobre el sofá.

—¿Qué estás haciendo? —Se giró para mirarme.

—¿Acaso pensabas que iba a dejarte aquí sola? —Tragué saliva, ladeando la cabeza hacia la habitación de Marcie—. No está, ha salido de fiesta por el fin de los exámenes.

—No hace falta que te quedes —susurré. Tampoco quería que lo hiciera.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. —Se dejó caer en el sofá. Entonces, fui consciente de lo absurda que era la situación. Estaba

quieta como un pasmarote en mitad del salón sin saber qué hacer. Quería irme a la cama e intentar dormir, pero estaba segura de que acabaría llorando por todo lo que había pasado con Luke.

Tenía a Owen tal y como había querido siempre. Todo este embrollo con Luke había servido de verdad. Se había dado cuenta de que le gustaba, y ahora lo tenía ahí, delante de mí, alegre porque me había vuelto a quedar soltera. Porque creía que podía volver a tenerme en la palma de su mano. Estaba muy equivocado. Había sufrido por Tinta y café. Había sufrido por él durante años. Había sufrido por Luke. Estaba decidida a cambiar esta versión tan masoca y deprimente de mí misma. Para empezar, pondría en práctica todo lo que Watts me había enseñado. Debía ser honesta con las personas que me rodeaban, conmigo misma para empezar.

Owen carraspeó antes de empezar a hablar.

—Creo que en el sofá hay sitio para los dos —murmuró mientras se desabrochaba los cordones de las deportivas—. ¿Te acuerdas de la cama tan estrecha que compartíamos cuando nos mudamos aquí? No sé cómo nos las apañábamos para dormir así. —Sonreí con nostalgia. Terminé por sentarme a su lado, quitándome las botas. Owen me pasó una de las mantas por encima.

—Hicimos muchas tonterías cuando nos mudamos aquí. —Se rió con suavidad, asintiendo con la cabeza.

—Debo confesarte muchas cosas, Daphne. —susurró sin ni tan siquiera mirarme.

—Owen…

—Al principio, me llevaba dinero de la caja sin consultarte. —Aunque su revelación no era nueva para mí, sí que me sorprendió que me lo contara después de tanto tiempo—. Estaba muy saturado y quemado. No imaginé que llevar la cafetería nos fuera a causar tantos dolores de cabeza y quería salir por ahí. —Me limité a

escucharlo en silencio—. Tú estabas tan centrada en la cafetería que… a veces me sentía solo. —Tragué saliva. Nunca me había detenido a pensar en cómo se sentía Owen los primeros años. Como siempre, yo había estado completamente entregada en mi trabajo, y lo único que pensaba era que no me ayudaba lo suficiente—. No te mentí el otro día cuando te dije que yo había venido aquí por ti, Daphne. Tampoco te mentí cuando te dije que estaba enamorado de ti. —Terminó por decir en un hilo de voz—. Desde que éramos unos críos, la verdad.

—Anda ya… —musité.

—El problema es que nunca me sentí lo suficientemente bueno para ti. —Era irónico saber que durante todos estos años, los dos habíamos sentido lo mismo, y no nos habíamos atrevido a decirnos nada por los mismos motivos—. Cuando conocí a Emma, pensé que podría pasar página… pero entonces llegaste con Luke. Me comían los celos. En serio, jamás había estado tan celoso. —*Entonces los dos hemos conseguido lo que queríamos, ¿no?* Todo lo que Owen me estaba diciendo, debía llegarme al corazón, pero no estaba sintiendo nada en absoluto—. Y la gota que colmó el vaso fue cuando Emma me dijo de irnos de aquí. Ahí fue cuando me di cuenta de que no podía marcharme. De que quería estar contigo. —Me agarró ambas manos, mirándome por fin a los ojos—. Sé que estás dolida por tu ruptura con Luke, pero yo estoy aquí, Daphne; y después de todo este tiempo, ya sabemos lo que sentimos el uno por el otro. —Sus ojos viajaron a mis labios—. Siento haberte hecho daño, siento haberte dicho esas cosas tan horribles en la boda, pero Daphne… estoy dispuesto a todo por ti. —Subió una de las manos hasta mi mejilla, acariciándola con suavidad. Cerré los ojos, intentando disfrutar de un momento que había soñado desde que era una niña, pero la única imagen que acudió a mi mente, fue Luke.

El calor de sus labios se acercaba poco a poco, rozando apenas mi piel, y en ese instante comprendí que ya no había nada. Ninguna chispa, ningún temblor. Solo la constatación de una distancia imposible de salvar. Posó su boca contra la mía, besándome despacio. No fue como aquel rápido beso que me dio en la cafetería días atrás, sino que se tomó su tiempo. Como si a través de sus labios, quisiera transmitirme mucho más de lo que sus palabras decían. Cuando se apartó, se dio cuenta de que no había fuego en mi mirada. Le había dejado que me besara, pero había sido consciente de que no había seguido su gesto en ningún momento. Apoyé mi frente contra la suya.

—Siento que todo haya llegado tan tarde, Owen —susurré—. Y yo también tengo cosas que confesarte. —Esta vez sí que el corazón me latía con fuerza, puede que Owen no fuera una persona ejemplar y, en muchas ocasiones, no había actuado bien; pero era mi mejor amigo. Se merecía mi sinceridad—. Lo mío con Luke era mentira.

—¿Cómo?

—Verte con Emma fue devastador. Quise demostrarme a mí misma que te había olvidado, y también dejarte claro que no… que no me sentía atraída por ti; y entonces conocí a Luke. Sus padres lo habían degradado en su empresa porque no sentaba cabeza y pensó que una novia falsa era la solución adecuada.

—Así que… ¿Todo era mentira?

—Así empezó, pero… —Me separé poco a poco de él, refugiándome en mis propios brazos durante un instante—. Me he enamorado de él. —Se me hacía raro confesarlo en voz alta—. He sido tan sumamente patética de enamorarme de mi novio falso.

—No creo que seas patética, Daphne. —Bufé—. No elegimos cuándo, ni cómo, ni de quién nos enamoramos. Sucede, sin más. —Después, se hizo el silencio. Sus ojos se suavizaron, ya sin rastro de

reproche, como si en lugar de juzgarme simplemente hubiera aceptado lo inevitable. Sentí un nudo en la garganta, pero no era culpa, ni siquiera arrepentimiento, sino una nostalgia extraña. Lo miré, y durante un instante recordé cómo había sido quererle, cómo mi corazón alguna vez había latido con fuerza por él. Ahora, en cambio, sólo quedaba el eco de lo que habíamos sido—. Gracias por decirme la verdad —susurró. Asentí, incapaz de articular palabra.

—Él ha recuperado su antiguo puesto. Se marcha a Japón para un reportaje y… no sé cuándo volverá ni si realmente lo hará. —Me dejé caer contra el respaldo del sofá y bajé la vista hacia el suelo—. Solo he sido un medio para un fin… Tal y como habíamos acordado.

—Lo siento, Daphne. Puede que cuando regrese… —Suspiré, desganada. y me levanté del sofá.

—Necesito dormir un poco.

—Mi puerta sigue abierta. No lo olvides. —Le dediqué una media sonrisa, dándole un beso en la coronilla antes de encerrarme en la habitación y tirarme en la cama.

***

Owen se marchó en cuanto salí de la habitación por la mañana. Puede que el ambiente fuera extraño y tenso entre nosotros, pero nos habíamos dicho todo lo que necesitábamos escuchar, aunque hubiera sido un poco más tarde de la cuenta. Me dio un beso en la frente a modo de despedida y volví a quedarme sola en mi apartamento.

Me dolían los ojos, porque aunque lo había intentando con todas mis fuerzas, me había pasado llorando gran parte de la noche. La soledad de mi casa no hizo más que intensificar esa amargura tan intensa que invadía mi pecho. Me obligué a no venirme abajo. Me di

una larga ducha que me dejó como nueva. Me puse una camiseta que tenía hecha polvo y unos leggins negros, me recogí el pelo en una coleta, y puse música a todo volumen.

Hice una limpieza profunda del apartamento. Saqué cuatro bolsas de basura con las que Marcie se quedaría sin habla al llegar. Habíamos guardado demasiadas tonterías y también muchísima ropa que ya no nos quedaba bien a ninguna. Casi me quedo hundida cuando empecé a quitar el polvo de mi habitación y me topé con la taza que Luke me había regalado por mi cumpleaños. Había sido uno de los mejores de mi vida. No por el regalo en sí, sino por todo lo que significaba. Había sido una demostración de la atención que me había mostrado, del cariño que me tenía y de lo mucho que le importaba. Ojalá hubiera sido real. *Del todo.*

—¿Hola? —La voz de Marcie fue música para mis oídos. Sin mediar palabra, me abalancé sobre ella, abrazándola con fuerza. Su sorpresa no pasó desapercibida, pero en lugar de preguntar, se limitó a abrazarme con la misma intensidad—. Ya está, cariño, estoy aquí—. Y nada más escucharla, decidí que tampoco era tan malo romperme un poco por dentro y soltar todo lo que tenía en mente. Marcie escuchó todo lo que le dije con paciencia, mostrándome su apoyo.

***

—Hay cosas que no me cuadran —comentó mientras atrapaba el tercer trozo de pizza. Habíamos decidido pedir a domicilio y pasar un día las dos tranquilas.

—¿A qué te refieres? —Le di un trago a mi vaso de agua.

—Luke y tú estabais saliendo, eso es indiscutible. Los dos estabais locos el uno por el otro, y de pronto… *¡Zas!* Todo se

esfuma, es un poco raro, ¿no? —Me encogí de hombros.

—Porque durante esa semana, él había estado preparando su propuesta para marcharse a Japón estas navidades. —Marcie chasqueó la lengua—. Y de paso, pues… no sé, consiguió echar un polvo.

—¿Solo uno? —No pude evitar soltar una suave carcajada, negando con la cabeza—. Sigue pareciéndome todo muy raro, Daphne, siento que me falta una pieza del puzzle.

—Yo no creo que falte nada. Durante esta semana, hemos hecho el paripé en su oficina y ha conseguido lo que quería—. Mordisqueé mi último trozo de pizza—. Aun así… mi no-relación con Luke me ha servido de mucho.

—Sí, necesitabas fol… —Le empujé antes de que terminara la frase, echándose a reír.

—No me refiero a eso. —Me limpié una gota de soja con la servilleta—. Estar con Luke me ha hecho ver que valgo más de lo que creía. —Marcie me dedicó una leve sonrisa—. Y también me he dado cuenta de que Tinta y café ha ocupado demasiado tiempo en mi vida. Sé que para que un negocio prospere, hay que echarle todo tu tiempo; pero Tinta y café despegó hace tiempo y ya solo hay que mantenerlo a flote. Debería ser capaz de gestionar mejor el tiempo y dedicarme más ratos a mí misma.

—¡No sabes las ganas que tenía de que me hicieras caso! —Me reí con ella—. Lamento todo lo que has tenido que pasar con Luke, pero me alegra que hayas aprendido de ello. —Me sujetó la mano un instante, apretándola con cariño—. Vales mucho, Daphne Hill, y te mereces vivir a lo grande.

***

El lunes comenzó como tantos otros, con el aire fresco todavía pegado a las calles medio vacías. Al llegar a la cafetería, el frío de la cerradura en mis dedos me recordó que aquel lugar no solo era mi trabajo, si no también mi refugio. Sin embargo, pronto dejaría de serlo. Mi refugio sería mi amistad con Marcie. Mis ratitos de lectura. Mis paseos por el parque con la música a todo volumen. No iba a menospreciar todo lo que significaba para mí Tinta y café, pero sí que le dedicaría un poco menos de tiempo. Mi primera decisión fue tomarme unas pequeñas vacaciones, quizás de una semana para visitar a mis padres. Lo hablaría con Owen en cuanto entrase en el turno de tarde. No me apetecía seguir yendo a los mismos sitios a los que iba con Luke. Aún no estaba preparada para seguir adelante sin él.

El interior aún guardaba el olor mezclado de café y azúcar, como si la noche no hubiera podido disiparlo del todo. Encendí las luces una a una, dejando que la claridad llenara los rincones, y fui colocando las sillas en su sitio, acomodando los detalles que daban vida al local. Al poner en marcha la cafetera, el primer chasquido del agua calentándose me arrancó una sensación de calma conocida, casi hogareña. Siempre había pensado que había algo especial en esos minutos de preparación: el murmullo discreto de la máquina, el tintinear de las tazas, el roce de los frascos de vidrio al alinearlos en la estantería. Era como si, antes de que llegara el primer cliente, la cafetería y yo compartiéramos un secreto.

La nieve en polvo que adornaba la cristalera me parecía cada día más acogedor. Seguí las recetas de Owen al pie de la letra. Él era el experto aquí dentro, pero sabía que siguiendo sus indicaciones exactas, los dulces saldrían perfectos. George había comprado los moldes navideños para galletas la semana pasada, y aunque Marcie había dicho que quedarían demasiado cursis, la verdad es que tenían

su encanto. Dejé las galletas colocadas en la vitrina junto a los bizcochos recién hechos. Me fijé en las galletas de arándanos y tuve que reprimir las lágrimas. Ya no iría a llevárselas a su trabajo nunca más. Tragué saliva, desviando la mirada.

—Buenos días. —Owen llegaba temprano. Le dio la vuelta al cartel de abierto.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que entrarías por la tarde. —Se quitó la chaqueta y se anudó el delantal.

—George me pidió cambiar el turno —explicó. Se asomó a ver los bizcochos y sonrió orgulloso—. Te han quedado de maravilla.

—Tuve un buen maestro. —Volvió a sonreír. Fui escaleras arriba a terminar de bajar las sillas que había sobre las mesas. Tal y como le había propuesto a Luke, aquel sería un espacio increíble para hacer exposiciones. Lo había dejado todo preparado para cuando le apeteciera, pero ahora supuse que ese momento no se daría. Quizás podría hablar con alguna galería de arte de las que había cerca por si querían exponer sus obras. Incluso con la profesora de cerámica que impartía clases en el barrio. Mi vida no podía detenerse porque Luke Watts se hubiera marchado. Ambos sabíamos que pasaría tarde o temprano.

—Buenos días. —Un primer cliente cruzó por la puerta. Owen lo atendió con esa amabilidad tan característica. Los dos nos habíamos grabado a pulso que debíamos aprendernos las comandas de los clientes habituales, y eso era lo que estaba haciendo con el hombre que acababa de llegar.

Bajé por las escaleras para echarle una mano en el instante que entraron dos clientes más. Por suerte, los lunes, siempre había mucho movimiento.

***

Marcie se encargó de sacar la tercera hornada de galletas mientras yo limpiaba las mesas que se habían quedado vacías. Esta era la hora en la que normalmente, me hubiera ido a almorzar con Luke. Por mucho que me obligase a no echarle de menos, era imposible no pensar en él. Había dudado en mandarle algún mensaje, pero recordaba su comportamiento frío y distante, y me recordaba que no era buena idea. Luke me había usado, y cuanto antes lo aceptase, mejor. A fin de cuentas, era lo que habíamos acordado.

—¿Estás aquí? —Pestañeé confundida cuando me topé con Owen.

—Sí, perdón, estoy un poco distraída—. Me fijé en cómo Owen y Marcie compartían una mirada cómplice—. ¿Qué? No, ¿eh? No empecéis a tratarme con pena o me vuelvo loca.

—Díselo. —Fruncí el ceño ante la orden de Marcie—. Owen, vamos, escupe.

—¿Qué pasa? —Owen suspiró profundamente.

—Luke nos vio.

—¿Qué?

—Cuando me declaré en la cafetería… Cuando… —Enmudecí. Me apoyé un instante en la mesa.

—Cuando me besaste.

—¡Esa era la pieza que faltaba! —exclamó Marcie dando una palmada.

Recordé la historia de Luke y Olivia. De cómo él no había superado su infidelidad. El mismo día que él le había pedido matrimonio, se la había encontrado en la cama con otra persona. A partir de ahí, se había encerrado en sí mismo y no había mantenido ninguna relación por miedo a sufrir de nuevo y él… *Joder.* Ahora todo tenía sentido. Él se había creído que había elegido a Owen. Sin perder más el tiempo, me deshice el nudo del delantal y lo colgué en

el perchero.

—Tengo que irme. —Marcie aplaudió.

—¡Corre y díselo todo! —Sonreí, nerviosa.

—Lo siento, Daphne. —Negué con la cabeza, restándole importancia. Salí corriendo de la cafetería, en dirección a la sede de L&T. Con suerte, llegaría a tiempo.

***

Llegué a su oficina con un pulmón menos, pero también en un tiempo récord. Pulsé el botón del ascensor como una histérica, sin importarme las miradas curiosas del resto de empleados. Había cambiado el discurso mentalmente no sé cuántas veces de camino allí, y lo había vuelto a modificar en el ascensor. Me eché un rápido vistazo en el espejo y contuve el aliento. Me quité la coleta y dejé que mi melena cayera sobre mis hombros. Pellizqué mis mejillas con cuidado para darle algo de color y me sonreí a mí misma para animarme. *Todo irá bien.* Podía arreglarlo. Podríamos arreglarlo. Lo hablaríamos, como siempre hacíamos.

Nada más abrirse las puertas, casi me choco de bruces contra Charlotte. Se escudó con unas carpetas que llevaba contra su pecho.

—¡Perdón! —Quise esquivarla lo más rápido posible para ir directa al despacho de Luke.

—Lo siento, Daphne, ¿querías algo? —Puse los ojos en blanco.

—Busco a Luke. —Se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja y negó con la cabeza—. ¿Qué?

—Se ha ido.

Capítulo 40

Luke

Los vi marcharse a través de la ventana. Pensé en salir corriendo a buscarla, en decirle que estaba enamorado de ella, en lanzarme a la piscina como Tate me había dicho infinidad de veces. Sin embargo, no fui capaz. Mi miedo a sufrir me había dejado huella, y entré en pánico al imaginarme la escena en la que Daphne me rechazaba y me confesaba que estaba saliendo con Owen. No obstante, mientras me lamentaba de mí mismo en la cama de mi habitación, me pregunté si no era peor el sufrimiento autoinfligido que el que podría llegar a recibir.

Mis padres habían llamado varias veces a la puerta de mi habitación tras la abrupta marcha de Daphne, pero les dije que no me apetecía hablar. Respetaron mis deseos, al menos por esa noche.

—¿Otro café? —Así debían ser mis ojeras para que mi padre se ofreciera a servirme una segunda taza de cafeína. Asentí, empujando la taza sobre la mesa. Le espolvoreé un poco de canela por encima y bostecé.

—¿Podemos preguntar ya? —Enarqué una ceja mirando a mi

madre de reojo.

—No hay mucho que contar. —Moví la cucharilla—. Ya la visteis irse.

—¿Y ahora qué? —Me encogí de hombros.

—Ahora está con quién debe estar. Eso es para lo que sirvo. —Me acerqué la taza a los labios, soplando el café con cuidado—. Para unir a otras personas.

—Que ocurriera eso con Olivia no condiciona que todas tus relaciones vayan a acabar igual. —Puse los ojos en blanco, dándole un trago al café—. ¿Le dijiste a Daphne lo que sentías? —Guardé silencio.

—¿No lo hiciste? —preguntó mi padre dejando la tostada sobre el plato. Resoplé.

—¿Para qué? —Coloqué la taza vacía sobre la mesa—. ¿Es que no os enteráis? Está con otro. Se acabó.

—Pero ¿qué te hemos enseñado tu madre y yo? Hablar las cosas es fundamental para cimentar una relación sana que…

—Hay algo de lo que quiero hablar —lo interrumpí.

—¿De tu puesto como fotógrafo en el extranjero? —Tomé aire.

—No quiero volver a ese puesto. —Se miraron el uno al otro, sorprendidos—. Me gustaría hacer el reportaje en Japón que os propuse, pero por ahora me gustaría quedarme aquí.

—¿En serio?

—Le he pillado el gusto a las noticias locales —confesé—. No os voy a engañar, me apetece seguir viajando, pero no por trabajo, sino por gusto.

—Y no por huir, sino porque te apetezca —puntualizó mi madre. No me quedó otra que asentir con la cabeza.

—Básicamente… sí. —Empecé a tamborilear suavemente los dedos por encima de la mesa, esperando su respuesta. Sabía que

estaban teniendo una conversación mental. De esas que envidiaba por tener tanta complicidad y conexión.

—Respetamos tu decisión, cariño. Nada nos gustaría más que tenerte por aquí más a menudo. —Sonreí aliviado levantándome después de la mesa para recoger.

—¿Qué tal si dejas eso… y te vas a buscar a Daphne? —preguntó mi padre con amabilidad.

—En serio que…

—En serio que te vas a arrepentir si no lo haces, Luke —añadió con total convicción. Tragué saliva.

—Lo haré.

***

No sé de dónde saqué el valor suficiente como para conducir hasta su apartamento. Tampoco tenía claro qué iba a conseguir con esta inesperada visita. Lo único que sabía era que me marcharía durante tres meses y que odiaba hacerlo habiendo discutido con ella. Quería explicarle que había rechazado el puesto en el extranjero, que ella me había mostrado las maravillas que escondía esta ciudad, y que si me daba la oportunidad, quería empezar con ella desde cero. Sin tener que fingir, sin mentiras, sin personas de por medio.

O eso creía.

Mi optimismo se hundió en cuanto vi a Owen salir de su apartamento. Agachó su cabeza, dándole un rápido beso en la frente y se sonrieron con esa complicidad de la que fui testigo el día que los conocí. Una parte de mí, me pedía que no hiciera caso a lo que acababa de ver, que me bajara del coche y hablara con ella de todas formas. Sin embargo, lo que hice fue arrancar el coche y marcharme de allí.

Si estaba enamorado de Daphne, se suponía que debía hacerme feliz verla habiendo conseguido lo que quería. El problema residía en que quería que me eligiera a mí. Lo peor de todo, es que quizás yo había sido quien la había lanzado a sus brazos habiéndome comportado como un imbécil. Durante los meses que habíamos estado juntos, me había jactado de explicarle lo importante que era la comunicación, aunque a veces no tuvieras ganas de hablar; le había dejado claro que tenía que hacerse valer, que Owen no la trataba como debía, y ahí estaba yo… Comportándome como él. *Genial, Luke.* Has conseguido perder a la única mujer de la que habías vuelto a enamorarte.

Volví a enfrentarme a la situación de entrar en una casa que me parecía fría. Daphne había estado pocas veces aquí, no obstante, notaba su ausencia. Sentía que no volvería a escucharse su risa aquí dentro y algo en mi interior se rompió del todo. Abrí el armario para hacerme con las maletas que necesitaría para largarme de aquí mañana mismo.

Mi móvil vibró al recibir un mensaje de Tate.

¿Qué tal el finde?

Mis dedos me traicionaron. Estuve a punto de mandarle el verso de una canción, al igual que hacía con Daphne, pero sabía que él no me entendería. Pensé en una respuesta que al final no llegué a enviar y puse el móvil en silencio, mientras encendía la televisión del salón y me puse música de fondo para olvidarme del resto del mundo.

I wanna drink, wanna think

Write a song about it

I wanna smoke, make a joke

Try to hide the damage.

Una canción de All time low comenzó a sonar a todo volumen y

maldije en voz alta. Daphne me había mandado esa canción en una de nuestras muchas conversaciones sobre nuestros gustos musicales. Quizás no era el momento de escuchar *Once in a lifetime*, pero por lo visto, había decidido convertirme en un sadomasoquista.

Try to forget you, gotta pretend to

I hope a heart only breaks this bad

Once in a lifetime.

Le di una patada a la maleta mientras me dejaba caer en la cama.

I wanna say goodbye to the loneliness

But every time I do, I make another mess.

Antes me encantaba que todas las canciones que me pasaba tuvieran un significado para mí, pero ahora las letras me dolían más que nada. Genial, también me había jodido la posibilidad de refugiarme en la música. ¿Qué sería lo siguiente? Dejé que la canción terminara de reproducirse para después apagarlo todo y quedarme en absoluto silencio.

Fui guardando toda la ropa que iba a necesitar, al igual que el equipo fotográfico y toda la documentación que había sacado para informarme.

Encendí el portátil para liberar espacio en la tarjeta de memoria de la cámara y bajé la tapa de golpe en cuanto vi las fotos que había guardadas. Era la selección que había elegido para la exposición que Daphne me había sugerido en Tinta y café.

¿También iba a fastidiarme la fotografía? *Me la había fastidiado yo solo*, me corregí.

El sonido del timbre hizo que diera un salto en la silla.

¿Y si…?

Corrí esperanzado hacia la puerta, abriéndola de par en par. Tate me dedicó una amplia sonrisa y, aunque intentase evitar mostrar mi

desilusión, debió pillarla al vuelo.

—¡Yo también me alegro de verte! —bromeó mientras pasaba a mi lado, recorriendo mi salón. Cerré la puerta con un suspiro.

—¿Qué haces por aquí? —Se encogió de hombros.

—Pasaba por aquí, y decidí pasarme a ver al amigo que me ha dejado en leído. —Puse los ojos en blanco mientras lo vi sentarse en mi sofá—. ¿Qué pasó con Daphne? ¿Y con Japón?

—Con Daphne no pasó nada, y mañana me voy a Japón. —Antes de que pudiera interrogarme, volví a hablar—. Pero tranquilo, en tres meses estaré por aquí, dedicándome a las noticias locales. —Su expresión se convirtió en sorpresa.

—¿En serio? —Resoplé.

—Puede que lo de Daphne no haya salido bien, pero… me ha hecho ver mi trabajo de una forma diferente. Creo que hay cosas muy interesantes por aquí.

—Me alegro, Luke, aunque me hubiera gustado que pasaras las fiestas por aquí, como en los viejos tiempos.

—Ya las celebraremos juntos en algún momento. —Suspiró.

—¿Y por qué no ha salido bien lo de Daphne? ¿Te ha confirmado que está con Owen? —Abrí la boca para explicarlo, pero Tate se tomó mis segundos de silencio como una respuesta. Se levantó del sofá, llevándose las manos a la cabeza—. ¡No me lo puedo creer!

—Es que no ha hecho falta hablar, ¿vale? Se fue con él ayer por la noche. —Apoyó las manos en el respaldo del sofá.

—¿Qué? ¿Por qué coño iba a irse por la noche desde la casa de tus padres que está a tomar por culo de aquí?

—Se fue porque yo recuperé mi puesto, y ella está con Owen. —Frunció el ceño, mirándome con detenimiento durante un instante—. ¿Qué?

—Joder, no hablaste con ella, ¿verdad? Dejaste que se fuera sin

más. —Desvié la mirada y escuché una serie de improperios salir de su boca—. Luke, eres mi mejor amigo, *qué coño*, eres mi hermano, pero eres imbécil.

—Me encanta que mi hermano venga a visitarme para insultarme —refunfuñé.

—Déjame adivinar, estuviste con ella frío y distante porque no te atrevías a poner las cartas sobre la mesa, y ella optó por acabar con todo y pirarse, pero como tú eras su única forma de irse de allí, recurrió a un amigo que pudiera ir a recogerla, y ese fue Owen. —Me mordí el interior de la mejilla. Odiaba que viera con tanta facilidad las cosas. Y que encima no se equivocara—. Así que, el hecho de que ella se largara porque tú estabas siendo un gilipollas, significa que está con Owen.

—Fui esta mañana a hablar con ella y lo vi salir de su apartamento.

—¡Oh!, ¡Cuidado! ¿Estaba en bolas? ¿Los viste comerse la boca con desesperación mientras se despedían? —Resoplé.

—La vi darle un beso en la frente. —Tate guardó silencio un instante, observándome como si le estuviera gastando una broma.

—¿Me estás vacilando, Luke? —Me levanté, enfadado.

—¡No!

—Estás aquí, hecho una pena, encerrado en ti mismo y haciendo las maletas para un viaje al que supuestamente te ibas este viernes y no mañana, porque lo viste… ¿Darle un puto beso en la frente? ¿Y en serio te atreves a decirme que no me estás vacilando?

—¿Por qué haces que todo suene como si fuera un imbécil? —dije más alto de lo normal.

—¡Porque te estás comportando como si lo fueras! —Me agarró por los hombros, zarandeándome con suavidad—. Joder, Luke, si la quieres, habla con ella. No te vayas a Japón sin hacerlo porque te

vas a arrepentir.

—Eso ya me lo has dicho antes —dije mientras daba un paso hacia atrás para zafarme de su agarre.

—Sí, pero no me hiciste ni puto caso, así que te lo repetiré las veces que haga falta.

***

A pesar de la intensa charla que tuve con Tate el domingo por la tarde, nada más despertar, le mandé un mensaje a Charlotte para que cambiara los billetes. No había sido capaz de pegar ojo, pero tampoco me había decidido a hacer nada al respecto. El móvil vibró cuando mi taxi estaba en la puerta para llevarme al aeropuerto. El hombre me ayudó a dejar las maletas en el maletero. Les expliqué a mis padres que había un cambio de planes porque el viaje era demasiado largo y quería tener tiempo para recuperarme del posible *jet lag* y poder trabajar en condiciones.

—¿Se va usted mucho tiempo de viaje? —preguntó el hombre en cuanto nos sentamos en el coche. Dejé el móvil en mi regazo para mirarlo a través del espejo retrovisor.

—Unos tres meses.

—¡Oh! Ojalá yo fuera capaz de pasar tanto tiempo lejos de mi casa, pero estoy demasiado cómodo por aquí. —Me limité a dedicarle una sonrisa. Yo también lo había estado. Durante estos meses. Me había olvidado de lo mucho que quema viajar solo. De las horas en el aeropuerto. De los madrugones. De las palizas de andar. De estar solo. De no tener a nadie a quién contarle mi día. ¿Qué importaba tomar unas fotos increíbles si la única que quería que las viera, no lo haría? ¿Qué sentido tenía marcharse si no me iba a ilusionar con mi regreso?

—Joder, la he cagado —dije sin pensar. El taxista frunció el ceño.

—¿Se le ha olvidado algo?

—Olvídese del aeropuerto, lléveme a Tinta y café, por favor. Lo más rápido que pueda. —Se encogió de hombros ante mi petición.

—Eso está hecho.

***

Estaba seguro de que le había pagado al taxista más de la cuenta, pero tampoco era algo que importara en aquel momento. Por culpa del tráfico, no pudo dejarme justo delante de la puerta de la cafetería, así que corrí calle abajo con unas maletas que estaban estropeadas por años de viajes sin sentido. Estaba cansado de huir. Estaba cansado de ser un hipócrita. Antes de tomar una decisión importante como pasar tres meses lejos de mi casa, haría lo correcto. Empujé la puerta de Tinta y café, recuperando el aliento.

Marcie me miró con asombro y fue en mi ayuda. Cogió una de mis maletas, dejándola en un rincón.

—¿Dónde está? —pregunté casi sin voz.

—Se ha ido. —Eché la cabeza hacia atrás, desesperado. *¿En serio había faltado el único día que había venido a por ella?*

—Ha ido a tu oficina. —Owen estaba frente a mí ofreciéndome un vaso de agua fría. Lo acepté mientras asimilaba lo que acababa de decir. Le di un largo trago y se lo devolví medio vacío.

—¿Puedo dejar aquí las maletas mientras voy a por ella? —Él asintió. Me giré para abrir la puerta.

—Eh. —Ladeé la cabeza para ver qué quería—. Trátala mejor que yo. —Me limité a asentir y salí de allí a toda prisa.

Desbloqueé mi móvil para llamar a Charlotte.

—¿Jefe?

—¿Ha estado allí? —pregunté mientras cruzaba por el paso de cebra a pesar de estar en rojo.

—¿Quién? — *Joder.*

—¡Daphne!

—Oh, sí, pero le he dicho que ya se había ido. —Corté la conversación y llamé a quien tendría que haber llamado desde un principio. Sin embargo, nada más descolgar, me colgó. Me quité el móvil de la oreja para comprobar que había sido un error, pero no.

¿Así se acabaría todo? ¿No querría ni hablar conmigo? ¿Qué debía hacer ahora? Me giré en dirección a la cafetería, quizás Marcie pudiera decirme dónde podía haber ido. O tal vez podía esperarla allí directamente. No podíamos dejar lo nuestro así.

Sentí como alguien me agarraba por el hombro, me di la vuelta y me encontré cara a cara con Daphne. Ambos nos quedamos un instante en silencio, contemplándonos como si lleváramos décadas sin vernos.

—No te has ido —murmuró después un rato que pareció eterno.

—Cuando era un crío, Tate se reía de mí porque decía que tenía idealizado lo que era el amor, ¿sabes? —empecé a decir—. Estaba deseando querer a alguien con locura y que me quisieran de la misma manera, y así pensé que sería con Olivia, pero no salió bien, y deseché esa idea. Me conformaba con historias de una noche. Llegué a creer que sí había idealizado lo que era el amor, que volverían a hacerme daño como me lo hizo Olivia.

—Lo que pasó con Owen… —Negué con la cabeza dando un paso hacia ella.

—Pero llegaste tú, Daphne. Llegaste tú y no me importó que me hicieran daño. —Me fijé en cómo temblaba su incipiente sonrisa—. No me importa lo que pasó con Owen. Solo me importa lo que hay

entre tú y yo. —Posé una de mis manos en su mejilla—. Siento haber sido un absoluto imbécil, pero si me das una oportunidad, te daré lo mejor de mí mismo.

—Watts… Tú ya eres tu mejor versión —susurró antes de que nuestras bocas se encontraran.

—No volverá a repetirse, no volveré a sacar conclusiones precipitadas, hablaré contigo siempre que tenga dudas. Te lo prometo.

—Te quiero, Watts —dijo antes de volver a posar sus labios sobre los míos. Esbocé una sonrisa mientras rompía nuestro beso.

—Te quiero, pelirroja.

Epílogo

La nieve era igual que en cualquier lugar, eso era lo que dictaba la lógica, pero allí tenía un brillo especial. Llevaba allí casi dos meses y aún conservaba ese toque mágico. Descubría algo nuevo de ese país cada día que pasaba, algo novedoso, algo que llamaba la atención.

Lo moderno se mezclaba con lo tradicional de una manera que pocos países tenían. Es verdad que había viajado poco. No había salido de Canadá en ningún momento, pero que mi primer viaje fuera a Japón, estaba resultando increíble.

Desde que había inaugurado Tinta y café, no me había tomado ningún tipo de descanso. No habían existido las vacaciones, y aunque el último año había podido descansar los domingos, lo natural era que trabajase todos los fines de semana. Así que cuando dije que me iba las navidades a Japón y que no volvería hasta finales de febrero, aquello fue un descontrol. Tanto Owen, como Marcie y George se ofrecieron a suplir todas las horas necesarias, pero sabía que sería necesario algo más. Por lo que, durante la última semana que pasé en Ottawa, se sucedieron una entrevista de trabajo tras otra. Owen y yo no queríamos a cualquier persona trabajando en nuestra cafetería, si no a alguien que le pusiera la misma pasión que nosotros.

Fue un largo y duro proceso el reunirme con tantos y tantas candidatas, pero cuando regresaba a casa, sabía que ese esfuerzo merecía la pena. No es que me hubiese instalado de manera definitiva en casa de Luke, pero nos íbamos turnando para pasar todas las noches juntos en casa del uno y del otro.

Los dos seguíamos adelante con nuestro trato, el mejor que había hecho en mi vida, eso sin duda. No éramos el prototipo de pareja perfecta, pero considerábamos que teníamos todo el tiempo del mundo para serlo. El día que nos habíamos sincerado sobre nuestros sentimientos, había marcado un antes y un después. Me prometió que no se marcharía a Japón en un arrebato de desesperación para que creyera en lo que sentía por mí, y aunque me había emocionado al escucharlo, horas después de reconciliarnos le supliqué que no abandonara esa clase de trabajo por mí. Era lo que le gustaba y yo no iba a ser ningún impedimento. Así que a los dos se nos ocurrió una locura. Viajar juntos. Tomarme unas vacaciones.

Luke decía que yo le ayudaba a que sus fotos tuvieran alma, aunque yo sabía que eran maravillosas por sí solas. Yo no era necesaria, aunque no podía negar que me gustaba que me dijera esas cosas. Además, Luke no solo se basaba en palabras para demostrarme que le era indispensable, también me lo demostraba con actos.

—En serio, Luke, tienes que ver esto. —El día de antes habíamos viajado en coche desde Tokio hasta la prefectura de Akita, y además de haber sido un viaje de muchas horas, habíamos perdido mucho tiempo por detenernos en tantas ocasiones. Sin embargo, ¿cómo no parar si cada sitio era tan espectacular? Gruñó algo ininteligible desde la cama, tapándose con las mantas. Sonreí y me aparté de la ventana para acercarme a él. Lo empujé con suavidad para

despertarlo—. Ven, vamos. El paisaje es increíble desde aquí.

—¿Qué hora es? —Abrió uno de los ojos estirándose bajo las mantas.

—¿Acaso importa? —Soltó una tanda de improperios que me hizo reír—. Vamos, Luke… —Me dejé caer sobre él con cuidado—. Hazlo por mí. —Me atrapó entre sus brazos, haciéndome rodar por la cama—. ¡Que me tiras! —Ambos nos echamos a reír.

—Antes me pondría yo en el suelo, pelirroja, no dejaría que te pasara nada. —Buscó mi cara, acariciando mis mejillas antes de plantarme un beso en los labios—. ¿Qué quieres enseñarme? —me preguntó con voz ronca. *Oh*, si seguía por ahí no sería capaz de enseñarle nada, y mucho menos de salir de la cama.

—Ven. —Me costó separarme de él, pero le tendí la mano para que se levantara. Lo miré de arriba abajo, sin importarme el parecer descarada. Tan solo estaba admirando lo perfecto que era mi novio. Luke me sonrió. Nos acercamos a la ventana mientras él me abrazaba por detrás. Sentí su piel caliente contra la mía.

—Es maravilloso —musitó mientras observaba el paisaje.

Una extensa explanada nevada se podía vislumbrar desde la ventana de nuestro hotel, la cual estaba en un piso de mucha altura. Una gran cantidad de iglúes se alzaban en la nieve, pero no era eso lo que quitaba el sentido. Todas ellas parecían brillar con luz propia. Aunque las estructuras parecían bien contundentes y estables, la luz conseguía traspasar esas barreras de nieve y lucían como bombillas sobre un paraje blanco durante la noche. Era como si todas las estrellas del cielo se vieran reflejadas en la nieve.

Sentí el frío cuando Luke se separó de mí. Antes de que pudiera darme la vuelta para buscarlo, estaba detrás de mí otra vez, pero con la cámara en la mano.

—Mírame.

—Luke, lo suyo es que le saques una foto al paisaje. —Asintió con la cabeza.

—Ahora la haré, primero a ti. —Me limité a sonreír, mirando al objetivo. No era la primera vez que posaba para él. Se acercó a mí. Esta vez el objetivo de la foto sí que era el paisaje, no sé cuántas pudo hacer en ese intervalo de dos minutos, pero estaba segura de que todas serían increíbles. Volvió a separarse de mí, y aunque yo seguía con la mirada fija en los iglúes brillantes, me distraje al escuchar el ruido que estaba provocando Luke.

—¿Qué estás haciendo? —Había situado el trípode justo delante de la cama, apuntando hacia nosotros. Presionó un botón de la cámara y se puso a mi lado, rodeando mi cintura con los brazos.

—Quiero recordar bien esto. A ti, y a mí, fuera, lejos de todo y de todos. —Sonreí.

—Se repetirá. —*Y era cierto.* Luke había hablado con sus padres para que lo destinarán al extranjero cuando yo estuviera de vacaciones, y así poder ir siempre juntos. Mientras tanto, seguiría con reportajes locales, y muchos de ellos, los expondríamos en Tinta y café, tal y como habíamos hablado tiempo atrás.

—Lo sé, tenemos un trato. —Escuché el sonido de la cámara disparando la foto, pero no nos importó a ninguno. Rocé mi nariz contra la de él—. Te quiero, Daphne.

—Y yo a ti, Watts.

Agradecimientos

¡Gracias por leer Halloween y otras fiestas!

Este libro no hubiera sido posible sin la persona que me ha enseñado lo que es una relación sana, sin complicaciones, demostrándome que el cariño, el respeto y la comunicación pueden con todo. Gracias por inspirarme, aun sin saberlo, a escribir estas páginas.

Gracias a mi familia, por inculcarme el valor de la lectura, y convertir un simple *hobby* en algo mucho más profundo; por leerme, apoyarme y emocionarse conmigo incluso antes de que este libro existiera.

También quiero darle las gracias al equipo de Selecta por confiar y apostar por esta historia, haciendo posible que llegue a todos vosotros.

Y, por último, gracias a ti, lectora. Sin alguien al otro lado de estas palabras, esta historia no tendría el menor sentido. Gracias por entrar a Tinta y café, haciendo que, por un momento, también forme parte de tu mundo.

Ella quería olvidar.

Él quería redimirse.

Fingir que estaban enamorados no parecía tan mala idea… Hasta que dejaron de hacerlo.

Daphne solo quiere superar a su mejor amigo, que acaba de romperle el corazón presentándole a su nueva novia.

Luke solo quiere demostrarle a sus padres que puede sentar la cabeza y así, recuperar su antiguo empleo.

Y así es como dos desconocidos elaboran un plan perfecto: una relación falsa que resuelva todos sus problemas. Lo que ninguno

sospechaba es que entre canciones, fotos y fiestas inesperadas, **ambos descubrirán que no todo es tan falso como parece.**

Si te encantan los romances con *fake dating*, tensión, chispa y escenas que te hagan reír y sonrojarte, este libro es para ti.

Psicóloga de formación y creadora de contenido literario en redes, donde comparte su pasión por los libros como @fugazmenteout, **M. T. Fugaz** es amante del romance y de la fantasía. Desde pequeña, le encanta escribir historias llenas de emoción y con un toque de humor.

Edición en formato digital: febrero de 2026

© 2026, M. T. Fugaz
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-87-3

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Halloween y otras fiestas
Capítulo 1. Daphne
Capítulo 2. Daphne
Capítulo 3. Luke
Capítulo 4. Luke
Capítulo 5. Daphne
Capítulo 6. Luke
Capítulo 7. Daphne
Capítulo 8. Luke
Capítulo 9. Daphne
Capítulo 10. Luke
Capítulo 11. Daphne
Capítulo 12. Luke
Capítulo 13. Daphne
Capítulo 14. Luke
Capítulo 15. Daphne
Capítulo 16. Luke
Capítulo 17. Daphne
Capítulo 18. Luke

Capítulo 19. Daphne
Capítulo 20. Luke y Daphne
Capítulo 21. Luke
Capítulo 22. Daphne
Capítulo 23. Luke
Capítulo 24. Daphne
Capítulo 25. Luke
Capítulo 26. Daphne
Capítulo 27. Luke
Capítulo 28. Daphne
Capítulo 29. Luke
Capítulo 30. Daphne
Capítulo 31. Luke
Capítulo 32. Daphne
Capítulo 33. Luke
Capítulo 34. Daphne
Capítulo 35. Luke y Daphne
Capítulo 36. Luke
Capítulo 37. Daphne
Capítulo 38. Luke
Capítulo 39. Daphne
Capítulo 40. Luke
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre M. T. Fugaz
Créditos